

CAROLINE MARCH

Palabras
que caen
como
la lluvia



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Referencias a las canciones

Nota de la autora

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Livia tenía todo lo que siempre había deseado: un futuro profesional prometedor y el amor del hombre que la había llevado a lo más alto de su carrera deportiva. Pero cuando descubrió la dolorosa verdad que tan bien le habían ocultado y dejó de oír el rumor de aquellas olas que siempre le habían susurrado respuestas, lo abandonó todo.

Seis años después regresa a su refugio a orillas del mar Cantábrico, cargada con una mochila repleta de desilusiones y con un único objetivo: prepararse mentalmente para la prueba que la espera al final del verano.

Sin embargo, allí se topa con la desagradable sorpresa de tener que compartir apartamento con un hombre que despierta en ella emociones encontradas, alguien que la obligará a preguntarse si se puede amar a dos personas sin terminar herida. Él será quien la empuje a enfrentarse a lo que más teme: ella misma.

¿Volverá a ser Livia aquella persona valiente y sin miedo a nada?

«Hay pasiones que debemos olvidar para sobrevivir, al igual que hay palabras que caen como la lluvia y que una vez en el suelo solo son charcos próximos a extinguirse».

PALABRAS QUE CAEN COMO LA LLUVIA

Caroline March

Esencia/Planeta

Para mi padre,

que me ha enseñado a no detenerme nunca,

pese a que la vida te frene

Capítulo 1

*Once upon a time, a few mistakes ago...**

Harold Shelby escribió: «La piel de una mujer, cuando es acariciada por el ser amado, reverbera al igual que una hoja en primavera recibiendo el sol y la lluvia. Su tersura es comparable a la superficie más brillante que hayas tenido la suerte de contemplar jamás».

El toque de aquellas letras, ligero como una pluma, sobrevolaba el contorno de tu propia piel, erizando el vello, tensándolo expectante para recibir la tan ansiada caricia en un lenguaje que buscaba la excelencia, no el simple entretenimiento, poniendo frente a ti el sentimiento que nacía de las entrañas, apresándote.

Fue el momento en el que le declaré amor eterno a Harold Shelby, en el que me prometí que le sería fiel hasta el final de mis días.

Mi padre me lo presentó un día cualquiera, a cualquier hora, lanzándome un libro suyo al regazo. Levanté la vista del teléfono molesta por la interrupción y enarqué una ceja.

—Dale una oportunidad —me instó.

—No tengo tiempo para leer, casi no tengo tiempo para nada.

—Ésa es la misma excusa que ponen todos a los que no les gusta hacer algo, como si el tiempo les perteneciera sólo a ellos.

—Está bien, lo leeré cuando termine de ver estos vídeos.

Al amanecer siguiente, en otro día cualquiera, ya había examinado todo lo que se podía encontrar en la red del misterioso autor. Me había recreado repitiendo sus entrevistas, sonriendo ante su forma calmada de expresarse, apenas gesticulando. Y comprendí lo que escondía tras esta pregunta:

—¿Qué lo motivó para escribir la primera novela?

—Aquella mujer me mató y únicamente encontré esta forma para defenderme del dolor que mi propia muerte me produjo.

Suspiré por tercera vez tras visionar su rostro apacible, sin ver menguar su atractivo, pese a que fuera bastantes años mayor que yo, de complexión rechoncha, aspecto bonachón y con escaso pelo rubio peinado hacia atrás en un inconcluso perfil de seriedad. Aunque tuviera la odiosa manía de ajustarse una y otra vez las gafas redondas metálicas en el puente de la nariz. Sin embargo, estaba dotado de unos peculiares ojos azules pequeños e inquisitivos, su mayor atractivo. Con una sonrisa, me fijé con atención en que por usual llevaba un calcetín diferente en cada pie y las americanas de *tweed* con coderas lo hacían parecer un anciano. El marrón en todas sus variedades debía de ser su color favorito y la mujer a la que le había dedicado cada uno de sus libros, su pasión más secreta, ya que no logré averiguar nada de ella. No importaba; leyéndolo, parecía que lo escribiera para ti, todas éramos esa mujer desconocida y enigmática.

Todas éramos capaces de herir y amar con la misma intensidad.

Unos días más tarde, mi padre me descubrió hurgando entre las estanterías de su despacho de forma frenética.

—¿Qué buscas? —me preguntó.

—Más libros de Harold.

—Oh, así que ya ha pasado a ser Harold —musitó con retintín.

—Es su nombre, ¿no? —exclamé volviéndome con rapidez.

—Podría ser perfectamente un seudónimo —contestó con tranquilidad.

—Vaya, no había pensado en eso. ¿Quieres decir que puede haber otros libros escritos por él, pero que no sepamos que es él? —inquirí entornando los ojos. Necesitaba más de Harold, se había convertido en mi mesías y yo, en una adepta fiel a sus palabras.

—Exacto.

Avancé unos pasos y me dejé caer resignada en el butacón frente a la mesa,

divagando acerca de cómo ponerme en contacto con su editorial para conseguir información privilegiada. Mi padre se había sentado al otro lado y se sujetaba la barbilla con las manos con la expresión divertida que lo caracterizaba reflejada en los mismos ojos verdes que yo había heredado.

—¿Qué canción crees que le corresponde al libro que te presté? —soltó de pronto.

—No lo sé —respondí meditándolo, y mi vista se quedó sobre el libro que él había escrito varios años atrás: *El debate de dos almas*—. ¿Cuál es la de tu libro?

—*Piano Man*, de Billy Joel.

—No tiene nada que ver con la filosofía.

—Te equivocas: en un bar, a medianoche, hay más filosofía que borrachos —afirmó sonriendo—. Encuéntrale una canción, todos los libros tienen una, todos los momentos en la vida también, porque ya todo está contado, sólo tenemos que atrapar las palabras y ordenarlas para que conformen nuestra propia historia.

Hice una pequeña mueca, sin saber qué contestar a eso.

—¿Qué quieres ser de mayor? —me preguntó de improviso, cambiando de tema.

—No lo tengo claro —mascullé hundiéndome más en el sillón en una actitud pretendidamente rebelde.

Sí lo tenía, era lo único cierto de mi vida. Dos cosas que iban unidas de forma indisoluble: el surf y Asier. O Asier y el surf, el orden de los factores no alteraba el producto.

—Estás entrando en una edad difícil y deberás pensarlo con calma, lo que hacemos ahora parece que no tiene la suficiente importancia, pero condiciona el resto de nuestra existencia.

Poco después de aquella conversación me di cuenta de que mi padre me estaba preparando asertivamente para lo que derivó en una situación insostenible. Los gritos, los portazos, los sollozos, las ausencias y los

silencios. Los silencios más atronadores que el propio ruido. Mi padre me ayudó a escapar escondiéndome en los libros, en las historias contadas por otros, y Harold Shelby se convirtió en el héroe de mi propia vida en ruinas.

Con el paso de los años aprendí que podíamos separar los recuerdos en grados, guardarlos en la mente y elegir el momento en el que queríamos que salieran a la luz. Yo había elegido mantener tres compartimentos cerrados en mi interior: mi propio corazón, para protegerlo; mi infancia, por el dolor que rememorarla producía, y el surf, porque, como bien dijo Harold Shelby en una entrevista: «Hay pasiones que debemos olvidar para sobrevivir, al igual que hay palabras que caen como la lluvia y una vez en el suelo sólo son charcos próximos a extinguirse».

Detuve el vehículo, un viejo Seat Ibiza gris, en el arcén a la entrada del pueblo pesquero de Suances y respiré hondo. El paréntesis de seis años en el transcurso de mi historia iba a terminar. Aquél era mi último mes. Ya no habría más prórrogas, y esperaba escribir un tranquilo, sosegado y solitario epílogo para despedirme de aquellos malditos seis años. Pero antes me permití un momento de solaz, abriendo levemente las compuertas de mis recuerdos, en la voz e imagen de mi padre conduciendo por esa misma carretera, volviéndose a Rebeca y a mí, sentadas en el asiento de atrás. Arranqué de lo más profundo de mi memoria el instante feliz de una tradición familiar que se había perdido por el devenir del tiempo, que, cruel, no había dejado nada en pie. Él consideraba que la música y la vida debían ir unidas por un lazo irrompible y, por tanto, el viaje desde Madrid transcurría en silencio hasta acercarnos a la villa, donde paraba el coche y nos miraba, ya con la mano en la emisora.

—¿Qué canción creéis que sonará? El azar marcará nuestras vacaciones al ritmo de la música que emerja de los altavoces —declamaba con esa voz de barítono aficionado que tanto nos hacía reír.

Meneé la cabeza para alejarme emocionalmente y, antes de girar el dial, contuve un instante el aliento, reteniendo un poco más aquel instante

suspendido en el aire. Cerré los ojos y deseé con fervor que aquello que me proponía resultara exitoso, que, por fin, pudiera cerrar las heridas abiertas y ser una persona completa. Durante un segundo sujeté con fuerza el volante y ni siquiera fui consciente de mi plegaria con los labios apretados, ansiando con desesperación la canción adecuada cuando más la necesitaba. Cuando me enfrentaba a un nuevo comienzo, regresando a mi infancia, buscando con ahínco esa paz que me proporcionaba la cercanía con el mar.

La voz de Taylor Swift brotó de la radio rompiendo la magia: «*Once upon a time, a few mistakes ago...*».

Abrí los ojos desconcertada y no supe cómo descifrarlo. ¿Era una forma del destino de decirme que dejara de equivocarme y cogiera la senda correcta o significaba que, hiciera lo que hiciese, no había manera de arreglar mi vida?

Y el hecho de que en ese preciso momento las nubes que creía haber dejado a la espalda se arremolinaran en el horizonte con un golpe de aire invisible y comenzaran a descargar gruesas gotas de lluvia en una demostración fabulosa de la furia de la naturaleza no fue de mucha ayuda para mis disertaciones mentales, la verdad.

Capítulo 2

Nothing they can do can stop this army of two *

Aparqué el coche bajo la uralita y descargué mi maleta, quedándome, como había hecho siempre, admirando el edificio unos minutos. Había dejado de llover, pero la humedad revoloteaba alrededor de mí en volutas, envolviendo la construcción indiana en la bruma. La piedra ennegrecida por los siglos transcurridos que se erguía desafiante frente a la playa de La Concha me provocó un terrible acceso de melancolía. El palacete, que había pertenecido a un acaudalado industrial cántabro que hizo fortuna en las colonias de forma muy poco ética pero sí lucrativa, mediante el comercio de esclavos, había sido abandonado durante la guerra civil, al emigrar sus herederos. Uno de ellos regresó en la década de los sesenta a España y, recuperándolo de la ruina, lo restauró dividiéndolo en diez apartamentos y dos estudios situados en el ático. Mi padre compró uno de ellos a unos ancianos que se retiraron al interior, aquejados de la humedad, poco después de que yo naciera. Suspiré hondo tres veces y dejé la vista vagar por el cuidado jardín cubierto de magnolios y arbustos de hortensias, cuyo fragante aroma me llegó con total claridad, al igual que los recuerdos de risas, arena pegada a la piel y felicidad infantil. Si aquel entorno en el que las gotas de agua todavía brillaban emitiendo un sutil destello ante el sol que pugnaba por filtrarse entre las nubes no me curaba, estaba segura de que nada ya lo haría.

Con el ánimo renovado, subí la escalinata hasta el recibidor, dirigiéndome hacia la primera puerta a la derecha. Tras forcejear unos instantes con la cerradura, conseguí abrirla. Entré y encendí la luz, que parpadeó unos

momentos antes de quedarse fija. Habíamos pasado allí todos los veranos hasta hacía exactamente seis años.

Sin pararme a revisar cualquier desperfecto por el desuso, aunque el personal de mantenimiento se hacía cargo del mismo con una periodicidad impecable, caminé hasta la terraza. Era sin duda lo mejor de la vivienda, ya que consideraba que despertarte por las mañanas viendo el mar era algo a lo que no podías poner precio. Me apoyé en la valla de forja negra y aspiré con fruición el aire marino, deleitándome en la paz y el silencio. En la tan deseada soledad. Transcurridos unos minutos, me volví, resignada a la labor que tenía por delante. El apartamento en sí era austero y pequeño, de forma rectangular. La puerta principal abría a una cocina comedor, separada por un brazo de granito que hacía las veces de mesa. Dos únicas puertas más, la del baño a la entrada y la de la habitación. Las dos estancias confluían en la amplia terraza. Me afané en retirar las sábanas que cubrían los escasos muebles, hice la cama y oreé mantas y colchas.

Después de un par de viajes al coche para subir todos los bultos, bolsas de comida y las tres temibles cajas de folios que me habían llevado hasta ese rincón que adoraba, me paré para tomar un poco de agua mientras me frotaba la frente cubierta de sudor. Miré con desagrado las cajas sin decidirme por ningún sitio en concreto donde dejarlas, aunque tampoco había mucho para elegir, así que las empujé a un lado del sofá cama apoyado en la pared, que era el que utilizábamos Rebeca y yo cuando éramos niñas. Tosí a causa del polvo y estornudé sonriendo satisfecha. Allí estaba, después de vagabundear por medio mundo, de vuelta al origen y dispuesta a escribir el final de la historia, pese a lo mucho que me había resistido a ese momento.

Conecté el iPod Nano a los altavoces y, al ritmo de la música, me preparé un sándwich para cenar, acompañado de una cerveza. Dejé la puerta del baño abierta cuando me duché para seguir escuchando la lista de reproducción y emergí vestida con un camisón corto de algodón, quitándome la humedad del

pelo con una toalla. La metí en la secadora y aproveché para ordenar el armario en el cual se ocultaba, sacando lo imprescindible.

Con otra cerveza en la mano, demasiado cansada como para hacer más, encendí la televisión y me senté en el sofá. Apenas fui consciente de ir deslizándome al sueño. Sin embargo, los años de duro entrenamiento en conflictos familiares no me permitieron conciliarlo profundamente. Desperté sobresaltada, girando el cuello dolorido a un lado y a otro con desconcierto, hasta que recordé dónde me encontraba.

Algo no iba bien.

Dirigí la vista hacia la puertaventana que daba a la terraza y comprobé que estaba semicerrada, por ella sólo entraba el susurro del mar y una leve brisa que hacía ondear las cortinas. Intenté calmarme, riéndome de mí misma. Estaba empezando a obsesionarme. No obstante..., ahí estaba otra vez. Ese ruido extraño. Un nudo retorcido de angustia anidó en mi interior, produciéndome el tan conocido dolor.

Me levanté, apagué la televisión y anduve un par de pasos descalza, alerta, sintiendo el hormigueo de toda mi piel. Quedándome quieta, cerré los ojos para concentrarme. El silencio retornó, tranquilizándome. Estaba a punto de dirigirme a la habitación para acostarme cuando un golpe hizo que me volviera con brusquedad hacia la puerta. No era el típico trajín de unos veraneantes llegando o yéndose del edificio. Alguien estaba intentando entrar en el apartamento.

Únicamente dos personas sabían que yo estaba allí, y sólo una de ellas poseía copia de la llave, aunque dudaba mucho que hubiese tenido el valor de venir sin avisar antes. El pánico me atenazó el estómago, contrayéndolo. Una imprecación en un idioma que no llegué a entender y el pequeño giro de la cerradura hicieron que mi corazón pegara un brinco y buscara denodadamente mi teléfono, el cual alcancé en la encimera, junto al objeto que afiancé en mi mano derecha como arma.

La gente suele decir que en los instantes previos a sufrir un colapso

nervioso eres consciente de todo lo que sucede a tu alrededor. Yo ya había pasado por ello antes y reconocía los síntomas, la creciente tensión en cada músculo, la reducción de tu visión periférica. La sensación de estar ahogándote y no encontrar nada a lo que aferrarte para salir a la superficie.

Y también sabía cómo hacerle frente. De pie, a oscuras, con la suave luz de la luna bañando de sombras el apartamento, noté el roce de la tela del camisón en la piel, el escalofrío que me recorrió la espalda cuando un pequeño hilo de brisa alborotó mi cabello y los pequeños granos de arena que, a pesar de haber barrido y fregado el suelo, se habían pegado a las plantas de mis pies. Intenté no hacer ruido ni respirando, con lo que comencé a jadear y a ver puntitos amarillos bailar frente a mis pupilas. Soplé con lentitud con objeto de serenarme y apartarme los mechones de pelo desordenados que tapaban mi vista, aferré el móvil y separé un poco las piernas para ofrecer más resistencia. En aquellos escasos sesenta segundos me dio tiempo a pensar en quién estaría intentando allanar mi casa, si sería alguien que se hubiera equivocado de puerta o un okupa, o un ladrón. Pensé en ciento una mil posibilidades y ni una sola vez pensé que pudiera ser realmente peligroso. Ni en contactar con la policía, que, me imaginaba, tenía asuntos más importantes que atender que una llamada histérica por algo que podía solucionar yo misma.

Finalmente, y después de lo que a mí me parecieron siglos de espera, la puerta se abrió con un violento empujón y pude percibir a contraluz la silueta de un hombre alto y delgado que masculló un insulto en voz baja, quejándose. Sin permitir que apreciara que yo estaba frente a él, avancé con rapidez y le golpeé la cabeza con el arma, con toda la fuerza que pude reunir en el frenesí de un ataque premeditado y, en principio, o eso creía yo, de legítima defensa. Gruñó de forma gutural y, tambaleante, cayó al suelo de rodillas. Aproveché para retroceder con velocidad, marcando, esta vez sí, el número de la policía en el móvil, una vez que no tuve duda alguna de que aquel intruso había violado un par de leyes. Aunque no pude terminarlo, ya que él, recobrándose con prontitud, se lanzó hacia mí, abarcándome con ambos brazos las piernas,

provocando que me estampara contra el brazo de mármol y desparramara todo lo que estaba sobre él. Junto a mí rebotaron los vasos de plástico y mi taza de desayuno preferida, una de «Juego de tronos», se hizo añicos. Giré sobre el terrazo, intentando zafarme de su agarre, propinando todas las patadas que pude, pero él era más fuerte que yo, con lo que mi capacidad de reacción quedó claramente mermada y reducida a la nada una vez que consiguió sujetarme las manos sobre la cabeza.

—¿Quién cojones eres tú? —siseó en mi oído con furia. Pude oler en su aliento el café y su pelo me hizo cosquillas bajo la nariz.

Me quedé inmóvil, casi sin respiración, pensando una forma de huida que fuera exitosa. Cogí aire y me atraganté por su peso. Era un hombre bastante más corpulento de lo que en principio me había parecido. Gimió y por un momento pareció debilitarse, así que forcejeé para soltar mis manos, a lo que él respondió apretando mis muñecas un poco más.

—¡Responde, joder! ¡No quiero hacerte daño! —insistió, y después cabeceó, como aclarándose las ideas, y se quedó mirando a mi derecha—. ¿Me has atizado con una puta plancha? —preguntó con incredulidad.

—¡Y da gracias de que no estuviera encendida, capullo, porque si no ahora mismo tu cara sería una puñetera tostada! —grité, y él, sorprendido por mi arranque, juntó mis muñecas para sujetarlas con una sola de sus manos y poner la otra sobre mi boca.

Le mordí un dedo y él lanzó una maldición, aunque no la apartó.

—¿Estás loca, tía? —exclamó más sorprendido que preocupado.

Fue en ese mismo instante, cuando nuestras miradas chocaron a unos centímetros de distancia, que me di cuenta de que quien debería estar haciendo las preguntas era yo y no él. Intenté asestarle una patada en la entrepierna y él reaccionó haciendo más presión sobre mi cuerpo. Sonrió de medio lado y hasta pude percibir que se estaba divirtiendo. ¿Divirtiendo? Dejé escapar un grito ahogado y me arqueé todo lo que pude, loca de furia.

—Eh, tranquila, ya te he dicho que no te voy a hacer daño, sólo quiero

saber qué demonios haces en mi casa —dijo de forma calmada, como si fuera él el que estuviera tratando con una demente que se había colado en su apartamento y no al revés.

Creo que mis ojos, abiertos como platos de la impresión, fueron lo único que necesitó para soltarme, tan de improviso que me quedé completamente inerte debajo de él.

—¿Cómo... cómo que qué hago en tu casa? ¡Es mi casa! —estallé, y ahí sí que me rebelé, serpenteando en el suelo hasta conseguir ponerme en pie. Cogí el móvil y lo amenacé con él en la mano—. Lárgate o llamo a la policía.

Él se incorporó también, con un pequeño quejido, y se llevó la mano a la cabeza. Cuando la apartó, estaba llena de sangre.

—¡Joder! —masculló—. Pero ¿qué problema tienes? Tengo un contrato firmado y he entrado con mis propias llaves.

—¡Toma, y yo! ¿Cómo, si no, crees que he entrado aquí? ¿Como Rapunzel pero haciendo el camino a la inversa?

Se apoyó en la encimera de la cocina y rebuscó algo con lo que taponarse la herida. Sentí lástima y le empujé con el pie un rollo de papel absorbente que se había caído en el forcejeo.

—Gracias, preciosa. Y ahora, ¿puedes hacer el favor de irte? Estoy hecho polvo, aparte de que me has dado tal hostia que ahora tengo también una brecha en la cabeza.

—De eso nada, lárgate tú. Te han timado, este apartamento es de mis padres, nunca ha estado en alquiler.

—Lo he alquilado por un mes. No he forzado la cerradura —respondió, sujetándose varios trozos de papel en la coronilla y revolviendo a la vez en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero. Sacó un folio doblado y me lo arrojó. Cogiéndolo al vuelo, lo desdoblé y leí su contenido. Agradecí que la penumbra no le permitiera ver que me había quedado pálida.

—Esto no es posible —murmuré, y levanté el dedo índice, amenazándolo—. No te muevas ni un milímetro —barboté, a lo que él respondió

encogiéndose de hombros con expresión resignada.

Borré el 09 que había llegado a marcar y pulsé el contacto de mi madre. Contestó a los cuatro tonos.

—¿Cariño, eres tú? ¿Qué haces llamando a estas horas? ¿Es que ya me echas de menos? —inquirió con recochineo.

—Mamá, no es momento para discutir.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y esta mañana, sí? Cuando te has ido pegando gritos diciéndome que estabas harta de hacer de niñera y de que ya iba siendo hora de que me comportara como una adulta, que no podías concentrarte porque cada noche vivías con la angustia de que te avisaran de la morgue...

—¡Mamá! —estallé al borde de la histeria.

—¿Qué quieres? —replicó ella con hastío.

—¿Has alquilado el apartamento? —pregunté sintiendo ganas de vomitar. Me volví para no ver la sonrisilla sardónica que asomaba a la cara del okupa.

—Ah, es verdad, que como te has ido tan rápido no me ha dado tiempo a contártelo. No, no lo he alquilado, lo he metido en la plataforma esa de internet, la que se llama *Erbini*.

—¿Airbnb? —inquirí reprimiendo una náusea.

—Sí, ésa. ¿La conoces? Pues resulta que Charito, ya sabes, la que era vecina de Nuria, la que tenía la tiendecita de chucherías que estaba frente a tu colegio y que se casó con un primo lejano de Lugo de tu padre que era bastante limitado el pobre y al que luego trasladaron a Ciudad Real, pero que vino hace un par de años cuando ya estaban jubilados para...

—¡Mamá! ¡Ya! Al grano, por favor —supliqué perdiendo la paciencia.

—Pues nada, que me habló de ese sistema en el que alquilas habitaciones y, fíjate, el primer día que publico las fotos, va y me sale un chico que la quiere por todo el mes. Qué suerte, ¿no?

—¿Suerte? Mamá, que yo acabo de llegar aquí. Por favor, te expliqué cuánto necesitaba aislarme. Sabes que es muy importante para mí poder

disfrutar de un poco de soledad y tranquilidad con la que se me viene encima en septiembre. ¿Por qué lo has hecho?

—Para vengarme de tu padre, por supuesto.

—¿Y no has tenido en cuenta que, para no variar, soy yo la que recibe vuestros golpes?

—Bueno, no te agobies, que sólo le he alquilado la habitación.

—A ver, mamá, para que lo entienda. ¿Le has alquilado la única habitación que hay a un completo extraño? ¿Y dónde se supone que voy a dormir yo?

—Eres una mujer de recursos.

—Acabas de quitármelos todos.

—¿Es majo? Igual no le importa compartir la habitación.

Me volví al oír una risa convertida en carraspeo del okupa, que seguía con gran interés nuestra conversación.

—Ni lo sueñes —siseé, y no supe muy bien si se lo decía a mi madre o a él.

—Deberías dejar de ser tan mojigata.

—No lo soy. ¡Soy sensata!

—Pues eso tampoco.

Gemí en voz alta y el hombre me miró entornando los ojos.

—¿Y por qué no utilizas el sofá cama como cuando eras una niña? —sugirió mi madre.

—Porque ya no lo soy, ¡tengo casi treinta años! ¿Sabes en qué condiciones estará para dormir? Acabaré destrozada.

—Qué escrupulosa eres, hija, cuando quieres. Pues que sepas que es lo que hay, vuélvete aquí si no te gusta —refutó ella enfadada.

—Eso era lo que querías desde el principio, ¿verdad? —farfullé descubriendo su ardid—. No voy a ceder, mamá, y sobre ti recaerá la culpa si ahora resulta que has obligado a tu hija a compartir piso con un psicópata. Cuando salga en las noticias porque ha desmembrado mi cuerpo a cachitos para arrojarlos al mar, asegúrate de estar guapa para decirles a los periodistas

que te pareció una idea genial alquilarle la habitación —barboté, y acto seguido colgué.

Levanté la vista para encontrarme al okupa mirándome intrigado, rascándose el mentón.

—No soy ningún psicópata —afirmó.

—Claro, y si lo fueras me lo ibas a decir, ¿no? —murmuré, abandonándome las fuerzas.

—Igual sí —musitó—, una vez conocí a un tipo que se vanagloriaba de haber avisado a todas sus víctimas. Ninguna lo creyó, como es obvio.

Fruncí el ceño y me alejé hacia la puertaventana en un reflejo de huida, preguntándome qué clase de persona se relaciona con tipos como el que me acababa de describir.

—¿Cuánto has pagado por tu estancia? —inquirí recobrando el aplomo con intención de sobornarlo.

—De eso nada, nena —se opuso él adivinando mi propósito—. Me voy a quedar aquí todo el mes, te aseguro que ni prendiéndole fuego al apartamento me echarías.

—¿Me dejarás la habitación? El sofá cama es muy cómodo —le aseguré intentando mostrarme cordial y seductora, algo que se me daba rematadamente mal.

—Si es tan cómodo, cómo voy a ser tan poco caballero de no cedértelo —respondió con esa sonrisa sesgada con la que ya me había obsequiado un par de veces, resultando todo lo seductora que no debía de ser la mía.

Resoplé frustrada y él contuvo la risa, acercándose a mí, poniendo un falso gesto de seriedad y alargando la mano derecha.

—Por cierto, me llamo Sergio.

—Yo, Livia —respondí cogiéndosela por inercia.

—¿Olivia?

—Livia.

—¿Lidia?

—Livia.

—¿Silvia?

—¡Livia Roma!

—¿Livia Roma? Ah, entiendo, que Poncio Pilatos ya estaba pillado... —
murmuró riéndose mientras caminaba hasta la habitación y cerraba la puerta.

—¡Gilipollas! —mascullé, creyendo que no me oiría.

—Me has calado a la primera, ¿eh, guapa? —oí a través de la débil
madera.

Resoplé otra vez y armé el sofá cama con un enfado más que considerable. Me metí entre las sábanas almidonadas y que rascaban la piel, despidiendo un ligero tufillo a mohó, lamentándome de mi mala suerte. Golpeé un par de veces la almohada para ahuecarla y sentí que el mundo había girado demasiado deprisa, dejándome boca abajo. Sólo necesitaba un mes, ¿era pedir demasiado? Le dediqué a mi madre un par de pensamientos nada cariñosos y cerré los ojos con fuerza. En ese momento recordé la canción de Taylor Swift y ya no tuve ninguna duda de que había sido una premonición.

Capítulo 3

*How can you see into my eyes like open doors? **

Desperté varias veces durante la noche, sin encontrar una postura cómoda, puesto que el colchón debía de haberse cambiado hacía años y mostraba ya signos claros del abandono y la vejez, como molestos bultos y muelles sueltos. Cada vez que giraba gemía lamentándose, y yo con él. No iba a sobrevivir ni una noche sin acabar con alguna lesión. Finalmente, mirando a través de un pequeño resquicio entre las cortinas cómo amanecía sobre la costa, a la que esa mañana en concreto no le apreciaba ninguna belleza, y vencida por el agotamiento, logré quedarme dormida. Aunque el descanso no duró demasiado. Entreabrí un ojo molesta por la luz y me tapé con la sábana hasta la coronilla, gruñendo. Oí su risa amortiguada y aquello me enfureció hasta sentir mi sangre a punto de ebullición.

—¿Serías tan amable de hacer menos ruido y apagar la luz? —farfullé con voz ronca.

—Es imposible cocinar y desayunar sin hacer ruido, pero lo de la luz puedo solucionarlo —contestó.

Tenía un particular tono de voz grave, no agresivo, pero sí firme. Lo oí caminar y después atravesar el sofá cama pasando por encima de mi cuerpo hasta la puertaventana que daba a la terraza. Descorrió sin previo aviso las cortinas y la intensa e insultante luz solar inundó la estancia. Maldije en mil idiomas y me aparté la sábana. Él estaba frente a mí, sonriéndome con descaro.

—¿Ves? Ahora sí puedo apagar la luz —dijo saltando otra vez sobre mí para acercarse al interruptor de la cocina—. ¿Mejor así, preciosa? —ironizó.

Juro que en ese momento lo habría estrangulado con el cordón de la plancha y después lo habría molido a martillazos para finalizar troceándolo con el fin de dárselo como comida a los peces.

Resoplé armándome de paciencia y me incorporé. Todos los muelles del colchón crujieron y disimularon el crujir de mis propios huesos. Estaba segura de que no podría ni caminar erguida.

—¿Sabes que hablas en sueños? —inquirió ajeno a mi enfado.

Gruñí. Lo sabía, Asier me lo había comentado varias veces, riéndose de mis conversaciones nocturnas.

—Y ese camisón no tapa demasiado —continuó ignorándome—. El tirante se ha deslizado por tu hombro y me has mostrado un perfecto pezón sonrosado.

—¡Eres un jodido pervertido! —barboté indignada.

—No, simplemente soy un hombre con buen gusto —comentó ladeando la cabeza como si recordara la imagen de mi pecho desnudo.

Lo reté con la mirada y acabó sonriendo.

—¿Te apetece? —ofreció, poniéndome un vaso de plástico con café bajo la nariz.

—Creo que mejor no te digo lo que me apetece. ¿Qué puñetera hora es?

—Me parece que he adivinado lo que te gustaría hacerme, guapa. Ah, y son las siete de la mañana.

—¡¿Qué?! Pero si ni los panaderos han empezado a trabajar... —me quejé.

—Vamos, levántate, he preparado desayuno para los dos. Una pequeña ofrenda de paz.

Lo miré desafiante una vez más mientras me levantaba y me apartaba el pelo revuelto de la cara. Me senté en uno de los taburetes altos con cara de malas pulgas.

—Jamás, pero jamás, intentes hacerme hablar antes de tomar por lo menos dos cafés —lo avisé bebiendo del vaso hasta casi acabarlo.

—Así, ¿sin azúcar ni leche?

—Ajá.

—Chica dura.

Le enseñé los dientes y eso le provocó un acceso de risa. Apreté los labios para evitar reírme por contagio de lo absurdo de la situación y observé cómo había dispuesto el brazo de mármol. Había un plato con fruta de temporada cortada y pelada, una fuente con huevos revueltos, beicon y salchichas, y estaba sacando con rapidez varias tostadas de la tostadora, que untó con aceite.

—¿Qué te apetece? —inquirió.

—¿Eres cocinero? —pregunté a mi vez.

—No. Pero me gusta cocinar, me relaja.

—Qué raro eres.

Enarcó las cejas con fingida ofensa.

—¿Yo? Anda, coge lo que quieras.

—Mira el estante que está a tu derecha —le indiqué.

Silbó y abrió los ojos de forma desorbitada cuando descubrió lo que escondía.

—Hostia, nena, con todo lo que tienes aquí puedes subir tú solita la media de colesterol de Estados Unidos.

—No me digas... ¿Puedes alcanzarme los donuts de chocolate?

—¿Vas a desayunar eso todos los días?

—Desayuno esto todos los días desde que tengo memoria; además, es probable que también lo meriende y, a veces, lo ceno.

—¿Quieres morir antes de cumplir los treinta?

—Sufro ataques de estrés y es lo único que me calma —repliqué sin entender muy bien por qué le estaba contando mis intimidades a un completo extraño.

—Ya, supongo que tendrá algo que ver con las tres cajas de folios que he tenido que dejar junto al cubo de la basura para que pudiéramos sentarnos —mencionó mientras mordía una tostada.

Levanté la vista y lo observé. A la luz no parecía tan amenazante como la

noche anterior; en realidad, se asemejaba a un neohippie con pintas de no saber muy bien si decantarse por la moda hípster. Su pelo castaño se había aclarado por la exposición al sol y lo llevaba por debajo de las orejas, rizándosele en las puntas, aunque ahora se lo había recogido en una coleta en la nuca, pese a que se le habían soltado varios mechones ondulados que le enmarcaban un rostro de claras facciones masculinas. Mandíbula cuadrada, labios carnosos y nariz larga y recta. Sus ojos, bajo unas cejas pobladas y adornados por unas largas pestañas oscuras, eran de un indefinible color entre el whisky y el jerez añejo.

—¿Vas a ponerme nota? —preguntó atento al escrutinio.

—¿Debería?

—¿Debería preocuparme?

—Oh, así que... —dije llevándome la mano al pecho.

Fue cuando trastabillé y enrojecí porque me di cuenta de que mis pezones habían reaccionado por su propia cuenta a la apreciación de su atractivo y se marcaban de forma provocadora en la fina tela del camisón. Mi color aumentó cuando vi que sus ojos iban directamente a los botones en posición de firmes. Se pasó la lengua por el labio superior de forma sensual y después elevó ese labio en una disimulada sonrisa.

—¿Decías algo? —inquirió.

—Sí, quería saber si te preocupa suspender —murmuré carraspeando y encogiéndome al mismo tiempo para disimular.

—Nunca he suspendido.

—Engreído.

—No, venga, ¿qué nota me pones?

—Un... seis y medio. Un siete raspadito como mucho —afirmé con intención de bajarle los humos.

—Casi notable, tú apenas pasas del cinco. No has suspendido, pero yo me esforzaría un poco más.

Lo miré como si me hubiese arrojado un cubo de agua helada sobre la

cabeza.

—Pero mira que eres gilipollas.

—Eh, eh —se defendió él con las manos en alto—, que has sido tú la que ha empezado. Yo nunca te lo habría dicho si no hubieras preguntado.

—¡Yo no he preguntado, idiota! —barboté.

—¡Ah!, ¿no?

—Mira, déjalo, me voy a dormir un rato más —pronuncié con sequedad, y me levanté.

—Espera —pidió él sujetándome por el antebrazo—, no quería molestarte. Ha sido una simple broma.

Quedé a la espera, pero él no añadió nada más, consiguiendo que lo odiara de forma visceral, primitiva.

—Empecemos de nuevo. ¿Qué hay en las cajas que es tan importante? —insistió bajando el tono de voz a uno que casi sonaba dulce. Casi.

—Son los apuntes de la oposición a FOL.

—¿FOL? ¿Fundación Onomatopéyica de la Lengua?

—¿Es que no sabes lo que es?

—Ni idea.

—Formación y Orientación Laboral.

—¿Y eso para qué sirve?

—Son oposiciones para profesora de secundaria.

—Ah, ya.

—Sí. Y tengo el examen en septiembre. Había venido buscando la necesaria calma y soledad para estudiar.

—La tendrás, te aseguro que soy un buen compañero de piso.

—¿Y eso por qué? Para empezar, me has despertado al amanecer.

—Y será así todos los días, es la mejor hora para cabalgar las olas.

Me llevé la mano a la frente y cabeceé. No podía ser de otra forma.

—Mierda, un surfista —siseé.

—Sí, ¿algún problema?

—Por mí, ninguno, allá tú con tus cosas.

—Oye, te noto bastante crispada. Deberíamos meditar juntos, eso te mejoraría el carácter.

—¿Meditar? Pero ¿tú quién eres?, ¿el pequeño buda?

—Joder, preciosa, que meditar mola. Yo lo hago media hora antes de dormir. Si quieres, esta noche probamos.

—Mejor tú medita y yo me tomo un gin-tonic mientras te miro.

—Bien, creo que me voy a ir, no te noto en buena onda —dijo apurando su zumo de naranja natural.

—Hala, cabalga mucho, campeón —musité mientras me volvía a la cama.

—Lo intentaré —aseguró.

—Una cosa más —indiqué deteniéndolo.

—¿El qué? —inquirió él volviéndose mientras sujetaba ya la manija de la puerta.

—Como vuelvas a llamarme «guapa», «preciosa» o «nena», juro que te envenenaré la comida, ¿entendido? Me llamo Livia.

—Sí, eso ya quedó claro ayer, pero después de haberte visto dormir, hablar en sueños y enseñarme un pezón, creo que tengo la suficiente intimidad como para llamarte...

Se quedó en suspenso y lo acribillé con la mirada.

—¿Hoyuelos? —preguntó sonriendo—. Tienes unos simpáticos hoyuelos, cuando los muestras hasta me caes bien.

—Livia —repetí.

—De acuerdo, Livia. Joder, nena, qué aburrida eres —masculló, y yo le lancé uno de los cojines del sofá que había en el suelo, pero sólo conseguí enfadarme más y provocarle a él un acceso de risa que rebotó con el eco del pasillo vacío.

Antes de cerrar los ojos de nuevo me di cuenta con pasmosa claridad de que él me consideraba una mujer menos que del montón, amargada, aburrida, con problemas de irascibilidad y una extraña afición a los carbohidratos y al

alcohol. Sufrí un pequeño ataque de risa nerviosa y reconocí que también él me había calado bien.

A media mañana, después de haber dormido un par de horas, todavía atontada, aunque más descansada, me levanté con intención de meterme en faena. Organicé los apuntes, saqué el portátil y lo llevé todo a la terraza con la mera e ilusa intención de que la brisa fresca me despejara del todo. Durante varias horas me peleé con las leyes y me desesperé con los casos prácticos, hasta el punto de que mi mente empezó a divagar y me percaté de que ya no estaba repasando, sino escribiendo algo que no me convenía. En la libreta que siempre me acompañaba, había estrenado hoja con el título de «Sergio», apuntando lo que sabía de él y lo que me seguía intrigando. Sin darme cuenta de que el solo concepto de intrigarme ya implicaba algo más que el mero interés. Había tachado cocinero y profesor, pues estaba claro que no era a lo que se dedicaba. ¿Surfista podía considerarse profesión? Podía ser, si tenías los suficientes patrocinadores y seguías el programa de circuitos, pero me parecía extraño que pasara un mes en Suances cuando había torneos en otras partes del mundo. Mordí el capuchón del boli pensando y al final me levanté, dirigiéndome a su habitación. Personalmente odiaba que no respetaran mi intimidad, pero aquella también era mi casa y parte de mi ropa y de mis objetos seguían guardados en el único armario de todo el apartamento. Observé con detenimiento la estancia, con la cama hecha de forma perfecta, casi militar, la puertaventana a la terraza semicerrada, dejando que la brisa entrara, refrescándola. Con sigilo, aunque estuviera sola, y remordiéndome un poco la conciencia, abrí el primer cajón de una de las mesillas. Había un reloj Patek Philippe, la funda de sus gafas de sol y un libro electrónico. Lo cerré y abrí las puertas del armario. Yo ni siquiera había sacado toda mi ropa de la maleta; él, en cambio, la había ordenado y colgado en perchas. Casi todo camisetas, bermudas, bañadores, tres o cuatro pantalones largos y camisas. Una cazadora de cuero y varios pares de deportivas y zapatos. Eché una

ojeada por encima y pasé mi mano por las prendas colgadas. Ropa no ostentosa, aunque cara. Reloj suizo de una de las marcas más prestigiosas. Las llaves del coche estaban en la repisa. Un Range Rover.

Me mordí el labio con concentración, entornando los ojos. Había vivido media vida entre surfistas y conocía su modo de vida a la perfección. Una vez te inoculaban el veneno del mar en las venas era imposible arrancártelo. Sólo unos pocos privilegiados podían permitirse pagar los viajes a costa de los patrocinadores, el resto se conformaban con alquilar una furgoneta y dormir en ella o bajo las estrellas en cualquier playa. Además, habían bebido más agua salada que dulce, más alcohol y fumado más marihuana que en todo Woodstock. Rebeca los denominaba «muertos de hambre con clase». No se podía ser un muerto de hambre con un reloj suizo que valía casi más que el propio apartamento. Seguía intrigada, pero únicamente Sergio tenía la respuesta.

Cansada de dar vueltas a la cabeza, decidí que estaba perdiendo el tiempo, así que me puse un caftán blanco de gasa sobre el bikini color plata, el fedora de paja, las gafas de sol y cogí una pequeña funda plástica con el teléfono, las llaves y el iPod Nano. Caminé hasta la playa de La Concha con paso rápido y empecé mi paseo desde el espigón que delimitaba la entrada a la ría, separándola de las playas de La Ribera y La Riberuca, deleitándome en el agua fría que lamía mis piernas. Me detuve al llegar al otro extremo, bajo el acantilado de la Punta del Torco, con casonas que parecían reptar hasta la arena y repleto de rocas torneadas por el mar, en las que ya había gente buscando cangrejos y quisquillas con sus hijos aprovechando la bajamar. Yo también lo había hecho un millar de veces. Había escalado audaz y triunfante, y también me había caído abochornada, resbalando por los líquenes y las algas. Suspiré con melancolía, intentando encontrar ahí el resquicio de felicidad de mi niñez que se escapaba entre los dedos, sabiendo a ciencia cierta que aquello sólo permanecía en la corteza cerebral que guarda los recuerdos más preciados. Sentí que una lágrima solitaria se deslizaba por la

comisura de mi ojo y los cerré, negándome a llorar más. Con resolución, me giré para emprender el camino de vuelta.

Al llegar al apartamento, entré directamente al baño para darme una ducha que arrastrara el salitre de mi piel y me vestí con un short vaquero y una camiseta de tirantes negra, recogíéndome el pelo en un moño desenfadado en lo alto de la cabeza. Cogí una cerveza del frigorífico y fui hasta la terraza, creyendo que estaba sola.

Como si él me estuviera esperando, en cuanto traspasé la puertaventana comenzó a rasgar las cuerdas de su guitarra y a entonar, con bastante afinación, los versos de una canción:

Antes de que amaneciera salí huyendo de tu cama.

En tu espejo un testamento: no nos queda nada...

Me senté en la tumbona que estaba a su lado y lo observé con atención. ¿De dónde había sacado la guitarra? Cada vez me desconcertaba más. Tenía los ojos cerrados y parecía profundamente concentrado en sentir la música. No, no era con exactitud la música, era la letra, unas frases tristes y definitivas. Un punto final sin segundas oportunidades. Recordé a mi padre diciendo que había que poner banda sonora a cada uno de los momentos de tu vida; si aquella era la suya, sólo me surgían pensamientos de tristeza, abandono y heridas sin cicatrizar. Me quedé en silencio hasta que él la dio por finalizada y abrió los ojos de forma perezosa para volver la cabeza hacia mí.

—Gracias por haber fregado los platos del desayuno —dijo y, durante unos instantes, su rostro mostró dolor, un dolor escondido en las notas que brotaron desgarradas de su guitarra.

Carraspeé como si emergiera de un hechizo y le sonreí.

—No hay de qué, tú lo has preparado. Era lo justo.

—No lo volveré a hacer, lo de dejarlos sin fregar, digo. Es que hoy tenía un poco de prisa. ¿Has podido estudiar mucho? —preguntó dirigiendo la vista hacia el montón de folios que había sobre la mesa.

—No lo suficiente. Me había preparado un *planning* y no sé cómo lo voy a cumplir.

—¿Te desconcentro?

—No cantas tan bien —repliqué haciendo una mueca.

—No soy cantante —rebatí riéndose.

—Me lo imaginaba.

—Ya puedes tachar otra de las posibilidades.

—¿Has estado espiando lo que escribo? —exclamé irguiéndome con enfado.

—Al igual que tú has estado espiando mis pertenencias.

—¿Cómo sabes eso? ¿Acaso has puesto cámaras de vigilancia?

—Tengo memoria fotográfica, sé en qué lugar dejo mis cosas.

—Sólo quería ordenar mi ropa —me disculpé.

—Sigue en la maleta.

—Se me da fatal ordenar, en general —asumí sin ceder.

Él me regaló otra de sus sonrisas, que podían significar cualquier cosa excepto «te creo», y añadió:

—Por cierto, tampoco soy surfista.

—Ah, y entonces ¿a qué te dedicas?

—¿Importa eso mucho? —inquirió mientras sacaba una bolsita del bolsillo de su bermuda negra y se preparaba un cigarro—. Puedo prepararte uno a ti también.

—No fumo.

—Ya, claro, díselo a la planta en la que apagas las colillas.

—Estoy dejándolo —balbucí enrojeciendo, lo que a él le provocó nuevas risas.

—No es tabaco, es maría de la buena. Quizá te vendría bien, para relajarte un poco.

—No necesito relajarme.

—No es que lo necesites, es que creo que es vital para ti.

—Además, no deberías fumar aquí, éste es un edificio familiar. No quiero problemas.

Y, como si hubiera invocado a la Santa Inquisición, la cabeza de la vecina asomó entre dos geranios.

—Mierda —siseé.

—¡Livia, qué alegría verte!

—Hola, Violeta. ¿Qué tal todo? —exclamé con menos entusiasmo del que pretendía, levantándome para acercarme al muro de un metro y medio de altura que separaba ambas terrazas.

—Pues ya ves —comentó enseñándome un bebé de unos cinco meses que chupaba con ansia el chupete.

—¿Otra niña?

—Sí, tres. Es que ya sabes que Rodolfo quería que fuéramos a por el varón, pero, hija, cosas de mujeres, que por lo visto no sé hacer más que niñas.

—El sexo del bebé en origen lo elige el espermatozoide masculino, aunque no puede decirse propiamente que lo elija. Los espermatozoides masculinos, los que contienen el cromosoma Y, son los más rápidos, mientras que los femeninos, que portan el cromosoma X, son más lentos, aunque más resistentes. Así que debería decirle al tal Rodolfo que se plantee leer un poco más sobre el tema sin elevar a tesis doctorales las conversaciones de bares.

Violeta se quedó blanca y abrió la boca para hablar, pese a que no encontró nada qué decir. Sergio, sabiéndose observado, elevó la vista y expulsó el humo con calma, le guiñó un ojo y continuó hablando:

—Soy Sergio, perdona, no me había presentado.

—Ah, yo Violeta, es un placer —balbució ésta mirándome a mí como culpándome del comentario.

—¿Y Rodolfo no está por aquí? —pregunté por romper el tenso silencio instalado entre los dos.

—No, tenía muchas cosas que hacer en la clínica. Nos ha traído y se ha vuelto a ir. Dice que vendrá el próximo fin de semana.

—Joder, qué bien se lo ha montado el tío —musitó Sergio, aunque su comentario fue perfectamente audible.

Suspiré y sonreí a Violeta. Nos conocíamos desde que éramos niñas. Tenía cinco años más que yo y solíamos pasar los veranos juntas. Sin embargo, nos distanciamos cuando a los veintidós conoció a Rodolfo y quedó deslumbrada por la fortuna de su familia. Colgó los estudios de restauración y se convirtió en la perfecta ama de casa y cría. Durante años la evité porque nuestras conversaciones en susurros, nuestras escapadas a escondidas y nuestras fiestas en la playa eran cosa del pasado y ella se empeñaba en negar que hubieran sucedido. Me dolió un poco su abandono, pero por aquel entonces estaba repleta de nuevas experiencias y tenía a Asier, así que, pese a sus insinuaciones constantes y fuera de lugar, sabía a la perfección que mi vida no estaba destinada a ser como la suya. Apenas habíamos hablado tres o cuatro veces desde entonces. Ella estaba demasiado preocupada por hacerse un sitio entre las demás madres primerizas y yo me cansaba pronto de su conversación llena de anécdotas de cólicos nocturnos, primeras sonrisas, primeras palabras, primeros pasos y milagros diversos de la maternidad. Puede que hubiéramos avanzado en direcciones contrarias, que, con probabilidad, nunca llegarían a cruzarse. Aunque, si la observaba con detenimiento, tampoco es que ella destilara la felicidad de la que presumía constantemente.

—Livia, ¿dónde está Nando? Me gustaría saludarlo, me pareció un hombre adecuado para ti, con la cabeza asentada y un futuro prometedor —barbotó de repente, me imagino que pretendiendo que esa pregunta fuera incómoda.

—En algún lugar de Noruega, no lo sé exactamente —repliqué.

Sentía la mirada de Sergio en mi espalda, quemándome.

—¿Y no le importa que te traigas a amigos?

—¿Quién te ha dicho que seamos amigos? —exclamó Sergio, y ambas lo miramos para ver que sonreía de oreja a oreja, quizá ya con los ojos un poco vidriosos, lo que le provocaba que su color se aclarara hasta alcanzar el dulzor de la miel.

Oí un pequeño gemido gutural de Violeta y me volví para ver cómo enrojecía. No pude evitar una sonrisa de satisfacción y adiviné que estaba comparándolo con su marido, el cual tenía las de perder. Al menos, físicamente. Aunque también, pensándolo, en todo lo demás.

—Mi madre le ha alquilado la habitación —le expliqué.

—¿La única?

—Sí, yo duermo en el sofá cama —le aclaré para apaciguar sus pensamientos pecaminosos, de los que me burlaba en silencio y que me produjeron una risita sarcástica que disimulé con prontitud.

—Guapa, no me importa compartir también la cama —canturreó Sergio.

—¿Tú no deberías estar meditando ya? —inquirí fulminándolo con la mirada.

—¿Hace meditación? —expresó Violeta entornando los ojos con suspicacia, y bajando la voz añadió —: ¿Y sexo tántrico?

Solté una brusca carcajada y miré a Sergio, el cual, sin molestarse por la pregunta, se apresuró a contestarla.

—El sexo tántrico está sobrevalorado, prefiero el convencional. Ya sabes a cuál me refiero, ¿no? —dijo guiñándole un ojo.

Y Violeta enrojeció de nuevo y emitió un pequeño jadeo. Tuve que reprimir las ganas de empujar a Sergio al interior del apartamento y las ganas de reírme de Violeta. Sin embargo, mi ánimo cambió con el siguiente comentario de ella.

—Ah, claro —afirmó fingiendo que ignoraba la respuesta de Sergio y aclarándose la garganta a la vez que lanzaba una mirada furibunda a las dos niñas pequeñas que estaban peleándose por una muñeca en una esquina de su terraza—, que con la situación que tu madre y tú tenéis... Es por eso lo de la habitación, ¿no? Ya me enteré de que...

—Sí —la interrumpí con brusquedad—. Bueno, me imagino que tendrás un montón de cosas que hacer...

—Huy, no sabes tú cuántas. Ahora tengo que bañarlas y darles la cena. Y conseguir que se duerman —mencionó con bastante resignación, y hasta me

dio un poco de lástima.

—Si necesitas ayuda mientras no esté Rodolfo, estoy aquí, ¿vale? —le ofrecí, y ella me sonrió con una pizca de tristeza y se despidió llamando a su pequeño ejército al interior del apartamento.

Con una mueca, me volví y me senté de nuevo. Sergio había cerrado los ojos y parecía haberse quedado dormido, aunque sus dedos se movían con sigilo y ternura sobre las cuerdas sin producir sonido alguno. Durante algunos minutos permanecimos en silencio y agradecí que me diera ese tiempo para serenarme.

—La canción de antes era bastante triste —susurré al fin.

—Pero muy cierta —contestó abriendo los ojos para mirarme.

—¿Desde cuándo tocas?

—Empecé de niño y luego lo dejé.

—¿De dónde eres? No reconozco el acento.

—De todas y ninguna parte.

Resoplé porque supe que era un hombre que no iba a ceder con facilidad. Y me sentí identificada con él. De hecho, hasta empezó a caerme bien. Quizá fuera el suave y picante aroma de la marihuana que todavía flotaba entre nosotros.

—¿Lo haces a menudo?

—¿El qué?

—Drogarte.

—Me he fumado un único porro, yo no lo llamaría drogarse. Y, no, sólo los días muy malos. Tú te atiborras a carbohidratos y fumas a escondidas. La única diferencia entre tú y yo es que yo ya no me escondo de nadie. De hecho, me importa una mierda lo que los demás piensen de mí.

—Eso no es cierto, si lo afirmas con tanta seguridad es porque en algún momento de tu vida eso ha tenido mucho peso para ti. Sí que te importa.

—¿Ahora el pequeño buda eres tú?

—No, hablo por experiencia, a mí me ha marcado siempre lo que los

demás pensarán de mí. Pero nunca se lo diría a un extraño, haría exactamente lo que tú has hecho.

—Ya tienes..., ¿cuántos?

—Veintiocho.

—Pues, nena, con esos años empieza a quitarte lastre o ellos conseguirán hundirte.

—Deja de llamarme «nena» —rebatí con fastidio—. ¿Quiénes son ellos?

—Los que te han traído aquí con la excusa de que tienes que estudiar. Estás huyendo, alejándote, escondiéndote. Llámalo como te dé la gana.

—No me conoces de nada.

—A veces eres cristalina. —Lo miré con interés y ambos bebimos de nuestras respectivas cervezas—. Por cierto, Hoyuelos, ¿quién es ese Nando que anda por ahí?

Resoplé ante mi nuevo apodo y él rio, nada afectado.

—Era mi novio. ¡Oye! ¿Y por qué tengo que contarte a ti mi vida cuando tú no compartes nada conmigo?

—Porque soy un tío con el que es fácil hablar.

Sonrió de forma tan seductora que por un instante fue como si la Tierra dejara de girar. Agité la cabeza para alejar tan perniciosa influencia y me recosté en la tumbona.

—Lo dejamos en febrero, el día de los enamorados —murmuré perdida en mis pensamientos.

—¿Por qué? ¿No querías irte a Noruega? Créeme, ahora allí hay bastante más futuro que en España.

—No fue por eso..., fue...

Se volvió, apoyándose en mi tumbona, y me cogió la cara para que lo mirara. Pegué un respingo al notar sus dedos firmes transmitiéndome calor y me quedé mirándolo sin decir una palabra. Intentaba descubrir qué había detrás de aquella máscara de indiferencia, pero no lo logré.

—¿Qué fue, Livia? —preguntó con ese tono de voz que podía derretir

glaciares.

Inspiré hondo y por un instante el dolor fue tan intenso que se solidificó en mi pecho. Me llevé la mano al vientre en un acto reflejo. Él se dio cuenta y puso la suya sobre la mía.

—¿Cuándo? —inquirió.

—Poco después de Navidad.

—Lo siento.

—No..., yo... Gracias, pero no, no quiero tu lástima. No fue planeado, aunque yo lo quise desde el momento en que supe que estaba ahí. Lo perdí sin ni siquiera darme cuenta. El médico me dijo que era normal que pasara en las primeras semanas. Eso no fue lo que nos separó, fue que para él yo era tan invisible a aquellas alturas de nuestra relación que nunca supo nada. No se percató del cambio de mi cuerpo, de mi olor, de mi sonrisa, de mi ilusión. Ni lo supo durante, ni después.

—Ya, lo entiendo —murmuró apretando mi mano.

Me resarcí casi con violencia, levantándome de un salto, arrepintiéndome de haber hablado demasiado.

—No quiero volver a ser invisible para nadie más. Prefiero estar sola —repliqué entrando en el apartamento.

Me acosté con la angustia aposentada en mi interior como un monstruo devorándome. Doblada en posición fetal, me obligué a dormir, porque sabía que si dormía ya no dolía tanto. Al poco rato, sin hacer ruido, Sergio entró por su propia puertaventana de la terraza a su habitación. Conseguí alcanzar el sueño con la melodía de otra canción, que, no tuve duda, me dedicaba por mi confesión, siendo ésa su forma de disculparse: «*It's amazing how you can speak right to my heart, without saying a word, you can light up the dark...*». ²

Capítulo 4

Heart beats fast... One step closer... *

No quería hacerlo, pero llevaba despierta desde las cinco de la mañana debido al incómodo colchón, así que, con remordimientos y unas intensas ganas de que nuestra convivencia no se convirtiera en un infierno, decidí preparar yo misma el desayuno.

—Joder, Hoyuelos. Cuando te dé el siroco y pretendas quemar el apartamento, por lo menos ten la decencia de avisarme para que salte por la terraza —dijo Sergio con voz ronca, situándose detrás de mí.

—¡Auch! ¡Lo siento! No pretendía... —musité sacando la tostada carbonizada con dos dedos para, a continuación, lanzársela. Él la esquivó con bastante agilidad y se quedó con los brazos cruzados observándome. En ese momento tenía una expresión de dureza y diversión a partes iguales—. Perdón, tampoco quería agredirte. Ha sido un acto reflejo, quemaba y me has asustado.

—Ya, claro...

—Lo digo en serio, me he levantado temprano y he pensado que sería buena idea desayunar juntos.

—Así que te gusta desayunar conmigo.

—Preferiría hacerlo sola, pero como no tengo otro remedio... Soy buena adaptándome a las circunstancias adversas. Ya sabes, como aquellos que viven permanentemente en la melancolía y así no sufren por lo que está por venir, porque, claro, todo lo que llega suele ser malo.

Después de ese discurso mañanero, que lo dejó un pelín desubicado, estuve a punto de coserme los labios por bocazas.

—Ya te lo advertí ayer: es mejor no hablar conmigo antes de que me dé

tiempo a tomarme dos cafés —continué en un simulacro de disculpa.

—Nena, deberías hacértelo mirar, esa visión de la vida que tienes es bastante deprimente, al igual que un poema de Emily Dickinson.

—¿Sabes quién es Emily Dickinson? —pregunté extrañada, sirviendo café en dos vasos de plástico.

—El mío también sin azúcar. Sí, claro que lo sé.

—¿Eres escritor?

—No.

—¿Me vas a decir alguna vez a qué te dedicas?

—¿Para qué? Eso no define a las personas. Creo que eres del tipo que necesitan definirlos, encuadrarlos en el *establishment*, pero no lo vas a conseguir conmigo, Hoyuelos —contestó rascando la parte quemada de una tostada con el cuchillo.

Puse los ojos en blanco por el apelativo y él sonrió. Sólo llevaba puesto un bañador negro de Calvin Klein, holgado hasta la rodilla, y me quedé unos instantes despistada mirándole la perfecta tabla abdominal que habría servido hasta para sacar brillo a la ropa frotándola.

—Pues creo que ya sé unas cuantas cosas de ti que quizá no te guste saber —repliqué viendo que él había seguido la ruta marcada por mis ojos.

—¿Cuáles?

—Tú también te estás escondiendo.

Por un instante atisbé en sus pupilas la alarma, que pronto desapareció para ser ocupada por la indiferencia.

—Ni de coña, no tengo a nadie de quien esconderme.

—¿Nadie?

—Nadie.

—Todo el mundo tiene a alguien.

—Yo no.

—Qué triste, Sergio.

Enarcó una ceja, sintiéndose insultado por el comentario.

—A veces, preciosa, no necesitamos a nadie para ser nosotros.

Sentí que podía ver más de mí que yo de él y eso me dejó preocupada. Como ya empezaba a ser habitual, él lo notó, porque sonrió sesgadamente.

—¿Puedes dejar de llamarme «guapa», «preciosa», «nena» y «hoyuelos»? Me molesta. La amenaza de ayer sigue vigente.

—¿Te molesta que te llame «guapa» y no que te llamaran Livia? Yo estaría muy enfadado con mis padres. —Sonrió de forma socarrona—. Te llamaré sólo «Hoyuelos».

—Livia.

—Vale, Livia Hoyuelos.

Me crucé de brazos y lo encaré.

—El nombre lo eligió mi padre, es... era profesor de latín y griego en un instituto de secundaria. Es por Livio Andrónico, un esclavo que, una vez liberto, llegó a ser el primer maestro de griego de Roma. Fue el fundador de la poesía épica.

—Vaya, es mi turno de disculparme. Aunque, Hoyuelos, podría haber sido peor, imagina que te ponen de nombre Ovidia. Y menos mal que su poeta favorito no fue Catulo, porque si no...

—Me llamaría Lesbia, lo sé —lo interrumpí—. Oye, ¿cómo sabes tú tanto de esto?

Se encogió de hombros de forma adorable y apretó los labios carnosos en una mueca repleta de incompreensión.

—Supongo que lo recuerdo de bachiller.

—Así que hiciste bachiller.

—Que yo recuerde, sí —afirmó terminándose el café—. Deja de investigar, no vas a encontrar nada relevante. Además, tenías que estudiar, ¿no? —añadió recogiendo para llevar los platos y los cubiertos al fregadero.

Me acerqué y le puse una mano en el antebrazo para detenerlo. No fue un gesto íntimo, pero sí lo pareció. Él se quedó inmóvil un instante y suspiró de

forma entrecortada. La aparté porque no quería ser objeto de uno de sus comentarios sarcásticos.

—Ya friego yo, eso sí se me da bien; como has visto, cocinar no es una de mis habilidades.

Se volvió para mirarme de forma directa a los ojos y negó con la cabeza.

—No, lo hago yo. Por cierto, ¿cuáles son tus habilidades?

—Pues podría decirse que soy genial jodiéndolo todo —murmuré.

Y él, de improviso, prorrumpió en carcajadas, dejándome tan sorprendida que di un paso atrás. Ese sonido ronco, peligroso y a la vez intensamente sensual, despertó en mí un deseo desconocido. Para mi alivio, Sergio ni se percató; secándose las manos en el paño de cocina, las acabó apoyando en mis hombros.

—Eres genial también quemando tostadas, dando unas hostias tremendas con planchas, esquivando con habilidad a amigas entrometidas y perdonando a tu madre. Además, preparas un café delicioso, fuerte y rotundo, como casi todas tus afirmaciones.

—Vaya, eso no sé si es bueno o malo.

—Y también haces otra cosa genial.

—¿Cuál?

—Sonreír, cuando muestras esos graciosos hoyuelos en tus mejillas y la luz llega a tus ojos parece que el mundo también sonríe contigo.

—¿Gracias? —murmuré, pero él ya me había dado la espalda y estaba manipulando la vajilla.

Como no dijo nada más, y sintiéndome un poco tonta allí de pie, me alejé hasta la terraza para comenzar mis horas de estudio. Cuando volví a entrar, él ya se había ido.

No regresó a mediodía, así que me preparé un sándwich y decidí continuar un poco más, pero hacía demasiado calor, por lo que puse el aire acondicionado y me instalé en el sofá cama abierto. Me froté el cuello e intenté girar la cabeza de un lado a otro para destensar los músculos, aunque

fue en vano. Dejé caer la cabeza hacia atrás y fue peor, así que me prometí, al terminar de estudiar, hacer los ejercicios prescritos por el rehabilitador para no sufrir otra recaída. Durante más o menos una hora conseguí mantenerme estable, pero el bolígrafo con el que iba apuntando en los laterales de las hojas notas de importancia resbaló entre mis piernas y, al estirarme para alcanzarlo, lo noté. El crujido de mi cuello me dejó inmovilizada y respirando entre jadeos. A punto estuve de pegar un grito. El pánico provocó que me quedara quieta, sin mover ni una sola pestaña, hasta que el rayo que me había atravesado la columna fuera perdiendo fuerza. Reprimí lágrimas de impotencia y focalicé mi mente en otro lugar con gran esfuerzo.

Poco a poco, el dolor pulsante fue remitiendo en uno sordo y molesto. Intenté de nuevo con lentitud girar la cabeza hacia la izquierda y fui incapaz de hacerlo. Levantándome con cuidado de no forzar más el tendón, avancé despacio hasta el baño para darme una ducha con agua caliente, intentando relajar el músculo, aunque fue una empresa imposible. Tras dos noches durmiendo en aquel colchón lleno de bultos y dos días con la cabeza inclinada sobre los papeles, la temida luxación me sorprendió en el peor momento. Me di cuenta de que todavía tendría tiempo de acudir a urgencias de Torrelavega si pudiera conducir. Pensé en recurrir a alguien y un solo nombre vino a mi cabeza: Asier. Lo descarté y preferí continuar sufriendo. Al menos, esperaba que con dos ibuprofenos lograra volver a tener fuerza en el brazo para dirigirme por mí misma al médico. Mientras esperaba que me hicieran efecto, algo mareada, me tumbé boca abajo en el colchón, en la única postura que conseguía mitigar el dolor.

Así me encontró Sergio cuando entró al anochecer. No lo vi, pero lo oí caminar en silencio creyendo que yo dormía, y encerrarse en el baño. Tras darse una ducha rápida, salió con una bermuda de algodón gris y el pelo húmedo. Observé de reojo que abría el frigorífico y cogía una cerveza, para después quedárase mirando con el rostro ladeado y una expresión difícil de

descifrar. Le hice una mueca, sacándole la lengua, y él abrió los ojos asustado y soltó la bebida, aproximándose con rapidez.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¿Tú qué crees? —mascullé intentando incorporarme sin conseguirlo. Me dejé caer con un quejido sobre la almohada, sintiéndome tan impotente que luché por reprimir las lágrimas de frustración.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Te has dado un golpe? ¿Tienes fiebre? —inquirió haciendo caso omiso de mi sarcasmo para palparme el cuerpo y ponerme la mano en la frente. Cuando tocó mi espalda pegué un respingo involuntario.

—Son las malditas cervicales. No puedo girarme —le expliqué.

—¿Te llevo a urgencias?

—Me pincharán. No quiero que me pinchen, odio las agujas.

—¿Y prefieres seguir inmóvil? —exclamó enarcando una ceja con escepticismo.

Resoplé e intenté un nuevo movimiento. Dolió tanto que apreté la mandíbula con fuerza, emitiendo un hondo gemido.

—No puedo —barboté al borde del llanto.

—Eso ya lo veo, pero puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—No te muevas —indicó alejándose hacia el baño.

—Muy gracioso —siseé, y él se detuvo para volverse lentamente.

—Perdona, no pretendía ser gracioso.

—¿Estás nervioso? —le pregunté con asombro.

—Un poco.

—¿Por qué?

—Porque sé que te voy a hacer daño.

Cerré los ojos.

—Pero no demasiado, al menos, eso espero —continuó, alcanzando la puerta.

Durante unos minutos sólo oí que revolvía objetos en el baño y mascullaba

entre dientes, hasta que debió de encontrar lo que buscaba y regresó con una toalla enrollada y un bote con forma octogonal.

—¿Qué es eso?

—Bálsamo de tigre —aclaró destapándolo, y el fuerte aroma a menta inundó mis fosas nasales.

—¿Y funciona?

—Ahora lo comprobaremos. Déjame que te ponga la toalla bajo la cabeza, así, apoya la frente en ella. Necesito que estés recta.

—¿Sabes lo que haces?

—Sí, tranquila —aseguró situándose sobre mí con las piernas abiertas. Procuró no apoyarse en mi trasero, pero noté su cercanía.

—Ay, joder —musité.

—¿Te hago daño? Ni siquiera te he tocado.

—No.

—Bien, voy a quitarte la camiseta, ¿puedes subir los brazos?

—Uno sí, el otro no.

—Vale, ya me las apañaré.

Durante unos segundos forcejeamos con la camiseta hasta que consiguió quitármela por la cabeza. El esfuerzo me dejó agotada y dolorida. Cerré los ojos frunciendo los labios.

—Cuando acabe contigo te encontrarás mucho mejor. Aunque no entiendo por qué no querías ir al médico —susurró, y sé que lo hizo para que yo hablara y me olvidara del dolor unos instantes.

—Soy hija única. La mayoría de la gente tiende a pensar que por ello somos malcriadas y mimadas por ambos progenitores. Se equivocan. A mí me lo exigieron todo sin dividirlo entre hermanos y después tuve que hacerme cargo de..., bueno, de lo que sucedió, sin poder compartirlo. Eso fortalece tu carácter y acabas asumiendo que al fin y al cabo únicamente te tienes a ti misma. Estoy acostumbrada a resolver mis propios problemas.

Me despistó que, con suprema habilidad, mientras yo hablaba, había

desabrochado mi sujetador.

—¿Qué haces?

—Voy a darte un masaje, tienes que tener la espalda descubierta —me explicó con una pizca de diversión—. Por cierto, ¿cómo te lo hiciste?

Supe que estaba mirando la cicatriz que surcaba parte de mi nuca y noté que pasaba un dedo por ella con delicadeza.

—Fue un accidente —resumí, porque no quería contarle qué había ocurrido.

Me ayudó a deshacerme del sujetador por completo y lo dejó a un lado de mi rostro. De improviso me sentí tan vulnerable que bajé el único brazo que podía mover para tapar el borde de piel blanca expuesto. Él me lo cogió con firmeza y lo apartó.

—Livia, que no es la primera vez que veo unas tetas, aunque tengo que reconocer que las tuyas están bastante bien —dijo con intención de que me tranquilizara, consiguiendo exactamente lo contrario.

Me mantuve en silencio, no tenía nada que replicar. Sólo quería que terminara de una vez y dejara de sentir dolor. Esparció crema en sus manos y la frotó para calentarla, después las puso sobre mi espalda y fue trazando círculos con lentitud y sin presionar demasiado, buscando la contractura. En mi orden de supervivencia vital, los masajes estaban en el primer puesto, compitiendo directamente con el chocolate. Comencé a caer en un estado semiinconsciente; me había llevado en apenas unos minutos al punto de relajación en el que el cuerpo parece elevarse y la mente se queda en blanco.

—¿Eres fisioterapeuta? —ronroneé.

—No.

—Pues tienes unas manos mágicas.

—¿Cuántas pastillas te has tomado? —inquirió entre risas.

—Dos. Si no llego a la morfina, soy consciente de todo.

—Pues prepárate, Livia, que ahora va a doler más.

—¿Tienes morfina?

—¿No decías que mis manos eran mágicas?

—No creo que lo sean tanto —murmuré anticipándome a lo que estaba por llegar: un nuevo latigazo y la recuperación de la movilidad en el brazo, con el consiguiente hormigueo y la molestia durante horas.

—Contaré hasta tres para que estés preparada.

—Vale —dije cerrando los ojos como si con eso pudiera evitarlo o, al menos, disminuirlo.

Cogió mi mano y estiró mi brazo hacia atrás al tiempo que hacía presión a un lado de mi cuello. Sus manos eran cálidas, firmes y ligeramente ásperas. Y sabía lo que hacía.

—Uno, dos...

—¡Ahhhhh! —grité pegando un respingo que dobló mi rodilla y provocó que le golpeará la espalda con el talón. No se quejó, sólo se apoyó más sobre mi cuerpo para inmovilizarme.

Me estaba mareando del dolor y sentí náuseas. Gemí en voz baja apretando el puño de la mano izquierda.

—Livia, un poco más. ¿De acuerdo? Necesito que el músculo vuelva a su sitio, y tienes que cooperar.

—Seguro que me has roto algo y no has avisado. Traidor —siseé.

—Si hubiera esperado, te habrías tensado más. Un pequeño truco —contestó, y sin verlo supe que estaba sonriendo.

Sin más palabras, comenzó de nuevo a masajear mi espalda, esta vez con mucha más suavidad, incidiendo con los dedos en el músculo herido. Una y otra vez, sin descanso. Sentí que mi cuerpo entraba en calor en contacto con el suyo. El aroma a menta, junto con nuestras respiraciones, cargó el ambiente, que se volvió pesado, como si algo eléctrico flotara sobre nosotros. Disminuyó la intensidad del masaje y éste se volvió suave, con caricias que notaba como alas de mariposa rozándome la piel. La yema de su pulgar se detuvo un instante más de lo necesario en la curva de la clavícula. Las sensaciones se acrecentaron. Aspiré el olor de la crema junto con el del jabón

de ducha que llevaba impregnado Sergio. Su mano abarcó parte de mi costado y, con delicadeza, pasó todos los dedos por la carne blanda del pecho semiexpuesto. Proferí un quedo gemido y mi cuerpo elevó su temperatura, sintiendo cómo centraba cada vibración en el vientre. Me revolví algo inquieta y él suspiró. Mis pezones emitían pequeñas y placenteras descargas cada vez que él se aventuraba cerca de la zona, deseando que los tocaran, excitándome más cuando acariciaba con la levedad de una pluma. ¿Estaría dándose cuenta él o sería un reflejo de mi propio cuerpo? Debía de ser esto último, y exhalé un gemido entrecortado al percatarme de que llevaba muchos años sin que nadie me tocara de esa forma tan particular y cariñosa.

—¿Mejor? —preguntó Sergio con voz ronca, alejándose de turbulentos pensamientos.

—Mucho mejor, gracias —aseguré emitiendo un suspiro alentador.

Podría haber detenido el masaje en ese momento, pero no lo hizo. Las palmas de sus manos abarcaron ambos lados de mi columna y descendieron hasta el límite tapado por el short, dejando que varios dedos se aventuraran dentro de la cinturilla. Jadeé de forma inconsciente. Lo deseaba casi con desesperación. Quería darme la vuelta, sentir aquello duro que presionaba mis nalgas dentro de mí. Quería volver a sentir algo, simplemente. Ahogué un jadeo cuando sus dedos subieron por mi espalda de nuevo, recorriendo el límite de mis pezones y haciéndome cosquillas en las axilas. Nuestras respiraciones se acompasaron y después se volvieron erráticas. El impulso sexual se desató entre nosotros.

—¿Livia? —susurró deslizando su aliento cálido en mi cuello, con tanto erotismo que estuve a punto gemir.

—¿Mmm?

—¿Quieres que siga? —continuó con ese tono de voz persuasivo, con esa caricia en forma de aire con sabor a menta, mientras me apartaba el pelo del rostro. Se inclinó sobre mí y sentí el calor de sus labios en el lóbulo de mi oreja, el roce de su barba de tres días en la piel de mi nuca.

Entonces me di cuenta de que, si le decía que sí, estaba perdida. Luché contra mis propios demonios, con el latir desenfrenado de mi corazón, deseándolo. Tan sólo sería sexo, pero también era mi compañero de piso ese mes. Algo que complicaría mucho las cosas, y yo ya tenía suficientes complicaciones. Era una mala idea y lamenté que las malas ideas fueran siempre tan atractivas.

—No, ya ha remitido el dolor —murmuré fingiendo que no había sucedido nada, cuando había estado a punto de pasar todo.

Él asintió en silencio y se apartó de mí, levantándose con rapidez. Me giré, cubriéndome con la manta, y lo observé. Se mesaba el pelo con gesto contrito, sin disimular su erección.

—Lo siento, se me ha ido un poco de las manos. No sé qué me ha pasado, aunque te prometo que no volverá a ocurrir —murmuró.

—Tienes razón, creo que no es buena idea. Apenas nos conocemos y... ni siquiera nos sentimos atraídos el uno por el otro —repliqué deseando no humillarme más.

—Es verdad —afirmó de forma tensa, y entró en la habitación. Salió al cabo de un par de minutos vestido con un pantalón vaquero y una camiseta descolorida. Se había soltado el pelo, que le tapaba parte de la cara—. ¿Por qué no me lo dijiste el primer día? Te habría cedido la habitación —determinó.

—No me gusta quejarme —contesté.

—A partir de hoy dormirás en la cama. ¿Entendido?

—No me importa dormir aquí.

—Y yo no quiero discutir, ¿de acuerdo? Así que intenta descansar —me dijo como despedida.

—Y tú pásatelo bien con quien... con lo que... vayas a hacer.

—Lo intentaré, preciosa, por primera vez en mi vida soy libre y eso hay que aprovecharlo —aseguró haciendo una mueca entre amarga y resignada.

Me quedé mirando la puerta cerrada unos instantes, notando la soledad

como si ya me hubiera acostumbrado a vivir con él, algo absurdo, puesto que sólo habían transcurrido un par de días. El apartamento sin su presencia me parecía vacío, insonoro, triste. Y me moría de curiosidad por saber adónde o con quién iba a salir.

Cuando estaba cayendo en un sueño sin dolor me percaté de que su última frase había sido la primera debilidad en cuanto a su persona que había confesado, pese a que él ni se hubiera dado cuenta de ello.

Capítulo 5

*I think about you in the summertime**

A la mañana siguiente desperté tarde y completamente relajada. Me quedé unos instantes respirando la paz, remoloneando en un duermevela tranquilo en el que no hubo resquicios de las pesadillas que solían atormentarme en la oscuridad.

Y, de repente, me incorporé dándome cuenta de que no estaba en el sofá cama. Emití un leve quejido y me masajeeé el hombro, pero el dolor era soportable. Sabía que me molestaría un par de días, no más. En algún momento de la noche pasada, que yo no recordaba, Sergio debía de haberme trasladado hasta la cama. Desconcertada, me levanté, me puse una camiseta y salí a la cocina. Había dejado entreabierta la puertaventana de la terraza y una suave brisa movía las cortinas. También había montado el sofá cama por si yo lo necesitaba para estudiar y todo estaba recogido, excepto por la cafetera, con la bebida todavía caliente y un plato de napolitanas de chocolate sobre una nota manuscrita. Tenía que reconocer que era sencillo convivir con él, mucho mejor que con mi madre, desde luego.

Creo que lo correcto, y dado que no me gustaría que mi compañera de piso se fuera rompiendo a cachitos, y, sobre todo, para evitar futuras tentaciones, es que te ceda la habitación. Espero que hayas dormido bien. Recupera fuerzas para estudiar. Nos vemos esta noche.

Firmaba: «Sergio» y una gran «D» mayúscula sobre el nombre.

No pude evitar una sonrisa que brotó desde lo más hondo de mi alma, calentándola tanto como sus caricias en mi piel. Y así estuve buena parte de la

mañana y de la tarde, en la que por fin conseguí la meta marcada para ese día. Con un suspiro de satisfacción, dejé los apuntes, me puse el bikini y cogí la bolsa de la playa.

Al caer el sol era la hora perfecta para acercarse a la costa. Caminé por el paseo marítimo y decidí dejar la toalla junto a las rocas. La marea estaba subiendo y, armada con mi iPod Nano, comencé a andar a paso rápido por la arena mojada, disfrutando del frescor del mar en mis piernas. En unos minutos habría conseguido atravesar la playa, salvo porque me topé con un obstáculo en forma de tiras de plástico sujetas por picas. Había olvidado que a esa hora acotaban parte de la playa para los cursos de surf. Puñados de gente se arremolinaban con curiosidad para observar a los más pequeños e inexpertos dar sus primeros pasos sobre las tablas. Mi corazón se aceleró e intenté retroceder, atropellando al grupo de ancianos que caminaban tras de mí. Pensé en adentrarme en la arena, pero vi el montón de tablas apiladas, bien custodiadas, y descarté la idea. ¿Y si me metía en el agua intentando proteger el iPod y nadaba hasta esquivarlos? Finalmente aproveché una nueva acometida de señoras que caminaban conversando, me mezclé entre ellas, calándome el fedora, y avancé despacio. Apenas eran treinta metros. Debería haberlos superado con suma facilidad. Aunque no lo conseguí.

—¡Livia! ¿Eres tú? —exclamó un hombre de unos cuarenta años que se acercaba con rapidez a mí.

No tuve más remedio que detenerme y elevar la vista intentando mostrarme serena, intentando que él no viera lo que me afectaba encontrármelo.

—Asier, qué alegría volver a verte. ¿Cómo estás? —le pregunté.

Asier. Asier. Asier.

Él.

Me miraba con expresión concentrada y también sorprendida, vestido con el traje de neopreno. Su pelo oscuro ya peinaba algunas canas que acentuaban su elegancia innata. Durante años había permanecido a su lado comprobando cómo se transformaba de un joven atractivo a un hombre impresionante. El

adolescente delegado de clase, posterior líder, campeón de surf y triunfador en cualquier meta que se propusiera. La gente lo adoraba, lo jaleaba, pero él sólo me amaba a mí, de eso no tuve nunca duda. El hombre que me había llevado a lo más alto. Aquel en cuyo hombro había apoyado mi cabeza y me había relajado porque sabía que nunca me fallaría, que en él se podía confiar, que siempre me protegería. Livia y Asier. Asier y Livia. Creí que siempre sería así, una unidad indisoluble, indestructible.

Sin previo aviso, me abrazó, dejándome sin respiración. No contento con eso, me alzó entre sus poderosos brazos y giró conmigo, hasta que consiguió que me brotara una risa sincera. Protesté sin mucha energía para que me bajara al suelo.

—Yo bien, ¿y tú? ¿Cuándo has llegado? ¿Es que no pensabas venir a saludar a tu viejo profesor? —inquirió dejándome en la arena algo tambaleante, aunque siguió sujetándome con su firme cuerpo por si caía.

Incómoda, agradecí que tuviéramos que separarnos para que pasaran los alumnos portando sus tablas de surf. No había rastro de recriminaciones o rencores por su parte. Hasta en eso demostraba su nobleza.

—Llegué hace tres días, tampoco he tenido tiempo para hacer mucho, la verdad.

En ese momento oí gritar instrucciones a uno de los monitores y empalidecí.

—¡Carlitos, levanta más esos hombros o nunca aprenderás a ponerte en pie sobre la tabla!

Asier siguió mi mirada y sonrió sin haber apreciado mi nerviosismo.

—Es el nuevo, ven, que te lo presento.

—Yo no... —Y no me dejó decir más, pues ya estaba arrastrándome por la orilla tirando de mi mano.

Sergio se volvió con gesto ceñudo cuando lo llamó, pero lo cambió al ver que era Asier, y después me miró a mí con una expresión que venía a decir: «¿Qué coño haces tú aquí, y con él?».

—Sergio, te presento a una de nuestras antiguas alumnas y también campeona en varias categorías, Liv *the Reckless*.

Su rostro adoptó en segundos un color rojizo para descender al blanco y después estabilizarse en sonrosado, abriendo los ojos en una muestra de incredulidad más que palpable.

—¿Liv *la Temeraria*? ¿Es una broma? —balbució.

—No. Yo fui su profesor desde niña. Esta mujer lleva la sal en las venas.

—Y kilos de azúcar, créeme —afirmó Sergio recuperándose de la impresión.

—¿Os conocéis? —inquirió Asier.

—Somos compañeros de piso, mi madre le alquiló la habitación —expliqué.

—¿Le alquiló el apartamento contigo dentro? —exclamó intrigado y algo molesto.

—Yo no entraba en el paquete —rebatí.

—Habría aceptado igual, un incentivo. Aunque no lo supe hasta que llegué —aclaró Sergio, devolviéndole el golpe a Asier.

Los observé, retándose con la mirada, y me pregunté si yo sobraría en esa conversación.

—Ah, ya entiendo, lo que pasó con tu padre que... —comenzó Asier.

—Sí, eso —mascullé interrumpiéndolo y lamentando que todo aquel que me conociera supiera también cómo acabó la historia. Una historia que no estaba dispuesta a contarle a Sergio.

—Bueno, lo que decía, yo la entrené desde los ocho años hasta los veintidós, que fue cuando lo dejó. Algo que me enfadó bastante, porque pocas personas tienen su don. Era meterse en el agua y mimetizarse, sabía en qué momento justo cazar la ola y mantenerse en ella. Se comunicaba con el mar.

—Oía a las olas —musité mirando el horizonte sin una sola nube.

Eran recuerdos agradables, a los que recurría cuando todo a mi alrededor se desmoronaba. Recuerdos tan privados que pocas veces compartía.

—¿Y no te animas a volver? Cada año tenemos más niños y nos vendría bien tu ayuda —pidió Asier con una expresión aparentemente indiferente.

Suspiré y lo enfoqué, ya no habría más mentiras.

—No, gracias. Ahora mismo es imposible. No he vuelto a coger una tabla.

—Lo sé, tu tabla sigue expuesta en la escuela, pero puedes recuperarla cuando quieras —añadió—. Todo está tal y como lo dejaste cuando te fuiste.

Sonreí sin comprometerme, había elegido esa última frase a propósito y escondía mucho detrás de ella. Sergio ladeó la cabeza y pareció adivinar que había habido algo más entre nosotros. Rememoré algunos momentos de mi niñez y mi adolescencia y cómo había sido Violeta quien había insistido en empezar a practicar surf porque estaba medio encaprichada de uno de los monitores. Ella lo dejó al cabo de un par de años; para mí se convirtió en una forma de vida que me había costado mucho arrancar del corazón. Mis veranos en Suances no habrían sido lo mismo sin el surf, ni sin Asier. Por un momento sentí tanta añoranza que las lágrimas se agolparon en mis ojos, humedeciéndolos.

—Lo siento, Asier, tengo un poco de prisa —me disculpé.

—Yo tengo que volver al agua o alguno se me ahogará —dijo Sergio despidiéndose, después de echarme una nueva ojeada como asegurándose de que era yo y no una gemela sustituta.

—Prométeme que algún día vendrás a la escuela, aunque sólo sea para tomarnos unas copas y recordar los viejos tiempos —insistió Asier.

—Lo haré —murmuré, poniéndome de nuevo los cascos para continuar mi paseo.

Aunque ya no fue lo mismo, el pasado acechaba caminando detrás de mí, en cada risa que oí, en cada beso que di, en cada ola que me empujó, hasta que ya no pude continuar y rodeé la playa para recoger mis cosas y regresar al apartamento.

Al llegar me di una ducha y me dejé el pelo suelto, para que se secara al aire. Vestida con un peto corto de lino negro, salí con una cerveza a la terraza

y me senté en una de las tumbonas, sin ánimo para nada más. Llevaba ya tres bebidas y un considerable abotargamiento mental cuando Sergio, también recién duchado, apareció llevando puestas una bermuda de algodón azul marino y una camiseta en un tono más claro, además de otra cerveza en la mano. Se sentó junto a mí con un suspiro de cansancio.

—¿Has cenado? —me preguntó.

—No me apetece —repliqué, sumida en mis pensamientos.

—Yo he picado algo en el bar que hay al lado de la escuela, pero puedo prepararte lo que quieras.

—No hace falta, estoy bien así.

Sergio resopló y dio un sorbo a su cerveza.

—Así que Liv *the Reckless*... Livia Roma. ¿Cómo no fui capaz de asociar ese nombre contigo?

—Sería el golpe en la cabeza —contesté haciéndole una mueca—. Por cierto, ¿cómo lo tienes?

—Compruébalo por ti misma —me indicó.

Inclinándome sobre él, metí con cuidado los dedos entre su frondosa cabellera del color de la canela hasta que noté el pequeño bulto y la costra formándose sobre él. Quizá habría necesitado un par de puntos. Salvo aquella diminuta imperfección, su cráneo era magnífico.

—Lo siento, no pretendía golpearte tan fuerte. A veces me dejo llevar —me excusé.

—¿En todo? —inquirió él con una sonrisa sesgada.

Entorné los párpados en su dirección.

—No, en todo no.

—Pues es una pena, Hoyuelos, porque tú y yo nos divertiríamos de veras con ese ímpetu que tienes dentro —replicó bebiendo un largo trago de cerveza, y continuó como si tal cosa—: Aunque sí que querías golpearme, pero no pasa nada, yo habría hecho lo mismo si pensara que alguien quisiera entrar en mi casa sin invitación. No obstante, después de saber quién eres,

hasta me siento afortunado de que estos años retirada de competición te hayan ablandado —replicó con una sonrisa.

—No me he ablandado.

—No, claro que no, Hoyuelos —me pinchó.

—Podría recuperar el tiempo perdido, pero no me interesa.

—Ya... Por cierto, esta noche hemos hablado de ti y visionado alguno de tus entrenamientos. Fuiste campeona de España varias veces. Has surfeado La Vaca. —Agitó la cabeza y me miró fijamente—. ¿Cómo demonios conseguiste salir viva de allí? ¿Es que no tienes miedo a nada? Diego me ha contado que surfeaba contigo y ha dicho que eras «la tía más letal que he conocido en mi vida, aparte de tener unas piernas de infarto».

Entorné los ojos, sin observarlo, y sonreí ante la mención de Diego. Era un par de años mayor que yo y había estado presente en cada uno de mis memorables momentos, que tanto parecían fascinar a Sergio.

—¿Es monitor? —inquirí, ya que nunca lo habría imaginado con la paciencia suficiente como para lidiar con un puñado de aficionados.

—Sí. ¿Me puedes explicar cómo una mujer como tú ha acabado dando paseos por la orilla de la playa acompañando a los del Inverso?

—Caminar es muy sano —afirmé.

—No lo dudo, pero para alguien acostumbrado a la adrenalina puede ser desesperante.

—No lo es. Es relajante.

—La lesión te la hiciste surfeando, ¿no? ¿Lo dejaste por eso?

—Sí, me la hice porque arriesgué demasiado, y fue en La Vaca precisamente. No fui capaz de prever el golpe de aquella inmensa masa de agua y me empujó arrinconándome contra los acantilados, en la zona llamada el Pico del Elefante. Si no llega a ser porque apareció la moto de rescate, no lo cuento. Iba tumbada en la tabla viendo cómo la serie de olas se acercaba más y más, creyendo que no nos daría tiempo a llegar a la orilla. En la arena, cuando las fuerzas me abandonaron, me di cuenta de que me había golpeado en

la nuca. Perdí el conocimiento y durante dos días fui la mujer más feliz del mundo, embriagada en una nebulosa de drogas para paliar el dolor. Aunque, no, no lo dejé por eso.

—¿Seguro? —Resoplé con cansancio, sin embargo, la curiosidad de Sergio parecía no tener fin—. Tampoco entiendo que te atiborres a bollería industrial como medio de vida. —Iba a replicar, pero él se me adelantó—: Aunque, en realidad, lo que no entiendo es dónde demonios lo metes.

Enarqué una ceja con sarcasmo, sin ánimo para bromas.

—¿Estás intentando piropearme a tu manera totalmente torpe? —inquirí dando un sorbo a mi cerveza.

—Si quisiera piropuarte te diría que tienes un cuerpo de escándalo, que tu pelo, así suelto, me vuelve loco y que cuando me miras, como lo estás haciendo ahora, con ganas de matarme haces que me muera por besar esos labios enfurruñados —determinó con seriedad.

¿Seriedad? Esa palabra no entraba en el vocabulario de Sergio, al menos, no en el del Sergio que él pretendía mostrar. Apenas pude fijar ese pensamiento cuando una voz chillona y aguda nos interrumpió con muy mala puntería.

—¡Hola! Huy, ¿molesto? —preguntó Violeta asomándose entre dos geranios.

—No, nunca lo haces —le dije.

La respuesta de Sergio fue un poco más violenta, en forma de un gruñido que no pude definir.

—Sólo quería decirte que me he encontrado viniendo con las niñas de la playa a Asier.

—Sí, yo también.

—Ya lo sé, y me ha dicho que te había invitado a pasarte un día por la escuela y, bueno, cuando venga Rodolfo igual puedo dejarle a las niñas y acercarnos el viernes o el sábado. Una sugerencia, nada más, si tú no quieres por lo que pasó entre vosotros, lo entiendo.

Sentí la mirada de Sergio fija en mí después de la última frase, pero lo ignoré.

—Claro, sería un buen plan. Yo estoy libre, así que cuando tú puedas.

—Pues cruza los dedos o reza una novena a la Virgen de la Milagrosa, porque, conociendo a Rodolfo, si le digo que tiene que quedarse con los tres monstruos una noche igual le da un síncope.

—Pues si no puedes, nada.

—Aunque debemos intentarlo, ¿no crees? —exclamó incluyéndome a mí en ese «debemos», por lo que adiviné que lo deseaba y lo necesitaba mucho más que yo.

—Por supuesto, seré tu apoyo logístico.

—Eso, como cuando éramos adolescentes, que anda que no tuve que mentir yo por ti.

—Creo que mentí yo mucho más por ti, no lo olvides.

—¿Sí? Claro, que fue cuando empezó a descontrolarse todo y te permitían demasiado.

No contesté, pero sí cerré los ojos con hastío pidiendo paciencia, aunque ella, emocionada por una noche libre, ni se percató de lo que me afectaron esas palabras.

—Entonces, hecho. Voy a acostar a las niñas. —Se despidió hasta con alegría, como si hubiera encontrado un pequeño resquicio de libertad en su cadena perpetua.

Me recosté de nuevo en la hamaca y cogí la cerveza. Bebí un trago y la mantuve en la mano, dándole vueltas al presente y al pasado, que, esa noche en particular, tendían a mezclarse.

—¿Qué hubo entre Asier y tú? —inquirió de pronto Sergio, sobresaltándome.

Me quedé en silencio y él se removió inquieto en la hamaca contigua. No lo hice para forzarlo a hablar, sino porque yo no quería hablar.

—He notado algo entre vosotros, como si, al miraros, una corriente de

electricidad se extendiera por el aire, uniéndoos —continuó, y me pregunté si era tan observador con todo o sólo con lo que le molestaba. Porque estaba claro que aquello lo había incomodado.

—¿Por qué tengo que contártelo si tú no me cuentas nada de ti? —respondí en voz baja.

—Yo no tengo nada interesante que contar, pero tú estás resultando ser una caja de secretos muy apetecible y totalmente irresistible —murmuró.

Me reí sin ganas y lo enfoqué. Con aquella luz de luna que sombreaba su rostro resultaba tan atractivo como un imán del tamaño de un asteroide. Su pelo brillaba cada vez que su cabeza oscilaba y los ojos parecían habersele aclarado. Se rascó la barba de varios días y suspiró, resignado a mi ostracismo.

—Asier fue mi monitor primero y después mi entrenador personal —le aclaré.

—Y, en medio, ¿qué fue?

—Yo tenía ocho años cuando empecé, y él veinte. Nos llevábamos doce años, no sucedió nada.

—Y cuando tú tuviste dieciocho y él treinta...

Dejé la vista vagar por el cielo cubierto de estrellas sintiendo tal añoranza del pasado que dolió como si me clavaran algo punzante en mitad del corazón. Suspiré y me aclaré la garganta.

—Fue un poco antes de que cumpliera los dieciocho. La mitad de las alumnas estaban locas por él, excepto Violeta, que adoraba a su hermano menor. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Pues no lo sé, nunca me ha pasado. A mí no me parece nada atractivo, el pensar en besar su cara peluda me espanta.

Lancé una carcajada que hasta a mí me sorprendió, y él rio conmigo.

—Una cosa llevó a la otra y acabamos enamorándonos. Joder, me enamoré de una forma demente. No veía más que por sus ojos. Mis veranos eran más veranos con él. El sol lucía más, todo era más brillante, más intenso, más real.

—¿Y por qué lo dejasteis?

—Porque no tenía futuro. Yo sólo venía tres meses y el resto del año estábamos separados, excepto por las pocas veces que podía escaparse a Madrid o viajábamos a alguna competición. Fue el primero y el mejor, el que nunca se olvida. El que idealizamos. Además, nuestra diferencia de edad se hizo patente enseguida. Él quería algo que yo no podía darle. Había empezado a estudiar Derecho y él quería que me trasladara con él a todos los torneos, que nos...

—Quería que os casarais.

—Sí. Aunque yo no quería esa vida para mí. ¿Cuántos años me quedaban en la alta competición? Seis o siete, como mucho diez. Y después, ¿qué? No me veía regentando la escuela, con dos o tres niños, viendo cómo él me comparaba con nuevas promesas. Nunca rompimos, simplemente nos separamos.

—¿Por qué piensas que él te habría cambiado por otra más joven?

—Porque todos acaban haciéndolo.

—No todos, Livia.

—¿Ahora me estás diciendo que crees en el amor eterno?

—¿Tú no? —preguntó extrañado—. Eres más rara de lo que me temía.

Cabeceé y bebí otro sorbo. Mi ánimo seguía siendo pésimo.

—¿Es que tú alguna vez te has enamorado hasta perder la cabeza por ella?

—Sí, y no sólo perdí la cabeza. Lo acabé perdiendo todo.

Lo miré extrañada, pero ahora era él el que parecía no tener ganas de exponer su vida. Todavía le dolía, quizá demasiado. La tensión repentina de su cuerpo, su gesto contraído en una mueca indiferente, esa máscara que se ponía para protegerse. Y sus ojos. Los ojos de una persona son incapaces de mentir, y los suyos me mostraron la desolación más absoluta. Sentí el irrefrenable deseo de acariciarle la mejilla, de decirle que aquello pasaría con el tiempo. Nunca se olvidaría, pero las heridas cicatrizarían. Sin embargo, ¿quién era yo, incapaz de creerme mis propias palabras, para consolarlo a él?

—Livia —me llamó levantando de pronto la vista.

—¿Qué?

—Creo que él sigue sintiendo algo por ti —murmuró de forma alicaída.

—¿Por qué lo dices? —inquirí sin mucho interés.

—Porque no ha dejado de hablar de ti durante toda la tarde y parte de la noche. Porque su humor, que normalmente es agrio, se ha dulcificado hasta el punto de que todo el mundo le ha dicho que parecía otra persona. Y porque ha intentado sonsacarme si nosotros somos compañeros de piso o de cama.

Tuve que reconocer que una pequeña, pequeñísima, llama dentro de mi pecho se encendió, aunque ya era tarde. Tarde para él y para mí.

—Él es el pasado, los dos hemos cambiado en estos años —asumí intentando olvidar el calor que sentía.

—Él no, pero puede que tú sí, porque tú sigues buscando aquello que buscabas sin lograr encontrarlo. ¿Por qué has venido aquí en realidad? ¿Únicamente para estudiar este mes, o ésa era la excusa para comprobar si lo que te estoy contando es verdad?

Volví a suspirar. Sergio tenía una acusada empatía, no había contado con ello.

—¿Me estás psicoanalizando? ¿Eres psicólogo? —pregunté con intención de cambiar de tema.

—No lo soy. Ya puedes tachar otra profesión de tu lista.

—Vaya, no eres nada de lo que me gusta —dije mohína.

—Livia, tu problema es que no sabes lo que te gusta —resumió él, consiguiendo que lo mirara con una pizca de enfado. Esa noche no estaba preparada mentalmente para charlas moralistas.

—Sí lo sé.

—No lo sabes porque ni siquiera sabes quién eres tú misma. Cuando te encuentres, entenderás que no todo era tan difícil.

—Sí que sé quién soy y lo que quiero.

—Permíteme que lo dude. Por cierto, yo también estoy invitado a ese

encuentro y estoy deseando ver a Liv *la Temeraria* en acción.

—Liv *la Temeraria* murió hace mucho —mascullé.

—Bueno, siempre puede llegar alguien y resucitarla.

—¿Te estás ofreciendo?

—De momento voy por buen camino, siempre acabo enfadándote por una cosa u otra.

Le sonreí y sentí un pellizco en el alma, quizá un soplo de cariño, que descarté al darme cuenta de que Sergio era un peligro para mi estabilidad.

—Sí, reconozco que en eso eres bueno de narices.

—Bien, pues aquí tu *enfadador* se va a acostar, Asier y los niños me han pegado una paliza esta tarde de las buenas.

—Blando —susurré como despedida.

—Gracias, Hoyuelos —exclamó entrando por la puertaventana al salón. Y estuve segura de que él adivinó que me había dejado sonriendo y maldiciendo a la vez.

Una hora después, todavía seguía en la terraza desenterrando recuerdos y bebiendo cerveza. Tenía la extraña sensación de que, en algún momento de mi vida, sin que yo fuera consciente de ello, me había visto en una encrucijada y había elegido el camino incorrecto. El camino que me estaba alejando de todo aquello que quería. Deseé regresar al principio, volver a aquel Suances, el único sitio que consideré mi hogar desde que mis pies tocaron la arena de la playa. Anhelaba reencontrarme con la persona que una vez fui, a la que apodaron la *Temeraria*, la que no tenía miedo de nada. Suspiré y me froté la frente sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria. Y justo en ese momento sonó mi teléfono móvil. Al cogerlo vi que se trataba de una videollamada de mi mejor amiga, Marta. Me esforcé todo lo que pude en aparentar que estaba bien y no a punto de coger mis cajas y volverme a Madrid en cuanto amaneciera.

—Hi, Liv. ¿Cómo va todo? ¿Ya estás en Suances?

—Sí, llegué hace tres días —murmuré alejándome con el teléfono en la mano para no despertar a Sergio con nuestras voces.

—¿Adónde me llevas? —exclamó ella con el vaivén.

—Sergio está durmiendo y no quiero despertarlo —aclaré bajando el tono.

—¿Qué me he perdido? Hablamos justo el día antes de irte y, que yo recuerde, no mencionaste a ningún Sergio —dijo arrugando la nariz y provocándome una risita nerviosa que brotó ante su gesto. Se apartó la melena morena con un golpe de mano y me amenazó con un dedo en alto—. Ya puedes empezar a largar.

—No es lo que tú piensas.

—No sabes lo que estoy pensando —replicó.

—En serio. Mi madre le alquiló el apartamento, ya sabes que...

—Lo sé —asintió con gesto súbitamente serio.

—Bien, pues que no tengo más remedio que compartirlo con él.

—Vale, ¿y?

—¿Y qué?

—¡Joder! Pues que me cuentes cómo es: alto, bajo, feo, guapo, rico, pobre, con cuerpazo, *fofisano*..., esas cosas.

—Ya veo que tus valores humanos cada vez son más altruistas —musité.

—No me vengas con rollos, que estoy de la fama esa de que los escoceses están tremendos hasta las narices. Llevo aquí trece meses y he contado ocho tíos potables, el resto te producirían indigestión.

—Fuiste a convalidar tu título de Económicas, no a ligar, que yo recuerde.

—Te mentí, como hago siempre, por otro lado. Podría haberme ido a Malta. ¿Por qué crees que elegí Edimburgo? ¿Por el castillo? ¿Por su clima lluvioso y con la maldita niebla que se clava en las costillas como astillas de hielo? No. Lo elegí por las famosas novelas románticas que ensalzan a los escoceses y las malditas ganas que yo tenía de levantar faldas.

No pude reprimir una carcajada y tuve que taparme la mano con la boca.

—¿Y has levantado muchas faldas? —le pregunté.

—Algunas, pero tampoco creas que merece la pena. Con el frío, ya sabes que ciertas cosas se encogen.

Seguí riéndome ante su gesto frustrado y me alegré de haberme quedado un poco más en la terraza. Marta tenía algo que siempre acababa por animarme.

—¿También la de Ewan? ¿O Ewan no se pone falda?

Ewan era su..., no sabría cómo definirlo. Era el dueño de la cafetería donde trabajaba, un escocés de las Highlands, pero por sus comentarios sesgados suponía que para ella era algo más. Discutían a menudo y ella solía decir que tenía una peculiar debilidad por las españolas debido a que hacía bastantes años estuvo colgado por una que trabajó en otro pub que poseía en un minúsculo pueblo de nombre impronunciable en las montañas. Sin embargo, me temía que ese famoso Ewan era uno de los ocho escoceses potables que había encontrado en Edimburgo. También debía de ser un reto para ella y algo muy importante por su silencio, ya que, al contrario que otras personas, valoraba su privacidad por encima de todo. Tuve la confirmación de que algo sucedía cuando mencioné su nombre y ella, en respuesta, enrojeció y carraspeó.

—Es mi jefe, Livia.

—¿Y?

—Y también unos cuantos años mayor que yo.

—Sabes que eso no es impedimento alguno.

—Viene muy poco al pub, también trabaja a tiempo parcial en la universidad dando clases de literatura, creo que se llevaría bien contigo.

—¿Puedes preguntarle si conoce a Harold Shelby? —inquirí ilusionada.

—Desde luego, si no acabamos tirándonos los trastos a la cabeza.

—¿Tan enamorada estás?

—¡No estoy enamorada!

—Por supuesto que no, ¡qué tontería acabo de decir!

Suspiró y torció el gesto.

—No quiero perder el trabajo Livia, pero tampoco quiero perderlo a él...

—¿Quién te ha dicho que lo perderás?

—Necesito los papeles en regla al menos hasta que en septiembre pueda empezar en la empresa que te comenté.

Aquello me devolvió a la realidad y olvidé a Ewan al instante.

—¿Has conseguido el puesto? —inquirí sonriendo ampliamente.

—Sí, voy a empezar como *personal assistant*, pero tengo posibilidades de ascender. Ya he pasado el último examen. Tú, ¿qué tal con las *opos*?

—Fatal, cada día me cuesta más estudiar.

—Sólo te queda un mes, seguro que lo llevas bien. Además, ya sabes que tenemos un plan B.

—Tú tienes un plan B, yo nunca accedí a él.

—Siempre hay que tener un plan B, y como lo has pasado tan mal este año decidí programarlo para ti. Liv, piénsalo bien, nunca quisiste ser profesora y aquí tienes un trabajo. He hablado con Ewan y no te pondrá pegas con los horarios. Además, no paga nada mal.

—¿Y qué hago yo en Edimburgo sirviendo té y con un título en Derecho que nunca podré convalidar?

—Pues replantearte el resto de tu vida, porque creo que estás bastante atascada. Sin contar con que a tu madre y a ti os vendrá bien el dinero.

—Sí, en eso tienes razón —musité.

—Pero inténtalo, quizá descubras que dar clase a una panda de energúmenos adolescentes con las hormonas desorganizadas es tu destino.

—Me acabas de hundir —farfullé haciendo una mueca.

—Pues ahora es cuando te vienes arriba. Cuéntame cosas de ese misterioso Sergio.

—La que quieres venirte arriba eres tú —apostillé riéndome otra vez.

—Venga, no te hagas la sueca...

—Si no sé apenas nada de él, ni siquiera a lo que se dedica. Sé que surfea. Por cierto, hoy he visto a Asier.

—¿Asier, Asier?

—No conozco a otro que se llame así.

—¿Y qué tal? —inquirió con cautela. Marta no llegó a conocerlo, viviendo sólo mi parte de la historia, por lo que sabía a la perfección el daño que puede hacer un primer amor.

—Bien, está como siempre, gritando a los monitores, sonriéndome a mí.

—O sea, que sigue coladito por tus huesos.

—Yo no diría tanto.

—¿Y tú?

—Yo, nada. Sólo tengo la mente en el próximo examen.

—Y en ese tal Sergio...

—¿Quieres dejar a Sergio en paz?

—Es que me muero de la intriga —susurró exagerando.

—Es..., no sé, alto, guapo, tiene buen cuerpo, sabe cocinar y siempre estamos discutiendo. ¿Te sirve?

—Ah..., ya —dijo como si estuviera maquinando algo que sabía que no me iba a gustar—. ¿Y el resto de él?

—¿Qué resto?

—¡Todo! ¡Joder, que no me has dicho nada! Enséñame una foto. ¡No, mejor! ¡Enséñamelo a él! ¿No dices que está durmiendo? Pues acércate y muéstramelo para que pueda opinar.

—¿Estás loca? ¿Y qué le digo? ¿Que mi amiga, que vive en Edimburgo, quiere conocerlo?

—En realidad, en lo que estoy interesada es en saber cómo está equipado.

—¡La madre que te parió!

—Que no es broma, acércate un poquito, no es necesario ni que mires, yo te informo con pelos —se echó a reír— y señales.

No sé cómo accedí a tal despropósito. En mi defensa alegaré que puede que fuera el día tan extraño combinado con muy mala mano con demasiadas cervezas. El caso es que un minuto después estaba asomándome a la ventana

del salón y descubriendo, con un pequeño microinfarto, que dormía desnudo, porque la sábana que lo tapaba tampoco es que le tapara mucho.

Me descalcé en la terraza y entré tan sigilosa como un ninja. Estaba tumbado de lado, de cara a mí, con una mano bajo la almohada. Por un instante, al ver su rostro completamente relajado, con una expresión de dulzura difícil de clasificar, sentí vergüenza por invadir de ese modo su intimidad. La voz de Marta me sacó de la ensoñación.

—¡Vamos, leches, que sólo veo el suelo! —siseó.

Acercándome despacio, cogí la punta de la sábana que le cubría hasta la cintura, cerré los ojos y la levanté, enfocando su anatomía con el teléfono móvil.

—¡Hostia! —graznó Marta.

Y, en un segundo, sin que me diera tiempo ni a abrir los ojos, Sergio se despertó y me noqueó rodeándome con uno de sus poderosos brazos. Resarciéndome, resbalé y me estampé contra el cristal de la puerta a la terraza. Retrocedí tapándome la nariz y caí sobre la cama. Aunque ni llegué a tocar el colchón, puesto que él me recogió poniéndome derecha y en el suelo. Levanté la vista, todavía sujetando el teléfono entre nosotros, y pude ver un gesto fiero que me asustó. Di un paso atrás y sólo conseguí encajonarme contra el mueble de la pared.

—¿Qué cojones estabas haciendo?! —bramó con indignación.

—¡Cojones! Ahí le has dado. ¡Y qué cojones! —exclamó Marta, que ahora tenía una visión perimetral perfecta.

Sergio me arrebató el teléfono y se quedó mirando a Marta con incredulidad.

—¿Quién eres tú?

—Soy Marta, tú debes de ser Sergio, ¿no? —lo saludó ella moviendo la mano.

—Yo mejor os dejo a los dos solos, que veo que os lleváis bien —murmuré iniciando la vía de escape hacia la puerta.

—Tú te quedas aquí —ordenó Sergio sujetándome con fuerza el antebrazo.

Con la otra mano colgó la llamada y, acto seguido, lanzó el teléfono sobre la cama. Sus ojos eran una fina línea brillante en su cara congestionada por el enfado.

—¿Puedes explicarme qué coño intentabas hacer con palabras que entienda? Porque ahora mismo creo que estabas enseñándole mi polla a una tía que no sé quién es.

—Se llama Marta —murmuré evitando chocar contra su mirada.

—Si querías verme desnudo únicamente tenías que pedírmelo. Pero tú, ¡no la loca de tu amiga!

—Tienes razón, está loca.

—¡Tú también! ¿Qué pretendías?

—La verdad, no lo sé —balbucí como si me hubieran pillado haciendo algo que no debería haber hecho. Que lo había hecho, por otro lado.

—¡Mírame! —exigió.

Parpadeé y por fin logré enfocar su cara sin que me entrara el pánico. No supe discernir qué pretendía mostrarme, ya que su gesto había cambiado. Resoplaba, pero no enfadado; quizá hasta divertido.

—¿Te gusta lo que has visto? —preguntó.

—Eh..., no sabría decirte.

—¿Siempre eres así de impulsiva?

—Temeraria.

—Empiezo a darme cuenta —masculló frotándose la barbilla—. ¿Sabes que los actos tienen sus consecuencias?

—¿Y qué consecuencias va a tener éste? —inquirí irguiéndome como si pudiera defenderme con ese simple hecho.

—Ahora mismo estoy a punto de desnudarte, lamerte la piel hasta que no quede un solo hueco que no esté húmedo, besarte hasta dejarte sin respiración y follarte hasta el amanecer —afirmó pegándose a mí—. ¿Lo entiendes?

—Y lo noto también, no te creas —musité intentando no respirar porque

había algo muy duro golpeando mi estómago.

—¿Es eso lo que quieres, Livia?

La pregunta, lanzada de forma grave, aunque con esa entonación que tenía reminiscencias del canto de las sirenas que atraían a los marineros contra las rocas, se filtró en mi piel sin que pudiera resistirme. Le puse la mano en el pecho y suspiré, aspirando también su olor a sal y a mar, a arena, a ese perfume que me enloquecía. Jadeé sin pretenderlo y él se quedó quieto ante mi examen táctil. Noté los latidos de su corazón golpeando el pecho como un caballo desbocado y lo miré directamente a los ojos.

—¡Hazlo! —exclamé sin control alguno sobre mi supuesta serenidad.

Fue entonces cuando él se separó de mí, dejando el amplio espacio de más de un metro entre nosotros, y negó con la cabeza. Lo miré confusa, frunciendo el ceño, escudándome del dolor del rechazo.

—No pienso hacerlo. No soy un puto objeto sexual, utiliza alguno manual o mecánico. Están para eso. Porque, aunque yo tenga más ganas de ti que tú de mí, no voy a dejar que me uses mientras piensas en follarte a otro. El día que vengas a mi cama lo harás sin fantasmas en tu mente, sin inquilinos no invitados.

No dijo más, no hizo falta. Ni yo tampoco abrí la boca. Cogí mi teléfono, las llaves, y salí por la puerta. Bajé la escalinata hasta el jardín y comencé a pasear con las manos metidas bajo las axilas. Me sentía humillada, avergonzada y también arrepentida. Yo ya no era aquella impetuosa jovencita a la que no se le ponía nada por delante, me había convertido en alguien sereno, tranquilo y frío. Y me gustaba porque así sufría mucho menos. Aunque me dolía su rechazo. Quería tener sexo con él, quería que me hiciera perder la razón durante unos minutos, olvidarme de quien no debía acordarme. Asier, el maldito Asier. Y Sergio había sido lo bastante inteligente como para saber que mi mente no discerniría entre los dos, que cerraría los ojos sintiendo otro cuerpo, otras manos. Lo odiaba y lo admiraba a partes iguales. Tan ofuscada

iba que no me di cuenta de que estaba descalza hasta que aplasté un caracol con la planta del pie.

—¡Joder! ¡Mierda! —maldije saltando a la pata coja mientras me limpiaba en la corteza de un árbol—. Soy gilipollas.

Resoplé y continué caminando. Me costó otras cinco vueltas al edificio hasta que estuve lo suficientemente calmada como para regresar al apartamento. Entré sigilosa, temiéndome otra ofensiva, pero Sergio dormía con placidez tapado con una manta hasta la barbilla. Lo miré teniendo un instante de debilidad y vacilé ante la puerta de mi habitación, con la mano rodeando la manija. «¿Y si me metiera con él en la cama?»

—No, no puede ser. Eres idiota, Livia —musité internándome en la oscura habitación, sin encender siquiera la luz.

Me cambié con rapidez y me introduje en mi cama, deseando olvidar el bochorno. Golpeé con frustración un par de veces la almohada, sabiendo que no podría dormir mucho esa noche. Y en ese momento sonó mi móvil otra vez. Era un WhatsApp de Marta.

¿Sigues viva? Avisa si tengo que llamar a la policía
o a los geos, porque con ese cuerpo no creo que lo
reduzcan los *munipas*.

No contesté, así que recibí otro a los pocos segundos:

Si estoy interrumpiendo el mayor orgasmo de tu
vida, mándame a tomar viento fresco.

Continué sin contestar y ella siguió escribiendo:

¿Sabes una cosa? Que si no lo quieres para ti, me
lo quedo yo. Creo que le caigo bien.

Y ahí vi el problema, que empezaba a quererlo para mí, y no estaba dispuesta a ceder una porción de mí misma. Sabía el coste emocional que tenía y no podía permitírmelo.

Capítulo 6

*I'm wide awake and now it's clear to me **

Amaneció desapacible, gris, un día en el que parecía que el cielo cubierto de nubes del color de la tiza era el reflejo de nuestros atribulados sentimientos. Descorrí las cortinas para ver la densa bruma, pesada y consistente, que había bajado deslizándose por las montañas hasta unirse con la que provenía del mar. La humedad me golpeó al abrir las puertas de la terraza y sentí que me calaba en instantes. Cogí una ligera bata para mitigar el repentino frío y salí a la cocina. Aquella mañana no hubo desayunos ni notas manuscritas. Todo estaba recogido con una pulcritud perfecta y metódica. Nada fuera de su sitio y, por un momento, creí que había empaquetado sus cosas y abandonado el apartamento, pero con el segundo vistazo comprobé que su maleta seguía debajo la cama y en la puerta del armario de la secadora colgaba uno de sus trajes de neopreno.

Resignada a la soledad, y asombrada de que la odiara cuando la había deseado con tanto ahínco, desayuné y me situé en el escritorio de la habitación para comenzar mi jornada de estudio. Al poco rato, ya estaba divagando. Recordé al juez de la Audiencia Provincial que nos dio clase de derecho penal en segundo de carrera. Nos invitaba con frecuencia a los juicios y solía preguntar sobre ellos en los exámenes, además de lanzar frases lapidarias en forma de consejos: «Nunca os pongáis en el lugar del acusado ni de la víctima, nunca intentéis pensar qué habríais hecho vosotros porque acabaréis perdiendo la razón. Limitaos a aplicar las leyes, aunque muchas os resulten injustas. No sois legisladores, sois funcionarios». Fracasé en el primer juicio al que acudí, una violación de una joven de mi edad por tres amigos después

de drogarla. Me pregunté qué habría hecho yo si me pasara lo mismo. También me pregunté qué necesidad tenían unos jóvenes bastante atractivos de hacer daño a alguien a la que consideraban su amiga. ¿Qué buscaban? ¿Qué encontraron? ¿Por qué lo hicieron? ¿Una apuesta? ¿Una forma de reafirmarse como machos alfa? Tuve que abandonar la sala después del testimonio de la chica. Apenas llegué a tiempo al baño, donde vomité todo el contenido de mi estómago en violentos espasmos.

Comencé a preguntarme qué debía de sentir Sergio o, más bien, qué habría sentido yo si llego a descubrirlo mostrándoles mi cuerpo desnudo a sus amigos. Probablemente la plancha no habría sido suficiente como arma. Él me había tratado con respeto, incluso con cariño, pero, sobre todo, de igual a igual. Se había burlado de mis manías, yo de las suyas. Habíamos reído. También discutido. Le había defraudado, y él había descubierto mucho más de mí misma que yo en esos últimos seis años. Tenía que agradecerle que me abriera los ojos, pese a lo que me molestaba. Empezó a brotar en mí su propia indignación, su rabia y su decepción. Hice mío su malestar y sentí asco de mí misma por considerarlo una broma, siendo mucho más. Quise utilizarlo y eso me repugnaba.

Pegué un respingo cuando la lluvia empezó a golpear los cristales sin piedad y me quedé mirando las gotas deslizarse hasta formar charcos repletos de pompas sin estallar en el suelo de piedra de la terraza. Comprobé la hora y, aunque no era raro que no hubiera vuelto, presentí que algo no iba bien. Sabía por propia experiencia lo atractivo que puede ser el mar con ese temporal, pero debían de haber suspendido las clases. ¿Quizá estaban practicando en el interior? No, el vértigo en el estómago, previo a una mala noticia, seguía mandándome señales de alerta. Así que, con una extraña comezón en el pecho, me puse unos shorts vaqueros, una camiseta holgada y un chubasquero. Me calcé las deportivas y salí a buscarlo.

Caminé a paso rápido hasta llegar al paseo marítimo, vacío de gente, y me adentré en la escuela de surf. Sin pararme a mirar alrededor, le pregunté al

primer monitor que vi, Diego.

—Hola, Livia. Ven aquí —exclamó atrayéndome hasta su pecho. Era casi una cabeza más bajo que yo y sentí que abrazaba a un hermano pequeño—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? Ya veo que como siempre.

Agradecí que me tratara como si la última vez que me vio fuera el día anterior y no seis largos años antes.

—Sí, ésta es mi casa, pero podemos dejarte una habitación ahora que te han quitado la tuya —comentó con la risa bailándole en los ojos marrones.

No pude enfadarme con él por saberlo; a esas horas todo el pueblo debía de saber de mi regreso y de las particulares circunstancias del mismo.

—No será necesario. Por cierto, ¿habéis suspendido las clases? —inquirí.

—Sí, he tenido a los infantiles aquí, enseñándoles teoría, pero los *pros* se han ido a Los Locos. También Asier —dijo guiñándome un ojo.

—Voy a buscarlos —asumí frunciendo el ceño con preocupación.

—Te acompañaría —murmuró él mirando la cortina de agua del exterior—, pero tengo que recoger todo esto.

—Hoy no es un buen día —le aseguré.

—¿En serio? —inquirió con seriedad; siempre se había fiado de mi intuición.

—Sí.

—Termino y voy para allí por si necesitas ayuda.

—Gracias —me despedí.

Salí de nuevo a la calle, cubriéndome la cabeza con la capucha. Llegué al recodo de la playa y subí por la escalera que escalaba la pared de roca del acantilado de Punta del Torco, atravesando la callejuela por la que discurría una pequeña corriente de agua descendente. Había atajado bastante, así que crucé la carretera y me acerqué al mirador situado sobre la cala de Los Locos. A mi espalda se situaba la estatua de los Vientos, azotada por ráfagas de agua, desafiando al horizonte. Siempre había admirado aquel rincón del mundo, la

forma que tenía la naturaleza de crear lugares tan mágicos, una cala de fina arena dorada protegida y, a la vez, custodiada por temibles formaciones rocosas que provocaban unas de las mejores olas que yo había cabalgado. Incliné sobre la barandilla de madera, creí discernir en la esquina oriental el *spot* de surfistas locales, pese a que la lluvia, convertida ya en diluvio, no me permitía ver con claridad. Caminé deprisa hasta el faro y me interné en el camino que bajaba hasta la playa. La arena parecía haberse solidificado, y mis pasos fueron rápidos y firmes. Me situé junto a Asier, que ni siquiera se había dado cuenta de que había llegado.

—¿Cómo coño se os ha ocurrido venir hoy aquí? —exclamé levantando la voz, tratando de hacerme oír por encima del bramido de las olas.

Él me observó enarcando una ceja. Procuré olvidar su atractivo ganado con los años y la distancia. Seguía manteniendo su pelo corto, desordenado, así como también su mirada oscura, como la de un depredador fija en su presa, y, sin embargo, cálida. Una mirada que derretía los corazones femeninos. Se rascó el mentón y cabeceó.

—¿Quieres unirme? —preguntó señalando su propia tabla, que descansaba a su lado.

—Peso más de treinta kilos menos que tú, no la dominaría. Además, ¿has visto qué tiempo hace? El *swell* es norte y el viento se revuelve cada segundo.

—Se está empezando a llenar, Livia, si quieres, entra ahora —me tentó de nuevo. Seguía sin entender que ya nada me haría volver a coger una ola.

—No voy a entrar, Asier, ya te dije que lo dejé definitivamente —mascullé oteando el agua, cubierta de avezados e intrépidos surfistas, sin encontrar a Sergio.

—Está allí —me señaló Asier.

—Joder, es un *goofy*, no lo sabía, pensé que era diestro —murmuré controlando su estabilidad sobre la tabla.

—Sí, es bueno. No tanto como tú, pero se defiende bien. Estuvo un par de veces clasificado para competir en nacional, aunque cayó en las finales.

¿Crees que contrataría a un *kook*?

—Asier, tienes que sacarlos de ahí, el mar está desfasado, es peligroso — insistí.

—Son adultos, no soy responsable de ellos.

Y en su voz noté la frialdad con la que encaraba cada reto. Ya había desafiado a la muerte más de una vez y había salido ganando. Nadie que fuera un cobarde podría competir contra él. Había sido uno de los pocos españoles en clasificarse para la World Surf League.

—Ya. Como tampoco lo eras de mí en Fuerteventura, ¿no? —inquirí con dureza.

Me arriesgué con un golpe bajo, pero lo necesitaba de mi parte. No obstante, él frunció los labios y, por un instante, percibí su ambición por encima de todo, incluso de vidas humanas.

—Eso fue diferente, y tú lo sabes —respondió con desapego.

Aunque yo ya no lo escuchaba. Sergio estaba esperando una ola, nadando hacia ella. Contuve el aliento.

—Ahora —susurré, y sentí el vuelco en el estómago como seguramente lo estaría sintiendo él en ese momento.

—Un *take off* perfecto —lo alabó Asier, tan pendiente como yo.

Sin embargo, Sergio perdió estabilidad, aunque logró fijarse sobre la tabla flexionando un poco más las piernas y extendiendo los brazos. Creí discernir que tenía todos los dedos de una mano doblados, excepto el pulgar y el meñique, haciendo el saludo típico, el *shaka*, como si quisiera enviarnos una señal de tranquilidad, aunque era imposible que nos hubiera visto y que tuviera los reflejos suficientes para efectuarlo.

De repente, todo cambió, el viento viró de forma dramática y observé cómo otro surfista que acababa de perder su ola se subía a la que pertenecía a Sergio a pocos metros detrás de él. Avanzaba más rápido que Sergio.

—Joder, ese imbécil acaba de hacer un *cut off*, se lo va a comer — mascullé apretando los puños.

—No me gusta —murmuró Asier, también preocupado.

Al principio creí que lograría esquivarlo, pero finalmente chocaron con violencia. Esperé unos instantes mientras veía cómo el otro emergía y se sujetaba a la tabla, deslizándose ya con el empuje del mar hacia la arena. Seguí con los ojos entornados fijos en cada cambio de espuma, remolino o color, sin verlo. De improviso, la corriente o él mismo soltándose la *leash* provocó que la tabla saliera a la superficie. No había rastro alguno de Sergio.

Sin pensarlo más, me deshice con brusquedad del chubasquero y empecé a correr hasta la orilla, oyendo los gritos de Asier a mi espalda para que me detuviera. Me lancé al agua con el único objetivo de encontrarlo, rezando para que él se hubiese quitado la *leash*, ya que eso indicaba que seguía consciente. Su tabla se aproximaba con rapidez hacia mí y me sumergí, dejando que me sobrepasara. Ya la recogería Asier. Emergí cogiendo aire y girando la cabeza en todas direcciones sin localizarlo, así que me zambullí de nuevo y seguí el curso de la corriente, que me empujaba hacia el rompiente de rocas. Tenía que estar en algún sitio. Salí para respirar y vi a Diego sumarse a mí, nadando con energía. Intenté ubicar el sitio exacto donde lo había visto caer y logré retroceder, pese al tirón de las olas. Estaba empezando a agotarme con demasiada rapidez, frenando el impulso de la corriente, y eso no me convenía. Hice un último esfuerzo y, al volverme, lo vi acercarse a mí con una expresión de terror en sus ojos claros. Llegó a mi lado y me cogió bajo las axilas. ¿Creía que era yo la que me estaba ahogando? Me zafé y noté que él aflojaba el agarre. Se hundía otra vez cuando lo sujeté con fuerza de un brazo y tiré de él hasta la superficie. Nadé o nadamos juntos, no sabría decirlo. Diego nos alcanzó, ayudándolo y apresurándose a llevarlo hasta la orilla. Los seguí braceando junto a ellos como si pudiera protegerlos de la fuerza y la violencia del mar. Caí de rodillas en la arena recuperando el aliento mientras veía cómo a Sergio lo tumbaban boca arriba. Me arrastré hacia él y me posicioné tomándole el pulso. Le giré la cabeza y le golpeé el pecho. Tosió y expulsó agua durante unos segundos en los que pareció confuso. Palpé cada parte de su

anatomía buscando heridas y encontré una en el antebrazo; se le había desgarrado el traje de neopreno y tenía una quemadura por el roce con las rocas, pero no parecía que hubiera nada roto. Seguía estando atontado y golpeé una vez más su pecho, provocando que vomitara a espasmos agua salada. Se recobró cogiéndome la muñeca.

—Estoy bien, tranquila —siseó con la voz enronquecida.

Suspiré aliviada y sentí que las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Sin embargo, el enfado borró toda la cordura que me restaba.

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Eres un idiota! —le grité con ira—. ¡Podrías haberte matado!

Se quedó un instante en silencio, observándome detenidamente, mientras mi pelo goteaba una cortina de agua salada sobre él. Jadeé intentando eludir su agarre y Sergio me sujetó con más fuerza, aunque seguía sin mover bien el brazo izquierdo.

—Que muera o viva no es nada que le importe ya a nadie —murmuró.

Sólo yo pude oírlo y sentí tal congoja que enrojecí de furia. Me levanté tambaleante y, trastabillando con las deportivas, que ahora pesaban un par de kilos más cada una, recogí mi chubasquero del suelo para alejarme.

—¡A mí! ¡A mí me importas! ¡¿Te enteras?! —aullé contra el viento, y comencé a correr hacia el sendero que ascendía el acantilado.

Llegué a la carretera casi sin resuello y tiritando, sintiendo mi cuerpo escaldado por la sal, el agua y los golpes. Había sufrido el *shock* de la bajada de adrenalina tan rápido que sentí que estaba a punto de desplomarme.

El frío era mortal y me estaba preguntando si lograría llegar a casa en ese estado cuando noté que me sujetaban por la cintura y me elevaban en el aire.

—Vamos o pillarás una pulmonía —bramó Sergio tirando de mí hasta su Range Rover negro.

—¿Cómo has subido tan rápido?

—Tú me has salvado, no quiero dejarte morir por el camino.

—Puedo hacerme...

—Sí, ya lo sé, puedes hacerte cargo de todo, no necesitas recurrir a nadie más..., bla, bla, bla...

Iba a replicar, pero su mirada, tan helada como el acero, me silenció.

—Y ahora ni se te ocurra ponerte a discutir, el tiempo corre en nuestra contra —determinó.

—¿Puedes conducir? —le pregunté viendo cómo se sujetaba el brazo.

—Sí, sólo ha sido un golpe contra las rocas. Me han pasado cosas mucho peores —masculló.

—Te dejaré la tapicería inservible —repliqué, y él me amenazó con una nueva mirada letal.

—¿Crees que me importa algo la tapicería cuando está en riesgo tu vida? ¡Sube de una maldita vez!

—Tampoco es que me vaya a morir por una pulmonía —murmuré entrando en el automóvil.

Sergio puso en marcha la calefacción y me examinó un instante antes de arrancar.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra?

—Ahora ya no —musité comenzando a tiritar, y me sentí tan débil que no pude ni hablar.

—¿Lo entiendes, Livia? Necesito mantenerte en calor, lo que has hecho es peligroso.

Asentí castañeándome los dientes. No lo escuchaba, me dolía todo el cuerpo, como si hubiera sido ocupado por algo inmenso y la piel se fuera resquebrajando.

Condujo con movimientos bruscos, precisos y rápidos. En menos de cinco minutos había aparcado frente al apartamento. Me bajé, sin esperar a su ayuda, y por un instante creí que me caía al suelo de rodillas. Le permití que me sostuviera y me ayudara a subir la escalera. El tiempo había empeorado, fuertes rachas de viento del noroeste acompañadas de cortinas de agua nos

frenaron y volvieron a empaparnos. No podía dejar de temblar y, al intentar hablar, me castañearon los dientes, produciendo un sonido desagradable.

—Dú... dú... chate tú pri... pri... mero —conseguí balbucir una vez dentro del apartamento.

—De eso nada, nos ducharemos juntos, necesitamos entrar en calor lo antes posible —ordenó empujándome con suavidad hasta el baño.

Ni siquiera pensé en las consecuencias que aquel acto podía tener, me sentía por momentos cada vez más ingrátida. Cuando él tuvo que acudir de nuevo en mi ayuda para poder deshacerme de la ropa mojada y pegada a mi cuerpo porque no tenía sensibilidad en los dedos, me sentí también vulnerable. Entré en la ducha y el impacto con el agua caliente me hizo pegar un grito y girarme. Choqué contra él y levanté la vista. Su sonrisa sesgada provocó que mi cuerpo empezara a alcanzar una temperatura casi humana. Aprovechó también para frotarme con fuerza cada extremidad, hasta que dejé de retemblar, aunque acabé con toda la piel enrojecida. Me enjabonó el pelo, después lo hizo con el suyo y nos enjuagó a los dos a la vez. La ducha no tuvo nada de sensual, pero cada roce con su piel erizó mi vello como si me recorriera una corriente eléctrica por las venas.

El vaho invadió el pequeño espacio, impidiéndome ver con claridad, y tuve que sujetarme a él para no resbalar. Cerró el agua y me dejó dentro de la ducha mirando el cristal translúcido de forma absurda, hasta que lo oí desde fuera:

—Livia, quédate ahí al calor, voy a por un albornoz —indicó.

Tras un minuto o dos, abrió la mampara y vi que tenía el pelo húmedo y una pequeña toalla le rodeaba la torneada cintura. Parecía haberse recuperado con una rapidez asombrosa. También sostenía con los brazos extendidos un albornoz enorme, y di un único paso para ser absorbida por la suavidad de su abrazo. Me envolvió con la tela y me llevó hasta la cama, tapándome con varias mantas que encontró en el armario.

—¿Hay calefacción? —inquirió.

—No —respondí sabiendo que la desconectaban en los meses de verano. Y hasta esa única sílaba me costó pronunciar sin tartamudear.

—Mierda —musitó observándome con preocupación.

Aunque había recuperado parte de mi temperatura, el frío seguía instalado en mi interior y veía cómo perdía calor por momentos. Los dientes retomaron su castaño en forma de tortura y me encogí todo lo que pude. Entonces noté que él se metía conmigo y me abarcaba con su cuerpo.

—Intenta estarte quieta, pronto entrarás en calor —murmuró en mi oído.

Creo que me dormí unos minutos, o quizá me quedé inconsciente, pero desperté otra vez sin poder dejar de temblar. Emití un quejido leve, que él oyó. De pronto tenía su rostro sobre el mío.

—Livia, lo que voy a hacer ahora es probable que no te guste, pese a que creo que es la única solución —suspiró y me miró un instante a los ojos—. Te voy a desnudar y a cubrir con mi cuerpo. Piel con piel.

Moví la cabeza en señal afirmativa.

—¿Estás segura de que no intentarás golpearme con la lámpara de la mesilla de noche?

—No tengo fuerzas —musité, quizá ya notando el efecto de la fiebre en mi cuerpo.

—Está bien, tranquila, dentro de un rato estarás mejor —afirmó ahuecando las mantas para quitarme el albornoz húmedo y posicionarse él—. ¿Peso demasiado? ¿Estás incómoda?

—No.

—Bien. Cierra los ojos y relájate. Intenta respirar acompasadamente, sígueme a mí.

Y eso hice, cerré los ojos y mi cuerpo se amoldó al suyo como si fueran uno. Mi latido se volvió uniforme y mi respiración un eco de la suya.

—Estás ardiendo —murmuré, ya sin tartamudear.

—Y tú helada —replicó sonriéndome—. Aunque ya no tiembles. Me has dado un susto de muerte —añadió con una mueca de preocupación.

—Y tú a mí. ¿En qué estabas pensando al meterte así en el mar? Era un suicidio.

—Lo mismo te digo, Liv *la Temeraria*.

—No lo pensé, sólo actué —asumí más para mí misma que para él.

—Lo sé. ¿Decías en serio que yo te importo?

—Lo hice porque mi madre necesita el dinero de todo el mes de alquiler.

—Se lo pagué por adelantado.

—¡Ah!, ¿sí? Pues, de haberlo sabido, habría dejado que te ahogaras.

—No me iba ahogar. Te recuerdo que he sido yo el que te ha encontrado porque estabas a punto de desfallecer.

—Eso te gustaría a ti. Si no llega a ser por mí, ahora serías pasto de los peces, idiota.

—¿Puedes dejar de discutir alguna vez?

—Es que me lo pones tan fácil... —susurré sonriendo.

Sergio me sonrió a su vez y por fin vi la dulzura en sus ojos, no sólo en su voz. Aquellos iris del color del whisky, fijos en mi rostro, mirándome sin ambages, sinceros y tremendamente indefensos.

—Lo que voy a hacer ahora puede que te enfade un poco más, Livia —pronunció con voz ronca.

—¿Cojo la lámpara por si acaso? Ya casi he recuperado las fuerzas.

—Primero déjame que lo haga y después decides.

Enarqué una ceja interrogante y él acercó su rostro de forma que se volvió borroso, posó sus labios sobre los míos y me besó con ternura. Los abrí levemente y su lengua se internó en mi boca, cautelosa y desafiante a la vez. Su barba descuidada raspaba mi piel, pero sus pestañas largas me acariciaban las mejillas y la nariz me hizo cosquillas cuando la rozó con la mía. Pocas veces me habían besado con esa pasión por resultar perfecto, con esa importancia a algo tan íntimo que no se considera indispensable, aunque lo es. Un buen beso, un beso increíble como aquél, era la antesala de algo mucho más excitante. Antes de que el beso se convirtiera en lo que ninguno de los dos quiso, ni

pudo, detener, noté su mano cercando mi muñeca, que yo ya había extendido en un acto reflejo hacia la mesilla. Sonreí antes de ser devorada de nuevo.

Con un giro brusco, me situé sobre él, sin separar nuestras bocas, enzarzadas en una lucha con dos ganadores. Le acaricié el pecho y enredé mis dedos en el suave pelo ensortijado y de color rubio que lo cubría, antes de bajar hacia aquello que me estaba empujando con insistencia desde que tuve su cuerpo desnudo junto al mío. Lo sujeté y disfruté del pequeño gemido que surgió de sus labios enrojecidos.

—Livia, más despacio, por favor, o esto terminará en pólvora mojada y no en fuegos artificiales —masculló abriendo los ojos.

—Pero mira que eres engreído. ¿Fuegos artificiales? —Sonreí de forma maquiavélica y apreté un poco más.

Conseguí que él me inmovilizara y volviéramos a las posiciones iniciales.

—Estoy por atarte a la cama —murmuró pensativo.

—Ni se te ocurra o me vengaré de forma cruenta —repliqué sin poder dejar de sonreír.

—Vale, pero déjame a mí hacer algo. Quieres llevar el mando en todo y eso es algo que a mí en la cama no se me da muy bien.

—Oh, ¿no te gusta delegar responsabilidades?

—Nunca, y menos contigo.

—¿Por qué conmigo no?

—¿Tengo que besarte para que te calles?

—Es posible que...

Alcanzó con su lengua otro lugar de mi cuerpo que me silenció, al menos en palabras. Gemí de forma entrecortada y agarré su pelo. De tan imprevisto que hasta me sorprendí, me arqueé y pegué un pequeño grito.

—¿Ves? —me dijo subiendo hasta situar su cara frente a la mía—. En el próximo, mandas tú, en éste yo seré el jefe.

—¿Es que va a haber un segundo? —pregunté riéndome.

—No me desafíes, Hoyuelos. Esta vez perderás —me amenazó acariciando

de forma perezosa un pezón hasta que se irguió doloroso.

Lo besé de nuevo, asombrándome de cuánto lo deseaba, y acaricié su espalda dibujando en ella las palabras que nunca nos diríamos. Su piel era extremadamente suave y los músculos destacaban su fuerza. Pronto el sudor nos cubrió y la urgencia se hizo imparable.

—¿Dónde...? —balbucí.

—Ya lo tengo.

—Rápido.

—Oh, no, te aseguro que voy a tomarme mi tiempo.

—Canalla —susurré, aunque me callé al sentir su embate hasta lo más hondo de mi cuerpo. Jadeé sin aliento y él me sonrió con suficiencia, y esa sonrisa daba cabida a todo lo que sentía.

Lo rodeé con las piernas y yo misma lo forcé a continuar, sujetándome a sus hombros, donde estuve segura de dejarle marcadas las uñas. Tan pronto aceleraba como se detenía, como me besaba, como me mordía el lóbulo de la oreja, como me chupaba un pezón. Enloquecí con él y casi desarmamos la cama en los giros por tomar el mando. Acabó por sujetarme las manos sobre la cabeza y hacerme sufrir hasta suplicar. Con un gemido interminable, me arqueé al sentir que él me acompañaba, convirtiéndose mi sangre en lava líquida.

Unos minutos después seguíamos unidos, mirándonos a los ojos como si estuviéramos descubriéndonos en ese mismo momento, como si por fin hubiéramos encontrado un digno rival para nuestro carácter. Como si ambos hubiéramos adivinado que aquello no era sólo sexo.

—Tengo que... ya sabes.

—Sí, claro —confirmé dejándolo libre para que se quitara el preservativo.

Después se tumbó a mi lado, rodeándome la cintura con un brazo, en el que me entretuve acariciando el vello rubio del codo hasta la muñeca en movimientos mecánicos, sintiéndome extracorpórea, tan cómoda y relajada entre sus brazos que me pareció que aquella no había sido nuestra primera vez. Había sido nuestro reencuentro. Me besó con ternura la sien y me movió para

que me acomodara sobre su pecho. En unos instantes, me había quedado dormida.

Desperté de nuevo cuando era noche cerrada, la lluvia continuaba golpeando con virulencia los cristales y el viento ululaba trayendo el lejano sonido del mar enfurecido.

Él también estaba despierto y jugaba con un mechón de mi pelo. Se inclinó para besarme en el cuello descubierto y sentí un repentino escalofrío de placer.

—¿Estabas pensando en él? —inquirió con voz ronca y profunda.

—¿En Asier? No. —Suspiré y me giré para tenerlo frente a mí—. Mi padre solía decir que cada momento de la vida tiene su propia banda sonora. Estaba preguntándome cuál escogería para esta noche.

Sonrió de medio lado y pude ver un asomo de alivio en sus ojos adormecidos.

—¿*Hips Don't Lie*, de Shakira? Tus caderas te juro que no mienten; además, tengo que darle la razón a Diego: tienes unas piernas de infarto.

Lancé una carcajada y él se estremeció conmigo. La ternura se convirtió en sensualidad cuando sus cosquillas pasaron a ser caricias en el interior de mis muslos, como si atestiguara su anterior comentario.

—¿Lista para el segundo asalto? —me preguntó.

—Preparada —afirmé situándome sobre él y apoyando ambas manos en su pecho—. Y esta vez mando yo.

Sergio abrió los brazos y sonrió con amplitud.

—Hazme lo que quieras, soy todo tuyo.

Me incliné hasta que mis pezones rozaron los suyos y le susurré al oído:

—¿Todo lo que quiera?

—¿Llegaré al amanecer entero o por piezas?

—Depende de tu resistencia.

—Soy un tío duro —determinó con firmeza.

—De acuerdo —musité mordiéndole el lóbulo de la oreja, para después

chuparlo con fruición.

—¡Joderrr! —siseó, y su sufrimiento se reflejó en la erección, que se endureció hasta chocar contra mi estómago.

Volví a reírme. Todavía teníamos unas horas por delante hasta que la luz del día nos obligara a mirarnos de una forma completamente distinta.

Capítulo 7

*I'm a bitch, I'm a lover, I'm a child, I'm a mother, I'm a sinner, I'm a saint...**

Estaba sola cuando desperté, sintiendo una súbita pereza a salir de debajo de las mantas, pese a que el sol brillaba en un amanecer esperanzador incidiendo directamente en mis pupilas. Lo oí tararear una canción en la cocina y sonreí de forma estúpida. De la forma estúpida en la que sonreímos cuando creemos que el mundo está de nuestro lado y somos invencibles. Freud habría dicho que todo se debía al sexo, y no estaría exento de razón.

Finalmente decidí levantarme, poniéndome encima lo primero que encontré, que fue una de sus camisetas abandonadas en la silla de la habitación, y salí a la cocina. Él se volvió al oír el sonido de la puerta y extendió el brazo con un vaso de plástico en la mano.

—¿Café?

—¿Tan malas pintas tengo? —pregunté intentando peinarme con los dedos la melena alborotada.

—No pienso contestar a eso, es posible que me lances el café a la cara, y ya tengo suficiente con una brecha en la cabeza y un golpe en el hombro, como para añadir una quemadura de primer grado —replicó sonriendo de forma que parecía que le importaba bastante poco que le lanzara la bebida ardiendo al rostro.

—¿Qué tal tienes el hombro? —inquirí sin poder evitar devolverle la sonrisa.

Lo giró hacia delante y hacia atrás levantándose la manga de la camiseta, y así pude apreciar cómo de ennegrecida tenía la piel.

—Bien —masculló haciendo una mueca.

—¡Auch! —musité sintiendo un escalofrío—. Fue un buen golpe.

—Tampoco es que ayudara mucho la *noche de descanso* —contestó cogiendo una espátula y dándole la vuelta a algo que olía excepcionalmente bien en la sartén.

—Hablando de eso —comenté sentándome en uno de los taburetes altos que rodeaban el brazo de mármol, estirando la camiseta hasta que me llegó a las rodillas—. Lo de anoche...

—¿Qué? —exclamó él mirándome con una ceja enarcada mientras pasaba de la sartén a un plato lo que parecían tortitas—. Como sé que te gusta el dulce, he decidido que por lo menos hoy comerás algo sano.

—Gracias —musité—, pero retomando el tema en cuestión...

Lo observé sentarse frente a mí y coger un bote de canela, con el que espolvoreó las tortitas.

—¿Las quieres con miel o con chocolate?

—No —respondí con sequedad.

¿Estaba evitándome a propósito?

—También he estado buscando dónde adquirir la taza que rompiste la noche que entré. Me he tomado la libertad de comprarla y la enviarán dentro de cuatro o cinco días —me informó bebiendo de su café.

Me mordí el labio y entorné los ojos, esperando que él diera el paso, que dijera que nada había cambiado entre nosotros, que lo que había sucedido la noche anterior había sido un hecho esporádico.

—Gracias, eres muy amable, aunque la rompiste tú, no yo —maticé.

—¿También vas a discutir por eso o prefieres que me calle hasta que la cafeína haya penetrado en tus venas?

Estuve segura de que había elegido el verbo *penetrar* para soliviantarme. Sergio continuó desayunando con calma, con tanta calma que resultaba hasta extraño.

—Bien —dije dejando el vaso ya vacío sobre la repisa—. ¿Empiezas tú o

lo hago yo?

Soltó el tenedor, el cuchillo, y levantó la vista, en apariencia confuso, aunque adiviné que era un hombre que pocas veces en su vida había sufrido esa alteración emocional más allá de los cinco años de vida.

—¿Qué prefieres que te diga? ¿Que fue una de las mejores noches de mi vida o que mejor lo dejamos estar y nos olvidamos de ella?

—Lo segundo.

Se cruzó de brazos y me miró fijamente.

—Así que debo entender que no estuve a la altura, que cinco polvos en una noche no fueron suficientes para ti.

—¿Cinco? —inquirí casi sin voz.

—Sí, aunque el quinto no debería contarlo, porque fue cuando tu vecino, Rodolfo, al que no tengo el placer de conocer, pero que debió de llegar ayer, aporreó la pared y nos gritó: «¡Bajad el volumen de la tele, que no son horas!». Y tú te viniste arriba y le contestaste entre risas: «¡Rodolfo, cariño, que esto es una sesión en vivo, cómo se nota que ya no tienes de ésas!». Como comprenderás, yo me vine abajo, literalmente, y sufrí un gatillazo de narices.

—¿Eso hice? —pregunté tapándome los ojos con las manos—. Y con Rodolfo el puritano... Madre mía, no me la va a perdonar mientras viva.

—Estaba pensando en acercarme al pueblo para comprar otra caja de preservativos, pero veo que no va a ser necesario.

—No, no, tú cómpralos, que prevenir siempre viene bien —rebatí sin llegar a pensar lo que decía.

No pudo aguantar la risa y acabamos riendo los dos. Al fin se levantó y se acercó a mí, encajándose entre mis piernas. Sujetó mi rostro con las manos y me obligó a mirarlo.

—¿Por qué niegas lo que sentimos?

—Porque no sé lo que sentimos. Sé lo que la cercanía puede ocasionar y, sobre todo, sé el desastre que viene después.

—¿A qué te refieres?

—A que dentro de unas semanas cada uno tendrá su vida y...

—¿Y?

—No quiero enamorarme de ti —confesé.

—Ambos somos adultos y sabemos manejar esa clase de emociones.

Vaya, no era ésa la respuesta que esperaba, aunque acabé conformándome porque intuí que no iba a conseguir otra.

—Cómo se nota que no te han roto nunca el corazón —musité apartándolo con suavidad. Él se resistió sujetándome con más fuerza.

—No, a mí no me han roto el corazón, a mí me han partido por la mitad. ¿Te vale con eso?

Entonces sí se apartó y se sentó de nuevo frente a mí, sirviéndose otro café. Noté que la mano le temblaba levemente al beber.

—Bien, no hay más que hablar. Somos conscientes de lo que hay y de lo que no habrá —sentencié.

—Exacto.

—Pero... —Sonrió de forma canallesca, directa, y desarmándome—. Eso no quiere decir que, mientras tanto, nos divirtamos.

—¿Me estás retando? Te aviso de que es muy peligroso retarme —aseguré.

—Livia, cada día descubro una persona nueva en ti, estoy deseando adentrarme en ello.

—¿Otra vez eligiendo verbos a propósito para desestabilizarme?

—¿Tanto se ha notado?

—Sí, ¿no serás escritor?

—No. Tacha ésa también.

—Mierda. Con lo que me gustan a mí los escritores...

—¡Ah!, ¿sí? ¿Alguno en particular?

—Harold Shelby.

Enarcó ambas cejas y sonrió de medio lado, aunque no mencionó si lo conocía o no.

—Durante una etapa un poco..., digamos..., problemática, me convertí en su

acosadora. Llegué a enviarle decenas de correos electrónicos. Estaba obsesionada con lo que escribía; de hecho, cada palabra creía que estaba destinada a mí, que me conocía mucho más que cualquiera que estuviera a mi lado —expliqué azorada.

—Es que, a veces, las palabras caen como la lluvia —musitó.

Sonreí algo avergonzada. No me había juzgado por mi locura no tan transitoria y mi manía persecutoria a un hombre del que apenas sabía nada. Y, además, me había obsequiado con una de las frases que más me gustaban de Harold. ¿Se podía ser más perfecto para mí? Si no fuera por su tozudez y su insistencia en que me alimentara de forma correcta, tal vez no.

—Por cierto —comenté cambiando de tema—, ¿vas a decirme alguna vez algo de ti?

—Te concedo dos preguntas a quemarropa —contestó guiñándome un ojo.

—¿De dónde eres?

—De Madrid, aunque llevo más de un año viviendo fuera, en Ámsterdam.

—¿Tienes familia?

—Sí, tengo padres.

—Anda, qué sorpresa —ironicé.

—Uno de cada, además.

—¿Y hermanos?

—Ésa es la tercera pregunta.

—Vamos, elijo el comodín del público.

—Está bien —cedió—. Uno.

—¿Mayor? ¿Menor?

—Igual.

—¿Igual? —inquirí extrañada.

—Sí, somos gemelos.

—¿Dos como tú en el mundo? —exclamé con afectación, llevándome la mano al pecho—. La Tierra dejará de rotar sobre sí misma y comenzará a girar alrededor de vosotros.

Sus risas, de nuevo, fueron contagiosas.

—¿Así me ves?

—Creo que así te ven todas las féminas que te rodean. Hasta Violeta.

—¿Y qué me dices de ti? Cada tío que se acerca a mí es para decirme que tú le destrozaste el corazón. Debes de ser famosa por esta tierra.

—Pero ¿no decías que apenas llegaba a un aprobado raspado?

—Mentí, es obvio. Después de saber que eres insaciable en la cama, es probable que todavía sueñen contigo, en plan súcubo.

—No soy insaciable. La verdad es que lo de anoche sólo me ha pasado contigo. ¿Y tú?

—¿Si soy insaciable?

—No, idiota, que si te ha pasado con otras mujeres.

—Nunca he tenido un gatillazo, si es eso lo que te preocupa.

—¿Puedes hablar en serio alguna vez?

—Siempre lo hago. —Sonrió—. ¿Nunca te han dicho que en las mentiras es donde se encuentran las verdades?

Me quedé un instante meditándolo, hasta que un repentino timbrazo me sacó de la ensoñación.

—Ya abro yo —dijo Sergio.

—Buenos días, traigo una quesada recién hecha; sé que Livia se muere por ellas —saludó Asier agitando la mano con la bolsa desde la puerta.

Sergio le dio la espalda y puso los ojos en blanco como diciéndome: «¿Ves? Yo tengo razón».

—Pasa, Asier, ¿quieres un café? —le ofrecí rezando para que Sergio se me adelantara y yo no tuviera que levantarme llevando tan sólo una camiseta suya por toda vestimenta.

—Claro, ¿qué tal estáis? Me quedé algo preocupado, y más cuando ninguno de los dos respondió a mis llamadas —comentó sentándose en el sitio que había ocupado momentos antes Sergio, el cual estaba sirviéndole un café.

—Bien, bueno, él tiene un golpe bastante feo en el hombro, pero

afortunadamente no fue nada.

—Sí, no es nada —repitió Sergio—. Ahí tienes azúcar y leche si quieres.

—No, gracias, lo tomo como Livia.

Noté que Sergio me miraba frunciendo el ceño.

—De todas formas, hablé con el ladrón de olas que te arrolló. Se ha disculpado, por si te interesa.

—No es nada, como ya te he dicho. Estas cosas pasan, no a menudo, aunque suceden —replicó Sergio.

—Y, Livia, lo que hiciste fue una locura. No estás en la debida forma para intentar un rescate sin apoyo, debió de ser duro superar la hipotermia.

—Te aseguro que está en plena forma. —Sergio sonrió y enarcó una ceja.

Asier entornó los ojos y carraspeó incómodo.

—No fue una locura, Asier —intervine—. Y entré en calor con rapidez, no te creas —determiné.

Él abrió los ojos y me miró como si dudase de que yo hubiera pronunciado esas palabras. Maldije en silencio e intenté poner un gesto impasible mientras veía a Sergio detrás de él, soportando la risa.

—Bien, ya... Bueno, Livia —murmuró Asier—, quería comentarte una cosa. Si es posible, con intimidad.

—Estaré en la terraza por si me necesitáis —masculló Sergio con brusquedad, alejándose después de deslizarle una mirada de advertencia a Asier y una sonrisa a mí.

Ambos actos debieron de dolerle a mi antiguo entrenador, que esperó en silencio hasta que Sergio salió a la terraza.

—¿Estáis juntos? —preguntó a bocajarro.

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Me importa, y mucho.

—Pues no debería, y, además, no lo estamos. ¿Qué es eso que querías decirme?

—He localizado a varios del grupo y esta noche hemos quedado para cenar

en la escuela. ¿Puedes venir?

—Claro, me gustaría volver a verlos.

—También he avisado a Violeta, pero me ha dicho que lo va a tener difícil con su marido. Por lo visto, necesita tu ayuda.

—Lo intentaré, a ver qué me invento —medité frotándome la frente—. ¿Eso es todo?

—¿Me estás echando?

—Tengo que ponerme a estudiar.

—Ayer me quedé muy preocupado por ti, estuve a punto de venir y... —
Dejó la frase en suspenso.

¿Qué quería que contestara a eso? ¿Que lo hubiera recibido con los brazos abiertos? Todavía estaba un poco molesta por su actitud, y a Asier jamás se le había dado bien disculparse, aquello era lo más que iba a decir.

—No fue nada —murmuré.

—He pensado que podríamos quedar un día de éstos. Tú y yo solos —
sugirió con esa mirada por la que yo habría matado años antes.

—Tengo que estudiar, ya veremos —me desquité.

—Ya. Oye, ¿esa camiseta que llevas puesta no es de Sergio? —inquirió dejando claro que estaba al tanto de lo que había sucedido y queriendo que yo me sintiera incómoda.

No lo consiguió. Eso había conseguido superarlo, ya no era la niña que él conoció, enamoró y formó a su imagen y semejanza.

—¿Ésta? —contesté estirando el frontal con un encogimiento de hombros—. Pues la habré cogido sin darme cuenta, porque yo tengo una igual.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Tú también tienes una que dice «Hombre de buenas costumbres busca mujer que se las quite»?

Enrojecí hasta la raíz del pelo, lo que me delató por completo y ya no le quedó duda alguna.

—Por supuesto, ya sabes de mi feminismo. Es una táctica de ataque a la inversa, ejerciendo fuerza en contra del heteropatriarcado —afirmé con

seguridad, recomponiéndome y echándome el pelo hacia atrás.

—Si tú lo dices...

—Lo digo, lo digo.

—Pues nada, ¿a las nueve en el club?

—Allí estaremos. Violeta y yo.

—También he invitado a Sergio, me parecía mal dejarlo fuera.

—Una idea excelente.

—Lo dicho, nos vemos.

—Ahí tienes la puerta.

Me miró como si le hubiese dado un bofetón y yo suspiré resignada.

—Que esto del feminismo me puede, ya me conoces...

—Creía conocerte —masculló—. Te dejo la quesada.

—Que sí, que sí. Tranquilo, que no dura ni hasta el mediodía.

—Me alegra haber acertado al menos en eso.

Sonreí tan forzosamente que él tuvo que notar que comenzaba a salirme humo por las orejas, así que hizo un gesto con la mano y, por fin, abandonó el apartamento. El portazo que dio hizo retemblar los cristales y a mí me zumbó hasta el oído izquierdo. Levantándome con rapidez, corrí hasta la terraza, donde Sergio estaba de pie, apoyado en la barandilla de espaldas a mí.

—¿Qué quería? —me preguntó volviéndose. No pude descifrar lo que quería decirme con ese gesto que se había vuelto pétreo de repente.

—Invitarme a la cena de esta noche.

—¿Sólo eso?

—También traerme una quesada.

—Ya.

No pude evitar una pizca de satisfacción al comprobar el efecto que tenía sobre él sentirse amenazado por Asier. Sonreí y ladeé la cabeza, poniéndome una mano en la cintura.

—¿Me puedes explicar cuáles son tus *buenas costumbres*? —inquirí.

—¿El qué? —respondió desconcertado, y ante un gesto mío dirigió la

mirada hacia la camiseta—. Ah, eso. Me la regalaron en una despedida de soltero hace un millón de años. Soy de los que nunca desaprovechan nada —añadió socarrón.

—Pues menos mal que yo soy de las mujeres que tienen *malas costumbres...*

—Ilústreme, estoy deseando *ahondar* más en esas perniciosas costumbres —musitó acercándose de forma peligrosa.

—¡Hombre, vecina! Si estás aquí, y yo que pensé anoche que le habíais alquilado el apartamento a unos degenerados —exclamó Rodolfo saludando profusamente con la mano.

«¡Jesús, lo que me faltaba!»

Me volví recomponiendo el gesto, lamentando no haberme puesto pantalones, y disimulé hasta que llegué junto al muro. Rodolfo llevaba una gorra roja con el emblema del pacharán La Navarra y un bañador hawaiano. Intenté no fijarme en los penachos de vello que parecían pegados a su cuerpo disforme, como si se hubiera depilado a trozos. Y menos aún en los pelos negros ensortijados y largos que le rodeaban los pezones. Lo miré a los ojos para no revelar el espanto y el rechazo intrínseco que me producía su cercanía.

—Rodolfo, ya lo siento, que se me fue la mano con el volumen, se ve que de tanto estudiar con los cascos puestos debo de estar quedándome algo sorda.

Oí la risa amortiguada de Sergio a mi espalda.

—¿Y ése es tu nuevo novio? —inquirió en voz baja, aunque perfectamente audible para el aludido.

—No, es al que mi madre ha alquilado la habitación.

—Pero si sólo hay una..., entonces...

—Entonces, nada —lo corté—. Él duerme en el sofá cama. Y se llama Sergio, por cierto.

—Ah, claro, el sofá cama...

—Sí, el sofá cama —repetí con un repentino deseo de estrangularlo por sus insinuaciones, aunque él no se dio por enterado.

—¿Y a qué se dedica? —continuó.

—Soy monitor de surf —aclaró Sergio—. También tengo voz... y oídos.

Rodolfo se subió el bañador hasta sobrepasar la línea media de barriga delimitada por el ombligo y sonrió con suficiencia. En ese momento juró que lo odié, pese a que Sergio no parecía afectado por su falsa superioridad. Es más, optó por ignorarlo.

—Mira que es bonita esta costa, pero yo a los surfistas es que no los entiendo. Con lo relajante y tranquilo que es tumbarte bajo la sombrilla a leer el *Marca*...

Un resoplido por parte de Sergio y yo tuve que contar hasta diez para evitar un exabrupto. Como siguiéramos en ese plan iban a acabar volando las sillas. Nos salvamos porque salió Violeta con el dedo índice sobre los labios, indicándonos silencio, y cambió ese gesto con prontitud a uno de súplica, que quedó al descubierto cuando su hija mayor le preguntó con curiosidad:

—Mamá, ¿a quién le estás rezando?

—A la Virgen del Carmen, cariño, para que nos haga buen tiempo, que falta nos hace.

Sergio se acercó y se apoyó en el murete con gesto distraído, pero supuse que era para no perderse nada de la conversación.

—Ay, Violeta, no sabes lo bien que me vienes en este preciso momento —exclamé con afectación.

—¿Y eso por qué? —quiso saber su marido.

—Pues que me acaban de llamar las monjas del campamento de Castro, ya sabéis, al que íbamos todos los veranos de pequeñas. Y resulta que mañana es el día de los padres y se han quedado sin personal. Cuatro bajas por salmonelosis. Están desesperadas, las pobres. Yo ya les he dicho que las ayudo sin problemas, pero, claro, no sé cómo manejar a los niños. Entonces ha sido cuando me he acordado de Violeta, que con la experiencia que tiene como madre, nadie mejor que ella.

—¿Quieres llevarte a mi mujer a trabajar a un campamento? Suficiente

tiene con sus hijas —contestó indignado Rodolfo.

—Cariño, piensa en las monjitas —intentó Violeta con un deje de angustia en la voz que bien pasó por uno de devota católica.

—Están desesperadas, ya no saben a quién acudir. Es un campamento confesional de gran prestigio, y ahora que vienen los padres... —añadí con gesto contrito.

—Pues que les digan que no vayan —rebatí Rodolfo.

—¿A ti te gustaría que te dejaran sin ver a tus hijas sin motivo? —inquirió Violeta recuperando su tono normal. Me guiñó un ojo sabiendo que estaba intentando echarle un cable, sumándose con ahínco al plan.

—Hombre, pues no, pero llevarte así a mi mujer...

—Te la devolveré mañana. Pasaremos la noche allí, prepararemos la *gymkana* esta tarde y cantaremos canciones. Misa de ocho, o de nueve, la que toque..., cena, unos pocos salmos y todos a acostarse. Así que al amanecer yo misma te la dejaré en la puerta.

—No lo acabo de ver..., ¿qué va a ser de nuestras hijas?

—Rodolfo, que eres su padre. Pues no va a ser nada, quién mejor para cuidarlas unas horas que su propio padre, ¿no?

—Yo es que con las tres..., quizá con una. ¿No podéis llevaros a las dos mayores?

—Lo haríamos, pero todavía no han localizado el foco de la salmonelosis y ya sabes cómo son los niños, que comen todo lo que no tienen que comer.

—También algunas adultas —siseó Sergio poniendo cara de inocente. Le di un pisotón y seguí interpretando mi papel.

—Y dices que sería esta tarde y la noche... —musitó Rodolfo rascándose la papada con gesto pensativo.

—Vamos, Rodolfo, piensa en las monjas y su sufrimiento ahora mismo, ya nadie cultiva la misericordia como antaño.

—En eso llevas razón, sí. Pues no se hable más. Violeta, ven aquí, que esta tarde te vas con Livia a ayudar a las monjas, Dios lo tendrá en cuenta.

—Sí, Dios lo ve todo, aunque haya cosas que no quieras que vea —añadió Sergio soportando una carcajada.

—Claro, Rodolfo, tú no te preocupes, que yo me haré cargo enseguida de la situación, ¡con lo bien que me apaño con los niños! Si siempre he dicho que debería haber estudiado para profesora de infantil —exclamó Violeta, ya visiblemente entusiasmada.

—Nunca es tarde —apostilló Sergio, y recibió una patada en la espinilla por mi parte.

—¿A qué hora paso a buscarte? —le pregunté.

—A las seis.

Enarqué una ceja, sabiendo que la cena era a las nueve.

—Que nos va a costar llegar, mujer, el fin de semana la carretera de la costa tiene un tráfico terrible. Todo sea por las monjitas, que con lo bien que nos trataron cuando éramos pequeñas, no se merecen menos.

—¿Qué sacrificios nos pide el Señor de vez en cuando! —exclamó Rodolfo en plan mártir.

—Y que lo digas —corroboré.

—Pues ya está, vamos a desayunar. Acabo de comprar una quesada recién hecha. ¿Os hace un bocadito? —nos ofreció.

—Gracias, ya hemos desayunado —contesté.

—Joder, con las putas quesadas —farfulló en cambio Sergio.

Sonreí como pude ante el semblante crítico de Rodolfo y me alejé deseándoles buen provecho. Sergio se sentó en una de las sillas y me miró mientras yo resoplaba.

—¿Brote de salmonelosis? Eres una mentirosa profesional —determinó.

—Me sale de forma natural.

—¿Campamento confesional? ¿Eso existe?

—En nuestro mundo, no, pero creo que en el suyo sí.

—Pues si se lo ha tragado es tonto de cojones.

—Es tonto, aunque no tanto. Ha cedido porque no sabe de qué va esto, y

contradecirme cuando le estaba pidiendo ayuda para unas monjas no es muy cristiano.

—Y eso de que se la devuelves mañana...

—Cubriéndome las espaldas, no sé en qué condiciones acabará Violeta la noche.

—¿Esto lo habéis hecho otras veces?

—Demasiadas para contarlas.

—Vaya, Livia, no sabía que podías ser tan maquiavélica y perversa —dijo cogiendo mi mano y arrastrándome hacia él. Acabé sentada con las piernas abiertas sobre las suyas.

—No sabes tú cuánto.

Me besó el cuello descubierto y proferí un pequeño gemido.

—Estoy deseando averiguarlo.

—Cuando quieras probamos el arnés, me encanta sodomizar a mis parejas —musité bajando las manos por su espalda hasta internar los dedos bajo la cinturilla del bañador. Me detuvo sujetándome los brazos.

—¿Es..., eso es una broma? —balbució atragantándose.

—¿Crees que bromeo? —ronroneé inclinando la cabeza y dejando resbalar el cuello de su camiseta por mi hombro.

—Yo... no sé si esa práctica en concreto...

Estallé en carcajadas ante su gesto atemorizado y él me cogió de la cintura para incrustarme justo donde yo más lo deseaba.

—Joder, sí —musité cerrando los ojos.

Me besó en la clavícula descubierta y mis pezones se marcaron en su camiseta.

—Eso quiere decir que te gustaría si yo pruebo contigo...

Me moví comenzando a sentir que el placer inundaba mis sentidos, sin percatarme de que estábamos en una terraza en la que podían vernos desde la calle y a plena luz del día.

—Tendrás que adivinarlo. ¿No habías dicho que en las mentiras se

esconden las verdades?

De improviso, me cogió en volandas y me llevó al salón. Tuve que rodearle la cintura con las piernas para no caer. Me empujó contra la pared y gemí de nuevo.

—¿Te quedan fuerzas? —le pregunté.

—Contigo no sé ni de dónde las saco —replicó revolviendo con rapidez en el bolsillo hasta encontrar lo que buscaba. Se lo puso con la habilidad de llevar haciéndolo años y me penetró.

Jadeé y él me acalló con un beso feroz, hambriento, con movimientos veloces, sin pausa, hasta que me sujeté con fuerza a su cuello para no desfallecer. Me soltó respirando entrecortadamente y apoyó su frente en la mía.

—Una vez me dijeron que sólo hacían falta veinticuatro horas completas para saber si una mujer te volvería loco.

—¿Y?

—A mí me han sobrado veintitrés para saber que ya estoy loco por ti, Livia —confesó y, como si se arrepintiera de ello, se apartó, cogió su teléfono, que reposaba en el mueble, y abandonó el apartamento, dejándome más confusa de lo que nunca antes había estado.

—Mierda —farfullé mirando la puerta cerrada con gesto mohíno—. Y ahora, ¿cómo estudio yo?

A las seis en punto estaba pulsando el timbre del apartamento de Rodolfo y Violeta, preguntándome por qué al Dolce & Gabbana Light Blue lo denominaban «fragancia estival», cuando estaba claro que a cada uno de mis movimientos dejaba una estela perenne de almibarado perfume. Violeta abrió de par en par, franqueándome el paso, y mis fosas nasales fueron invadidas por un aroma sensual, intenso y especiado que me provocó un repentino estornudo. Igual era ella la que se había excedido.

—¡Jesús!

—Gracias —dije llevándome una mano a la nariz.

—¿Voy bien?

—¿Para una fiesta *after hours* de Lady Gaga? —le pregunté.

Rodolfo asomó la cabeza y asintió.

—Que ya te lo decía yo, que vas demasiado peripuesta para ayudar a unas monjas. Por cierto, ¿quién es Lady Gaga? ¿Veranea por aquí?

—Rodolfo. —Violeta se giró con indignación y lo amonestó con el dedo índice en alto, al igual que hacía con sus hijas—. Voy vestida como una señora.

—Hombre no pareces, eso desde luego —afirmé.

Señora, tampoco, más bien choni poligonera. Pero eso me lo callé.

—Bueno, nosotras nos vamos, que estarán esperándonos como agua de mayo. Te he dejado las instrucciones en la cocina —indicó ella.

—Ya, pero, Violeta, que yo me lío con el calentador de biberones. ¿No podrías...?

—Pues no, no puedo. Que eres veterinario, por Dios, curas animales. Tres niñas no son muy diferentes.

Reprimí una carcajada ante el gesto desencajado de Rodolfo y me aparté por si la discusión iba a mayores, aunque Violeta, con un golpe de melena y cogiendo su minúsculo bolso Chanel, cerró la puerta de forma contundente.

—¿Adónde vamos? —inquirió.

—Pensé que ya tendrías una idea, has sido tú la que has querido quedar antes.

—Dame el brazo, anda, que con estas plataformas me voy a descalabrar en la escalera —comentó.

—Es que igual son un poquito excesivas para una cena informal, ¿no?

—¿Quieres dejar de criticarme?

—Pero si todo te lo dices tú —murmuré resoplando—. ¿Nos acercamos al puerto?

—¿Habrá algo abierto a estas horas?

—Sí, con los guiris acabarán convirtiéndose en un *twenty-four seven*.

—¿Y eso qué es?

—Nada, déjalo —musité sujetándola en su tambaleo, guiándola por el atajo entre urbanizaciones para que no la atropellara algún coche en la carretera.

—Oye, lo que yo no entiendo es cómo tú, vistiendo tan masculina, pareces femenina.

Me detuve y observé su vestido de licra blanco palabra de honor sin saber qué contestar.

—Llevo un vestido camisero vaquero de manga hasta el codo con un cinturón negro y sandalias romanas. ¿Qué tiene de masculino?

—Todo. Yo pensé que era una camisa que le habías robado a Sergio. Y, además, no llevas tacones.

—No creo que sean muy útiles en la playa...

—Por no hablar de tu pelo, por muchas horas que hayas pasado rizándotelo en ondas con las planchas, con esta humedad, dentro de una hora parecerás un espantapájaros.

Me detuve de nuevo para observar su melena cardada y fija por kilos de laca.

—No me he rizado nada, mi pelo es así. Nunca lo llevo suficientemente rizado ni suficientemente liso.

—Pues vaya desgracia, Livia, con lo bonito que queda una melena bien peinada.

—Si tanto te molesta ir conmigo, no sé por qué has insistido en quedar antes —comenté empezando a cabrearme.

—Porque estoy nerviosa, perdóname. ¿Voy bien? ¿Parezco una morcilla de Burgos?

—No, claro que no, vas preciosa —le dije cruzando los dedos de la mano izquierda a la espalda y acariciándole el brazo desnudo con la otra.

—Más me vale, porque llevo cuatro horas preparándome.

—¿Tantas?

—¿Cuánto te cuesta a ti?

—Unos veinte minutos.

—Claro, ya se ve el resultado —afirmó con condescendencia—. ¿Nos sentamos en esta terraza?

—Por supuesto —siseé deseando que sirvieran pronto el alcohol.

Al sentarse en los sillones de paja, demasiado bajos, se le subió el vestido y dejó ver parte del pantalón que llevaba debajo.

—Violeta —la llamé haciéndole un gesto explícito con la cabeza.

—Ah, es la faja, que no sabes tú lo que tres embarazos hacen con el cuerpo de una mujer: que si coges veinte kilos, pierdes diez, coges otros veinte con el segundo, pierdes cinco y coges otros veinte con el tercero. Que éstos se te quedan. ¿Cuánto suman?

—Cuarenta y cinco.

—Por no hablar lo que se te caen las tetas a la altura de la cintura, exprimidas como un limón seco, además de las estrías, que...

—No, déjalo, no hace falta que me lo cuentes —contesté lanzándole una mirada de urgencia al joven camarero que se acercó con una sonrisa.

—Hola, guapas, ¿qué os pongo?

—A mí Hendrick's con tónica, y olvídate del enebro y los frutos rojos; con una rodaja de limón es suficiente, no quiero que mi gin-tonic parezca una ensalada.

—Me gusta, una chica con criterio —replicó sin dejar de sonreírme.

Violeta carraspeó y él se volvió hacia ella.

—¿Y a usted, señora?

El rostro de Violeta empalideció y se endureció. Me miró a mí y después a él. Y yo temí que le lanzara una directa.

—¿Qué te apetece? —inquirí.

—Un Malibú con piña.

—¿Un qué? —balbució el camarero.

—¿Tengo que repetírtelo?

—No, señora, preguntaré a Matías, que lleva aquí más de veinte años, seguro que él se lo prepara a la perfección —musitó alejándose con la nota en la mano.

—Recordando viejos tiempos, ¿eh? —comenté por romper el hielo.

—¿Ya no está de moda el Malibú con piña? —me preguntó ella temblándole los labios.

—Pues creo que nunca llegó a estar de moda, pero si es lo que te gusta, adelante.

—¿Y por qué me ha llamado «señora»? ¿Parezco mayor? Sólo tengo unos pocos años más que tú —continuó angustiada, dándose aire con la carta de las cervezas, sin conseguir evitar que varias gotas de sudor le resbalaran por la frente.

—Es educado, nada más. No le des una importancia que no tiene. Venga, cuéntame algo de ti y así nos ponemos al día —la animé viendo que comenzaba a perder el empuje de toro de lidia con el que había salido de casa.

—Livia, ¿tú crees... crees que vendrá Lucas a la reunión?

Esa pregunta, aparte de pillarme desprevenida, me dio la pista determinante para descubrirla.

—¿Quieres que venga?

—No estoy muy segura..., sí, sí, sin duda.

—¿Por qué?

En ese momento el camarero nos puso las bebidas en la pequeña mesa redonda y, antes de que se fuera, le pedí otras dos iguales. La tarde se preveía larga y únicamente superable con grandes cantidades de alcohol.

—Porque quiero que me vea así, como soy ahora —respondió dándole un largo trago a la bebida.

—No te entiendo.

—Quiero que se dé cuenta de lo que perdió, de lo que podríamos tener él y yo ahora. Un matrimonio perfecto y tres hijas adorables.

—Quieres vengarte.

—¿Tanto se me nota?

—Es que sé bastante sobre venganzas —musité suspirando—. Mira, no sé si vendrá, aunque me imagino que Asier lo habrá avisado. De todas formas, yo no me haría muchas ilusiones.

—¿Sabes algo de él?

—Lo último que supe es que se había ido a vivir con Marisa a Reinos. Pero eso fue hace seis años.

—Al final se fue por la zorra esa por la que me dejó.

—No creo que él lo viera de esa forma, recuerdo vuestras discusiones, no parabas de decirle que era un don nadie y que con el surf no iba a llegar a ningún sitio.

—¿Es que ha llegado?

—Me imagino que sí, nunca quiso dedicarse profesionalmente a ello, y tampoco hace falta tener una casa en Mallorca en la que veranear para ser feliz.

—Rodolfo ya no tiene la casa en Mallorca, tuvo que venderla por la crisis, por eso hemos vuelto a Suances, al apartamento de mis padres —masculló.

—Lo siento, no lo sabía —repliqué con sinceridad, apoyando una mano en su brazo.

—Aunque somos muy felices, ¿eh? Tenemos todo lo que siempre hemos deseado —destacó irguiéndose.

Cabeceé en silencio. Cuando la gente presume de lo felices que son significa con exactitud lo contrario. Es como colgar de forma continua fotos y mensajes en Facebook e Instagram de tu «falsa vida» ansiando los *likes* para confirmar que, pese a la efímera sensación de triunfo, emocionalmente estás hundida o próxima a hundirte.

—¡Perdón! —exclamó de improviso, devolviéndome la caricia anterior con una mano que lucía una manicura de gel en color rosa brillante.

—¿Por qué?

—Porque aquí estoy yo, presumiendo, cuando tú lo has estado pasando

verdaderamente mal.

Bebí y suspiré.

—Lo de tu padre debió de dolerte mucho... —prosiguió. Desde luego, no contaba con la empatía o la discreción como virtudes.

—No me gusta hablar de ello —repliqué con sequedad.

—Lo comprendo. Oye, ¿por qué no nos hemos visto más en estos años? Apenas vivimos a una media hora de distancia. La última fue cuando conocí a Nando, qué chico más simpático. Debí de adivinar que no te iba a durar demasiado.

Suspiré pidiendo paciencia e ignoré a propósito las últimas frases.

—Supongo que tomamos caminos diferentes, tampoco he estado mucho en Madrid. Pasé casi dos años en Inglaterra y luego me enfrasqué en las oposiciones.

—Sí, esas que dices que estudias y no estudias.

—¡Ey, que sí que estudio! —me defendí.

—No con el mambo que te pegas por las noches, que despertasteis hasta a Rodolfo, que duerme como las piedras.

—Era la televisión —aseguré.

—Y yo soy Rita *la Cantaora*. ¿Te lo parezco? —inquirió enarcando una ceja pintada de negro.

Comencé a reír y, por fin, nos relajamos. A partir de ese momento, la conversación, regada por el alcohol, discurrió entre anécdotas y recuerdos de nuestros años de veraneo en Suances.

Al filo de las nueve nos levantamos, ella bastante más perjudicada que yo, para encaminarnos a la escuela de surf. Le sugerí, por su propia estabilidad, que alargáramos el trayecto por el paseo marítimo, firme y sin ascensos, descensos o escaleras, y que además contaba con la brisa del mar para despejarnos.

La escuela ya había cerrado, pero ambas sabíamos que había una puerta trasera que estaría abierta, así que la rodeamos y, empujando la vieja madera

astillada que siempre tendía a atascarse, logramos entrar. Me detuve de improviso, recibiendo un golpe brutal de mi pasado, en el que la melancolía me sacudió, aletargándome. Antes de que nos viera nadie, acaricié mi tabla colgada en la pared con nostalgia y algo de rencor. Era una tabla hecha a medida por uno de los mejores artesanos vascos, llevaba mi nombre escrito y mi emblema: un rayo que acabé tatuándome en el tobillo. Después me quedé mirando con fijeza las fotografías de todos nosotros enmarcadas alrededor. Habíamos compartido tanto en tanto tiempo... Suspiré hondo para enterrar los recuerdos y me volví cuando oí a Asier, que salió de la puerta de la cocina empujando a varios por delante de él.

—¡Livia!

—¡Violeta!

—¡Eloise!

—¡Luisiño!

—¡Mara!

—¡Lucas!

—¡Álvaro!

Nos fuimos abrazando por turnos, sonriendo, riendo y dándonos palmadas, besos y achuchones cariñosos. Incluso Sergio, algo apartado con Diego, recibió los mismos y calurosos saludos. Aprovechando que me separé un par de metros del grupo, se acercó a mí. Iba vestido con un pantalón vaquero roto, una camisa negra y llevaba el pelo recogido de forma precaria con una coleta en la nuca. Nunca lo había visto tan guapo. O tal vez fuera que no había querido fijarme en el tremendo atractivo que desprendía. Me dio un suave beso en la mejilla y me sonrió de forma sesgada.

—¡Anda, pero si te has vestido! —exclamé.

—Con lo que a ti te gusta verme desnudo —murmuró en mi oído.

—¡Y peinado! —continué, sintiendo un escalofrío de placer al notar su mano pegada a mi espalda.

—¡Y tú! Se ve que la noche lo merece —afirmó riéndose.

Le pegué un pequeño empujón y fuimos sentándonos sin orden a la mesa improvisada sujeta por caballetes, aunque me percaté de que Asier había estado observándonos sin perder detalle.

Violeta se colocó a propósito frente a Lucas, el cual hablaba con Eloise, una chica francesa que siempre había veraneado en Suances y surfado con nosotros. Ambos entablaron conversación gesticulando y riéndose. Yo quedé encajonada entre Asier y Sergio.

—Estás preciosa, Livia. Cómo he esperado a verte sonreír como ahora — me susurró Asier, sin descubrir la mirada de soslayo que le dedicó Sergio.

—Venga, que saco el arroz caldoso con bogavante que he preparado —dijo Luisiño—. Además, he traído de Galicia dos cajas de doce botellas del mejor ribeiro que vais a probar en vuestras vidas.

—Tiene un restaurante en Pontevedra —le expliqué a Sergio.

Y entre el delicioso ribeiro, acompañado del arroz, de anécdotas y puestas al día, fueron pasando las horas.

—¿Os acordáis de la competición en México, cuando Livia quedó finalista con la norteamericana, aquella californiana pagada de sí misma? —preguntó Asier, y todos, calentados ya, aporrearon la mesa riéndose.

—¿Qué te dijo? —inquirió Eloise, que también había competido aquel día—. ¿Que ella era un tiburón y tú una trucha?

—Salmón, me llamó salmón.

—Le ganaste, hiciste que mordiera la arena, y luego te acercaste a ella y le dijiste que no hay nada más persistente que un salmón nadando contracorriente, aparte de un par de insultos que no mencionaré por pudor —comentó Lucas.

—Sí, no hay nada peor que subirse a la tabla creyéndote ganadora —corroboré.

—A partir de entonces empezaste a coger fama, se corrió la voz de la «escuchadora de las olas».

—Me he perdido —asumió Sergio.

—Ella consideraba que el surf era sencillo, su técnica no tenía nada de especial, la mayoría de las veces ni entrenaba, pero cuando estaba en el mar se comía la ola. Su *flow* y su secreto eran que decía que, cuando cerraba los ojos, la ola le indicaba lo que tenía que hacer, que le susurraba un cántico que sólo Livia oía —aclaró Eloise con el dulce acento francés que nunca había llegado a perder.

—¿Es cierto? —inquirió Sergio.

—Sí, no sé explicarlo, aunque siempre fue así. Asier fue el primero en verlo.

—De ahí viene el apodo de Temeraria: cuando todos veíamos que era imposible, ella lo intentaba. Siempre decía que el mar estaba de su parte, que era el único que no le fallaría.

—¿Por qué lo dejaste? —Sergio me miró como si estuviera descubriendo otra nueva Livia que desconocía.

—Porque dejé de oírlo. Hace seis años que no me habla. ¿Tomamos otra copa? —sugerí sin querer ahondar en el momento justo en el que la voz del mar se acalló definitivamente para mí y desde el que no había vuelto a ser la misma persona.

—¿Ni siquiera lo retomaste cuando estuviste viviendo en Inglaterra? —preguntó Diego—. Me resulta muy difícil pensar que te resististe a coger los tubos de las olas grandes de Devon.

—No, me convertí en una perfecta urbanita.

—¿Y no te duele, a veces? —inquirió Mara.

—Mucho. Y muchas. Pero es mejor así —contesté decidiendo que esa noche debía beber más para soportar la añoranza.

—Es que no entiendo nada de lo que decís, que si tubos, que si *flow*, que si... no sé qué... —masculló Violeta molesta.

Se hizo un silencio tenso y todos, excepto ella, nos coordinamos para dar una palmada en la mesa coreando: «Sólo un *surfer* sabe lo que se siente». Estallamos en carcajadas y Violeta nos miró uno a uno con la misma expresión

con la que regañaba a sus hijas, lo que provocó nuevas y más sonoras risas. Cuando conseguimos callarnos, secándonos las lágrimas disimuladamente, ella habló:

—Pues yo tengo una propuesta mejor: ¿Por qué no vamos al Surfer's Corner?

—¡Sí! —exclamamos, aunque Sergio me miró inquisitivo.

—Es el rincón de los surfistas de esta escuela, está junto al acantilado, allí nos reuníamos de noche —le aclaré.

—¿Llevamos música? ¿Tenéis una radio con CD por ahí? —preguntó Violeta—. Anda, y además Sergio toca la guitarra, ¿la has traído?

Sergio la encaró con una expresión de desconcierto.

—Tranquila, cielo, que con los iPhone y altavoces nos vale —se mofó Mara.

—¿Bebidas? —insistió.

—Tengo una nevera preparada —confirmo Asier levantándose.

—¿Recogemos esto? —me ofrecí.

—Déjalo, una noche es una noche —dijo Asier sonriéndome.

—Antes tengo que ir al baño, ¿me acompañas? —me pidió Violeta.

—Claro —murmuré alejándome con ella sujeta del brazo.

Esperé junto al lavabo a que terminara de acomodarse la ropa y justo en ese momento recibí un mensaje en el móvil.

Creo que ya he encontrado
nuestra banda sonora para anoche.
Breathe, de Faith Hill. ¿Qué te parece?

Adjunto al mismo me enviaba el archivo de sonido. Lo escuché con calma, recreándome en los versos que decían que se podía ver la magia fluyendo entre nosotros, la cual surgió en el instante en que me besó. Logró emocionarme, aunque también adiviné que había esperado todo el día para enviármela como una especie de recordatorio de lo que teníamos o casi teníamos. Tecleé una rápida y sincera respuesta:

Perfecta.

—Oye.

—¿Qué? —exclamé levantando la vista del teléfono algo despistada.

—¿Soy yo o Lucas me está ignorando a propósito? —preguntó Violeta mientras se pintaba profusamente los labios de un granate bastante llamativo.

—Eh..., a propósito, no creo que sea —musité enrojeciendo, pero ella no percibió el doble significado de la frase.

—Ah, pues ya me quedo más tranquila. ¿Vamos? Que mira que te cuesta recomponerte el maquillaje, llevas aquí por lo menos diez minutos.

Resoplé, puse los ojos en blanco, acabé sonriendo y la cogí del brazo para que no se rompiera el tobillo de camino a la puerta. Fuera nos esperaban los demás, rodeados por la fresca brisa nocturna. Sonreí a Sergio y él asintió como si compartiéramos un secreto precioso. Volvíamos a sentirnos aquellos adolescentes y veinteañeros que fuimos una vez, sin pasado, sin futuro, viviendo el presente con el lema de *El club de los poetas muertos*: «*Carpe diem*». Reíamos, nos empujábamos y hablábamos en voz alta, sin reprimir emociones.

Hasta que llegamos a la escalera que bajaba a la playa.

—¡Violeta, cuidado! —grité advirtiéndole, aunque no llegué a tiempo.

—¡Joder, qué hostia se ha dado! —exclamó Mara paralizada.

Sergio y yo corrimos a socorrerla, pero ella se levantó del último escalón recolocándose el peinado y se quitó las plataformas.

—A la mierda con ellas —dijo lanzándolas al aire.

Un par las esquivaron, y volvimos a reír. Y yo acabé recogéndolas y llevándolas colgando de un dedo para que, aparte de la vergüenza, no perdiera también los zapatos.

—Qué cogorza ha cogido la vecinita —me susurró Sergio.

—Me temo que va a ir a peor —mascullé viendo que se estaba poniendo en evidencia por llamar la atención de Lucas.

Caminamos en grupos de dos y de tres hasta llegar al rincón, donde

situamos las toallas, la nevera, y pusimos música. Era una noche perfecta, con un manto de estrellas cubriéndonos, y una luna que rielaba sobre la superficie negra del agua, arrancándole destellos plateados. Miré hacia la orilla, sintiéndome plena y feliz como hacía mucho que no me sentía. En mis oídos todavía resonaba nuestra banda sonora. Me fijé en que Sergio me observaba en silencio y le sonreí. Él entornó un ojo cuando la luz de un teléfono lo enfocó para avisarlo de que estaban repartiendo vasos de chupito y se rio, produciéndome cosquillas en el alma. Tras una corta discusión, se decidió por mayoría unánime que jugaríamos al «Yo nunca he...». Tuve que reconocer que me entusiasmó la idea, no porque fuera a beber más, que era lo que había inclinado la balanza de los demás, sino porque así lograría saber algo íntimo de Sergio, contando con que no mintiera.

—Yo nunca he estado en una playa nudista —declaró Luisiño con seriedad, inaugurando la ronda.

Todos bebieron menos Violeta y Luisiño.

—Yo nunca he besado a una persona de mi mismo sexo —continuó Álvaro saltándose el orden.

Sólo bebimos Eloise y yo sin poder soportar la risa.

—¡Tramposas! Eso fue una apuesta —acusó Lucas echándose a reír.

—Pero nos besamos —concluyó Eloise muy digna.

Sergio me miró y cabeceó, lo que me provocó más carcajadas.

—Yo nunca he estado en la cárcel —afirmó Eloise.

Bebió Sergio y todos nos quedamos con unos ojos como platos.

—¿Comprobaste si tenía antecedentes penales? —le pregunté a Asier.

—Está limpio, ya sabes que es obligatorio si trabajan con niños.

—¿Entonces?

—No diré nada más. ¿Seguimos? —finalizó Sergio.

—Yo nunca he hecho *sexting* —aseguró Mara.

Bebimos todos menos Violeta y la propia Mara.

—¿Eso qué coño es? —inquirió Violeta.

—Enviar mensajes de texto con fotos subidas de tono —le aclaró Lucas, que fue la primera vez en toda la noche que le habló.

—Sois unos depravados. ¿Podéis preguntar algo que yo sí haya hecho? —se defendió—. Que a este paso no voy a probar el alcohol.

—Conmigo no fue, ¿fue con Nando? —me susurró Asier.

—¿Cómo es que sabes que existió un Nando? —exclamé desconcertada—. Da igual —afirmé dando un manotazo al aire—. No pienso decírtelo, cotilla.

—Yo nunca he practicado sexo oral —canturreó Eloise, saltándose el turno y mintiendo descaradamente.

Bebimos todos menos Violeta.

Me giré hacia ella, que lucía un gesto enfurruñado.

—¿Tampoco eso? —inquirí.

—A Rodolfo no le gusta bajarse al pilón.

—Ah, ya..., ¿y tú a él? —pregunté, pero debería haberme quedado callada.

—Me da asco chupársela.

—Joder —siseó Sergio sin poder contener una carcajada—. Aunque debo reconocer que a mí también me daría asco.

—¡Cállate! —lo amonesté pegándole un codazo.

—Yo nunca he estado enamorada —afirmé dándole a Violeta el comodín del público, el de la llamada y hasta la respuesta en código morse.

Bebimos todos, pero el juego terminó, ya que el intercambio de miradas fue como el filo de una navaja cortando la brisa que provenía del mar. Violeta acribilló a Lucas, Lucas la desvió hacia Eloise y ésta la dirigió a Álvaro. Luisiño enfocó a Mara, y Mara a Diego, que a esas horas ya no estaba para nada que no fuera el lenguaje verbal, alto y directo. Y yo me quedé inmóvil, sintiendo los ojos de Asier y de Sergio fijos en mí.

—¿Y si ponemos música? —sugerí.

—Por supuesto —dijo Diego despertándose de improviso. Se dio cuenta de que había terminado su cigarro y sacó la bolsa de maría del bolsillo para liarse otro.

—Deberías vigilarlo —le recomendé a Asier.

—Es menos de lo que parece, es un ochenta por ciento de tabaco, pero le gusta dar la impresión de estar siempre colgado, es su forma de sacar ventaja a los demás.

—Curiosa forma —mascullé examinándolo con atención.

Diego sonrió de medio lado, pese a que era imposible que hubiera oído nuestra conversación. ¿O sí?

U2 inundó los altavoces y seguimos bebiendo, aunque el ritmo de la noche se había vuelto más pausado.

—Así que él es tu *drugs dealer* —le comenté a Sergio.

—Estuve en la cárcel, no sabes la de gente interesante que se llega a conocer allí.

—Claroooo... —ironicé sin tenerlas todas conmigo. Entorné los ojos hacia él, que parecía reír en silencio.

—¿Alguien quiere? —ofreció Diego intentando animar el ambiente.

—¡Yo! —saltó Violeta.

—¿Tú? —exclamé yo.

—Menuda moña se va a pillar... —susurró Sergio—. No la va a reconocer cuando vuelva ni el papa.

—Violeta, que igual mezclarlo con la bebida no te va demasiado bien... —insistí.

—Si yo estoy muy puesta en esto. Por cierto, ¿qué estamos bebiendo? Sabe a matarratas.

—Es Jägermeister con lima. Se llama Berlín. ¿No estabas muy puesta? —preguntó Mara.

—Puestísima —aseguró ella.

—Puestísima va a acabar la noche —determinó Sergio.

—Venga, ¿jugamos a otra cosa? ¿Verdad, beso o consecuencia? —sugirió.

Nos miramos con gestos de incomprensión al principio, para acabar cediendo con una sonrisa. Temblé. Nada me daba más miedo que un grupo de

hombres y mujeres con vidas asentadas, las cuales habían dejado colgadas en los armarios de sus casas para ir al encuentro de su ya lejana adolescencia. No quería ni pensar en las repercusiones cuando llegara el amanecer.

Giramos la botella y el cuello eligió a Asier.

—Consecuencia —exigió desafiándonos.

—Baila con Livia una canción que escoja Diego —ordenó Lucas.

—Vaya, ¿no se suponía que la gracia de esto era verte hacer el ridículo a ti solito? —protesté, dándome cuenta de que ambos hermanos estaban compinchados.

—Venga, acompáñame —pidió Asier cogiéndome de la mano y poniendo gesto de falsa súplica—. Diego, ponnos una animadita.

Y a Diego sólo se le ocurrió seleccionar *Do You Love Me* de The Contours. Asier empezó a hacer el payaso a dos metros de mí cantando los primeros versos de la canción, un mensaje directo y tajante:

*You broke my heart 'cause I couldn't dance,
You didn't even want me around
And now I'm back to let you know I can
really shake 'em down.*

Sin previo aviso, cuando ascendió el ritmo, se acercó y me sujetó por la cintura, encajándose en su entrepierna mientras me hacía girar y me inclinaba para que yo arqueara la espalda y me moviera en una mala imitación del baile más sucio de la película *Dirty Dancing*. Noté su excitación y el sudor cubrió nuestros cuerpos. Los recuerdos fueron tantos y en tan poco tiempo que mi estoicismo se quebró, tornándose en ese estado de euforia triunfante que te proporciona el alcohol en la sangre. Al finalizar la canción me di cuenta de que estaba rodeándole la cintura con una pierna levantada y agarrándole el cuello con el brazo, colgada literalmente de él, ambos jadeando. Nos quedamos un instante mirándonos a los ojos y supe que su intención era besarme. Fui salvada por la persona más inoportuna de la noche.

—¡Éstos hoy acaban haciendo el ñaca-ñaca! —exclamó Violeta, cada vez más desaforada.

—«¿Ñaca-ñaca?» ¿Se ha convertido en Vilma Picapiedra? —inquirió Mara sin poder dejar de reír.

Apartándome de Asier con un empujón, acabé sentándome en la arena de nuevo, algo mareada y evitando mirar deliberadamente a Sergio, el cual lucía un gesto huraño y desafiante. Asier aprovechó la jugada y se sentó detrás de mí, cubriéndome con su chaqueta y sujetándome los hombros con suavidad para que me apoyara en su pecho.

—Estoy bien —repliqué incómoda.

—Hace frío, no quiero que pilles un catarro.

—Y yo no quiero que pilles con él —farfulló Sergio levantándose. Me tendió la mano—. ¿Te vienes a casa?

—Deja de decidir por mí, Asier es sólo un amigo —repliqué con terquedad, y lo hice porque me molestó que se declarara mi defensor.

—Creo que ni tú misma te crees lo que estás diciendo —asumió él con el cuerpo tenso, a un paso de enfrentarse con algo más que palabras contra Asier.

—Sergio, déjalo, nunca podrás competir conmigo. —Sonrió con suficiencia y guiñó un ojo a Lucas.

—Pero ¿os estáis oyendo? —estallé levantándome de un salto mientras los demás nos observaban entre incrédulos y expectantes—. No soy el trofeo de nadie.

—Livia, nunca llegamos a dejarlo, sólo nos dimos un tiempo. Si has venido este año a Suances es por algo.

—¿Y crees que es por ti? —inquirí estupefacta.

—Yo también lo creo —barbotó Sergio.

—No debería importarte, esta mañana me ha dicho que no había nada entre vosotros —lo desafió Asier.

—Te mintió. ¿Vienes? —insistió Sergio.

—Me debes una conversación —contraatacó Asier dirigiéndose a mí.

—Y tú me debes mi vida —siseé con enfado.

—¿A qué te refieres? —inquirió desconcertado.

—Oh, lo sabes muy bien —afirmé con los labios apretados.

—Vámonos, Livia, lo que tengáis que hablar, mejor que lo hagáis de día y sin estar ebrios —determinó Sergio.

—No estoy borracha —contesté mareándome al girar la cabeza—. Un momento, ¿dónde está Violeta?

Se levantaron los que quedaban sentados y sacaron sus móviles para conectar la linterna.

—¡Violeta! —grité haciendo bocina con las manos.

—¡Estoy aquí, chicos! —nos saludó ella desde la orilla—. ¡Vamos a bañarnos desnudos como antes! ¡¿Alguien me ayuda a quitarme la faja?!

Y, entonces, una ola se la tragó.

Capítulo 8

I'm the one who wants to be with you *

—Espera, ya te ayudo —exclamé corriendo con el bolso y los zapatos de Violeta en la mano para alcanzar a Sergio por la estrecha calzada que discurría ascendente hasta nuestros apartamentos.

—No es necesario, puedo yo solo —replicó él de forma tozuda, mientras hacía el esfuerzo de sujetarla por la cintura y tirar de su brazo, que le rodeaba el cuello, evitando que Violeta se desplomara en el suelo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquirí avanzando más rápido para colocarme al otro lado de Violeta, intentando equilibrar el peso.

—¿A mí? ¡Nada!

—No entiendo por qué te has enfadado —comenté, y en ese momento Violeta tropezó con sus propios pies y casi se nos cayó al asfalto—. Vamos, cariño —la animé—. Ya queda poco, venga, pon un pie delante del otro.

—No me he enfadado —resopló Sergio izándola un poco más.

—Pues lo parece.

—¿Ya te has despedido convenientemente de Asier? —inquirió.

—Nos hemos dicho adiós.

—Vosotros nunca llegasteis a decirnos adiós. Joder, Livia, que tengo ojos en la cara, te has pasado toda la noche tonteando con él.

—¿Que yo que...? ¡Eso no es cierto!

—¿Y el baile? Poco le ha faltado para follarte allí mismo.

—¿No fuiste tú el que dijo que mientras descubríamos qué sentíamos podíamos divertirnos?

—¡Pero conmigo, joder! ¡No con otros!

—Oh, qué bonito y romántico ha sonado eso —balbució Violeta.

—¿Cómo? —exclamé incrédula—. Eso es lo más machista y posesivo que he oído en mucho tiempo.

—Pues eso, que es muy bonito —continuó ella con la lengua adormilada.

—¿Ves? Hasta la vecina me da la razón.

—No soy tuya ni de nadie. ¿Te queda claro?

—Clarísimo, cristalino, diáfano.

—Ahora no entiendo qué estáis diciendo —farfulló Violeta, y levantó la cabeza para mirarnos a uno y a otro—. Los dos sois idiotas. Tú más, Livia.

—Gracias —mascullé.

—Te voy a dar un consejo: nunca te cases con un rico porque te saldrá muy caro. Lo pagarás con intereses toda tu vida. Te pondrá un piso de ensueño, tendrás hijos y una existencia vacía, beberás vodka a escondidas y te atiborrarás a ansiolíticos para soportar que el cabrón de tu marido, del que sabes que sin él no tienes nada, se está follando a la zorra de su socia porque ya no soporta ni mirarte. Y tú sonreirás y serás miembro del AMPA del colegio y te ofrecerás a todas las actividades porque así haces ver al mundo que eres inmensamente feliz y que tu vida es envidiable.

Después de ese pequeño discurso, perdió la fuerza y se deslizó hasta quedar tumbada en la calle. Sergio y yo nos miramos preocupados, olvidando nuestra discusión.

—Ayúdame a cogerla, la voy a cargar a mi espalda —me pidió.

Lo hice y Violeta acabó dando pequeños botes, golpeando con la cabeza la espalda de Sergio como si fuese un saco de patatas. Yo caminé detrás de ellos, en silencio, meditando las últimas palabras conscientes de mi amiga y vecina.

Intentamos entrar en el edificio lo más sigilosamente que pudimos, evitando despertar a Rodolfo, y dejamos a Violeta tendida de lado en la cama. En la cocina, me acerqué al frigorífico y saqué una botella de agua, tendiéndole otra a Sergio, que se estaba quitando la ropa mojada para meterla en la lavadora.

—Lo siento —susurró irguiéndose para enfrentarse a mí—. Me he pasado,

no has estado tonteando con Asier, él sí, pero yo no soy quién para inmiscuirme en tu vida.

—Eres alguien —contesté en voz baja.

—¿Alguien importante o prescindible?

—Importante.

—Gracias. Es que no me gusta que te mire así, que te sonría así, que te toque así.

—¿Cómo?

—A decir verdad... —añadió rascándose la coronilla con gesto contrito—, lo que no me gusta es que a ti te guste cómo te mira, cómo te sonríe o cómo te toca.

Lo observé un instante y sentí algo muy parecido al amor.

—A veces llegas a ser adorable —musité.

—¿Adorable? —esgrimió con espanto—. No quiero ser adorable, quiero ser fiero, atractivo, irresistible.

—Eso también lo eres —le aseguré con una sonrisa, consiguiendo que me la devolviera—. Aunque no deberías darme las gracias, tengo que dártelas yo a ti.

—¿Por qué?

—Porque has sido el único que se ha metido en el mar para sacar a Violeta, reanimarla y cargar con ella hasta el apartamento.

—No podía hacer otra cosa.

—Sí, los demás lo han hecho: demostrarle que ella les importa una mierda. Mañana estará destrozada —murmuré con desagrado.

—Bueno, a mí me cae bien, creo que está sufriendo y lo manifiesta con ese carácter histriónico. Todos, en algún momento, caemos y necesitamos una mano que nos ayude a levantarnos.

Ese sentimiento parecido al amor se reactivó en mi interior, provocando que mi corazón comenzara a latir más fuerte. Le sonreí ladeando la cabeza.

—Nunca te había visto sonreírme de ese modo. ¿Qué he hecho? —preguntó

desconfiando.

—Conseguir que ahora mismo te quiera así —le contesté uniendo el dedo índice y el pulgar, dejando apenas unos milímetros entre ellos.

—Pues yo ya te quiero así —rebatió él abriendo los brazos todo lo que pudo.

No logré contener una carcajada y lo abracé, dejando que él me rodeara con los brazos. Un ronquido de Violeta rompió la magia del momento y me aparté de Sergio con reticencia.

—Te necesito, Livia —me dijo—. Joder, esta noche te necesito más que nunca, pero sé que otra persona te necesita más que yo. Yo me quedaré aquí. —Señaló el sofá cama con una mueca.

Le di un tierno beso en los labios y me metí en la habitación, cerrando la puerta tras de mí. Me puse un camisón de algodón con Garfield estirándose y me acosté junto a Violeta.

Desperté sobresaltada, sin saber muy bien dónde estaba, y oyendo el extraño sonido de un gato maullando. Me giré y tropecé con el cuerpo fornido de Violeta, la cual había enterrado el rostro en la almohada para disimular los sollozos.

Le pasé un brazo por la espalda, intentando calmarla.

—Tranquila, ¿qué sucede? —le pregunté en voz baja.

—Fue bochornoso —contestó ella hipando—. Ni siquiera me miró en toda la noche, aunque ¿por qué me va a mirar a mí teniendo a la perfecta Eloise al lado, con su melena morena y su acento de puta de lujo?

—Eh, que Eloise es una buena tía.

—Y encima la defiendes.

—No la defiendo, Violeta, es que no sé qué esperabas. ¿Qué él se enamorara de ti nada más verte y mandarais a la mierda vuestros matrimonios? La vida real no funciona así, eso sólo pasa en las películas. Es mejor que no

haya sucedido nada, o ahora, además de llorando, estarías arrepintiéndote. Piensa en tu familia.

—Que yo no digo que no las quiera, a mis hijas. Pero a veces... a veces desearía... desearía no haberlas tenido. O haberlas tenido más tarde, aunque nunca quise ser una madre vieja, como tú.

—Tengo cinco años menos que tú —dije resoplando—. Y no quiero ser madre.

—Me da igual, lo que yo pretendía era conseguir su admiración y sólo conseguí ponerme en ridículo una y otra vez. Ni siquiera con veinte años podía competir con vosotras, espléndidas atletas, esbeltas y triunfadoras.

—Es que no tenías que competir, somos un grupo heterogéneo, cada cual asumió su papel. ¿Viste a Luisiño?

—Huy, ése sí que ha envejecido mal, se ha quedado calvo del todo, y esa barriga... Con lo guapete que era de joven.

—¿Y lo viste infeliz?

—No.

—Pues eso, Violeta. La felicidad no está estipulada en determinadas cualidades físicas. Es algo muy distinto.

—¿El qué? —inquirió ella girándose hacia mí.

—No lo sé, yo todavía no lo he averiguado, pero si lo hago, serás la primera en saberlo. Únicamente te digo que disfrutes de lo que tienes, dentro de nada, cuando apenas te des cuenta, tus hijas serán mayores y quedaréis Rodolfo y tú.

—Sí, eso es lo que más miedo me da, que cuando no estén mis hijas, me eche de casa. Claro que tú con tu padre... Oye, ¿intentó él alguna vez contigo...?

La interrumpí poniéndole con firmeza la palma de la mano sobre los labios.

—Ni se te ocurra tomar ese camino o la que te va a echar a patadas del apartamento soy yo —siseé con violencia.

—Está bien, pero entiende que durante los últimos años ha sido la

comidilla del pueblo, no me extraña que tu madre no quiera acercarse por aquí. Hasta me asombré de verte a ti, creí que no te atreverías a regresar.

—He vuelto porque no soy yo la que tiene que avergonzarse de nada, que te quede claro —determiné.

—Vale, vale, oye, y tú con Asier... ¿Vais a retomar lo vuestro? Siempre fuisteis la amalgama del grupo, *los Infinitos* os llamábamos, creímos que siempre ibais a estar juntos.

—No, no lo voy a retomar.

—Que no es por criticar, pero Asier ya tiene una edad, un trabajo más que lucrativo, y que ahora hayas perdido la cabeza por un surfista porrero va a acabar como el rosario de la aurora.

Refunfuñé sin querer contestarle.

—Y tú lo sabes —apostilló, haciendo el amago de levantarse—. ¿Me ayudas? Creo que estoy ortopédica.

—Sí, claro —dije rodeando la cama para tirar de ella—. Será mejor que te des una ducha antes de aparecer así ante Rodolfo.

—Lo haré.

—Violeta —la llamé cuando estaba a punto de salir de la habitación, y ella se giró con la cara llena de churretones de rímel y el pelo en punta—. ¿Es verdad lo que dijiste de Rodolfo?

—Si estaba borracha, seguramente, pero olvídalo, a mí la vida ya me ha gastado. Estoy resignada a continuar, a ti te queda la opción de empezar de cero —finalizó cerrando la puerta.

Me quedé unos instantes observando a través de los cristales el día luminoso que se presumía, oyendo el tráfico de los coches que se dirigían hacia los aparcamientos de la playa y mirando el cielo azul sin mácula, sabiendo que es el más peligroso, porque en cualquier momento la bruma lo convertiría en el oscuro espejo de los sentimientos reprimidos.

Salí cuando oí la puerta del apartamento cerrarse, y pillé a Sergio

levantándose con rapidez.

—Hola, Hoyuelos —saludó dándome un pequeño beso en los labios—. Me he hecho el dormido, no quería violentar a tu vecina.

—¿Nos has oído?

—Las paredes son tan finas como el papel, sí: aunque susurrabais, he entendido casi toda la conversación.

—¿Y crees que estará bien? —inquirí pensativa.

—Lo que me preocupa es que tú estés bien —determinó mientras se ponía el bañador y una camiseta.

—¿Te vas?

—Sí, llego tarde al trabajo, hoy no puedo ni tomarme un café. No te importa, ¿verdad?

—No, claro —musité con un ligero deje de decepción en mi voz.

—Comeré con los chicos, vamos a aprovechar, el tiempo está cambiando otra vez.

—¿Eres meteorólogo?

—Todos los surfistas somos algo meteorólogos, aunque, no, ésa no es mi profesión. Ya puedes tacharla.

—Vaya, hoy estoy en baja forma.

—Sí, será mejor que te acuestes y duermas un poco más.

—No, creo que, mientras tú aprovechas las olas, yo aprovecharé el silencio para centrarme en los apuntes.

—Está bien, nos vemos —dijo como despedida, y a mí me sonó a una despedida desangelada como la fría brisa que penetraba por las puertaventanas abiertas.

Con un suspiro de frustración, conecté la cafetera y me llené el vaso, cogiendo también un par de magdalenas de chocolate. Recogí la habitación y me situé en la silla, frente a los temidos apuntes. Al poco rato comencé a divagar, como ya era costumbre, preguntándome por el estado mental de Violeta y su matrimonio. Sobre Asier y su insistencia. Sobre Sergio y su

quiero, pero no quiero. No obstante, me mantuve firme y conseguí terminar uno de los temas más largos para media tarde, así que decidí hacer algo totalmente impropio en mí.

Estaba en ello cuando recibí una llamada de teléfono. Era Marta, saludándome desde su diminuta habitación en Edimburgo, que sólo contaba con una cama, un pequeño armario y una claraboya con el cerrojo roto y que nunca había podido abrir del todo. Pese al ascético entorno, parecía contenta.

—Hola, ¿qué haces? No te habré pillado con las manos en la masa, ¿no?

Me reí y negué con la cabeza.

—Estoy con las manos en la masa, pero no la que tú piensas. Estoy preparando la cena.

—¿Y esa cena consiste en algo más que levantar la tapa de una caja de pizza?

—Tortilla de patata y, de postre, flan de queso.

—¿Tienes a mano el extintor?

—Muy graciosa —repliqué con una mueca—. Te dejo sobre la repisa, que tengo que darle la vuelta a la tortilla para que no se me quemé.

En ese momento oí la llave girar en la cerradura y miré hacia la puerta con un gesto entusiasta, viendo entrar a Sergio, que se había cambiado y duchado en la escuela. Y también... Enarqué una ceja y me acerqué a él despacio, introduciendo mis dedos en su grueso pelo.

—¿Qué has hecho? —le pregunté.

—Cortarme el pelo y afeitarme —contestó sin saber muy bien qué cara poner, porque yo no dejaba de acariciarlo y hasta había recogido un pequeño mechón en la nuca que se ondulaba.

Suspiré y, con el dorso de la mano, toqué su mejilla.

—No creí que pudieras gustarme más...

—¿Pero? Siempre hay un pero —asumió con gesto divertido.

—Pero me gustas mucho más —dije como si hubiera entrado en trance, y alcé las manos y miré al techo—. ¡Oh, Señor! ¿Qué he hecho yo para recibir

tan divino regalo? —exclamé burlándome.

Sergio lanzó una carcajada y se cruzó de brazos ladeando la cabeza.

—Livia, eres jodidamente perfecta para mí —afirmó poniéndose serio—. Jodidamente perfecta —repitió con voz ronca—. Ven aquí —exigió tirando de mí hasta que choqué contra su pecho—. Ya no quería seguir siendo otra persona para ti, quería ser Sergio simplemente.

—No lo entiendo —repliqué frunciendo el ceño.

—Ya lo entenderás. —Sonrió.

—¡Toc, toc! ¡¿Hola?! —exclamó Marta desde el altavoz del teléfono—. Por cierto, ¡qué bonito ha sonado eso, Sergio! Jodidamente perfecta es lo que toda mujer quiere oír al menos una vez en su vida. ¡Asómate, que quiero verte!

—Perdona, me había olvidado de ti —me disculpé riendo y cogiendo el móvil.

—Ya lo he notado —barbotó ella, pero no estaba enfadada; de hecho, estaba encantada de haber oído la conversación.

—¿Te importa sujetarme el teléfono? —le pedí a Sergio—. Es Marta, mi amiga de Edimburgo, así le enseñas tu nueva apariencia.

—Claro, por fin vamos a vernos las caras a la luz del día. Hola, Marta, ¿cómo estás? —le preguntó.

—Oh, pues tiene razón Livia, no sé qué habrá hecho para merecerte. Si te cansas, yo también alquilo una habitación en Edimburgo —afirmó ella.

—No me voy a cansar, aunque gracias por la oferta —respondió él sonriendo.

—Es que Livia no te había descrito con propiedad. Jodidamente perfecta es tu sonrisa, pero tú ya lo sabías, ¿no?

—Eh..., pues creo que no me lo habían dicho nunca.

—Ya te lo digo yo, aunque tampoco te lo creas, que luego os volvéis estúpidos.

—Evitaré convertirme en un idiota —prometió Sergio, y yo meneé la cabeza con consternación, mordiéndome un labio para reprimir la risa.

—Además, ten cuidado, no vaya a querer tenerte para ella sola y te encierre bajo siete candados *forever and ever*. Que desde pequeña le han gustado las historias de príncipes y princesas.

—¿Y desde cuándo eso es una historia de príncipes y princesas?

—Bueno, Livia siempre las interpretaba a su manera...

—¿Sabes que te está escuchando? —inquirió Sergio, y yo me volví sacándole la lengua a Marta.

—Por supuesto, me gusta fijar las bases de una amistad con hechos concisos y determinantes. Sin dejar aparte a nadie, en este caso, a Livia —afirmó con falsa seriedad.

Puse los ojos en blanco y seguí controlando la tortilla.

—Lo has conseguido —intervino Sergio riéndose—. ¿Estás cocinando? —me preguntó a mí con cierto tono de incredulidad.

—¿Y te das cuenta ahora? —exclamé, a lo que él me respondió enarcando ambas cejas.

—Rubiales, debes de gustarle mucho, nunca cocina, a veces pienso que sobrevive de aire. Que yo recuerde, no cocinaba desde el veinticinco aniversario de sus padres, cuando hizo una tarta de zanahoria y crema. ¿Te acuerdas, Livia? —intervino Marta.

No quise contestar, pero dejé la espátula y me sujeté al borde de la encimera apretando los puños hasta que la piel se volvió blanca. Aquel día fue especialmente doloroso por un millar de razones y estaba enterrado en mi mente, sepultado bajo kilos de fuerza de voluntad, en la sección «Nunca desempolvar o sufrirás».

—Sí —continuó ella ajena a mi presencia—. Cuando tu padre hizo aquella broma tan graciosa sobre aquel alumno y vino también Rebe...

Sergio, extrañado por mi reacción, debió de enfocar el teléfono a mi espalda, y eso ocasionó el silencio de Marta.

—Perdón, he metido la pata hasta el fondo —murmuró cariacontecida.

—No pasa nada —le contesté con gran esfuerzo, sin girarme, y retomé el

control de la comida.

—Bueno, Sergio, pues después de este tropiezo, hablemos nosotros — asumió de forma animosa, intentando remediar el error—. Por cierto, qué mechas californianas más chulas llevas.

—¿Qué son las mechas californianas? —preguntó él algo despistado, puesto que se acercó con sigilo a mí y me estuvo observando mientras yo pinchaba la tortilla con el tenedor una y otra vez para que calara, como si intentara con ello asesinar mis propios recuerdos.

—Liv, tacha también peluquero, que no tiene ni idea. Qué capullo, con esos reflejos rubios y que encima sean genéticos.

—Normalmente, mi pelo es más oscuro, debe de ser el sol —dijo Sergio sin entender casi nada de la conversación.

—Oye —murmuró Marta bajando la voz—, así, sin que nos oiga Livia, ¿sigue sin darse la vuelta?

—Te oigo —rebatí concentrada en sacar la tortilla de la sartén.

—No, no nos mira —añadió Sergio con un rictus preocupado.

—Bien, pues atento, porque te voy a decir algo muy importante. Lo único que tienes que saber de Livia.

—¡Marta! —estallé intentando que se callara, aunque fue en vano.

—Oh, no seas pesada, que estoy hablando con mi nuevo amigo —protestó ella, y yo suspiré.

No debía volcar mis frustraciones en ella cuando había sido una de las pocas personas que se había mantenido a mi lado después de la debacle, fiel a todas mis recaídas, persistente, y siempre divertida, enfrentándose a la vida con una sonrisa, obligándome a mí a hacer lo mismo. O, por lo menos, intentarlo.

—¿Atento? —inquirió elevando la voz.

—Completamente —afirmó Sergio con seriedad.

—Ámala fuerte.

—¿Ámala fuerte?

—Sí, ámala tan fuerte que no quede ningún resquicio o grieta por el que pueda escaparse ese amor. Ámala cuando no te mire, porque ansiará que tú sí la mires. Ámala cuando se enfade, cuando grite, porque significará que no querrá que veas sus lágrimas. Ámala cuando se esconda del mundo, porque sólo te tendrá a ti para defenderse. Ámala siempre, sin fisuras, sin pausas y sin descansos para tomar aliento. Ámala cuando no espere nada, porque siempre estará esperándolo todo. Ámala fuerte, ¿lo entiendes ahora?

—Lo entiendo a la perfección —contestó Sergio con voz enronquecida.

—Muy bien —musitó Marta con un pequeño suspiro entrecortado.

—Tengo una pregunta.

—Lánzala.

—Y si ella no me ama fuerte, ¿qué hago?

—¿Es que todavía no te has dado cuenta de que todos los hombres que han pasado por su vida lamentan haberla perdido? Hazte una idea de cómo ama ella y no seas tan tonto como para perderla también.

—Tomo nota, Marta —aseguró él sin flaquear.

—A mí también me ha encantado hablar contigo. ¿Lo repetimos algún día? —sugirió ella, retomando su carácter aparentemente superficial.

—Desde luego.

—Bien, dale un beso de mi parte a Livia —dijo como despedida, y cortó la comunicación.

El silencio cubrió la estancia y me descubrí temblando, todavía sujetando el plato de espaldas a él. Sergio se acercó y me puso las manos en los hombros tensos. Las deslizó con suavidad hasta las mías, me soltó los dedos del borde del plato y apagó la vitrocerámica. Me estremecí sin poder evitarlo.

—No voy a llorar —lo avisé.

—Claro que no.

Me giró lentamente y yo enterré el rostro en su camiseta, empapándola.

—No estoy llorando —me reafirmé.

—Por supuesto —contestó él abrazándome con más intensidad.

Y así permanecemos hasta que la cena se quedó fría, aunque a ninguno de los dos nos importó lo más mínimo.

—Está claro que no me vas a enamorar por el estómago —comentó Sergio enarcando una ceja mientras intentaba tragar la tortilla seca y quemada.

—Tú sí —reliqué llenando mis carrillos del milagro dulce que había conseguido con el espachurrado flan de queso que había intentado cocinar yo—. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué? ¿Enamorarte? —Me miró de esa forma deliciosa que parecía decir que no existía otra persona en el mundo a la que quisiera seguir mirando.

—No, tonto. Cocinar así. ¿Le has puesto pan?

—Sí, he intentado convertirlo en un pudin. ¿Ha salido bien?

—Mejor que bien. Por cierto, puedes dejar de intentar comerte la tortilla, no responderé de los efectos secundarios.

—Oh, vale, ¡gracias! —exclamó juntando las manos como si rezara, y yo comencé a reír de forma tonta.

—Toma —le ofrecí empujando el plato de pudin—. Esto te consolará.

—Verte reír ya es suficiente consuelo.

—Pero qué lengua tienes...

—Y todavía no sabes lo bien que sé utilizarla.

—Alguna idea ya me hago, no te creas.

Ambos nos carcajamos de nuevo, mirándonos como dos tontos enamorados. ¿Éramos ya dos tontos enamorados? No quería pensarlo, sólo vivirlo.

—¿Otra cerveza? —ofreció.

—Claro —contesté observando sus movimientos ágiles y felinos mientras se levantaba de la silla de la terraza y entraba hacia la cocina.

Suspiré y agité la cabeza, expulsando también los pensamientos.

Cuando regresó, llevaba la guitarra y ambos nos situamos en las tumbonas.

—¿Cuándo lo retomaste? —inquirí.

—En la adolescencia, era una forma estupenda de ligar.

—Como si lo necesitaras —farfullé consiguiendo que él riera—. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro.

—Creía que eras mayor, por..., no sé, quizá sea la seguridad que muestras en todo lo que haces. De todos modos, la vida te ha tratado bien.

—No tan bien como tú piensas —rebatí quedándose un momento con la vista fija en las cuerdas de la guitarra, suspiró y me miró—. ¿Te gustan los hombres mayores, Livia?

—¿Lo dices por Asier? No. Nando tiene dos años más que yo.

—El que anda por Noruega.

—Ése.

—Que, con lo que he visto de ti estos días, tampoco me extrañaría que se presentara aquí en cualquier momento.

—¡Qué poco lo conoces! Eso es imposible —le aseguré.

Me observó un instante eterno y cabeceó.

—Oye, ¿y qué me dices de ti? ¿Te gustan mayores? —inquirí.

—Claro —murmuró bajando el tono—. Pero no se lo digas a Violeta.

Me reí con él y después miré el cielo plagado de estrellas intentando descubrir qué me depararía a mí el destino. Me desconcentró Sergio tocando.

—UB40 —murmuré.

—Sí, tienes buen oído.

—Ya sabes mi manía de encontrar siempre la banda sonora para cada momento. La música me ha apasionado toda mi vida, puedes tocar lo que quieras, que lo adivinaré.

—Acepto el reto —determinó sonriendo de forma sesgada.

Yo amplí mi sonrisa, desafiándolo.

—Aretha Franklin.

»AC/DC.

»Bryan Adams.

»30 Seconds to Mars.

»Aerosmith.

»John Legend.

»Daughtry.

»Imagine Dragons. Tienes buen gusto, chaval.

—¿Nunca pierdes?

—Nunca apuesto si no sé qué puedo ganar.

—¿Y qué hemos apostado?

—Cinco, a ver si los cumplimos esta noche...

—¿Quieres matarme?

—¿Me dejas intentarlo?

—Te dejo conseguirlo —afirmó dejando la guitarra en el suelo para cernirse sobre mí y besarme con la pasión interrumpida la noche anterior.

—¡Ejem, parejita...!

Ambos nos despegamos y elevamos los rostros para ver a Rodolfo asomado entre los geranios, cual búho cotilla, ajustándose las gafas y con gesto reprobatorio.

—¿Sí? —inquirió Sergio.

—Que ya está bien de tanta serenata, ¿no? Aunque por lo menos podrías haber tocado «Las mañanitas del rey David», que ésa sí que es bonita.

—Disculpa, no sabíamos que molestábamos.

—Es que mi mujer tiene una jaqueca terrible. No sé qué pasó en el campamento, pero, desde luego, bien pagado por Dios tiene que estar.

—Lo sentimos —le dije—. No te preocupes, que ahora entramos. Tenemos un trabajo entre manos.

—Pues, hala, Livia, a estudiar, que no te veo yo muy concentrada para el examen —me recomendó con una sonrisa sibilina.

Fruncí los labios y, mientras Sergio recogía la guitarra, yo llevé los platos a la cocina. Fui tirando los restos al cubo de la basura con brusquedad y mascullando entre dientes.

—Eh, Hoyuelos, que el tío es un capullo ya lo sabíamos —comentó Sergio apartándome de los objetos cortantes.

—Lo que más me irrita es que piensa que está dando lecciones de moralidad, como si se creyera un ser superior, celestial y libre de pecado. Será cabrón.

—Así me gusta.

—¿El qué?

—Que ahora mismo te hierva la sangre y no veas las ganas que te tengo cuando te pones así.

—Eso ha sonado muy sucio —murmuré dejando que me cogiera en brazos para llevarme a la habitación.

—Pues prepárate, que vamos a superar el récord, no he comprado tres cajas de preservativos para desaprovecharlas —me susurró al oído.

—¿Tres? —exclamé, y me reí cuando cayó sobre mí en la amplia cama.

—Pero, tranquila, que ya he dejado encargadas otras cuantas.

—Oh, Sergio, me dices unas cosas tan románticas... —dije imitando el tono agudo de Violeta.

—Me sale natural, como a ti mentir —concluyó besándome entre risas.

Y, aunque esa noche procuramos ser más silenciosos, alrededor de las dos de la mañana oímos un estridente «¡¡¡Pervertidos!!!» por boca de nuestro querido vecino Rodolfo. A lo que yo contesté: «¡¡¡A mucha honra!!!», sin que Sergio pudiera frenarme tapando mis labios con los suyos.

No obstante, la verdadera tempestad comenzó a media mañana. Abrí los ojos de forma perezosa, disfrutando de las caricias en la espalda de Sergio, y me giré para verlo apoyado sobre un brazo doblado y sonriendo. Podía no ser muy romántico, pero sus gestos, sus miradas y su lenguaje corporal decían mucho más que las palabras.

—¿Qué hora es? —inquirí despistada.

—Calculo que más o menos las once.

—¿No tienes que trabajar?

—Hoy tengo el día libre.

Un nuevo grito y el golpe de algo contundente contra la pared.

—¿Qué es eso? —exclamé incorporándome.

—Los vecinos, que tienen su propia fiesta montada. Por lo visto, una de las niñas se ha puesto mala y la han llevado a urgencias. Es un simple catarro, no te asustes. Pero Rodolfo insiste en que se va a Madrid y Violeta no está muy de acuerdo con eso.

—Madre mía, ¿llevan así mucho rato?

—Una hora, desde que vinieron de urgencias.

—¿Te han despertado pronto?

—Siempre madrugo, gajes del oficio.

—¿Qué oficio? ¿Barrendero?

—No, tacha ése también.

—Vaya, pues menudo plan. ¿Crees que debería hablar con ellos?

—No, cuando un matrimonio llega a ese punto es mejor no entrometerse.

—¿Y eso lo sabes porque...?

—En mi trabajo la gente tiende a contarme sus problemas, aunque sé que si una persona extraña opina, suele suceder lo contrario: se vuelven contra ti.

—¿Eres camarero? ¿Psicólogo?

—No.

—¿Me dirás algún día a qué te dedicas?

—No, ya te dije que eso no me definía.

—Acabaré adivinándolo.

—Puede, tampoco es un secreto.

—Pues lo parece. Oye, no serás del CESID, ¿no?

—No.

—Ya me van quedando pocas opciones.

—No te creas, te quedan muchas. ¿Nos levantamos y preparo un *brunch*?

—¿Con mucho dulce?

—Si tú quieres.

—¿Ves? Eso sí ha sonado romántico.

—Vamos, perezosa —dijo riendo y tirando de mí a la vez.

—Está bien, me ducho y me pongo el delantal para ayudarte —comenté saliendo a la cocina.

Enarcó las cejas con gesto de incredulidad, negando instintivamente con la cabeza.

—Ya me las arreglo yo solo —afirmó poniéndose delante del frigorífico como si lo protegiera de un ente maligno.

—Bueno, si insistes...

Entré en el baño con sus risas de fondo. Y allí cesé de reír. El eco de las voces, que elevaban el tono gradualmente, y las palabras hirientes que oí a través de la pared me dejó bastante preocupada. Me recordaba demasiado a lo que yo había vivido durante años y sentí angustia por las niñas. Una angustia que me carcomía por dentro, como si librara una lucha entre reaccionar o esconderme y taparme los oídos. Mientras me secaba el pelo frente al espejo, Sergio se duchó y, poniéndose una toalla alrededor de la cintura, me miró con el mismo semblante cabizbajo que yo. Ambos nos sentamos a almorzar con gesto serio y circunspecto.

—¿No dura ya demasiado? Quiero decir, ¿cuántas cosas más tienen que decirse? —le pregunté como si él tuviera en su mano finalizar la discusión.

—Depende del tiempo que lleven callando.

—Creo que desde que se casaron.

—Hoy poco vas a poder estudiar —asumió.

—No me importa, estoy preocupada por Violeta. Tres niñas para ella sola son demasiado.

—¿Y qué puedes hacer tú?

—No lo sé, pero me siento impotente, y eso es algo que odio.

Sergio cogió mi mano y la apretó. Por un instante sentí que él sabía más de lo que me decía sobre conflictos maritales, aunque no había comentado nada

de sus padres, por lo que no quise hundir el dedo en la llaga.

Después de recoger, nos sentamos a ver un rato la televisión, dejando que la modorra veraniega nos venciera. Ambos cabeceamos y él acabó dormitando sobre mi hombro. Yo, demasiado alerta a lo que sucedía en el piso de al lado, no pude cerrar los ojos. Oí nuevas increpaciones y un golpe en la puerta de su apartamento que hizo temblar los cimientos del edificio. Un segundo más tarde, el aullido de Violeta y los sollozos. Me levanté con cuidado de no despertar a Sergio y cogí las llaves, metiéndomelas en el bolsillo del short vaquero. Salí y bajé la escalera, viendo a Rodolfo ya girando con su Porsche Cayenne negro hacia la carretera principal. Corrí y le golpeé el cristal de la ventanilla del conductor. Él la bajó, deteniendo el vehículo, y me miró con gesto hastiado.

—¿Se puede saber qué quieres? —preguntó con brusquedad.

—No puedes hacerle esto a Violeta, es cruel.

Nunca se me había dado demasiado bien ser políticamente correcta cuando algo me afectaba, ni tenía mano izquierda, más bien derecha, y para lanzar ganchos.

—¿Cruel? Pero ¿de qué narices estás hablando?

—La estás dejando sola toda la semana con tres niñas pequeñas, mientras tú vuelves a Madrid a vivir como un Rodríguez y zumbarte a tu socia. ¿Es justo? No, no lo es. Y no me mientes a Dios en esto, que no tiene nada que ver. Fariseo, hipócrita.

—¿Que yo estoy haciendo qué?

—Ya lo has oído —me reafirmé cruzando los brazos.

—No tengo por qué estar oyendo semejante sarta de tonterías. Adiós —determinó fulminándome con la mirada y arrancando el coche.

Pataleé furiosa contra la grava y lancé una patada al aire. Tan indignada estaba que cogí una piedra del suelo, a punto de arrojársela a la luna trasera. Aunque no me dio tiempo, ya que él, sin previo aviso, metió la marcha atrás y retrocedió hasta donde yo me encontraba. Bajó la ventanilla y me gritó:

—¡No eres nadie para inmiscuirte en nuestro matrimonio!

—¡Soy amiga de Violeta!

—¡Te repito que no eres nadie! Y no sé qué demonios te habrá contado ella, pero la verdad es que no puedo cerrar la clínica porque tenemos pérdidas. Y ella lo sabe, aunque insistió en disfrutar de sus vacaciones, aun a costa de que yo me pasara el verano yendo y viniendo desde Madrid sólo para verlas los fines de semana. Fin de semana, por cierto, que ella ha aprovechado para irse de borrachera con sus amigos, incluida tú. ¿Y por qué crees que lo permito? ¡Lo permito porque la quiero, pese a que ella diga que ya no me soporta!

—Yo...

Pero él me interrumpió con rapidez:

—Y que sepas que mi socia es lesbiana y, aunque no comparto sus inclinaciones sexuales y me cuesta entender su forma de vida, no tengo más remedio que soportarlo porque tu querida amiga Violeta piensa que me follo todo lo que se mueve. Está enferma de celos. ¿Crees que soy cruel ahora? — finalizó y, sin que me diera tiempo a contestar, aceleró de nuevo y desapareció tomando el desvío de la carretera.

—Joder —musité, y me volví para entrar en el edificio, viendo a Sergio de pie en la escalera de piedra, con los brazos cruzados y un gesto que no supe interpretar. ¿Decepción? ¿Lástima? ¿Ira?

Se acercó a mí con paso firme y me cogió del brazo.

—¡Te lo advertí!

—¡Déjame!

—Te dije que no te metieras. Un matrimonio es un ente cerrado, un teatro en el que lo único que vemos los que estamos en el exterior es el telón, pero dentro están las bambalinas, todo tirado, desorganizado y con los actores enfrentados. No lo entiendes, te has comportado como una niña malcriada.

—¿Quién coño eres tú para darme lecciones de cómo tengo que comportarme? —exclamé zafándome de su agarre.

—Por lo visto, nadie, ya que no me has hecho ni puto caso. Piensas que

estás impartiendo justicia, pero juzgar a la gente suele venir acompañado con equivocarse la mayoría de las veces. Lo que es justo para ti no suele serlo para los demás.

—¿Crees que voy de lista por la vida? —pregunté ofendida.

—Exactamente. Parece ser que a ti todo te ha salido bien, que no tienes esqueletos en el armario. Usas y destruyes a las personas y te crees por encima del bien y del mal. No eres mucho mejor que Rodolfo.

—¡Maldito seas! —siseé.

—Insúltame cuanto quieras, aunque sabes que tengo razón. Que la tenía y que ahora tienes un problema mucho mayor. Empieza a vivir tu vida y deja vivir a los demás.

—Estoy completamente de acuerdo con la última afirmación —mascullé dándole la espalda y comenzando a caminar con rapidez.

—¿Adónde vas? —me gritó él exasperado.

—¡A donde me dé la gana! —grité a mi vez, empezando a correr calle abajo.

Corrí tanto que tuve que detenerme bajando la escalera que desembocaba en el paseo marítimo porque casi no podía respirar. Me incliné y me froté las palmas sudorosas en la piel desnuda de los muslos. Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba así y quería olvidarlo, al igual que me esforzaba por olvidar al que había pronunciado casi las mismas palabras tiempo atrás. Sintiéndome algo mareada, mis pasos vacilantes me llevaron al único lugar totalmente mío de todo Suances, el único en el que sabía que podía estar sola y ordenar mis pensamientos.

Era un pequeño aparcamiento en una de las vías principales que accedían a la playa, rodeado por edificios altos de viviendas que le daban sombra. En la esquina de la calle había una heladería tradicional que sólo estaba abierta en los meses de verano. Serpenteé entre los coches y me acerqué al muro de cemento de medio metro de grosor que lo separaba de un solar vacío. Me aupé y me senté en él, apoyando la espalda contra la pared de ladrillo de un viejo

obrador cerrado. Doblé las piernas y dejé caer la cabeza sobre las rodillas. No recuerdo si lloré, ni cuánto tiempo pasé allí. Hasta que, cuando el sol descendía cubriendo de sombras alargadas el pavimento, vi acercarse a un hombre alto, moreno, vestido con unas bermudas y camiseta que llevaba en la mano, como arma, un helado de cucurucho de dos bolas. En su gesto percibí el alivio de encontrarme.

—Sabía que estarías aquí —afirmó Asier entregándome el helado.

—Limón y avellana. Lo recuerdas —contesté.

—Es difícil olvidar esa combinación, aunque también es muy propia de ti.

—También recuerdas...

—Sí, aquí nos dimos nuestro primer beso, escondiéndonos de los demás.

Un sitio muy poco romántico, la verdad.

—Tienes razón, lo recordaba con un poco más de encanto, pero eso es lo que hacemos los humanos, adornar los recuerdos felices.

—¿Todavía es un recuerdo feliz para ti? —inquirió con ternura.

—Uno de los más felices. Acabábamos de discutir porque yo no seguía el plan de entrenamiento que tú me dictabas, así que me enfadé y comencé a subir la cuesta. Tú me detuviste justo en la heladería y me compraste un helado.

—Y tú todavía te enfadaste más.

—Sí —sonreí con melancolía—. Creí que me tomabas por una niña y yo ya no lo era.

—Cierto, estabas a punto de cumplir los dieciocho, pero yo tenía treinta años, Livia.

Suspiré lamiendo el helado, que comenzaba a derretirse, gotas deslizándose por el barquillo hasta mi mano cerrada en un puño.

—Te quería tanto, Asier..., y no sabía cómo decírtelo.

Cabeceé sintiéndome débil, tonta, infantil.

—No hacía falta, ya lo sabía, aunque tenía que frenarte. Hasta que esa tarde ya no pude contenerme más. Había imaginado mil y un escenarios para nuestro primer beso, y fíjate...

—Al final improvisamos sobre la marcha —musité.

—Y no salió nada mal.

—No, nada mal.

—Sentí que ya no podía haber otra mujer a la que amar, fue como si despertara de golpe a la realidad. De repente, ya no eras la cínica y quisquillosa chiquilla que me volvía loco.

—No, era la mujer que seguía volviéndote loco.

—Sí, pero de una forma mucho más apetecible.

Bajé la cabeza, rendida, y acabé arrojando el helado a una papelera cercana.

—¿Por qué me estabas buscando? —pregunté enfocándolo.

—Sergio acaba de pasar por la escuela, estaba preocupado, ha dicho que habíais discutido y que te había perdido en la escalera de la entrada oeste.

—Y, en vez de decirle dónde creías tú que estaba, has decidido aparecer con tu armadura blanca.

—Este sitio es nuestro, ¿piensas que se lo voy a ceder? No.

—Ni siquiera tengo su número de teléfono para enviarle un mensaje.

—No deberías ni pensarlo, le vendrá bien seguir preocupándose un rato más. No sé lo que te habrá dicho, aunque debe de haber sido muy malo.

—No, como tú has dicho antes, ha sido despertar de golpe a la realidad, pero, a veces, la realidad no es la que esperamos.

—¿Te apetece que demos un paseo? —inquirió tendiéndome un brazo para que bajara del muro.

—Sí, eso hacías cuando querías tranquilizarme antes de una competición, dábamos un paseo. Un largo paseo.

Me pregunté, no sin cierto asombro, que el que yo me hubiera aficionado a recorrer la orilla de la playa tendría que ver con aquellos lejanos paseos que aclaraban mi mente y me preparaban de cara al campeonato.

Comenzamos a caminar en dirección a la playa de La Concha, esquivando a los turistas y a los veraneantes que subían ya dejándola libre, una vez que el

sol iba desapareciendo en el horizonte. Llegamos a la orilla, al borde de las rocas con la sombra del acantilado cerniéndose sobre nosotros, y nos sentamos. Yo crucé las piernas en la posición del loto y él las estiró. Si me hubiera inclinado sobre Asier y él rodeado mis hombros, habría sido la postura en la que solíamos estar frente al mar. Un millón de veces, tantas que no podía recordarlas.

—¿Qué ha sucedido entre Sergio y tú? —me preguntó mirándome con esos ojos marrones cubiertos por unas pestañas tupidas que dibujaban una curva perfecta en sus pómulos altos.

—Me he entrometido en una relación y él no estaba de acuerdo con el planteamiento —resumí.

—Ha tenido que ser algo más que eso para que salieras corriendo —insistió.

—Digamos que me ha dicho unas cuantas verdades que no me ha gustado oír. Prefiero calmarme antes de volver a verlo.

—¿Crees que sin conocerte de nada puede llegar a hablarte así?

Resoplé y eché la cabeza hacia atrás, para después enfocar lo.

—Pienso que me conoce mejor que otra gente que ha estado conmigo mucho más tiempo. Por una parte, me he enfadado, pero por la otra creo que hay que ser valiente para enfrentarse a mí. ¿Me entiendes? Quiero decir que es una persona con las ideas muy claras, no intenta fingir que todo va a ser precioso en un enamoramiento fulgurante.

Carraspeó incómodo.

—¿Enamoramiento? ¿No es muy pronto para pronunciar esa palabra?

—Igual me he excedido, no estamos enamorados, aunque siempre, al principio de una relación, del tipo que sea, se tiende a fingir que hay cosas de la otra persona que sí te gustan cuando no es así. Él no lo hace, es como es y yo también soy libre con él.

—Yo nunca tuve que fingir contigo. Me gustaba todo, hasta cuando me sacabas de quicio.

—Sí, ésa es otra de mis virtudes, suelo sacar de quicio a la gente a menudo.

—Livia... —vaciló y cogió mi mano, como si ello fuera el empuje para continuar—. ¿Por qué me dejaste?

—No te dejé, simplemente nuestros caminos se separaron. Tú querías algo que yo no podía darte por mi juventud —dije terminando por creerme la mentira que yo misma me había inventado para soportar la ruptura.

—Pero ahora ya casi tienes treinta años.

—Lo sé.

—Y yo sigo queriendo lo mismo —sentenció sin apartar la mirada de mi rostro.

Aunque yo sí la aparté y dejé que mi vista se quedara fija en el ir y venir de las olas lamiendo la orilla.

—¡Sigues oyéndolo! —siseó como si se sorprendiera.

—Sí, el mar nunca ha dejado de hablarme.

—¿Por qué dijiste a todo el mundo que lo dejabas porque no podías oír al mar? Después del accidente en Fuerteventura, estuvimos convencidos de que debió de ser algo así.

—No, no fue eso. Y no entiendo que tú, precisamente tú, me lo preguntes cuando fuiste su cómplice.

—¿Cómplice de quién? —inquirió con extrañeza.

—Ya lo sabes, Asier. Y yo, ahora, también sé toda la historia.

—Joder, hablas de él.

—Sí.

—Pensaba decírtelo, pero después del campeonato.

—Lo descubrí antes. Subí a la habitación y los vi. No fui capaz de concentrarme en nada y el mar casi me mata. Hay cosas que no se pueden perdonar por mucho tiempo que pase. Y una de ellas es la traición.

—¿Me culpaste a mí?

—No, me culpé a mí por ser idiota y no haberlo previsto. Me culpé por amarte tanto y que eso fuera lo que me cegara.

—Livia, por mucho que lo niegues, la verdad se filtra en esas palabras. Sé que nunca has dejado de amarme, al igual que yo nunca he podido dejar de amarte —asumió.

—¿En serio has sido casto y puro estos seis años? —ironicé.

—Que me acueste con mujeres no quiere decir que no piense en ti cada vez.

—Eso es morboso.

—¿Qué querías que hiciera? Te llamé mil veces, te escribí cartas y me presenté en Madrid a buscarte, descubriendo que te habías ido a Inglaterra. ¿Querías que fuera allí y sufrir una nueva humillación? ¿Cuántas veces tenías que negarme para que te creyera? Me hundiste, Livia, y lo peor fue no saber el porqué de ello. ¿Qué había hecho mal?

—Ahora ya lo sabes, Asier. Deberías haber confiado en mí y habérmelo contado, en vez de encubrirlos. Si yo hubiera sabido que estabas de mi lado, quizá las cosas habrían sido diferentes.

—Es muy egoísta exigir eso y no contar con la otra persona.

Lo miré con infinita tristeza. Seguía doliendo como el primer día: el anhelo de amarlo en silencio, de tener que ocultarnos, la exultante felicidad de nuestro secreto. La realidad al verlo desde otra perspectiva. La verdadera. Joder, sí que dolía.

—Incluso seguí en contacto con tus padres, por eso sabía que estuviste con Nando, aunque a tu madre, en concreto, no le caigo muy bien... —continuó, quizá viendo esa herida en mis ojos, utilizándola en su beneficio para doblegarme.

—A mi madre no le cae bien nadie —murmuré frotándome la frente.

—Pero tu padre...

—Ni se te ocurra mentarlo —siseé.

—Está bien, sólo seré sincero. Es cierto que cuando estoy con otra mujer pienso en ti. No puedo evitarlo. Te hice un juramento y, aunque durante años intenté olvidarme de aquella promesa y de ti, no lo conseguí nunca. Creo que

has regresado por eso, porque tú tampoco puedes olvidarme. Por mucho que te acuestes con Sergio, es a mí a quien tienes en mente.

Lo miré con incredulidad, pero no me dio tiempo a contestar, puesto que lo siguiente que sentí fueron sus labios sobre los míos, besándome con la pericia adquirida por los años. Asier ya sabía qué me gustaba y qué no. Le sujeté el pelo de la nuca tirando de él, intentando borrar esos seis años infernales, aunque no lo conseguí. Me separé en parte aliviada, en parte desilusionada.

—Me amas, Livia, este beso ha sido la confirmación de un hecho. ¿Recuerdas que nos llamaban *los Infinitos*? Estamos predestinados.

Agaché la cabeza, sintiendo de súbito que los ojos se me humedecían y que la congoja me cercenaba la garganta. Todas las frases, todas las palabras que parecían faltarle a Sergio las tenía Asier. Pero Asier no tenía la lengua afilada y el sarcasmo y la aparente indiferencia de Sergio. ¿Podía amarlos a los dos o siempre había amado a Asier y Sergio únicamente había sido el catalizador para que me diera cuenta? Me sentía confusa, cansada y herida. Una combinación muy peligrosa. Así que me levanté, sacudiéndome la arena.

—¿Te vas? —preguntó Asier sin creérselo.

—Sí, siento que si me estiráis tanto acabaré rompiéndome, y necesito tranquilidad. Ahora no puedo pensar en nada más.

—Acabarás pensando —aseguró sin moverse, dándome la libertad que le pedía y conociéndome tan bien que acertó de pleno con esa frase lapidaria.

Caminé despacio, atravesando la arena de la playa vacía de gente, sintiéndome agotada, con la mente trabajando a un ritmo desenfrenado, con mi corazón latiendo desacompasado, tan despistada que cuando llegué al paseo marítimo me tropecé con un hombre. Disculpándome, seguí arrastrando los pies. Pero el hombre me sujetó de la muñeca y me obligó a girarme.

—Livia, ¿estás bien?

—Sergio, ¿qué haces aquí?

—Llevo aquí más de una hora.

Lo miré y también me percaté de la distancia que lo separaba de Asier, el

cual permanecía todavía sentado en la orilla del mar.

—¿Estabas vigilándome?

—No quería interrumpir, parecíais tener muchas cosas que deciros.

—Sí, hemos hablado.

—También os habéis besado.

Suspiré y me llevé la mano al puente de la nariz, frotándomelo como cuando algo me exasperaba. Me di cuenta de que debía de tener el rostro enrojecido y comenzaba a sentir una picazón de quemadura solar en los hombros descubiertos.

—Un beso no significa nada —murmuré.

—Un beso puede significarlo todo —afirmó él, y me sujetó el rostro con las dos manos para inclinarse sobre mí y demostrármelo.

No supe si fue el calor acumulado, mi confusión mental o que él se esforzó con todas las armas que tenía para, en verdad, evidenciar que un beso puede significar lo que las palabras nunca serán capaces de transmitir.

Nos separamos poco a poco, despacio, a tientas, como si de repente el ocaso fuera el amanecer y nos deslumbrara la luz. Y nos quedamos unidos con sus manos todavía sujetando mi rostro y las mías su espalda.

—Perdóname —musitó.

—¿Por qué? —inquirí en un susurro, temiendo que se hubiera arrepentido de su impulso.

—Porque había olvidado que hay mujeres que sí tienen corazón —murmuró apoyando su frente en la mía, uniendo nuestras respiraciones hasta que dejaron de sonar agónicas.

—Volvamos al apartamento —le dije, porque adiviné que estaba sufriendo. Sufriendo por un recuerdo amargo que, al igual que a mí, siempre lo perseguiría.

Sin contestarme, me rodeó por la cintura y caminamos juntos. Quise creer que ese gesto significaba que él tampoco me soltaría.

La paz duró exactamente los cinco minutos que nos costó llegar al apartamento. Cuando entramos, mi teléfono comenzó a sonar, vibrando encima de la mesita del salón, donde lo había dejado tras salir despavorida en pos de Rodolfo. Antes de contestar vi que había más de tres llamadas del mismo número. Un número que sacaba lo peor de mí.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—¿Estás bien? ¿No te han matado?

Sergio me miró inquisitivo y yo puse los ojos en blanco.

—No creo que esa cuestión te haya mantenido en vela, mamá. Sí, sigo viva. ¿Es que no me oyes?

—Ay, hija, es que estaba preocupada, llevo toda la tarde intentando contactar contigo y a punto de avisar al puesto de la Guardia Civil.

—Oye, mamá, y si estabas tan preocupada, ¿cómo es que has tardado en llamar más de una semana?

—¿Tanto tiempo ha pasado? —inquirió con una risita.

—Pues sí.

—Tú tampoco has llamado.

—Estaba enfadada, está claro. La versión que tú recuerdas es que me fui porque no quería seguir en casa. Para mí fue algo diferente. Prácticamente me echaste, no te gustaba que te controlase. He intentado darte libertad, que fue lo que me pediste, rezando para que supieras administrarla con inteligencia.

—Y yo también estaba enfadada —respondió ofendida y sin haber escuchado apenas dos frases, lo que hacía por costumbre—. No me gustó que desconfiaras de la capacidad de tu madre para hacer algo tan simple como alquilar una habitación.

—¿Por esa tontería te enfadaste? Te juro que cada vez entiendo menos —asumí.

—No es una tontería, tu padre y tú siempre hacíais lo mismo conmigo, tratarme como a una tonta. Y no lo soy.

—Nunca hicimos eso —rebatí harta de repetirlo una y otra vez.

Ella hizo caso omiso de mi protesta y continuó hablando:

—Y para demostrártelo quiero que sepas que antes de enviarte a nadie le dije a Paquito, ya sabes, el marido de Loli, la prima de Amaya, la que cantaba en el coro de la iglesia de San Pablo... ¿Sabes quién te digo?

—Que sí, mamá. Abrevia, por favor —siseé llegando al límite de la crispación.

—Si sabes quién es, sabrás que es policía o algo parecido... El caso es que, como tenía el número de DNI de Sergio, le pedí que lo investigara, no fuera a ser que te enviara a un delincuente como compañero de piso.

—Muy amable por tu parte, mamá —ironicé.

—Y ni una multa de tráfico que tiene —continuó ella ignorándome.

—¿Y eso significa algo?

—¡Hombre! Supongo que si alguien no tiene ni una multa de tráfico no será un asesino en serie.

—Clarooo..., y como yo sí tengo alguna, más bien, bastantes, es lógico que guarde en el congelador las cabezas de los que he decapitado, ¿no?

—Ay, hija, pero qué borde eres a veces. Es imposible hablar contigo.

—Habré salido a ti.

—Más bien a tu padre.

—Eso ha sido un golpe bajo —dije llevándome la mano a la frente mientras observaba a Sergio, que, apoyado en la pared, seguía la conversación con inusitado interés.

—Tienes razón, hija, igual ahí he derrapado. Aunque sigo opinando que te pareces más a él que a mí, pero tú no tienes la culpa de parecerle a él, ¿no?

—No quiero hablar de culpas, ahora no, por favor —le supliqué.

—¿Y cómo hemos acabado discutiendo si yo sólo llamaba para ver qué tal llevas las oposiciones?

Sentí que me bajaba toda la sangre a los pies y tuve que sentarme en el sofá. Lo que menos necesitaba era que mi madre me metiera más presión, aunque ella debió de interpretar mi silencio de modo contrario.

—Porque estarás estudiando, ¿no? Ya sabes que es importantísimo, qué digo importantísimo, ¡es vital!, que apruebes y saques plaza.

—Haré lo que pueda, mamá —musité.

—Livia, que no es broma. Si no consigues un trabajo estable pronto nos desahuciarán, y lo sabes.

—Lo sé, mamá. Lo sé muy bien —maticé.

—Bien, pues no quiero descentrarte, que ya te he distraído unos minutos. Hala, a seguir, ¿eh?

—Por cierto, mamá...

—¿Qué?

—¿Y no podrías ir buscándote tú también un trabajo? Eso ayudaría.

—¿Trabajar, yo? ¿Y de qué? Si lo único que he hecho en esta vida es cuidaros a tu padre y a ti y mira cómo me ha salido. Anda, deja de decir tonterías y ponte a estudiar.

—A sus órdenes —murmuré sin ganas de seguir discutiendo, y colgué el teléfono.

Me recliné en el sofá y resoplé, frunciendo los labios.

—¿Livia?

—¿Qué? —inquirí levantando la vista.

—¿Qué te ha dicho para que te hayas quedado como si te hubiera noqueado un boxeador?

—Es que me ha noqueado un boxeador —repliqué—. Uno con mucho arte para manipular. Es que no conoces a mi madre, cuando pienso que nada de ella me puede sorprender, va y...

—Livia, lo siento, pero hoy no estoy para charlas. Prefiero acostarme, si no te importa —me interrumpió de repente con gesto tenso.

—Oh, ya, claro, perdona, a veces me excedo contando las cosas. Debería ser más prudente y callármelas —respondí en tono seco, sintiéndome herida por su brusca contestación. Aunque él ni siquiera me oyó, ya se había encerrado en la habitación.

Con resignación, encendí la lámpara de pie y la dirigí a la montaña de apuntes. Me cogí una cerveza, un par de bolígrafos y me juré que no iba a pisar la habitación en toda la noche. No llevaba ni dos horas estudiando cuando la puerta se abrió y salió Sergio trastabillando para encerrarse en el baño. Creo que ni siquiera se fijó en que yo seguía sentada en el sofá. Me levanté con cautela y me acerqué al baño, del que emergían una especie de estertores nada halagüeños. Llamé con los nudillos, pero no obtuve respuesta, así que empujé levemente la puerta y me asomé. Corrí al verlo tendido en el suelo y le palmeé la cara.

—¡Sergio!

Él me apartó con una mano y la dejó caer, mostrando lo débil que se encontraba; aun así, intentó incorporarse.

—He... intentado refrescarme y... —No pudo continuar. Cerró los ojos y temí que se hubiera desmayado.

—Déjame que te ayude —le dije, aunque no contaba con que iba a ser tan difícil cargar con una persona de su tamaño, pese a que sólo fuesen cuatro o cinco metros—. Cooperar un poco —le pedí.

—No... no puedo —gimió él.

—¿Cuánto pesas? —mascullé casi sin aliento, dejándolo en la cama, en la que se acurrucó como si sufriera un terrible dolor.

—Unos noventa kilos —contestó con voz ronca, tan bajo que me costó oírlo.

Lo observé durante unos segundos mordiéndome el labio con preocupación.

—¿Te llevo a urgencias? —inquirí comenzando a asustarme al ver que no reaccionaba. Encendí la luz para ver su extrema palidez y cómo empezaba a temblar.

—La... luz... —balbució de forma entrecortada.

—Ya, sí, sí —dije apagándola.

—¿El médico? —pregunté otra vez creyendo que había perdido la conciencia.

—No. —Hizo lo que pareció un esfuerzo sobrehumano para continuar hablando—. Es una jodida migraña. En mi neceser tengo analgésicos. ¿Puedes...?

—Sí, claro, ahora mismo —contesté levantándome para regresar al baño.

Revolví en el neceser de piel negra y encontré varios sobres de un antiinflamatorio. Corrí a la cocina y cogí un vaso, llenándolo de agua hasta la mitad. Me acerqué de nuevo a él, agitando la mezcla con brío con una cucharilla metálica.

—El ruido —musitó abriendo los ojos inyectados en sangre.

—Sí, claro —murmuré, y dejé de golpear los laterales del vaso, pero estaba tan nerviosa que la cuchara produjo un insoportable chirrido contra el culo que consiguió que hasta yo me estremeciera—. Lo siento, perdón, tómatelo, así, todo. Muy buen chico —lo animé dándole unas palmaditas en la cabeza.

Entreabrió un ojo algo desconcertado.

—Perdón, perdón, es que mi madre siempre dice que soy una enfermera desastrosa, me pongo nerviosa y grito a los pacientes. Y sé que necesitáis calma y todo eso, aunque verte así, Sergio, que tú no flaqueas ni aunque te rompas el brazo contra las rocas, es demasiado para...

Me callé porque él me sujetó la muñeca con tanta fuerza que casi me la fractura.

—Silencio —musité agitando la mano para que volviera a circular la sangre en ella—. Sí, ¿ves cómo soy horrible? Oye, ¿estás seguro de que no te vas a morir? Porque tener que llamar al forense y al juez va a ser un poco incómodo.

Ante su mirada fulminante, me quedé en silencio, deseando tener el poder de coserme los labios.

—No me voy a morir, a no ser que tú me mates —pronunció en un susurro apenas perceptible.

—No, claro que no. ¡Cómo te iba a matar yo! Que mejor me voy, si me

necesitas silba —murmuré.

Sergio se quejó intentando incorporarse.

—¿Que silbe?

—Pues haz ruido, lo que sea, estaré a una puerta de distancia —rebatí tan intranquila que noté que mis manos se habían cubierto de sudor.

—Duerme conmigo —me pidió.

—¿Estás seguro?

—¿Serás capaz de estar en silencio?

—Como un muerto.

Abrió de nuevo un solo ojo y me examinó como si yo fuera un objeto de estudio, que en ese momento puede que lo fuera.

—Mejor no mentar a los muertos, ¿no? —dije con un hilillo de voz, y rodeé la cama para meterme por el otro lado, dejando al menos medio metro de distancia entre nuestros cuerpos.

No pude cerrar los ojos ni un instante, intranquila porque me parecía que había dejado de respirar, después porque respiraba demasiado rápido, más tarde porque no se movía y, al final, porque se movió demasiado cuando, adormecido, comenzó a agitarse y a gemir en sueños. Cuatro horas después me suplicó que fuera a por otro analgésico. Corrí veloz y en silencio. También le preparé una compresa fría para la frente, que le coloqué sin palabras ni palmaditas.

—Gracias —musitó con las defensas tan bajas que añadió—: Ella no las soportaba, me hacía dormir en el cuarto de invitados.

¿Ella? ¿Quién era ella? ¿La mujer que le había hecho tanto daño que lo había definido como si lo hubiera partido por la mitad? «Pues menuda pieza de colección», pensé. Estuve durante cerca de una hora velando su sueño intranquilo hasta que me relajé al ver que ya respiraba con normalidad y parecía no sentir dolor, entonces sí pude quedarme dormida.

Desperté sobresaltada al sentir los primeros rayos de luz solar iluminando la habitación al amanecer y me levanté para cerrar las cortinas y dejarlo

descansar en la penumbra, ahora que dormía con placidez. Salí a la cocina y me preparé un café, estirándome y sintiendo los efectos de una noche en vela en cada músculo de mi cuerpo. Mientras tomaba el café, recordé la conversación con mi madre y decidí que ya estaba bien de perder el tiempo con el pasado (Asier) y el presente (Sergio). Tenía una fecha límite y había venido con una sola intención. Así que dejé la puerta de la terraza abierta, disfrutando de la suave brisa de la mañana, y me senté en el sofá para seguir estudiando.

El sonido de una melodía desconocida me sobresaltó y miré alrededor buscando de dónde procedía, hasta que encontré el teléfono de Sergio en uno de los recovecos del sofá. Contesté porque vi que era Asier.

—¿Diga?

—¿Livia?

—Sí.

—¿Ahora también le coges el teléfono? ¿Eres su secretaria?

—Después de la noche que hemos pasado, no estoy para bromas.

—Encima restriégame la puñetera noche por las narices.

—Que no, Asier, que Sergio está enfermo. No creo que pueda ir a trabajar esta mañana.

—¿Qué le sucede? —inquirió cambiando el tono.

—Una migraña.

—Tampoco es tan malo.

—Si lo hubieras visto, sí, acaba de quedarse dormido. ¿No puedes sustituirlo al menos esta mañana?

—Puedo, pero dile que, si no va a venir en todo el día, que se acerque al centro de salud y pida la baja médica, no quiero problemas.

—Creo que es bastante tozudo, aunque le siga doliendo, irá esta tarde. Gracias por tu amabilidad —ironicé.

—Es que me jode mucho, Livia, que tú estés allí con él cuidándolo, después de lo que pasó entre nosotros ayer.

—No, Asier, ayer no pasó nada, sólo nos dejamos arrastrar por la nostalgia del momento. Y creo que como enfermera no soy ni pasable, así que eso de cuidarlo...

—Me niego a seguir diciendo que fue el pasado o el reencuentro; fue algo más, y deberías tomarme en serio.

—Te tomo, pero ahora mismo tengo algo mucho más serio entre manos, que son mis apuntes, a los que tengo que dedicar todo el tiempo que he perdido entre dimes y diretes. ¿Vale? Y no quiero sonar brusca, Asier, pero, de verdad, tengo que colgar y seguir estudiando.

—Captado, Livia. Cuando saques un rato, prométeme que volveremos a hablar.

—Lo prometo —acepté a regañadientes.

Colgué con un resoplido que fue interrumpido por la imagen que se mantuvo durante dos segundos en la pantalla del teléfono antes de apagarse. Toqué en todas las partes del cristal, aunque sólo logré que se activara la llamada de emergencia, así que lo lancé enfadada contra un costado del sofá.

—¿Qué te ha hecho mi teléfono? —preguntó Sergio mirándome con curiosidad.

—Nada —repliqué con rapidez escondiendo las manos debajo de los muslos—. ¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor. ¿Fue tan malo?

—Terrible, pensé que te morías. —Y, aunque pretendí darle un toque humorístico, no lo conseguí y él notó que me había preocupado.

—Bueno, fue una de las peores.

—¿Te suele pasar a menudo?

—La última fue hace un año.

Y, de repente, hice cuentas mentales. Hacía un año que vivía en Ámsterdam, y posiblemente coincidiera también con lo ocurrido con la mujer que lo destruyó.

—¿Sucede cuando te alteras?

—Sí, la mayoría de ellas.

—¿Ayer te alteré yo por la conversación con mi madre? —inquirí con voz trémula.

Él comenzó a reír y yo lo miré con enfado.

—No, claro que no, lo que me alteró fue perderte y después encontrarte con Asier —explicó como si él mismo se sorprendiera de tal hecho.

—Hablando de Asier: ha llamado, y le he dicho que pasarías esta tarde, que estabas enfermo.

—Estoy bien, sólo que no me gusta verme así, por eso te corté cuando querías contarme la conversación con tu fabulosa madre; estaba mareado y me costaba estar de pie. Necesitaba tumbarme. ¿Me perdonas?

—Oh, claro, yo, sí, claro que sí. No tengo nada que perdonar.

—¿Quieres contarme qué problema tienes con tu madre?

—No, que hoy todavía brilla el sol, no quiero nubarrones, ya tuve suficientes ayer.

—De acuerdo, pero cuando tú quieras, hablamos.

¡Qué manía tenía todo el mundo ese día con querer hablar conmigo!

—Por cierto —continuó—, ¿qué estabas haciéndole a mi teléfono? ¿Estrangularlo?

Lo cogí y se lo entregué.

—Está perfectamente.

—¿Qué querías ver? —preguntó con una pizca de desconfianza.

—Volver a ver, más bien. La foto del fondo de pantalla, en la que estáis tú y una mujer.

Enarcó las cejas en ese gesto que ya empezaba a conocer tan bien y que venía a significar: «Cuéntame más y así me río».

—La morena de pelo largo y ojos azules que se parece mucho a Bella Hadid y tú abrazándola por detrás, asomándote por un lado y apoyando la barbilla en su hombro —expliqué.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y esa foto te ha preocupado?

—No. Ni lo más mínimo.

—Vale.

—Puede que un poco. ¿Por qué llevas la foto de una mujer como ella de fondo de pantalla? Está claro que quieres verla cada vez que conectas el teléfono. Y, si mi intuición es correcta, es la que te dejó hecho pedazos.

—Lo es, sí. ¿Acaso tú no llevas a Asier o a Nando?

—No.

—No me lo creo.

Me levanté y cogí mi teléfono, desbloqueándolo con el pulgar, para que viera qué imagen tenía yo.

—¿Qué coño es esto? —inquirió sorprendido.

—Se llama *Federico*, *Freddy* para los colegas. Y somos muy amigos, que te conste.

—¿Le has puesto nombre a un peluche en forma de unicornio? —exclamó a punto de estallar en una carcajada para mí humillante.

—Pues sí, me lo regaló Marta en Navidades, me dijo que necesitaba alguien que me calentara la cama por las noches. Cumple su función a la perfección —contesté muy digna.

—Pero si en Navidades, si no me equivoco con las fechas, todavía salías con Nando, ¿no?

—Sí, pero está claro que ya no calentaba mi cama. ¿Te sirve como explicación?

—Me sirve —afirmó mirándome con extrañeza—. Cada día me sorprendes un poco más. ¿Algún día dejarás de hacerlo?

—El día en que deje de ser yo.

Cabeceó y sonrió de forma sesgada.

—Voy a darme una ducha, apesto —dijo sin dejar de mirarme.

—Eso es cierto. Ah, y también tienes café preparado, por si te encuentras con ganas.

—¿Ganas de qué?

—No voy a entrar en eso. Hoy voy a empezar a ser responsable.

—Creo que tiene algo que ver con tu madre.

—Tampoco voy a entrar en eso.

—Bueno, de todas formas, gracias.

—No hay de qué, es un simple café.

—No es por eso. Es porque nadie me había cuidado tan mal como tú esta noche. Pero, Livia, déjame decirte que nunca, tampoco, me había sentido tan bien cuidado.

—Que la ducha sea fría, creo que estás desvariando —repliqué sonriendo con él, para después centrarme en los apuntes.

Salió después de unos quince minutos y se tomó el café en silencio, respetando mi mutismo, enfrascada como estaba en los folios.

—¿Te veré esta tarde en la playa? —preguntó.

—No —dije sin despegar la vista de las letras impresas—. Tengo que estudiar. —Resoplé y me rendí a contárselo—: Mi madre me ha puesto entre la espada y la pared. No tengo muchas opciones. Si fracaso, estoy hundida.

—No te molesto más —asumió con una pizca de decepción, aunque se detuvo de nuevo de pie frente a mí—. ¿Livia?

—¿Qué? —inquirí suspirando y levantando la vista, mordiendo el capuchón del bolígrafo. Parpadeé al deslumbrarme el *flash* y, cuando recuperé la visión, lo vi manipulando el móvil.

—¿Me has hecho una foto?

—Sí, necesito un nuevo fondo de pantalla en mi teléfono —determinó sonriendo, y se fue sin decir nada más.

Estuve unos instantes observando la puerta cerrada mientras meditaba qué significaba aquello y al fin decidí no darle más vueltas y continuar leyendo.

Capítulo 9

When you walk away, I count the steps that you take *

Durante los tres días siguientes seguí mi plan de estudio a rajatabla. Había perdido el tiempo, pero también lo había recuperado con ahínco y horas de sueño. No obstante, continuaba despistándome cuando entraba y salía Sergio, dedicándole algunos de mis pensamientos más obscenos en fantasías que se me representaban cuando ya estaba tan agotada que no era capaz de leer una sola línea sin tener que repetirla más de veinte veces.

—¿Te distraigo? —preguntó el cuarto día saliendo de la ducha con una minúscula toalla cubriéndolo al percibir cómo mi vista perseguía sus movimientos.

—Demasiado —dije suspirando.

—Eso podemos solucionarlo —ofreció acercándose a mí con claras intenciones.

—No —repliqué extendiendo la palma de la mano—. No puedo seguir así —mascullé, y él se sentó frente a mí en la mesita de centro del salón con un gesto interrogante.

—¿Qué quieres decir? —inquirió serio.

—Que no puedo con las dos cosas. O estoy a ti o estoy a estudiar. Y, ahora mismo, tú me desconcentras.

—Ya, entiendo.

—¿Qué has entendido?

—Creo que ha quedado suficientemente claro. Sobro en tu vida. Digamos que no soy una buena influencia.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—¿Alguna vez hemos estado juntos? —rebatí a su vez.

Fruncí los labios y me dije que estaba haciendo lo correcto, que, a veces, había que dejar de lado el corazón porque no había otro remedio. Lo que no sabía era que iba a resultar tan doloroso, como si perdiera un cachito de mí misma.

—Tienes razón, es mejor que nos separemos —musité, y fingí que me concentraba de nuevo en estudiar.

—De acuerdo —asumió él, y se internó en la habitación para salir, minutos después, con un vaquero negro y una camisa remangada hasta los codos de color gris.

El pelo húmedo se le rizaba de forma adorable, dándole la apariencia de un niño bien de casa mal, un canalla con escrúpulos y bastante honor. Resultaba tan atractivo como el mismísimo pecado original y él lo sabía, porque haraganeó unos minutos yendo y viniendo del baño, esparciendo su perfume por toda la sala, buscando el teléfono móvil.

—¿Vas a algún sitio? —exclamé sin poder contenerme.

—Voy a salir con los chicos. No me esperes despierta..., bueno, no me esperes, puede que no venga ni a dormir.

—Ah, ya. Pues que te vaya bonito —farfullé.

Durante más de media hora estuve mirando a través de la ventana el anochecer, preguntándome si era completamente idiota o sólo a medias. Si estaba arrojando por la borda mi futuro o en si en mi futuro estaba él. Al final, impulsada por la desazón, me levanté y me duché. Esa vez me esmeré en secarme el pelo, en maquillarme, y elegí un vestido color burdeos de escote barco y algunas transparencias. Incluso me puse unas sandalias de tacón de aguja.

Nadie mejor que yo conocía en qué ambiente nocturno de Suances solían moverse los de la escuela, así que estuve segura de que se habían dirigido primero a la zona del puerto para cenar algo, tomar un par de copas y ver si de

allí se desplazaban a otro sitio, por lo que tenía tiempo de sobra para encontrármelos «por casualidad».

Callejeé echando un vistazo al interior de los locales sin verlos, hasta que decidí sentarme en el más concurrido para tomarme una copa y pensar en mi siguiente movimiento. En ningún instante consideré que estaba actuando como una acosadora; es más, me habría dado igual. Un sentimiento posesivo y desconocido me había dominado.

Al pedir el acostumbrado gin-tonic, me di cuenta de que conocía al camarero.

—Rafa, hola. No sabía que seguías trabajando aquí.

—¡Livia! ¡Cuánto tiempo sin verte!, ¿cinco años?

—Seis.

—Ya lo echabas de menos, ¿eh?...

—Sí, la verdad es que sí.

—No me dirás que vienes con dos churumbeles y un marido a cuestas.

—No.

—Es que es lo que me suele ocurrir, parece que aquí la vida pasa más despacio. Cuando veo a los del grupo, siempre hay alguien nuevo, normalmente un bebé.

—Sí, te entiendo. Violeta ya tiene tres.

—¿Tres? Madre mía, qué valiente.

—Ya te digo.

—Oye, ¿has venido con los de la escuela?

Puse toda la atención en esa pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque están en la zona reservada, la del *chill out* que da a la ría.

Llamaron esta tarde para alquilar una cama balinesa.

—Joder, qué ibicencos os estáis volviendo.

—Tenemos que modernizarnos.

—¿Y podría yo entrar en ese reservado?

—Tú tienes vía libre en cualquier sitio, y lo sabes.

—Dime dónde es.

—Allá, al final de las mesas, ¿ves los parterres? Dile al segurata que te envíe yo.

—OK. Gracias.

—Las que tú tienes.

—Pero mira que eres zalamero.

—Ahora que he heredado el chiringuito del viejo, tengo que ganarme clientes.

—A mí sabes que me tienes ganada, todavía recuerdo las fiestas que preparábamos aquí después de los campeonatos.

—Sí, ésos eran buenos tiempos. Anda, ve, llevan ahí metidos casi dos horas.

Me alejé agradeciéndole a Rafa su discreción, ya que estaba claro que había entendido que yo no era una de las invitadas, y su amabilidad por no hacérmelo notar. Me identifiqué ante seguridad y entré en el reservado de varias camas balinesas con doseles. Estaban todas ocupadas, y la luz, casi inexistente, me obligó a caminar a tientas, hasta que los descubrí en una de las mejores, la más alejada. Era una cama amplia y rodeada de pufs en colores claros, con un par de candiles con luces doradas y rosas que colgaban balanceándose ligeramente por la brisa. De los altavoces disimulados en los recodos brotaba música a un nivel no muy alto. Recostado sobre varios almohadones estaba Sergio, con una mujer a su derecha apoyada sobre su pecho. Había otra joven a su izquierda, tumbada boca abajo conversando con un monitor sentado. Tomé aire y enfilé directa como un misil.

—¡Anda! El marajá de Kapurthala, qué coincidencia encontrarte aquí.

Él no pareció ni remotamente sorprendido por el hecho de que apareciera taconeando y balanceando mi bolso para situarme frente a la enorme cama.

—Joder, la de la «interrupción temporal de la convivencia» —replicó bebiendo de su vaso un licor ambarino.

Sentí que me estremecía cuando me taladró con esos ojos, reflejo del color de la bebida.

—Temporal, no. Definitiva, sí.

—Pues has tardado bastante poco en venir a buscarme, más bien diría que ha sido temporal —rebatió sonriendo de medio lado.

—Livia, no sabía que ibas a venir, siéntate con nosotros —interrumpió Diego señalándome un puf a su lado, demasiado colocado para darse cuenta del intercambio verbal entre Sergio y yo.

—Gracias, estaré sólo un rato, que tengo un compromiso —aduje con una sonrisa forzada.

—No seré yo quien te entretenga —masculló Sergio.

—¿Tú eres Livia *la Temeraria*? —preguntó la chica que estaba de espaldas, dándose media vuelta. Me saludó con la mano, sonriendo. No debía de tener más de veinte años, al igual que su compañera.

—Ya nadie me llama así —contesté sonriéndole también.

—Están en el curso de la tarde —explicó Diego.

—Así que confraternizando, ¿no? —inquirí.

—Mucho. Ella es Carla —dijo Sergio señalando con la mano en la que sostenía el vaso a la melenuda, que aprovechó el movimiento para recolocar la cabeza sobre su pecho. Me percaté de que el brazo derecho de él estaba situado estratégicamente sosteniéndole el cuerpo para que no resbalara de la cama.

—Es Karla, con «K» —señaló ella.

—Pues encantada, Karla con «K» de *kamikaze* —musité viendo la minifalda vaquera que llevaba y el *crop top* por el que se percibía su ausencia total de ropa interior.

Descruzó las piernas y a Diego se le cayó el porro al suelo.

—Hostia —jadeó recogéndolo.

Contuve la risa a duras penas y me di cuenta de que yo, a su lado, con mi vestido burdeos, parecía una monja de clausura.

—¿Qué es un kamikaze, cielito? —le preguntó a Sergio, y éste casi se atraganta con otro trago. Tosió y la miró parpadeando.

—Una droga de diseño —le indicó su amiga.

—Eso también —apostilló Sergio.

—¡Cómo mola! Soy de diseño —exclamó entusiasmada Karla con «K» de *Kiabi* por la ropa (o no ropa) que llevaba.

Un camarero se acercó con mi gin-tonic y le guiñé un ojo, agradeciéndoselo, era el hermano menor de Rafa. Cuando bebí, asomé los ojos por encima de la copa de balón y descubrí a Sergio observándome.

—¿No habías quedado con alguien? —inquirió con gesto hosco.

—¿Me estás echando? —Simulé que me hería, aunque tuve que reconocer en mi interior que no fingí nada.

—Si quieres quedarte, Diego está libre —continuó, y fue mi turno de atragantarme.

Diego me golpeó la espalda con suaves toques.

—Tranquila, Livia, que no quiero problemas con Asier —aclaró con una sonrisa algo desdibujada.

Y, de pronto, fui consciente de lo absurdo de la situación. ¿Qué motivo tenía para estar allí, poniéndome en evidencia? ¿Era necesario que lo viera restregándome a su conquista, Karla con «K» de *Kardashian*, porque era tan vulgar como cualquiera de las hermanas? No tenía por qué. Apenas lo conocía y me estaba comportando como una de las postadolescentes con las que compartía cama. Cuando Diego mencionó a Asier, fue como si el cielo comenzara a despejarse de nubes. Asier me quería y estaba claro que yo todavía sentía algo por él, algo por definir, pero algo, al fin y al cabo. Con Asier no tendría que estar recorriendo los bares buscando a nadie, porque él siempre estaría conmigo, de eso estaba segura. ¿Estaba yo segura de querer estar toda mi vida con Asier? Si no salía bien mi pequeño asunto con las oposiciones, siempre tendría dónde acudir, sin tener que recurrir al plan B de Marta. Podría trabajar perfectamente en la escuela, echaría de menos algunas

cosas, aunque me adaptaría. Desde luego, no andaría bebiendo gin-tonics ni espiando a mis ex, que en cuestión de minutos encontraban con quién sustituirme. Me terminé la bebida, sonreí y les dije que iba un momento al baño.

Por supuesto, no regresé.

Caminé pensativa, frotándome los brazos y lamentando no haber cogido una chaqueta, hacia el espigón. Lo dejé a la derecha y me interné en el paseo marítimo, casi vacío de gente a esas horas, algo que agradecí profundamente, ya que comencé a sentir el tirón seductor y a la vez tranquilizador de la soledad del mar. Decidí con rapidez quitarme las sandalias y, llevándolas en la mano, me aventuré a bajar las dunas de fina arena que me separaban de mi objetivo. Necesitaba de forma imperiosa aclarar mis sentimientos y tomar una decisión en firme.

Había descendido hasta la mitad cuando oí detrás de mí:

—¿Siempre vas a volatilizarte así?

Tropecé y a punto estuve de caerme de bruces. Me sujetaron dos fuertes brazos que me rodearon la cintura.

—¿Y tú siempre vas a aparecer así, dándome un susto de muerte? — exclamé zafándome de su ayuda.

—Te estaba siguiendo, no he aparecido de la nada, ni siquiera te has dado cuenta —rebatí Sergio.

—¿Tienes por costumbre perseguir a tus ex? —ironicé llegando a la base y sentándome sin mucho protocolo.

—Eso tendrías que contestármelo tú —replicó dejándose caer a mi lado.

Lo fulminé con la mirada y él se rio a carcajadas.

—Sólo he salido a despejarme un poco.

—¿No tenías un compromiso?

—Eh..., sí, con Rafa, el camarero, que lo conozco.

—¿Otro de tus ex?

—No, es un amigo.

—Parecíais muy amigos.

—¿Es que me has visto con él?

—Sí.

—Ya. ¿Y tu amiguita, Karla con «K» de *koala*, por la forma en que tenía de agarrarte, te ha dejado irte sin más?

Estalló en nuevas carcajadas y yo me enfurecí.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? Ni en sueños —contesté poniéndome recta.

—Pues lo parece..., quizá ya me quieras hasta un poco.

—Ni un poco, ni un mucho. Nada.

—Permíteme dudarlo.

Gruñí, lo que a él le provocó más risas.

—Esa niñata sólo buscaba una cosa, y era acostarse conmigo. Dudo que supiera mi nombre siquiera —explicó.

—Pobrecito, eso debe de haberte dolido, con lo egocéntrico que tú eres. Así, con tu metro noventa, rubio, cuerpo esculpido en mármol y rostro cincelado por el mejor maestro renacentista. Desde luego, algunas mujeres no tienen sentimientos.

—Ey, ¿es que crees que por medir un metro setenta y cinco, tener un cuerpo por el que muchas matarían, un rostro angelical adornado por unos labios carnosos y mirada de gacela, además de tu lengua afilada y viperina, con la que podrías hacer pedazos a alguien en cuestión de dos frases, cualquiera de nuestro género no va a querer contigo lo mismo que ella conmigo?

—¡Eso ha sido lo más sexista que he oído en mucho tiempo! —protesté, en parte también halagada.

—No, la sexista eres tú, que piensas que soy un tío sin cerebro.

—No es cierto, creo que tu cerebro, además de tu lengua, que también es afilada y viperina, es un estupendo complemento a tu cuerpo —rebatí.

—¿Debería decir gracias?

—No sé, tú eres el tío con cerebro.

—Joder, Livia, me matas. Lo sabes, ¿no?

Lo miré y sonreí ante su gesto compungido.

—En serio, nunca sé qué esperar de ti, por más que me esfuerzo creo que no llego a cumplir las expectativas que tienes —añadió.

—No tengo expectativas —le dije con gravedad—. Sólo necesito a alguien que me haga reír, que sea mi compañero, mi amigo. Que no me vea como los demás me ven, que me vea como yo soy.

—Y que tenga un máster avanzado en conocimiento femenino —musitó, y fui yo la que rio. Aunque él se quedó serio, simplemente observándome, durante unos minutos—. Me da miedo que te estés planteando volver con Asier —expuso al final.

Reprimí un escalofrío y me pregunté si mis pensamientos eran tan transparentes o acaso él me conocía más de lo que yo creía.

—No voy a volver con él. De momento. No lo sé. Ahora sólo puedo pensar en septiembre y después... después ya decidiré.

—¿Algún día dejarás de amarlo?

—No lo amo como tú piensas, Sergio. Es algo difícil de explicar.

—Pero si nos pones en una balanza, ¿quién gana?

—¿Y si soy yo la que pierde?

—¿Cuando me acuesto contigo estás pensando en él?

—No, por supuesto que no.

Y, por primera vez en un rato, respiró aliviado.

—Sergio, a ti apenas te conozco y a él quizá lo conozco demasiado.

—Quiero que me conozcas, pero no sé si te va a gustar todo lo que vas a descubrir —murmuró, y en sus palabras noté el temblor del miedo o tal vez la decepción.

—Bueno, apenas te dejas conocer —rebatí—. Y pocas cosas me dan miedo en esta vida, te lo aseguro.

—Sí, Livia *la Temeraria*.

Sonreí con ternura y le pasé la mano por el pelo, alborotándoselo. Me miró

con tal expresión de anhelo que mi vello se erizó sin que llegara a tocarme. Inclinandome sobre él, lo besé, saboreando el whisky en su boca, dejándome llevar, una vez más, por mi instinto. Sergio me rodeó con los brazos y me situó sobre él. Tanteando, fue acariciando mis piernas hasta detenerse en el borde de mis nalgas, un pequeño titubeo y sus dedos se internaron por debajo de la brasileña de encaje negro que llevaba puesta. Me arqueé con un gemido entrecortado, sintiendo la presión en mi vientre, un repentino calor que abrasó mi interior.

Manoteé para desabrocharle el cinturón y los botones del vaquero, mientras él dibujaba en mi piel consiguiendo que yo me estremeciera de placer. Me incliné sobre él, una vez libre de ataduras, sujetándolo con una mano, para besarlo de nuevo. Él me retuvo contra su boca agarrándome la nuca mientras se movía a un ritmo ancestral. Gemí y Sergio se detuvo.

—No sé cómo amarte —musitó.

—De momento, lo estás haciendo muy bien. —Sonreí, pero vi una sombra de temor en sus ojos claros—. Fóllame despacio y víveme deprisa —siseé sintiendo que empezaba a perder el control.

—¿Puedo follarte despacio cada día y vivirte también despacio toda mi vida? —preguntó.

—Y mientras tanto... —susurré sin apenas escucharlo, pendiente más de mi propio placer que de sus preocupaciones amorosas.

—Mientras tanto te amaré fuerte —contestó con voz ronca en forma de promesa.

Irguiéndome, alargué las manos para sujetarle el rostro.

—Entonces estoy segura de que nunca me aburriré —concluí, y él sonrió de forma tan sincera que me desarmó, desgarrándome las cicatrices de mi corazón. Cerré los ojos y, negándome a sentir otra cosa que no fuera un primitivo placer, lo guie a mi interior.

Empujó casi con violencia, como si necesitara marcarme de su propiedad, manejándome con habilidad, sabiendo cuándo acelerar, cuándo frenar y

cuándo girar, de manera que acabó por volverme loca. Jadeé una última vez sobre su boca, ambos cubiertos de sudor, respirando sin llegar a respirar, sintiendo mucho más de lo que nuestros cuerpos se empeñaban en mostrar.

—¿Sabes que hemos cometido un delito? —le dije recuperando poco a poco la voz y el ritmo de los latidos.

—No me importa, tengo buenos abogados —replicó sin poder dejar de sonreír.

Me incorporé apoyando ambas manos sobre su pecho y lo observé con detenimiento.

—No serás un político corrupto... —inquirí con desconfianza.

—No. También puedes tachar ésa.

—Vaya, cuando acabe descubriéndolo, va a ser hasta decepcionante —murmuré sonriendo, pero él se quedó de súbito serio y, carraspeando, se apartó de mí.

—¿Volvemos a casa? —inquirió.

—¿A casa? —pregunté dado el significado implícito de esa palabra.

—Sí, es mi primer hogar desde hace un año —comentó encogiéndose de hombros, mostrando una vulnerabilidad desconocida.

—Sí, claro, vamos —le contesté cogiéndole la mano, sin querer preguntar nada más. Adivinando que él me estaba ocultando mucho de su pasado, temiéndome que, además, no era algo baladí, sino bastante importante.

Capítulo 10

*It's not easy breaking your heart**

—¡Despierta, dormilona! —exclamó Sergio, provocando el efecto contrario, que yo me acurrucara más y me tapara con la almohada la cara—. ¡Venga, o llegaremos tarde!

—¿Adónde? Espera, ¿qué hora es? —balbucí sin percibir ni un resquicio de luz.

—Las seis de la mañana. Hoy te espera una sorpresa.

—Odio las sorpresas, y más a esta hora. ¿No me la puedes dar..., no sé, a eso de las once de la mañana?

—Sí, ya, y después de dos cafés. De eso nada. Levántate o te llevaré desnuda.

—Pero ¿adónde?

—Vamos a navegar en un mar de estrellas.

—Huy, qué poético. Aunque yo no soy nada romántica —musité cerrando los ojos con fuerza.

Me dejó unos minutos más, mientras él se levantaba y se duchaba. Oí ruidos y sacar cosas del armario. Al fin tuve que abrir los ojos y encender la lámpara.

—¿Qué te propones? —inquirí viendo que tenía a sus pies una bolsa de deporte negra y él ya estaba vestido.

—¿No me has oído? Y luego dirán que somos nosotros los que no escuchamos. —Cabeceó y sonrió. Y esa sonrisa llenó mi alma al completo.

—¿Puedo darme una ducha, tomar un café y me lo cuentas? —pedí.

—¿Todo a la vez?

—Soy mujer, puedo hacer mil cosas a la vez —repliqué caminando hasta el baño.

Cuando salí, cinco minutos después, bastante más despejada, aunque todavía algo enfadada, tenía el café preparado y también dos donuts de chocolate.

—Me debían un par de días libres y te voy a llevar a navegar...

—Sí, ya, a un mar de estrellas. Eso lo recuerdo —murmuré sin estar debidamente concentrada.

—*Mar de Estrellas* es el barco que he alquilado. Navegaremos por tu mar.

—¿Qué? ¿Que tengo que estudiar! —me quejé.

—Sólo te dejo que lleves lo imprescindible.

—Créeme, hoy no es un buen día para sorpresitas.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Lo coges tú o lo cojo yo? —preguntó mirando los apuntes.

—No, déjame a mí. ¿Mañana estaremos aquí?

—Sí.

—Bien, pues me llevaré diez temas para repasar.

—¿Y yo qué voy a hacer mientras tanto?

—¿Tomar el sol? ¿Pescar? ¿Hacerte una paja, o dos o tres? —inquirí elevando una ceja.

—Apunto: no despertarte de madrugada, no sorprenderte y no dejarte hablar antes de que una considerable cantidad de azúcar sea absorbida por tu organismo.

—¿Ves qué bien? ¿Ahora puedo volver a la cama y lo dejamos para otro día?

—Ni de coña.

—Pero si no he preparado ni una maleta.

—Ya he cogido yo un par de mudas y bikinis; créeme, no vas a necesitar más.

—Y mi ordenador.

—Vale, tu ordenador. ¿Estás lista?

—No, pero ¿eso importa?

—En absoluto —replicó arrastrándome tan deprisa que lo único que me dio tiempo a coger antes de salir fue mi bolsa de la playa y el fedora.

Al cabo de media hora ya me encontraba frente a un velero en el puerto de Santander, sin haber conseguido que desistiera de su propósito durante el corto viaje en coche, en el cual hizo caso omiso de todas mis quejas y reparos. El *barco*, como lo había denominado él, era impresionante. Elevé la vista hasta perderla en la altura de las velas y suspiré. Intenté recomponer un gesto ilusionado cuando llegó de firmar unos papeles y me invitó a cruzar la pasarela.

Tuve que sentarme nada más pisar *Mar de Estrellas* debido al bamboleo, y me resigné a dos días experimentando algo que parecía entusiasmarlo mucho a él y nada a mí. Cuando se metió en la cabina y el motor ronroneó bajo mis pies, miré alrededor asustada. Me levanté y corrí al interior.

—¿Y el capitán? ¿No pensarás...?

—Tengo el título de patrón de barco —contestó con la vista fija en el panel mientras maniobraba para salir del puerto.

—¿Es a eso a lo que te dedicas?

—No, sólo he dicho que sé manejar el velero.

—Oh, pues ya me quedo mucho más tranquila —ironicé.

Un poco más tarde, después de ver la habilidad con la que accionaba el timón y de observarlo a él y la seguridad que desprendía situado de pie con las piernas ligeramente abiertas, vestido con un vaquero roto que le caía a la cintura y una camiseta negra descolorida, hablé de nuevo:

—¿Puedo quedarme aquí?

—Sí, también puedo enseñarte, si quieres —sugirió volviéndose hacia mí. El sol se reflejaba en la cubierta, dotando de cierta magia al velero, rebotando

en sus ojos y aclarándolos.

—No, mejor no.

—Cuando salgamos a mar abierto, apagaré el motor y navegaremos a vela.

¿De acuerdo?

—Si tú lo dices.

—¿Es la primera vez que navegas?

—¿Los ferris cuentan?

Comenzó a reír y yo me preocupé por si se despistaba.

—¿Cómo es posible que hayas vivido media vida en el mar y no hayas navegado antes? —preguntó.

—Nunca me ha llamado la atención, la verdad.

—Así que ha sido una verdadera sorpresa.

—Totalmente.

—Pues todavía quedan algunas más.

Puse los ojos en blanco.

—Mejor me pongo a estudiar. ¿Allí delante, sentada en esos cojines, te molesto?

—El solárium de proa.

—Lo que sea.

Resopló divertido y señaló con las manos, como si fuese un auxiliar de vuelo:

—Proa, delante; popa, detrás. Estribor, derecha. Babor, izquierda.

—Muy instructivo, gracias. Voy a los cojines de la proa, saliendo a la popa y bordeando el estribor —mascullé.

—Perfecto —contestó riéndose.

Me senté en los butacones, bastante más cómodos de lo que se apreciaba en un principio, y saqué de la bolsa la gruesa carpeta y un bolígrafo. Antes de olvidarme del mundo, me relajé viendo cómo nos alejábamos de la costa y miré al cielo, un azul puro y sin nubes. Un día perfecto, ligero viento sur y calor. No podía denominarse calma chicha, pero, para ser el Cantábrico, no

cabía elegir un día mejor. Después, con un suspiro, me puse el fedora y agaché la cabeza para comenzar a leer. Distraída, apenas reparé en que nos detuvimos y Sergio se dedicó a comprobar todo lo que, suponía yo, debería haber sido comprobado antes de embarcar, haciendo un recorrido por la cubierta. Cerré los ojos y mi mente voló a un tribunal ficticio, leyendo de memoria el tema que repasaba. Movía los labios e intentaba acentuar la explicación con las manos, sin gesticular demasiado. Oí cómo Sergio me decía algo y lo silencié con la mano, hasta que finalicé el tema. Abrí los ojos y elevé la vista, bajándome las gafas de sol hasta la punta de la nariz. Estaba de pie frente a mí, frunciendo el ceño y a la vez sonriendo.

—¿Decías algo? —pregunté.

—Sí.

—¿El qué?

—Te quiero.

—¿Cómo?

—Decía que te quiero. Me he parado aquí a observarte y lo primero que ha salido de mis labios ha sido decirte cuánto te quiero.

Me quedé con la boca abierta y, cerrándola, carraspeé algo incómoda.

—Vaya, pues parece que me he cargado el momento histórico de nuestra incipiente relación.

—¿No piensas contestarme? —inquirió rascándose la barbilla.

—Sí, claro, que ya sabes que soy jodidamente genial para estropearlo todo.

—Tienes razón, deberías venir con una advertencia: «Evitar enamorarse después de beber de ella».

—Ni que fuera el manantial de la eterna juventud —ironicé enrojeciendo.

—Bueno, podría haber dicho chupar, estrujar, exprimir, lamer o acariciar. Pero beber me ha parecido más adecuado, porque creo que eres adictiva.

—También podrías haber elegido besar y así habría sido más romántico.

—Creo que yo soy poco romántico.

—Ya lo he notado —musité, creyendo en mi fuero interno que pocas

declaraciones habían sido tan sinceras y reales.

—Tú tampoco es que lo seas mucho.

—No, eso es cierto. Oye, ¿no será ésta otra de las sorpresas?

—No, ha sido completamente improvisado. Quizá me ha faltado el ramo de rosas rojas y los bombones.

Sonreí e hice una mueca de lo más elocuente.

—Sí, y decirme que ponías el mundo a pies arrodillándote, no te jode — musité.

—Definitivamente, tú ganas —afirmó riendo—. Prometo no volver a cometer la estupidez de repetirlo —añadió alejándose.

—Eh, no, que puedes repetirlo las veces que tú quieras. ¿Quién soy yo para prohibírtelo?

No se detuvo, ni se giró, aunque elevó la vista al cielo y cabeceó como si pidiera paciencia. Sonriendo sin que él me viera, continué leyendo.

Unos minutos más tarde, comprobé la hora y, extrañada por el silencio, saqué mi teléfono de la bolsa. Abrí unos ojos como platos y me levanté al igual que un resorte, con la mano en alto buscando una cobertura inexistente. Sergio se acercó preocupado y se rio de mí sin disimulo alguno cuando me vio ponerme el móvil sobre la cabeza.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—En un programa de radio oí que si te pones el teléfono sobre la cabeza consigues al menos una línea de cobertura.

—¿No sería el de Iker Jiménez?

—No te rías de mí. ¡No me funciona el móvil!

—Por supuesto, ¿qué creías? Pero, tranquila, hay un teléfono vía satélite para emergencias y también tenemos contacto por radio.

—¡Ah!, ¿sí? Pues qué alegría, a ver cómo me van a llegar a mí las actualizaciones de Twitter, Instagram, Facebook y WhatsApp por la radio.

—¿Es que no puedes vivir veinticuatro horas sin conexión a internet?

—¿Tú sí?

—Llevo un año prácticamente incomunicado.

—Yo no puedo, y menos un día como hoy.

—¿Y qué tiene de especial hoy?

—Nada, no es de tu incumbencia.

—Me rindo —asumió levantando las manos—. ¿Te apetece un chapuzón antes de comer?

—Me apetece, por lo menos así refrescaré mis ideas —dije todavía sin saber si enfadarme o darle la razón.

Se quitó la camiseta por la cabeza, bajándose el pantalón y quedándose con el bañador. Después revolvió en un pequeño arcón y cogió dos gafas para hacer esnórquel. Yo me quité el vestido corto blanco y le acepté una de las gafas a regañadientes. Me tiré de cabeza y él me siguió. El agua estaba helada, pero después de nadar un buen rato para entrar en calor, logré ese estado de agotamiento y calma tan placentero que me llevó a situarme boca arriba, dejándome mecer por las pequeñas olas.

De improviso, me sujetaron por la cintura y me hundieron. Pataleé, me defendí y acabé hundiéndolo a él entre risas. Buceamos entre bancos de peces y emergimos sonriéndonos. Nos besamos, quizá tragamos algo de agua salada y también volvimos a reír. Le mordí el hombro intentando sumergirlo y Sergio me levantó y me lanzó por encima de él. Parecíamos dos tontos enamorados. Justo lo que yo odiaba, aunque, en ese momento, lo consideré algo memorable.

—¿Tienes hambre? —preguntó señalándose la marca en su hombro mientras me atraía hacia él con una sola mano.

Chocamos en el agua y lo besé, mordiéndole esta vez el labio.

—De acuerdo, de acuerdo..., he pillado la indirecta. ¿Subo a preparar la comida mientras tú te duchas?

—Cariño —dije burlándome de él—, eso sí que ha sido una verdadera declaración de amor.

Apenas un cuarto de hora más tarde, estaba sentada en el pequeño comedor, controlando que no se quemara la mezcla de la salsa carbonara en la sartén

mientras él tomaba una ducha rápida. Me había dicho que iba a tardar exactamente tres minutos y que no me daría tiempo a estropear la comida. Así que me levanté y removí el contenido de la sartén un par de veces hasta que Sergio apareció detrás de mí y me quitó la cuchara de madera.

—Objetivo cumplido —afirmé satisfecha sacando los platos y los cubiertos de un aparador cerrado con llave.

—Livia, si la hubieras quemado cuando todavía no he encendido ni el gas, me habría preocupado, en serio —replicó sonriendo.

—Pero ¿no es eléctrico?

—No, cariño, no.

—Vale, ¿puedo preparar café?

—Eso sí te dejo, aunque con supervisión directa.

—Claro, como si no supiera utilizar la Nespresso.

—Italiana es, aunque de las convencionales —explicó entregándomela.

La cogí y la abrí, desmontando las piezas.

—¿Y dónde pongo la cápsula?

—Déjame a mí, anda, tú prepara la mesa.

—Ya lo he hecho, creo que mejor voy a salir a tomar un poco el aire.

—Me has vuelto a engañar, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Qué va! —exclamé saliendo al exterior para tumbarme en el solárium, mientras disfrutaba de una cerveza bien fría acompañada de un cuenco de frutos secos—. Si no me hubieras engañado tú a mí dejándome el fuego sin encender porque no te fías de mí... —murmuré dando un refrescante trago a la cerveza, deleitándome con la ligera brisa que alborotó mi cabello.

Después de comer, ambos nos recostamos en la cama exterior y él, a los pocos minutos, ya se había quedado dormido. Me volví de lado y lo observé concentrada en su acompasada respiración. Estaba tendido boca arriba, con un brazo cruzado sobre los ojos y el otro extendido a lo largo de su cuerpo. No llevaba puesto nada más que un bañador. Todo en él me reclamaba como un

imán, y acabé recorriendo la piel de su antebrazo con un dedo. Se removió sin despertarse. Me acerqué un poco más y deposité un suave beso en sus labios, sonriendo al ver la mueca que hizo dormido, como si le agradara el sueño que estaba teniendo, así que, incorporándome con cautela, me situé sobre él con las piernas abiertas y sin apoyarme. Me incliné para delinear con la lengua la ligera depresión alrededor de sus pezones. Noté que se estremecía y oculté una risa triunfante. Decidí continuar mi exploración bajando, humedeciéndole el esternón hasta el borde del bañador, que desaté despacio, conteniendo la respiración. Su miembro se irguió mostrándose ante mí, desafiante. Observé un momento su rostro, en apariencia tranquilo, sin despertar. Con mi mano lo recorrí de la punta a la base, excitándome con la visión de su grosor y tersura. Gemí de forma entrecortada, y con urgencia rompí el envoltorio de un preservativo y se lo puse. Él se removió, pero no llegó a abrir los ojos. Aparté la braga de mi biquini y lo guie a mi interior. Jadeé al sentir el tamaño y acabé apoyándome en su pecho, lo que terminó de espabilarlo.

—¿Me necesitas para algo o es mejor que ni participe? —preguntó enfocándose con una mirada turbia.

Cada fibra de mi cuerpo clamaba por el contacto con el suyo de una forma visceral. No quería hablar, sólo sentir.

—No te muevas. Eso es lo que necesito.

Sin que le diera tiempo a replicar, me arqueé jadeando y él gruñó, acabando por sujetarme la cintura con tanta fuerza que creí que dejaría marcados sus dedos.

—¡Joder! ¿Qué ha sido esto? —masculló echando la cabeza hacia atrás.

Me tumbé sobre él y enterré el rostro en su cuello, aspirando su olor a sal y a mar, ligeramente almizclado.

—¿Me acabas de follar dormido? —inquirió como si no se lo creyera.

—Me temo que sí, estaba un poco aburrída —le confesé cuando localicé sus ojos.

Él los entornó de forma maquiavélica y, con un movimiento brusco, giró

conmigo hasta tenerme debajo de él.

—Pienso tomarme la revancha —amenazó.

—Ya estás tardando —le contesté.

Y me besó, todavía riéndose.

Bastante rato después, volvió a quedarse dormido, abrazándome por la espalda. No sentía calor, sino la calidez del contacto humano y una placidez difícil de asimilar. Entorné los ojos y pensé en la conversación mantenida por la mañana. Ese «te quiero» lanzado a quemarropa y sin escudos. ¿Estaba siendo sincero o se dejaba llevar por la situación? ¿Cuánto tiempo hacía que nos conocíamos? Apenas dos semanas, pero dos semanas muy intensas, compartiendo el día y la noche. ¿Podía yo enamorarme en tan poco tiempo, o era una atracción sin fisuras y decididamente brutal lo que sentía por él? Seguí con un dedo la línea de un tendón en su brazo y él suspiró abriendo la mano como si buscara otra que le hiciera compañía. Entrelacé mis dedos con los suyos y las palabras brotaron con vida propia desde el fondo de mi alma, allí donde nunca pensé que volvería a sentir una emoción así.

—Te quiero —susurré.

—Yo también, Sandra —contestó él en un balbuceo semiinconsciente, apretándome la mano.

Me quedé blanca y sin sangre en las venas. Si me hubieran apuñalado en ese momento no habría notado absolutamente nada. ¿Quién era Sandra? La mujer de la foto, sin duda, me respondí a mí misma con amargura. Me mordí un labio dubitativa y quise golpearlo fuerte para despertarlo y pedirle explicaciones, pero no me pareció una venganza apropiada. Así pues, me aparté con cuidado y me senté. Frotándome la frente con las manos, acabé haciéndome una coleta alta para quitarme el pelo, que caía como una cortina sobre mi rostro. No me había equivocado, después de todo. Me sentí idiota por haber confiado y haber sido vencida una vez más. Levantándome, di un paseo por la cubierta, sintiendo el frescor de la tarde en mis brazos desnudos. Podía ver a lo lejos el color del cielo violeta oscuro como mi ánimo. Un rayo

tintineó un segundo sobre el mar y pensé que quizá nuestra relación era así, tan imprevisible como el tiempo del norte, imposible de afianzar o de sujetar.

—¿En qué piensas? —inquirió acercándose tan silenciosamente que no lo oí. Puso sobre mis hombros una sudadera deportiva suya y me frotó los brazos con ahínco.

—Creo que se acerca una tormenta —musité ocultando mis verdaderos desvelos.

—No creo que nos alcance, pero este barco está preparado, no te preocupes.

—No estoy preocupada.

«Por eso no, al menos.» Aunque no lo expresé en voz alta.

—Voy a continuar estudiando —añadí girándome sin querer ver su rostro, sin fuerzas para que viera la desilusión en el mío.

—Yo estaré dentro, tengo que arreglar unas cosas.

Unos minutos más tarde había logrado concentrarme, descubriendo que no era él el que me desconcentraba, sino yo misma. Y, aparcando el pensamiento del funesto «yo también, Sandra», me enfrasqué en un nuevo tema.

Anocheceía cuando me llamó para que entrara a cenar. El viento se había vuelto más pesado, eléctrico, revoltoso. Miré al cielo notando que el barco se mantenía estable pero no precisamente inmóvil como horas antes. Aparté la preocupación y, desperezándome, me asomé a la cocina.

—¡Qué bien huele! —exclamé hambrienta, decidiendo en ese momento con obstinación que la dichosa Sandra no iba a arruinarme la cena.

—Ensalada de mar y tierra y lubina asada. ¿Te gusta? —Estaba exultante. Ajeno a cualquier recelo por mi parte, aunque no sabía que la tormenta que se cernía sobre nuestras cabezas puede que fuera nimia con la que vibraba y hostigaba en mi interior.

—Tanto que ahora mismo me casaría contigo —reliqué con la vista fija en la mesa, exponiendo una falsa sonrisa, pese a que agradecí su esfuerzo en la

decoración.

—Estás bromeando, ¿verdad? —inquirió mirándome fijamente.

—Claro, aunque si apruebo las oposiciones puedo hacerte un contrato fijo de asistentita. —Tenía que llevar la conversación a un tema neutral o no sobreviviría ni al primer plato sin estallar.

—A su servicio, señora —dijo indicándome que me sentara.

Él se sentó frente a mí y me sirvió una generosa ración de ensalada.

—Es demasiado, tampoco tengo tanta hambre. ¿Has preparado postre?

—Sí —rio—. También hay postre.

—Oh, entonces dejaré lo verde y empezaré con el pescado.

—Como tú quieras —comentó levantando la tapa de la fuente de las lubinas y sirviéndome una sin dejar de observarme.

—¿Ocurre algo? —pregunté mirándolo extrañada.

—Sólo dime qué te parece.

—Un pez, eso es lo que me parece —comenté—. Y huele de maravilla —añadí cogiendo los cubiertos para abrirla. Me detuve y los dejé caer. Suspiré. Armándome de valor, levanté la vista—. ¿Quién te lo ha dicho? —pregunté con seriedad, olvidándoseme en ese preciso instante el asunto principal.

—Se lo oí a Asier, dijo que tenía preparado algo grande para este día.

—Ya —musité, y con dos dedos saqué lo que escondía la lubina.

Tuve que hacer un gran esfuerzo por no llorar, aunque los ojos me brillaron un segundo a la luz titilante de las velas.

—Es un capitán granadero del ejército de Napoleón. Le falta una pierna —afirmé apretando con fuerza el pequeño soldadito de plomo en mi mano.

—¿También sabes eso? —inquirió asombrado.

—Sí, la historia militar es algo que me fascina —expliqué todavía recelando.

—Felicidades, Livia.

—Gracias, pero no tenías que...

—Sí tenía que... Lo tenía que hacer todo para demostrarte que yo sí te

quiero o, al menos, también yo te quiero.

Me atraganté con mi propia saliva al oír esas palabras, que, como escribió Harold Shelby, «cayeron como la lluvia, fresca y punzante, aliviando la sed, hiriendo la piel».

—¿Cómo supiste lo del soldadito?

—Porque me fijé en la foto de la pantalla de tu teléfono. Era tu habitación y en la esquina superior había una estantería. Me pareció impropio que con tu edad tuvieras un cuento infantil de Andersen, pero adiviné que debía de ser muy especial para ti.

—Lo es, ¿sabes por qué? Porque me recuerda que los finales felices no existen, que no hay un amor infinito, que eso sólo existe en las películas y en las novelas románticas —repliqué soportando un sollozo a duras penas.

—Lo siento, yo únicamente quería...

—Sergio —dije cogiéndole la mano—. Nadie me ha regalado nada tan hermoso nunca. El sólo hecho de molestarte en averiguar que ese cuento siempre ha sido uno de mis preferidos es impresionante.

—Bueno, en este caso la intención es lo que cuenta. No quería hacerte daño.

—No me lo has hecho, al contrario.

«Con esto, no. Con lo otro..., sin dudarlo, sí.»

—Además, quería regalarte algo mío.

Lo miré intrigada.

—Mi padre es un gran aficionado a coleccionar antigüedades, siempre nos traía de sus viajes juguetes antiguos que montábamos y desmontábamos, además de numerosas maquetas. A mi hermano y a mí, unas Navidades, nos regaló dos ejércitos completos de Napoleón. El suyo estaba perfecto, el mío tenía este soldado maltrecho. No conseguí que me lo cambiara y durante mucho tiempo lo odié, hasta que me di cuenta, cuando mi madre me contó el cuento de *El soldadito de plomo*, que tenía mucho más valor que cualquier otro. Lo he llevado siempre conmigo, ha sido como una especie de amuleto.

De que, aunque yo no fuera tan perfecto como mi hermano, sí tenía mucho que ofrecer. Incluso un corazón.

—El corazón que te rompieron.

—Livia, ¿por qué no te conocí hace ocho años? —pronunció con una voz teñida de tristeza.

Lo miré con igual tristeza y sonreí a duras penas.

—Porque, aunque me hubieras conocido, no te habría dirigido ni una sola mirada. Sólo tenía ojos para Asier.

—¿Llego tarde, entonces?

—No, es posible que hayas llegado justo a tiempo.

«Justo a tiempo de darme cuenta de que me han engañado de nuevo.»

—¿Ésta era otra de las sorpresas? —continué, carraspeando.

—Todavía queda una.

—Oh, vaya, ¿tengo que asustarme?

—No, creo que con ésa conseguiré que me ames de forma incondicional.

—Creo que ya te quiero —musité, siendo traicionada por mi propia voz. Empalidecí, aunque él pareció no percatarse.

—«¿Creo?»

—Quiero decir que...

—Sí, ya lo entiendo.

—Vaya, he conseguido arruinar el segundo momento más especial de nuestra relación, ¿verdad? —comenté haciendo una mueca.

—En definitiva, eres jodidamente genial con el manejo de las situaciones románticas.

—Pero, aun así, ¿me adoras? —Enarqué ambas cejas forzándolo a confesarse.

—Tanto como para entregarte mi alma en un sacrificio —afirmó levantándose para darme un beso.

Me aparté y lo miré intrigada. ¿Estaba fingiendo? No podía ser tan buen actor. ¿O sí? Resoplé, ya no sabía qué pensar.

—¿Te ocurre algo, Livia? Estás distraída.

—No, nada. ¿Cenamos?

—Claro.

Tuve que reconocer que para quedar finalista en un par de concursos culinarios valía. La lubina estaba deliciosa, al punto justo de sal, y se deshacía en la boca. Pese a ello, yo seguía cavilando lo sucedido por la tarde.

—¿Puedo llamar a Marta? —pedí, sintiendo que debía comentárselo a mi mejor amiga; quizá ella, viendo la situación desde el exterior, me aconsejaría que aplacara mis sospechas.

—¿Por?

—Debe de estar preocupada por mí, habrá llamado un montón de veces. Es mi cumpleaños.

—Ya sabe dónde estás.

—¿Y cómo puede saberlo? —inquirí lamentando que la jugada me hubiera salido mal.

—La llamé para preguntarle qué podía hacer para tu cumpleaños que fuera especial.

—Un momento. Mi teléfono tiene identificador de huella dactilar y doble seguridad de pin.

—No me costó ni cinco minutos desbloquearlo.

—¿Eres informático?

—No. Ni tampoco soy ingeniero, por si te lo estás preguntando después de decirte que me gusta la mecánica.

—Vaya, pues tendré que buscar en el catálogo del INE nuevas profesiones.

Sonrió, pero empezó a sospechar que había algo más. Lo noté porque su sonrisa no llegó a esos ojos que lo decían todo con una mirada.

—¿Y qué te dijo ella cuando la llamaste? —le pregunté.

—Que ahora mismo eras una olla a presión y que tenía dos opciones: o bien enviarte a la luna sin más contacto humano que conmigo, o bien matarte a polvos.

—Muy propio de Marta.

—Elegí ambas, como puedes ver. No podía mandarte a la luna, pero sí a tu mar. Y, por supuesto, lo de esta tarde sólo ha sido el previo a la final de la noche.

—¿Ésa es la otra sorpresa?

—No. ¿Has terminado?

—Sí.

—Bien, apaga las velas y cierra los ojos.

—¿Qué te propones?

—Algo que te va a emocionar mucho más que cualquier cosa que mi cuerpo pueda hacerte.

Lo miré frunciendo el ceño, aunque él se mantuvo firme mientras despejaba la mesa. Al terminar, apagué las velas y la cocina quedó en penumbra, aun así, cerré los ojos. Cuando me indicó que los abriera tenía frente a mí una tarta de chocolate de dos pisos con una bailarina de ballet en la cumbre rodeada por veintinueve velas.

Lancé una sincera carcajada y soplé, dejando que él inmortalizara el momento con la cámara de su teléfono. Cogí la bailarina y le sonreí.

—Ahora tienes a los dos, a la bailarina y al soldadito. Eres dueña de sus destinos —afirmó.

—Una metáfora preciosa para decirme que no siempre los finales son infelices.

—Exacto, ¿quieres probarla?

—¿La has hecho tú?

—No, la ha hecho una persona muy especial para ti.

Partí un trozo y me lo metí en la boca, sintiendo la explosión de sabores hasta que prorrumpí en un gemido elocuente para acabar poniendo los ojos en blanco.

—¡Has conseguido que Tina abra el obrador!

—Sí, Marta me contó que si había algo que echabas de menos de Suances

eran las tartas de chocolate con las que regresabas a Madrid cuando eras niña. Así que investigué un poco y encontré a Tina. Ya no trabaja y me costó un poco convencerla, pero accedió porque era para ti.

—Oh, Dios, Sergio, te aseguro que ahora la que se postraría ante ti ofreciéndote ser tu esclava sería yo —asumí sirviéndole un generoso pedazo de tarta, relamiéndome ante la montaña de chocolate a mi disposición.

—Eso no me lo dices dos veces...

—Deben de ser las endorfinas —comenté sin poder dejar de sonreír.

—Joder, Livia, si supieras en este momento todo lo que te quiero...

Me mantuve en silencio. Y la alarma en mi cerebro sonó de nuevo. Todavía no se me había olvidado su maldito «yo también, Sandra». Aunque tenía toda la noche por delante para aclararlo. Y eso precisamente hice. O, más bien, no tan precisamente.

Después de tomarnos una copa tras la cena y recoger, le dije que me diera cinco minutos para prepararme antes de entrar a la habitación. Me duché con rapidez y me esparcí crema por toda la piel, dejándola reluciente. Dejé una pequeña luz encastrada en el cabecero como toda iluminación, me tendí en la cama de matrimonio desnuda y lo llamé. Cuando entró, lanzó una obscenidad y se detuvo frente a mí, poniendo sus manos en jarras.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté abriendo mis piernas dobladas.

—¿Es una pregunta trampa? —inquirió arrancándose la camiseta de un golpe brusco para lanzarla a una esquina de la habitación—. Si digo que sí, ¿me acusarás de sexista y de que sólo te quiero por tu cuerpo? O, si digo que me gustas más vestida, ¿me tomarás por mentiroso o, peor aún, me gritarás por no apreciarte con la debida adoración?

—Contesta, no debatas —musité acariciándome, viendo cómo su vista se fijaba en el punto exacto.

—Me gusta, claro que me gusta. Lo que estás haciendo me vuelve loco —murmuró quitándose el bañador.

—Muy bien, pues esto es todo lo que verás de mí esta noche. Y, de tocarme, ni hablamos —afirmé tapándome con una ligera manta y apagando la luz—. Buenas noches.

—Pero ¿qué cojones...? —farfulló quedándose de piedra, como si le hubiera lanzado un cubo de agua con hielos.

Avanzó a tientas sobre la cama y me aprisionó.

—¿Qué he hecho? —exclamó desconcertado mientras intentaba enfocarme con la sola luz de la luna traspasando las claraboyas del techo.

—Más bien, dicho —rebatí desafiándolo.

—Joder, ¿quieres explicarte?

—¿Quién es Sandra?

Pronunciarlo fue como si lo golpeará un puño invisible; en instantes se dejó caer, separándose, y su rostro empalideció.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Me lo has dicho tú. Esta misma tarde, cuando yo, imbuida por ese cruel y extraño sentimiento que llamamos amor, empezando ya a romper todas mis defensas para convertirme en una visionaria perpetua de purpurina rosa, te he dicho que te quería. Sin el «creo» o el «supongo». Un «te quiero» en toda regla.

—¿Cuándo ha sido eso?

—La última vez que te has quedado dormido.

—No lo he oído —murmuró poniéndose boca arriba y aprisionándose las sienes como si empezara a tener un terrible dolor de cabeza.

—Oh, lo has oído a la perfección. Tanta que me has contestado: «yo también, Sandra». Con un suspirito de lo más reconfortante, debería añadir.

—No puede ser posible —replicó.

—Sí, lo es. Y, verás, es un poco molesto que estés todo el día preocupado por si yo quiero a Asier cuando tú dices querer a Sandra. ¿No te lo parece? Y mucho más confuso cuando me declaras tu amor y resulta que no debo ser yo la

destinataria de él. Al final me estás dando la razón y, te juro, Sergio, que en este preciso momento odio tenerla.

—No la quiero —determinó cruzando un brazo sobre su frente, aunque sin mirarme ni una sola vez—. Es complicado.

—Claro, complicadísimo.

—Si yo te cuento quién es Sandra, ¿me dirás qué sucede con tu padre? —inquirió volviendo la cabeza hacia mí.

—Mi padre está muerto para mí. ¿Te sirve eso? ¡Y no pienso volver a mencionarlo, porque no tiene nada que ver con esto! —estallé con furia.

—Pues lo mismo que yo con Sandra.

—¡Y una mierda! Aunque tú pienses que no la quieres, en tu fuero interno, sí la amas.

—No, Livia, no la amo. No después de lo que hizo.

—Se pueden hacer muchas cosas para granjearte el odio de la gente, pero destruir un amor no está en manos de la otra persona. Está en manos de uno mismo.

—No la quiero, la detesto. ¿Vale?

—Cuéntamelo y te creeré.

—No quiero hablar de ello, no quiero recordarlo, no me lo pidas, por favor —siseó apretando la mandíbula.

—Pues muy bien, ya está todo dicho —declaré girándome, golpeando la almohada con tanto ímpetu que tembló toda la cama.

Esperaba que él reaccionara, que se volviera y me abrazara, que confiara en mí. Aunque no lo hizo. ¿Eso qué demostraba? ¿Me podía amar cuando no me contaba su más oscuro secreto? La nuestra era una relación que, sin empezar, ya empezaba a naufragar.

Sintiéndome profundamente triste, algo que venía siendo habitual en mis últimos seis cumpleaños, y por ello la razón por la que había dejado de celebrarlos y los ocultaba, cerré los ojos con fuerza forzándome a olvidar, al menos una noche, que mi vida volvía a ir a la deriva.

Desperté alertada por el ruido. Miré hacia arriba y, como si el cielo estuviera de acuerdo con mi enfado, vi repicando la lluvia en los cristales con sintonía casi melódica. Me arrebujé más en la manta y resoplé. La tormenta ya se había unido a la fiesta. Al instante siguiente, el barco escoró y rodé hasta caer por el otro lado de la cama. Me levanté maldiciendo y haciendo equilibrios para no caerme de nuevo.

—Desde luego, parece que me están poniendo velas negras —musité buscando mi ropa para vestirme.

De repente oí un sonido sibilante que se acercó con rapidez, detonando en forma de látigo metálico sobre la cubierta. El velero se estremeció, como si se quejara de la herida, y viró de forma brusca, con lo que perdí estabilidad y me di un buen golpe contra el mobiliario de madera. Sin ni siquiera calzarme, salí al exterior, donde quedé empapada en cuestión de segundos. Me froté la cara apartándome el pelo y logré localizar a Sergio agachado en la proa, manipulando algún aparejo. Llegué hasta él a duras penas y me incliné gritando para que pudiera oírme.

—¡Ya te ayudo, ¿qué necesitas que haga?!

—¡Vuelve dentro, es peligroso! —respondió sin mirarme.

—¡No seas testarudo! Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Está bien —cedió a regañadientes—. Intenta recoger el cabo en babor y hazlo con mucho cuidado porque es escurridizo como una culebra.

—Voy —afirmé caminando en contra del viento, intentando aferrarme a todo lo que pude y sin dejar de resbalar una y otra vez—. ¡Lo tengo! —lo avisé cuando logré afianzar el cabo de acero con ambas manos.

—¡Quieta, voy para allí! —me contestó.

Moví un hombro ligeramente hacia atrás, notándolo demasiado tenso y rezando para que Sergio llegara antes de que se me escapara el cabo o mis cervicales decidieran contracturarse de nuevo. Me volví un instante porque lo oí mascullar mi nombre, aunque la lluvia golpeándome el rostro sin piedad me impidió la visión. Y después algo estalló con tal fuerza a mi espalda que solté

el cabo y proferí un gruñido animal. Resbalé a un lado y caí a plomo por la borda, chocando con el casco.

Al llegar al agua sentí que me acribillaban miles de agujas de hielo y todo se fundió en negro.

Capítulo 11

*Lay a whisper on my pillow, leave the winter on the ground**

Me deslicé hacia el fondo flotando, acunada por el oleaje. Despacio, y acercándome sin pausa ante la belleza que tenía frente a mí. Los pensamientos racionales habían desaparecido, dejando paso a una inconfundible paz. Ya no existían la traición, la desconfianza, el miedo, sólo había una inmensa armonía con mi yo interior. Tan desbordante que creí morir al sentirme afortunada por tal regalo. Toqué el fondo, donde reposé tendida y sin moverme. Tan dichosa por haber llegado a mi destino que no pedí nada más. Sin embargo, el agua me hacía cosquillas y con una sonrisa me levanté para explorar mi reino marino. Caminé ingrávida, sin apenas alcanzar la arena con los dedos, riendo, viendo los remolinos que creaba mi propio movimiento. Me carcajeé y me asombré como si fuera una niña que descubre por primera vez las pompas de aire intentando tocarlas y apresarlas con mis dedos. La ausencia de sonido alguno me tranquilizó, estaba en la tumba del mar, donde no podía sucederme nada malo. Miré hacia la superficie, allí se habían quedado la vileza, la crueldad y la falsedad. De repente sentí el impulso de girar sobre mí misma, bailando, y un pequeño huracán se levantó a mi alrededor, comprobando que estaba formado por los folios de mis apuntes. Reí de nuevo, eso también había desaparecido. Era libre y adoraba sentirme así.

Suspiré deleitándome en mi nueva libertad y me senté a esperar, jugando con las conchas y las piedras del fondo, haciéndoles guiños a los peces, ahuyentándolos con mis dedos inquisitivos. Un recuerdo imprevisto atravesó mi mente.

—¡Rebeca! —grité asustándome, algo desconcertada, como si mi cerebro me advirtiera de que yo no tenía que estar allí.

¡Pero así era! ¡Me lo había ganado!

Otra vez el recuerdo incordiándome. Rebeca y yo sentadas en la parte trasera del automóvil de mi padre, tan nerviosas que no podíamos estarnos quietas. Mi madre se asomó amonestándonos con una mirada reprobatoria. Y empecé a sentir miedo, aunque recobré la imagen para alejarme del temor.

—¿Preparadas, chicas? —exclamó mi padre.

—¡¡¡Sí!!! —gritamos las dos a la vez, consiguiendo que mi madre se tapara los oídos.

—¿Qué canción creéis que emitirá la radio?

—¡Ponla ya! —pidió Rebeca, metiéndose un mechón de pelo negro detrás de la oreja e inclinándose todo lo que le permitía el cinturón de seguridad.

—No seas impaciente —le recriminé yo con una risita de excitación y anticipo.

—Pero si tú eres más impaciente que yo —se quejó cruzándose de brazos y haciendo un mohín.

—Qué dices, no...

—¡Nenas! Allá va... —anunció mi padre, y giró el dial de la radio.

La música inundó el habitáculo del coche y Rebeca y yo estallamos en risas.

Sin embargo, tan rápido como había aparecido, ese recuerdo desapareció y, confusa, tanteé a mi lado buscando el asiento del coche y a Rebeca, sin encontrarla. Me di cuenta de que estaba de rodillas y ya no sólo había perdido a Rebeca, sino algo mucho más importante. Algo que, después de remover la arena aposentada en el fondo, no lograba descubrir. Y sentí una angustia que desgarró todas mis cicatrices, abriéndolas en canal, comenzando a sangrar sin poder detener la hemorragia. «Me estoy muriendo», pensé sin llegar a analizarlo, sin saber si eso me agradaba o me molestaba.

—Livia, Livia, ¡Livia!

—¿Qué? —balbucí abriendo los ojos.

—¿Sabes dónde estás?

—En un barco.

—Bien. ¿Te duele algo?

—Todo.

—Mírame, cariño —suplicó Sergio con voz tan dulce que me esforcé por localizarlo entre la bruma.

Le sonreí y, después, gemí.

—¿Tienes ganas de vomitar?

—Ahora que lo dices... —musité intentando girarme sin conseguirlo. Pero, después de un par de espasmos, las náuseas remitieron.

Noté un tirón en la nuca y abrí los ojos de forma desorbitada intentando sujetarme a él.

—¡Lo he perdido, Sergio! Lo he perdido —grazné con voz ronca.

—¿El qué, cariño? —preguntó él con serenidad.

—El soldadito que me regalaste. Se ha quedado en el fondo. Y también Rebeca, están allí los dos y nunca podré recuperarlos —gemí controlando a duras penas los sollozos.

Sergio se inclinó y me abrazó. Yo me sujeté con fuerza a la tela de su camiseta, temiendo caer otra vez en la oscuridad.

—Tranquila, Livia.

—No lo entiendes. Se ha ido. Rebeca se ha ido, la he perdido. Él me la quitó —aullé sin control, gimiendo contra su pecho empapado.

Me mantuve así varios minutos, sintiendo tanto dolor que me costaba hasta respirar. Odiando y ansiando enterrar aquellos recuerdos luctuosos, mientras Sergio intentaba calmarme acariciándome la cabeza.

—Cariño, estás sangrando otra vez y tengo que pararte la hemorragia —exigió con ternura.

Me froté el ojo derecho, con la visión nublada, y me di cuenta que mi mano

estaba cubierta de sangre, así como parte de la camiseta de Sergio, quien, con rapidez, me puso un paño sobre la frente y rebuscó en el botiquín.

—¿Qué me ha pasado? —inquirí desorientada—. ¿Dónde estoy?

—Estamos en el barco.

—Sí, es verdad. ¿Estoy desnuda?

—He tenido que cortarte la ropa para que no te congelaras y comprobar qué heridas tenías.

—Ah, ya. Algo me golpeó. Me duele la espalda —grazné.

—El cabo que sujeta la botavara se rompió y ésta, al girar, te empujó. Has caído al agua y, además, creo que has chocado contra el casco. ¿Lo recuerdas?

—Eh, sí, creo... Ahora mismo no sabría decirte... ¿He perdido el soldadito que me has regalado?

—No, cielo, está aquí, en la mesilla.

—Oh, yo creí..., no sé... Me duele la cabeza también.

—Lo sé, también tienes una brecha sobre la ceja. No tengo aquí lo necesario para cosértela, pero puedo intentar sellártela con tiritas de aproximación. Aunque primero tendré que desinfectar y eso puede dolerte.

—Resisto bien el dolor —murmuré adormecida—. ¿He llorado, Sergio?

—Sí.

—No quería llorar.

Me miró un instante a los ojos con incommensurable cariño y me dijo:

—Para volver a sonreír, primero hay que llorar todas las lágrimas que llevamos dentro.

Ambos nos quedamos en silencio unos instantes, hasta que esa frase penetró nuestra piel y llegó a nuestros corazones. Sergio suspiró y comenzó a curarme la herida.

—¡Auch! —protesté.

—Venga, no es nada, tú puedes con esto y con mucho más —me animó.

Al tercer manotazo, sujetó mi muñeca y me miró con seriedad.

—Eres peor enferma que enfermera —esgrimió, consiguiendo que yo

frunciera los labios y me estuviera quieta.

Terminó y me besó ligeramente la frente, para después examinarme a conciencia, enfocándose con una pequeña linterna médica los ojos.

—¿Qué haces?

—Mirar si puedes tener una conmoción cerebral, comprobando si tus pupilas tienen el tamaño que deben tener.

—Ah, ya.

—También tienes una contusión a la altura de los riñones. Habrá que vigilar si orinas sangre.

—Me duele, pero no es nada. He sufrido golpes peores surfеando. —
Suspiré con cansancio.

—De todas formas, quiero asegurarme, así que te acompañaré al baño y...

—Ahora no. Lo que sí tengo es frío.

Resopló y supe que tuvo que hacer un inmenso esfuerzo por no cogerme en brazos y llevarme él mismo, aunque conseguí que me arropara y pusiera con delicadeza mi cabeza sobre la almohada.

—¿Tienes sueño?

—Sí.

Chasqueó la lengua.

—¿Qué sucede?

—Que no sé si es bueno o malo. Que ahora mismo no quiero dejarte sola, pero sí quiero acercarme a la costa para llevarte a urgencias. Que casi me muero cuando he visto que caías. Que creo que he muerto al no encontrarte allí abajo. Que cuando te he encontrado y he visto que estabas inconsciente, sí que he muerto. Que cuando has abierto los ojos y me has reconocido, he resucitado. Que como vuelvas a hacerme algo así, te juro que yo mismo te mataré. Por favor, Livia, no vuelvas a hacerlo, porque si llegas a morir, habría muerto contigo. ¿Lo entiendes?

Asentí y cerré los ojos, deslizándome a un sueño oscuro, vacío, a la nada más absoluta. Olvidando por fin.

Desperté con dolor y entumecida. Traté de girarme y emití un ronco quejido.

—¿Livia?

—Sí, soy yo. Sigo recordando mi nombre —repliqué con voz áspera.

Sergio respiró revelando su cansancio y lo vi frotarse la frente y los ojos. Todavía estaba sentado a mi lado.

—¿Cuánto he dormido? —pregunté.

—Está a punto de amanecer.

—¿La tormenta ha pasado? —inquirí creyendo oír el repiqueteo de gotas sobre los cristales.

—Lo peor, sí.

—¿A cuánta distancia estamos de la costa?

—Unos tres kilómetros, cerca de Isla.

—No sé si estoy en condiciones de nadar toda esa distancia ahora mismo.

Sonrió con tristeza.

—Tenemos un bote salvavidas, pero no creo que tengamos que utilizarlo. El barco está estable.

—¿Sabes? —Lo miré fijándome en su gesto preocupado—. Quería quedarme allí abajo. Había paz. No fechas límite ni presiones. Me sentía feliz.

—A veces es normal que tu mente, ante una situación así, se evada —me explicó.

—Y ahora tengo tan interiorizada esa sensación de paz que me resulta extraño. Es como si tuviese que acostumbrarme a otro sentimiento desconocido —musité, todavía bastante turbada.

—¿Con Rebeca? ¿Querías estar con ella?

—¿Rebeca? ¿Te he hablado de ella?

—Sí, me has dicho que la perdiste. Para ti debió de suponer mucho dolor, y tu mente ha buscado hasta encontrarla para unirse a ella.

—No debería haberte hablado de ella —mascullé.

—Creo que va siendo hora de que pongamos las cartas sobre la mesa.

Lo miré inquisitiva.

—¿Te encuentras bien? —preguntó primero.

—Si me traes café y un analgésico, mucho mejor.

—Eso está hecho. Espera un momento. ¡Y no te me mueras más, por favor!

—Lo intentaré. —Sonreí viéndolo salir apresurado hacia la cocina.

Regresó al cabo de un par de minutos, con café y unas galletas.

—¿Sólo unas galletas?

—No quiero que vomites. Tragaste mucha agua —explicó.

—Vale, de acuerdo. ¿Qué cartas son éstas? —pregunté incorporándome hasta quedarme sentada, tapándome con la manta.

Él se situó a mi lado, sentado con un café en la mano, y sacó del bolsillo de su pantalón el teléfono móvil. Lo manipuló y me enseñó la pantalla.

—Quiero que veas esta fotografía.

Lo cogí y me la acerqué, ladeando un poco la cabeza. Era una foto de él con su hermano, los dos pasándose los brazos por los hombros y sonriendo ampliamente. Nunca lo había visto sonreír de ese modo tan franco, tan inocente, incluso, como si nada amenazara su vida en ese momento.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Iván. ¿Podrías decirme quién soy yo?

Me fijé con atención. Los dos tenían el mismo corte de pelo, la misma forma marcada de la mandíbula, ese hoyuelo en la barbilla que me volvía loca, esa boca de labios carnosos que incitaban al pecado y esos ojos marrones claros. Hasta la misma altura y complexión.

—El de la derecha —dije sin dudar.

—¿Cómo lo sabes? Casi nadie nos diferencia —comentó extrañado.

—Porque tú miras diferente.

—No lo entiendo.

—Yo sí, no sé explicarlo de otra forma. Tu mirada es más directa, sin ambages. Eres tú, el otro es una copia tuya.

—Eso sí que no le gustaría nada oírlo a Iván.

—No tengo problema en decírselo si lo conozco algún día. Es verdad, es como si tú tuvieras el cien por cien de todo y él se hubiera quedado ligeramente atrasado.

—Si te oye decir eso, te odiará.

—Bueno, procuraré callarme. ¿Por qué quieres que vea a tu hermano?

—Por esto—indicó quitándome el teléfono para buscar otra fotografía y mostrármela.

Era la imagen que llevaba como fondo de pantalla antes de cambiarla por una mía. La observé un segundo y resoplé, fruncí los labios y lo miré con compasión.

—Es tu hermano, no tú.

—Sí, y ella es Sandra, mi pareja durante ocho años.

—¿Cuándo lo descubriste?

—Hace un año. Llevaban ocho años acostándose a mis espaldas. De hecho, él se acostó con ella antes de que yo la conociera. Algo que no supe hasta que todo se destapó, claro.

—¿Qué hiciste?

—Largarme, necesitaba poner tierra de por medio, alejarme de mi vida y empezar otra nueva.

—En Ámsterdam.

—Sí, aunque primero estuve vagabundeando por varias ciudades.

—¿Nunca te enfrentaste a ellos?

—No —replicó.

—¿Por qué?

—Porque igual lo habría matado.

—No te dolió tanto la traición de Sandra como la de tu hermano.

—Exacto. Juntas fueron... —Se quedó callado y se frotó la frente.

Lo noté tan inmensamente triste que me deslicé hasta quedar tumbada y, dejando la taza de café en la mesilla, tiré de él para que se recostara sobre mi pecho. Le acaricié el pelo, intentando desenredárselo sin conseguirlo, pero sí

consiguiendo que se calmara, que su cuerpo dejara de estar tenso como un alambre.

—Lo siento mucho, Sergio. Sé perfectamente cómo te sentiste y entiendo lo que hiciste.

—Creo que te merecías saberlo. No la quiero, Livia. No sé por qué dije aquello ayer, pero no la quiero.

—No se puede pasar de querer a no querer de un día para otro.

—Pero no ha pasado un día. Ha pasado un año y, en ese año, cuando ya no esperaba nada de la vida, apareciste tú, desbaratándolo todo.

—Huy, ya sabes que eso se me da muy bien.

—Joder, eres tan distinta de Sandra, tan vital, tan desconcertante, tan imprevisible y...

—Mejor no sigas, me estás hundiendo en la miseria —dije sonriendo.

—No lo pretendía —murmuró elevando la vista hasta que nuestros ojos chocaron—, quería decirte que tú eres mucho más que ella, en todos los sentidos.

—No lo creas, tendemos a idealizar a una persona antes de llegar a conocerla a fondo.

—No te equivoques, Livia, te conozco. Y si lo que he visto en estas dos semanas es lo que tendremos el resto de nuestras vidas, firmaré con mi propia sangre por ello.

—Pese a mis descalabros emocionales y mis salidas de tono.

—Pese a que gracias a ti tengo una bonita cicatriz en la cabeza causada por una plancha.

—Pues no se hable más, debemos de ser almas gemelas. ¿No has visto la cicatriz que me va a quedar a mí en la frente?

Volvió a mirarme de forma angustiada y lo besé en los labios, empujándolo después para que se recostara de nuevo sobre mí. Me aclaré la voz y le acaricié el pelo.

—No te culpes, Sergio. Sé que lo estás haciendo, aunque no ha sido culpa

tuya.

—¿Me lo dices porque mi hermano y Sandra me engañaron o por tu accidente?

—Por las dos cosas. No es culpa tuya, al contrario. Tú me has salvado.

—Estuve a punto de enloquecer al no encontrarte —musitó.

—No me refería a rescatarme del mar. Me has salvado en muchos aspectos —afirmé con suavidad, y él se apretó más contra mí, como si yo fuera ya algo imprescindible en su vida.

—Te quiero, Livia, con toda mi alma —susurró.

—Te quiero, Sergio —repliqué, y él se incorporó para interrogarme con la mirada.

—¿Es una broma?

—Nunca bromeo cuando miento. ¿Era algo así? —inquirí con una sonrisa.

—No quería contártelo porque odio que me veas como alguien débil, engañado por su propio hermano. Si lo has dicho por lástima, prefiero que lo retires —exigió con dureza.

—Te quiero, Sergio. Te quiero porque ya sé que tienes corazón y porque ese corazón es mío y no pienso compartirlo con nadie.

—¿Es muy pronto para hacerte el amor? —preguntó intentando bromear, aunque vi lo que lo afectaron mis palabras.

—De momento, confórmate con abrazarme.

—Suficiente, no necesito más —afirmó situándose a mi espalda para rodearme con los brazos.

En pocos segundos, el cansancio me venció de nuevo, aunque aún pude oírlo susurrándome al oído, antes de caer en un profundo sueño:

—Te quiero a ti, Livia, y sólo a ti.

Cuando me levanté unas horas más tarde, entumecida, Sergio ya no estaba conmigo, y noté que navegábamos. Me arrastré como pude a la ducha y dejé que el agua caliente calmara un poco el dolor de todo mi cuerpo. Un oscuro

hematoma se me había formado a la altura de la cadera y tenía la sensación de que me habían golpeado innumerables veces y en variados lugares. Un poco más despejada y vestida con un short vaquero y una blusa blanca sin mangas, salí a buscarlo. Estaba en la cabina, con la vista fija en el frente, y también se había duchado y cambiado de ropa. Llegué a pensar que su variedad de camisetas era infinita. Llevaba puesta una negra de KISS con un pantalón vaquero claro.

—¡Hola! —lo saludé.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó volviendo un instante la cabeza, sin dejar de mirar el panel de mandos.

—Bien, me duele todo, pero bien. ¿Volvemos a casa?

—Sí, tardaremos un par de horas. ¿Tienes hambre? He dejado preparada lasaña en el horno.

—¿Queda tarta de chocolate?

—Sí.

—Con eso me vale —contesté sonriéndole, y me acerqué a abrazarlo por la espalda. Él me apretó las manos contra su vientre plano—. Estoy bien, de verdad. Tranquilo.

—Sí, es fácil decirlo...

—El chocolate obra milagros en mí, ya lo verás.

—No lo dudo, pero, por favor, no te acerques a la borda sin que yo esté a tu lado.

—Prometido, capitán —dije cuadrándome, y lo dejé riendo para internarme en la pequeña cocina.

Allí me entretuve comiendo un pedazo de tarta y dejé mi mente divagar sobre lo sucedido en los dos últimos días. Sergio había sido valiente confesando lo que le había ocurrido con Sandra, y no me había presionado para que yo le contara a cambio algo de mi padre o la pérdida de Rebeca. Puede que todavía no lo amara por completo, pero ese acto hizo que aumentara mi necesidad de estar a su lado, de protegerlo y de sentirme protegida. No

obstante, la neblina de lo sucedido bajo el mar seguía preocupándome. ¿Qué me estaba diciendo mi mente? ¿Qué sentía realmente yo? ¿Qué quería para el futuro? Todas esas disquisiciones no se las pudo llevar el chocolate, ni tampoco la presencia a unos metros de Sergio, con lo que decidí evitarlo, sabiendo de mi confusión y mi bajo estado anímico, el resto del tiempo.

Observé las operaciones de atraque desde la cabina y admiré su habilidad, como en tantas otras cosas, aunque en silencio. Y, en silencio también, recogí y recorrí la pasarela hasta estar en el suelo de cemento del puerto de Santander, todavía con una sensación de falta de equilibrio bastante desconcertante.

—Tengo que ir a entregar unos papeles, toma las llaves del coche, puedes esperarme allí si quieres —comentó Sergio dándose cuenta de mi mutismo.

—De acuerdo —accedí cogiendo mi bolsa con los apuntes y el ordenador.

Los dejé en el maletero del Range Rover Evoque y me senté en el asiento del acompañante, mirando distraída por la ventanilla.

—¿Estás bien, Livia? ¿He hecho algo que te moleste? —preguntó cuando se sentó y arrancó el motor.

—Sí, estoy bien. No, no has hecho nada —respondí escuetamente.

—¿Necesitas hablar? —insistió—. Estoy aquí para lo que sea.

—No, gracias, me duele un poco la cabeza. Sólo quiero llegar al apartamento, tomarme un analgésico y acostarme.

—¿Nos acercamos al médico?

Lo miré por encima de las gafas de sol y sentí una ternura extraña al verlo tan vulnerable, tan preocupado.

—De ésta no me muero, te lo aseguro.

—¿Lo puedes firmar por escrito para que me lo crea?

Lancé una carcajada y le apreté el brazo.

—Casa, analgésico y cama. Mañana seré otra vez yo.

—Está bien —concedió a regañadientes, y yo sonreí queriéndolo, si eso era posible, un poco más.

Capítulo 12

*Where it was dark now there's light**

Por desgracia, mis planes se desbarataron nada más llegar al apartamento, sin tener apenas cinco minutos para descargar las bolsas y darme tiempo a sentarme, dado que tenía un comité de bienvenida esperándome con intenciones poco claras.

Acababa de servirme un vaso de agua fría y estaba poniéndomelo en la frente para mitigar levemente el dolor cuando llamaron a la puerta.

—Ya abro yo —le dije a Sergio, que salía en ese momento de la habitación.

Intenté componer un gesto de amabilidad ante la familia en pleno que tenía en el descansillo, tratando de reprimir la risa que me ocasionaron sus semblantes circunspectos.

—Pasad —invité.

—No es necesario, aunque tampoco queremos que se enteren todos los vecinos —replicó Rodolfo, colándose con una bandeja cubierta por un costoso y brillante papel rosa.

—Vamos, niñas —ordenó Violeta a las dos hijas mayores, mientras cargaba a la pequeña en brazos haciendo equilibrios por no dejar caer el ramo de rosas rojas que llevaba metido en una botella de leche cortada por la mitad.

—¿Qué me he perdido? —inquirí deslizando una mirada de incomprensión a Sergio, que permanecía en silencio detrás de mí.

—Pues tu cumpleaños —saltó Violeta—, que podrías habernos avisado de que te ibas fuera. Porque menudo día pasamos, todo el rato con el timbre a vueltas. A la niña me la despertaron veinte veces.

—Lo siento, no pensé que...

—En fin, que aquí tienes —terció Rodolfo entregándome la bandeja—. Son pasteles de chocolate de parte de la escuela de surf. Faltan algunos, pero es que las niñas en cuanto vieron lo que era..., ya sabes.

—Y tú, y tú... —añadió su mujer.

—Sólo los probé para testarlos, que vete tú a saber lo que le regalan a ésta, no fuera a ser...

—*Droja* en el Cola Cao —interrumpió Sergio soportando una carcajada.

—¡Exacto, vecino! —declamó Rodolfo con satisfacción.

Levanté el papel unos centímetros, viendo que apenas quedaban cuatro pasteles. Al cuarto le faltaba un considerable trozo.

—Gracias por recogerlos —dije.

—No hay de qué.

—¿Y ese unicornio? —pregunté viendo cómo sus dos hijas mayores lo sujetaban cada una por un extremo.

—Llegó por correo y, claro, las niñas en cuanto lo vieron...

—¿Nos lo regalas? —exclamaron a la vez poniendo un gesto de súplica infantil al que no pude resistirme.

—Claro, para vosotras —asentí con una sonrisa, y me volví a sus padres—. ¿No venía con una tarjeta?

—Ah, sí, la tarjeta —murmuró Rodolfo, sacándosela del bolsillo del polo Ralph Lauren y entregándomela.

—Está abierta —protesté.

—Tenía que asegurarme de que...

—Ya, ya... —musité sin ganas de más explicaciones mientras leía la tarjeta, que era de Marta:

Corazón, ahora que tienes a alguien que te caliente la cama, «Freddy» se va a sentir un poquito solo, así que te envío a «Manolo». Como puedes ver por los colores de un arcoíris de su cuerno, es «Manolillo» para los amigos. Espero que «Freddy» sepa apreciar mi gesto. «I love you!»

—Entenderás que a las niñas no les hemos dicho nada de lo que significan

los colores del cuernecito de marras —apostilló Violeta.

—Así que tú también la has leído. ¿Hay algo que hayáis respetado que sea mío? —prorrumpí con sarcasmo.

—Como que tú has respetado mis confianzas —masculló dirigiéndome una mirada letal.

—Lo siento —me disculpé—. Quizá me excedí en...

—¡Niñas, tapaos los oídos! —exigió Rodolfo.

—No iba a decir nada delante de ellas —me defendí.

—Por si acaso, que contigo nunca se sabe —rebatí él.

—Bien, ¿y las flores? ¿Son de Asier? —inquirí suspirando.

Sergio carraspeó y dejó de bromear con las pequeñas para prestar toda la atención.

—¿Livia? ¿Qué te ha pasado? —exclamó el susodicho como si yo misma lo hubiera invocado, cruzando el umbral de la puerta.

—Vino ayer, no sé ni cuántas veces, buscándote —aclaró Violeta, los ojos destellándole de excitación anticipada.

—Me he caído, es un golpe sin importancia —contesté.

Y, de repente, sin que ninguno de los allí presentes pudiera preverlo, se lanzó en pos de Sergio, empujándolo contra la pared. Lo sujetó por el cuello de su camiseta apretando los puños.

—¡Serás cabrón! ¡¿Qué cojones le has hecho?! —

—¡Niñas, los oídos! —aulló Rodolfo sin mover un dedo más que para atusarse el poco cabello que le quedaba en la cabeza.

Me acerqué a Sergio y a Asier, que, de momento, sólo se desafiaban con la mirada helada y turbia de furia.

—¿Queréis dejar de comportaros como niños? —siseé.

Sergio desvió un momento los ojos y vi una determinación implacable en ellos, que desapareció cuando los fijó de nuevo en Asier con una sonrisa sesgada de superioridad.

—Adelantarme a ti, gilipollas —dijo.

—¡Hala! —exclamó Violeta.

Antes de que me diera tiempo a intervenir, Sergio se zafó del agarre de Asier con un movimiento tan rápido que fue imperceptible a un ojo humano y le propinó un golpe en el rostro con su propia cabeza, dejándolo atontado. Lo remató con un puñetazo en el costado. Trastabillé, resbalando, para interponerme entre ambos, puesto que Asier se incorporó resoplando como un toro de lidia, deslizándosele un hilillo de sangre de la nariz.

—¡Basta! —grité poniéndome entre los dos—. Rodolfo, ayúdame —pedí, viendo cómo Sergio se preparaba para un segundo asalto.

—No —contestó con calma—, soy un hombre de paz —afirmó con las manos cruzadas a la espalda y balanceándose sobre las chanclas disfrutando claramente del espectáculo.

Me coloqué delante de Asier, como si fuera su escudo, sabiendo que Sergio no lo tocaría por el riesgo de hacerme daño a mí.

—Pero ¿qué coño os pasa? ¿Es que queréis hacer una competición de a ver quién la tiene más larga? —estallé, latiéndome la cabeza con una pulsión desorbitada.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Competición de qué? —interrumpió un tercero asomando la cabeza entre Violeta y Rodolfo.

—Hombre, Nando, toma las flores, así podrás dárselas en persona —le indicó Violeta aplastándoselas contra el pecho—. Te las he puesto en agua porque se estaban quedando un poco mustias —me aclaró a mí, que me había quedado estupefacta y sin saber cómo reaccionar.

—¿Nando? —preguntó Sergio, más centrado que yo—. ¿Tu ex? ¿Qué hace aquí?

—Igual viene a presentarse al concurso de a ver quién la tiene más larga —terció Violeta.

—¡Cállate! —siseé.

—Si sólo lo digo por ayudar..., tú eres la que tiene información de primera mano de los tres. ¿Nos vas a dejar sin saber quién ha ganado? —preguntó

dulcificando el tono hasta el punto de que tuve que contenerme para no partirle la cara.

—¿Cómo que tu ex? Livia, ¿puedes explicarme qué lío es éste? —demandó Nando ajustándose las gafas de pasta y situándose a un metro de mí.

—Eso, Livia, ¿puedes explicárnoslo también a los demás para que nos enteremos de una puta vez de qué está pasando? —Sergio me taladró con la mirada, buscando una respuesta que, en ese momento, no era capaz de darle.

—Yo... Nando —carraspeé aclarándome la garganta y sintiendo que me mareaba—. ¿Qué haces aquí? ¿No estabas en Noruega?

—Te dije que vendría para tu cumpleaños —contestó él parpadeando confuso.

—Y yo te dije que no vinieras —repliqué.

—Llevamos sin vernos casi cuatro meses, te echaba de menos.

—¿Por qué?

—Porque te quiero —murmuró examinando a Sergio y a Asier con cara de circunstancias.

—¿Cómo has dicho? —bramó Sergio, y Asier se atragantó riendo.

—Joder, Livia, somos tres idiotas —afirmó este último.

—¿Que me quieres? —inquirí con incredulidad—. ¿Y eso desde cuándo? Si lo dejamos antes de irte —musité llevándome la mano a la frente, cada vez más indispuesta.

—Si lo hubiéramos dejado, creo que me habría enterado. Sólo me dijiste que me vendría bien irme, para que, así, al estar separados, pudiéramos aclarar las ideas. Yo las tengo muy claras, por lo visto, tú no.

—¡Ay, qué emocionante! —exclamó Violeta, a la que únicamente le faltaba el cubo de palomitas en la mano.

—Soy Asier, por cierto —lo saludó dándole la mano, a lo que Nando respondió apretándosela con flojera—. Supongo que Livia te habrá hablado de mí.

—No caigo... —Ante el gesto de incompreensión de Asier, pareció recobrar

la memoria—. ¡Ah, sí! Tú eras su entrenador cuando surfeaba, ¿no?

—Fui algo más que su entrenador. Al menos, eso me gustaría creer — rebatió Asier frunciendo los labios.

—Y el rubio, ¿quién es? —quiso saber Nando.

—Mi compañero de piso —respondí con rapidez.

—Así que ahora vuelvo a ser el tío al que tu madre le alquiló la habitación —masculló Sergio.

Impotente, me sujeté al borde de la encimera con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blancos. Suspiré hondo y los miré a todos.

—¡¡¡Fuera de mi casa ahora mismo!!!

La hija pequeña de Violeta comenzó a llorar del susto y a mí me entraron ganas de llorar con ella.

—Lo siento —musité intentando acariciarla, pero su madre le giró la cabeza contra ella y empujó a su marido, quien, a regañadientes, abandonó el apartamento.

—Vendré mañana —avisó Nando ajustándose las gafas de nuevo, algo que hacía cuando se ponía tan nervioso que prefería posponer cualquier tipo de discusión al respecto.

—Tú y yo tenemos que hablar, en serio —me amenazó Asier como despedida.

Detuve a Sergio, que se encaminaba a la puerta con paso decidido.

—No lo decía por ti —exclamé sujetándole la camiseta.

Se volvió con expresión pétrea, fría y calculadora.

—Está bien —cedió.

—Madre mía, qué follón se ha montado en un momento —dije suspirando y cerrando la puerta.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —preguntó Sergio cruzándose de brazos.

—A mí me ha sorprendido tanto como a ti.

—Permíteme que lo dude.

—¿Dónde has aprendido esos movimientos defensivos? ¿Eres policía?

—No, no lo soy. Sí soy cinturón negro de aikido, pero el rechazazo es un golpe callejero. Y déjate de juegucitos, no estoy de humor.

—Lo siento.

—¡Y deja de disculparte por todo y empieza a explicarlo! —tronó enfrentándome.

—¡No sé explicarlo! ¡No sé qué hacía aquí Nando! ¡Y no sé por qué Asier se ha lanzado contra ti! —grité a mi vez.

—Sí lo sabes. Nando está aquí porque quería sorprender a su novia en su cumpleaños, y Asier porque se la jugué llevándote fuera y sigue queriéndote. ¿Es que no es obvio?

—No lo es. Sí rompí con Nando.

—Pero no le has dicho que ahora yo soy tu novio.

—¿Lo somos? —inquirí sorprendida.

—¿Qué narices crees que somos? Te he abierto mi corazón como a nadie antes, para descubrir que no eres merecedor de él. Me has convertido en el otro, en el amante.

—Nosotros tenemos... un entendimiento muy placentero.

Después de decirlo quise golpearme la cabeza contra el fregadero.

—Para que lo comprenda, follamos y punto —rebatí Sergio gruñendo.

—Algo así.

—¿Para ti no significa nada querer a una persona? —preguntó mirándome fijamente.

—Lo es todo.

—Mientes. Tú no sabes querer.

—¿Cómo dices?

—No, no tienes ni idea del compromiso que eso conlleva. Y, ¿sabes por qué?

Lo miré con una mezcla de furia y duda.

—Porque no te implicas, Livia. La sola idea de enamorarte te aterra. Crees

que si no amas demasiado, si dejas ese sentimiento en la superficie, cuando todo acabe no sufrirás. Y lo has hecho con todas tus parejas. De Asier te alejaste con la excusa de que debíais tomar caminos diferentes, de Nando hiciste lo mismo, separarlo a él de ti con el pretexto de que os vendría bien estar lejos el uno del otro. Conmigo, más de lo mismo. Te acercas y, cuando piensas que puedes quemarte, te retiras para protegerte. Eres egoísta y cobarde.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —murmuré con tristeza.

—Es lo que veo, lo que me has demostrado hasta ahora. He de reconocer que me ponía competir con Asier, resultar ganador, pero me he dado cuenta de que no merece la pena el esfuerzo, porque, cuando te canses, antes de que me dé tiempo a girarme, habrás desaparecido para lamerte las heridas porque eres incapaz de afrontar una relación, un compromiso, un «para siempre».

—No existen los «para siempre».

—Si no convertimos los «ahora» en «para siempre», te doy toda la razón. Tú ni nos has dado una oportunidad.

—Además de egoísta y cobarde, también soy cruel, ¿no?

—Si con eso quieres preguntarme si me has hecho daño, sí, sin duda alguna.

—Lo siento —farfullé, y me mordí la lengua a continuación al ver su gesto de decepción.

—Yo lo siento más —replicó con un rictus amargo—. Me voy, ya que sólo soy tu compañero de cama y hoy, precisamente, lo que menos me apetece es estar donde tú estés.

—¿Adónde vas a ir?

—Donde sea, eso no importa —masculló cogiendo la bolsa que había preparado para el barco, de la que sacó la ropa sucia y metió varias prendas limpias.

Lo observé en silencio, no quería decirle nada. Quizá, como bien había expresado él, no era capaz de sobrellevar una relación en condiciones.

Después metió la ropa sucia en la lavadora y se acercó a la puerta.

—Vendré a recoger el resto cuando encuentre un sitio donde quedarme — determinó.

—De acuerdo —contesté, sabiendo que estaba cometiendo el mayor error de mi vida, y eso que ya acumulaba bastantes en mi historial amoroso. De idiota «a las y media», había pasado a subnormal «a las en punto».

—Tozuda como sólo un ruso borracho puede serlo —siseó como despedida antes de cerrar la puerta tras él.

Me quedé unos instantes mirando la puerta, descompuesta y aturdida, sintiendo que yo misma me había arrancado el corazón de cuajo para pisotearlo, pero sin capacidad de reacción. Y, de improviso, la soledad fue una carga tan dura de soportar que caí de rodillas en el suelo, agachando la cabeza y dejando que mis lágrimas expulsaran el sentimiento de culpa. Lloré hasta acabar agotada y sin recursos mentales, puesto que todo lo que aparecía en mi mente estaba envuelto en una bruma espesa con la que yo lo había cubierto para protegerme del sufrimiento de perder a una persona más. Sergio había dado en el clavo, acertando como siempre. Aun así, seguía doliendo igual, no había forma de esconder los recuerdos, y mucho menos los sentimientos. Éstos tenían el poder de brotar hasta en el cuerpo más hostil, hasta en la tierra más árida en la que estaban enterrados.

Con desánimo, acabé levantándome para comprobar que ya había anochecido. Sabiendo que iba a ser incapaz de cerrar los ojos y abandonarme a un sueño vacío de todo lo que me hería, cogí lo que quedaba de tarta del frigorífico, una manta, una cerveza, y salí a la terraza. Me senté en una de las tumbonas, con cuidado de no apoyarme demasiado en el costado magullado, y me puse el plato sobre las piernas, decidida a coger las riendas de mi vida, aunque no supiera ni por dónde empezar.

Transcurrieron varios minutos de calma, en los que sólo se oía algún coche transitar en la carretera y el cercano rumor de las olas lamiendo la orilla. La pulsión que notaba en la cabeza comenzó a desaparecer y mi cuerpo se

destensó. Suspiré hondo y miré el manto de estrellas colgadas en el cielo, recordando cómo mi padre, armado con su telescopio, se empeñaba cada año en señalarnos las constelaciones más importantes, mientras nosotras únicamente estábamos preocupadas por encontrar una estrella fugaz a la que pedir un deseo. Deseos que se convirtieron en polvo con el transcurrir del tiempo. Me sequé una lágrima furtiva y tragué saliva para deshacer el nudo de la garganta.

—Así que tú tampoco puedes dormir —susurró una voz a mi izquierda, haciendo que pegara tal respingo que estuve a punto de dejar caer el plato de tarta.

—Violeta, ¿qué haces ahí?

—Yo tampoco puedo dormir, es por los ronquidos de Rodolfo, me agobian. Ya me había acostumbrado a no oírlos. ¿Puedo pasar?

—Claro —dije levantándome para apartar los geranios y que ella, apoyada en una silla, se impulsara para saltar a mi terraza.

Aterrizó con un gruñido y se bajó el camisón victoriano que la adornaba, sentándose en la tumbona a mi lado.

—¿Te queda tarta? —inquirió tapándose con la manta.

—Toda tuya —le indiqué dejando el plato sobre ella.

—¿Sabes que el chocolate es un excelente sustitutivo del sexo? —preguntó comiendo a dos carrillos.

—No, es perfectamente compatible, créeme —contesté, consiguiendo que se atragantara de la risa.

—Ay, Livia, qué emocionante es tu vida. Dime quién te escribe los guiones.
—Suspiró con deleite tras unos segundos de placer culinario.

—Si tú lo dices. A mí me parece una sucesión de calamitosas desdichas.

—Tienes a tres hombres comiendo de tu mano, ¡y qué hombres!

—¿Tú ves alguno aquí? —inquirí extendiendo mi mano en un semicírculo para abarcar la extensión de la terraza.

—No, si ya he oído la bronca que has tenido con Sergio. Un poco fuerte,

¿no?

—Con sinceridad, creo que me ha dicho unas cuantas verdades que nadie hasta ahora se había atrevido a decirme. Aunque nunca lo reconoceré ante él.

—Te envidio —musitó.

—No hay nada que envidiar en mi vida —rebatí.

—Te envidio porque aquí estás, comiendo chocolate y bebiendo cerveza, en vez de estar tirándote de los pelos o publicando en Instagram lo que odias a los hombres. Eres indiferente a todo, impasible, tan inexpugnable como el muro de hielo de Invernalía en «Juego de tronos».

—Esto... —carraspeé—, ¿cuál es la última temporada que has visto?

—La segunda, pero no le digas a Rodolfo que la veo, porque se enfadaría. La miré con el ceño fruncido.

—¿Te controla lo que ves y lo que no ves?

—Bueno, sus palabras exactas fueron: «En esta serie sólo hay sexo y sangre, lo que deriva indiscutiblemente en la perdición del alma humana, que caerá sin freno al infierno de los deseos reprimidos por la gracia de Dios».

Fue mi turno de atragantarme con la cerveza y tosí, con lágrimas en los ojos, mascullando una imprecación.

—Tranquila, que aprendí la lección y tu secreto está a salvo conmigo. No volveré a meterme donde no me llaman —prometí con voz ronca y cierta pena.

—No, si yo te lo agradecí. No veas cómo llegó ayer, qué cariñoso. Al principio tengo que reconocer que me enfadé, pero conseguiste que recapacitara, que me viera otra vez como su mujer.

—¿Y cómo leches te veía?

—Como la madre de sus hijas, la esposa adorno y la chacha. Oye, ¿sólo tienes cerveza?

—Sí.

—Espera, que cojo el vodka.

—No será necesario —murmuré pensando que tendría que ayudarla a pasar.

Sin embargo, se levantó y fue a la esquina contraria. Escarbó en un macetero de hortensias de mi madre y sacó una bolsa para congelar alimentos.

—Aquí está —afirmó con una sonrisa.

—¿Escondes bebidas alcohólicas en mi casa? —exclamé incrédula.

—¿Dónde, si no, iba a esconderlas? ¿En la mía?

—No, claro que no. Qué idea más tonta he tenido —musité frotándome el puente de la nariz.

—Pues lo que decíamos —comentó sentándose y dando un buen trago. Me lo ofreció y, aunque al principio me pareció bien declinar la oferta, quizá también necesitara ahogar mis penas en alcohol, así que se lo cogí—. Que me encantaría ser como tú, tan diva, tan lejana, tan indiferente, tan fresca...

—No sé yo si lo de fresca lo has dicho con buena intención —mascullé haciendo un esfuerzo enorme porque el líquido no abrasara mi esófago.

—Lo demás, tampoco —respondió riéndose.

—No soy indiferente, ni fría.

—Lo eres. Tu vida está arruinada y mañana te levantarás como si tal cosa, te pondrás a estudiar y borrarás lo sucedido anteriormente.

—No lo borro, finjo que no me afecta.

—Me estás dando la razón.

—Será el vodka.

—Está bueno, ¿eh?

—Fuerte, desde luego —aseguré sintiendo fuego en el estómago.

—Por cierto, te he dejado otro paquete que ha llegado sobre la encimera, con el lío ni te lo he dicho.

—¿Y qué era? —inquirí percibiendo ya su contorno ligeramente borroso.

—Ése no lo he abierto.

—Huy, ¿qué tenía de especial? ¿Lo remitían de la sede episcopal?

—Era de tu padre.

Tuve que beber de nuevo y me quedé en silencio unos minutos, hasta que procesé la información. Pero ella, ya más contenta que yo, siguió incidiendo

en el problema.

—A ver, Livia, que igual me he expresado con palabras demasiado elaboradas para tu comprensión auditiva. —La miré enarcando las cejas—. Lo que quiero decir, para que así lo entiendas, es que eres como la protagonista de *El diablo viste de Prada*. No como la secretaria tonta, sino como la otra, la jefa lista. Sin contar con que tú no sabrías discernir un Prada de un Zara, y, quitándote los vestidos de marca, los tacones kilométricos, el peinado perfecto, el maquillaje, las joyas, la elegancia, la inteligencia y esa mirada por encima de las gafas de carey que mataba. ¿Lo comprendes ahora?

—¿Quieres decir que no soy nada? —ironicé bebiendo de nuevo.

—Quiero decir que eres una carcasa de ti misma. ¿Entiendes el significado de *carcasa*?

—Creo que sí, aunque igual tendría que escribir un tweet a la RAE para que me lo aclarara —contesté hundiéndome en la hamaca, sin soltar la botella.

—Qué graciosa, cómo si la RAE tuviera de eso —comentó quitándome la botella.

—De todas formas —hice un aspaviento, como si espantara los malos recuerdos—, no soy una carcasa; soy de carne y hueso, y también de sexo y sangre —añadí.

—Puede que lo fueras hace mucho tiempo, pero ahora la vida te ha adelantado. Vosotros, los *millennials* esos, os creéis que seréis eternos adolescentes, y cuando queráis daros cuenta ya os habréis convertido en *viejunos* risibles.

La miré sin saber si reír o llorar.

—Como ves, he utilizado la jerga de la calle para que me entiendas —me explicó con lentitud.

—No, si yo te entiendo —afirmé arrebatándole la botella—, lo que no entiendo es qué crees saber tú de mi vida.

—Todo.

—Define «todo».

—Ay, perdona, que me había olvidado de tu problemilla con las palabras. Pues me refiero a que yo te envidio, pero te envidio porque me gustaría estar metida en tu piel unas dos semanas, cogermé vacaciones de la mía, disfrutar sin limitaciones y con excesos. Pero tú... tú me envidias mi vida al completo, desearías tener un marido y varios hijos, además de un trabajo. Bueno, lo del trabajo no es tan importante si el marido tiene dinero. Que creo que eso con Sergio va a ser que no. Que está para mojar pan, aunque parece que no tiene dónde caerse muerto.

—Qué sabio tu discurso y cuánto me conoces —ironicé, aunque ella no se percató del tono.

—Es que soy genial dando consejos, casi todas mis amigas recurren a mí para contarme sus miserias.

—Me imagino que después de tu enriquecedora charla regresarán a sus vidas convertidas en guiñapos.

—Qué va. Lo que hago es invitarlas a vodka y guardarme sus secretos, para, así, dentro de algún tiempo, porque en la vida sólo tienes que sentarte a esperar la oportunidad, tener con qué chantajearlas.

La examiné sin creermé lo que oía o determinar que, sí que había personas con tan pocos escrúpulos y empatía como ella. Violeta me regaló una sonrisa de displicencia muy elocuente, así que dejé de tener dudas.

—Vamos, que eres una joyita de amiga.

—Un diamante de quince quilates, eso es lo que soy.

Bebí un trago más, cabeceando y preguntándome si el vodka tendría el poder de convertirme en una carcasa de mí misma, pues era así cómo empezaba a sentirme. Tan hueca que mi alma sufría de un eco que yo nunca oía. Lo silenciaba una y otra vez a fuerza de empeño, canciones, libros y miles de páginas que estudiar. Cuando quise darme cuenta del tiempo que había pasado sumida en mis pensamientos, Violeta se había quedado dormida. Me giré y la tapé con la manta, consiguiendo que se removiera y me obsequiara

con un sonoro ronquido. Sonreí sin tener motivos para ello y, trastabillando, entré en la habitación.

Me detuve de improviso, apuntalando la pared con mi mano izquierda, de tal forma que parecía un arbotante gótico.

—¿Qué haces aquí? —siseé.

—En realidad, no me he ido muy lejos. Un par de vueltas alrededor del edificio para calmarme. Unos cinco minutos sentado en un banco del jardín con el propósito firme y real de calmarme y el resto del tiempo aquí.

Lo miré entornando los ojos en la penumbra de la habitación. Estaba vestido con un bóxer negro, tendido sobre la cama con las piernas extendidas y los tobillos cruzados, apoyada la espalda en el cabecero. Apagó el libro electrónico que estaba leyendo y lo dejó sobre la mesilla.

—¿Has oído algo de lo que hemos hablado Violeta y yo? —pregunté.

—¿Debería ser un caballero y decirte que no? ¿O, como muerto de hambre que soy, sincerarme?

—¿Y por qué has vuelto?

—Porque estaba preocupado por ti, aunque si hubiera sabido que tu modo de resolver un problema era darte a la bebida con una pija reprimida, igual me lo habría pensado.

—No es ésa mi forma de enfrentarme a un problema, y te lo voy a demostrar. Voy a decirte algo muy importante —mascullé, y Sergio puso un gesto de interés tan adorable que habría saltado sobre él para devorarlo a besos, algo que no hice, recurriendo a toda mi fuerza de voluntad, ya quebrada por el vodka—. Pero antes... ¿podrías dejar de moverte?

Intentó no reírse, aunque no lo consiguió.

—No me estoy moviendo, Livia.

—Pues entonces muévete para que así te vea quieto.

—Ya veo que tu discurso va a estar repleto de lógica —musitó examinándome como si mi estabilidad fuera algo discutible.

—No me distraigas.

—No lo hago, adelante. ¿Tengo que tomar notas?

—Confío en tu memoria.

—Me halaga que me tengas en tal alta consideración.

—Empiezo —dije resoplando—. Yo sí sé querer. Quiero como la que más.

—¿Ya has terminado?

—No, estoy pensando en lo siguiente, que, maldita sea, ha volado de mi mente. ¡No te rías!

—Déjame que te ayude. Decías que quieres como la que más.

—Sí, eso. Te quiero, Sergio. Te quiero tanto que tengo un miedo terrible a perderte, porque si te pierdo nunca podré recuperarme. Serás otra cicatriz en mi corazón y ya tiene demasiadas. Se romperá del todo y me desangraré.

—No me perderás, Livia. No si tú no quieres —murmuró con seriedad.

—No me interrumpas, por favor —repliqué casi sin voz—. Soy independiente, reaccionaria, protestona, adicta al chocolate e insufrible cuando me encierro en mí misma.

—También eres preciosa, inteligente, sarcástica, compasiva y generosa. Además, puedo lidiar perfectamente con tu adicción al chocolate.

—¡No me interrumpas! —repetí, y él sonrió con tristeza ante mis ojos brillantes de lágrimas sin derramar—. Puede que lo anterior te parezca atractivo al principio, pero acabarás odiándome y eso me matará. Y no quiero sufrir más, me alejaré y fingiré que soy yo quien te deja cuando eres tú el que quiere dejarme. Ése será nuestro final. ¿Ves qué bien se me da hacer la sinopsis de una relación?

—No, eres terrible resumiendo algo que ni siquiera ha pasado. Vive el presente, vívelo conmigo y déjanos construir recuerdos que cimienten el futuro.

—No sé si seré capaz.

—Sé temeraria, Livia, como una vez lo fuiste. No tiene por qué repetirse la misma historia una y otra vez.

—Aunque mi patrón de conducta dice lo contrario...

—Déjame decirte algo a ti. Sólo me iré si me dices que amas a Asier o a Nando, o que no soportas mi circunspección, mis silencios o mis besos a medianoche.

—O no saber realmente ni quién eres.

—Creo que lo sabes, me conoces mejor que mucha gente que ha vivido a mi lado años.

—Aunque me gustan los besos a medianoche —murmuré separándome de la pared para intentar caminar hacia él.

Sergio se levantó con rapidez para sostenerme y yo lo empujé contra la cama, situándome sobre él.

—¿Crees que estás en condiciones de...? —inquirió enarcando las cejas.

Le sonreí de forma maquiavélica recostándome sobre su pecho.

—Te voy a hacer el amor para demostrarte cuánto te quiero —afirmé.

—Me parece una idea excelente. ¿Puedo cooperar?

De repente me despisté con la sombra de nuestras siluetas en la pared y entorné los ojos con suspicacia.

—¿Por qué se le dice siempre al hombre «hazme el amor»? Yo no quiero que me hagas nada, te lo voy a hacer yo todo —comenté volviendo a fijar la vista en su rostro, que de nuevo sonreía de forma sesgada, de esa forma canallesca que provocaba que brotara en mi vientre un calor incontrolable.

—Define «todo» —murmuró lanzándome el guante, que cogí con una sonrisa de satisfacción.

—Pues primero empezaré besándote lentamente —dije inclinándome sobre su boca.

—Mmmm..., me gusta esa definición.

—Y después mordisquearé tu cuello, así —continué viendo cómo su nuez de Adán subía y bajaba—. Y más tarde lameré tu..., ¿cómo se llama este hueso?

—Eh..., ¿clavícula?

—Ah, sí, que se me había olvidado.

—Tú y tu dominio de las palabras.

—Olvida a Violeta, que nadie le ha dado vela en este entierro —mascullé.

Y la mencionada emitió un ronquido, como si afirmara lo convenido. Reímos juntos y decidí acallararlo con otro beso, esta vez más profundo.

—¿Por dónde íbamos? —pregunté.

—Creo que amenazándome con lamer mi cuerpo.

—Pues he cambiado de idea y volveré a subir a tu rostro, porque me encanta mirarte y me gusta que me mires mientras froto mi piel contra tu barba, que es tan áspera y suave como uno de esos cepillos para quitar pelusas. ¿Sabes de cuáles te hablo?

Se incorporó un poco y me miró con incredulidad.

—Lo que sí sé es que eres auténtica para excitar a un hombre.

—Tranquilo, que tengo toda la noche por delante —declamé deslizándome hasta su pezón para chuparlo con delicadeza. Lo mordí un instante y lo solté, consiguiendo que él gimiera sordamente.

—¿Puedo hacer algo? —pidió con voz ronca.

—Sí, dejarme demostrarte lo bien que se me da esto —repliqué burlándome de él.

—Adelante, no seré yo quien te ponga freno —afirmó dando su beneplácito, y yo sonreí mientras delimitaba con mi lengua la línea del esternón hasta detenerme en el escaso pelo en forma de flecha que asomaba por la cintura de su bóxer.

Se lo bajé despacio, arrastrando los labios por su sexo, jactándome de su respiración agitada. Y subí unos centímetros para besarle el tenso abdomen. Puse mi rostro sobre él y suspiré.

—Qué bien se está aquí —balbucí.

Desperté de improviso, creyendo que caía al vacío. Aunque no fue metafórico, ya que sus fuertes brazos me sujetaron antes de que topara con el

suelo de gres. Sergio me alzó y me colocó a su lado en la cama, sonriéndome ante mi gesto de espanto.

—¿Qué ha pasado? —exclamé frotándome los ojos, percibiendo ya la claridad del amanecer filtrándose por las cortinas.

—Que es posible que tengas una resaca monumental —contestó atrayéndome hacia él, y fue cuando recordé algunas imágenes de la noche anterior. Gemí.

—¿Qué te hice?

—Me prometiste hacerme el amor para demostrarme lo que me querías. Me dijiste que ibas a hacérmelo todo.

—¿Y?

—Que tu definición de todo debe de ser quedarte dormida sobre mi pecho, fue lo más lejos que llegaste, después de casi aventurarte a una excitante felación *interruptus*.

—¡Ay! —farfullé tapándome los ojos con las manos—. Qué humillante...

—¿Humillante? —inquirió situándose sobre mí y abriendo mis manos para que lo enfocara—. La verdad es que al principio me dolió tener que bajar mi erección a base de duchas mentales en agua fría, sobre todo teniéndote medio desnuda sobre mí, pero después me di cuenta de que nunca nadie me había tratado con tanta confianza y despreocupación como tú. Y entonces entendí tu forma de querer, y déjame decirte que es la más absoluta y descacharrante declaración de amor que me han hecho jamás.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Increíblemente bueno, Livia. Jamás me había reído tanto con alguien en la cama. Quiero que me ames así todos los días.

—Sólo tienes que darme media botella de vodka.

—No lo necesitas, eres así, sin filtros. Y creo que he descubierto que con Asier y Nando no lo eras. ¿Me equivoco?

—Pues no sabría decirte, igual tienes que preguntarles a ellos.

Estalló en carcajadas y yo lo miré enfurecida mientras manoteaba para

soltarme de su agarre.

—Eres única. Sólo a ti se te ocurre decirme que les pregunte a tus ex cómo eras en la cama con ellos.

—Pero si vosotros siempre estáis compartiendo todo tipo de detalles sexuales.

—No, de nuestras chicas, no, te lo aseguro. Ahí somos como una tumba.

Puse un gesto entre arrepentido y... arrepentido.

—¿Quieres decirme que tú sí que has hablado de mí? —inquirió.

—No sólo de ti, de todos, en realidad. Con Marta, también con Rebeca al principio —comenté, y... deseé hacerme la muerta ante el gesto de estupefacción de Sergio.

—Así que debería preguntarle a Marta quién resultó ganador en la competición —masculló con semblante concentrado.

—¿Qué competición?

—La de a ver quién la tiene más larga.

Sonreí y él me hizo cosquillas, consiguiendo que me retorciera en sus brazos, carcajeándome.

—Confiesa —exigió inmovilizándome otra vez.

—No es el tamaño el que importa, sino la habilidad. ¿No te lo habían dicho nunca?

—Sólo si me quieren consolar. ¿Quieres decir que soy habilidoso? —inquirió enarcando ambas cejas, y yo comencé de nuevo a reír.

—Quiero decir que eres fabuloso, en todos los sentidos. ¿Contento? —logré decir entre hipidos.

—Bueno, pues entonces no se hable más. Déjame demostrarte lo fabuloso que soy —exigió empujando su sexo contra el mío, consiguiendo que remitieran los hipidos y surgiera un quedo gemido de mi boca.

—De acuerdo —asentí girando sobre él, pero esta vez no me lo permitió y me hizo volver a la posición horizontal.

—Livia, es mi turno de demostrarte cuánto te quiero —demandó.

—¿Puedo participar?

—No, porque eres como el general que no se queda en retaguardia y va siempre en avanzadilla.

—Me gusta guerrear.

—No. Lo que te gusta es no perder ni una sola batalla.

—También.

—Pues tuviste tu oportunidad ayer y la desperdiciaste durmiendo en mi cómodo pecho. Así que ahora, quieta —ordenó atrapando un pezón con la boca.

Lo sujeté del pelo y lo incorporé, mostrándole mi gesto de súbito serio.

—Ámame fuerte —exigí.

—Tanto como física y emocionalmente sea posible —respondió con igual seriedad que yo.

Capítulo 13

*Show me all the scars you hide..., cause I'm gonna stand
by you **

—¿Me he dormido? —preguntó Sergio saliendo de la habitación mientras se rascaba la cabeza con gesto interrogante.

—Como un angelito —afirmé sonriendo mientras lo observaba—. Aunque yo no diría que te has comportado como un ángel antes de ello, más bien como un ángel caído.

—Te prometí que tan fuerte como fuera humanamente posible —determinó acercándose para darme un beso.

—Creo que si pidieras entrar en los Avengers te aceptarían. Tal vez un nuevo superhéroe: Sexman.

Sonrió satisfecho y se fijó en el brazo de mármol repleto de platos.

—Ah, es una pequeña recompensa para el soldado a su regreso. He preparado café, pelado y partido frutas, y tienes tus tostadas a punto.

—¿Qué te he hecho? —inquirió con diversión.

—¿Quieres que te lo cuente o lo probamos de nuevo esta noche?

—Lo segundo. ¿Me da tiempo a darme una ducha rápida y desayunamos juntos?

—Por supuesto —mentí, ya que yo ya me había comido los pasteles que quedaban del saqueo vecinal.

Se volvió antes de entrar al baño y me miró de arriba abajo.

—¿Vas a algún sitio?

—Sólo llevo unos vaqueros negros pitillos y una blusa blanca.

—Por eso lo pregunto.

—Sí —suspiré—. Voy a ir a buscar a Nando, tengo que hablar con él.

—Me da un poco de miedo —replicó.

—Que no te dé, simplemente quiero aclarar las cosas.

—¿Y con Asier?

—Mejor mañana —musité frunciendo los labios. Lo conocía lo suficiente como para saber que necesitaba un tiempo para serenarse.

—Ya te diré de qué humor está hoy —masculló.

—Yo no estaría muy seguro de seguir manteniendo el trabajo.

—No tiene más monitores y estamos a mitad de temporada. Me salva que en este momento soy imprescindible.

Hice una mueca, yo no estaba tan convencida de ello, y menos después del enfrentamiento que habían tenido la noche anterior.

—¿Y Violeta? —preguntó.

—Esta mañana no estaba en la terraza, ni ella, ni la botella de vodka, ni la tarta, así que me imagino que bien. Con dolor de cabeza, pero bien. Anda, ve y dúchate —lo insté empujándolo.

—¿Huelo mal? —inquirió oliéndose una axila.

—No, peor. Hueles a sexo y eso me está poniendo de los nervios —murmuré enrojeciéndome, y él, riendo, se encerró en el baño.

Cuando cerró la puerta respiré hondo y, con un vaso de café en la mano, me dirigí al sofá. Había dejado el regalo de mi padre sobre la mesa de centro sin decidirme entre atreverme a abrirlo o devolvérselo directamente al remitente.

Después de unos cinco minutos, Sergio salió del baño con una toalla rodeándole la cintura y se sentó a devorar el desayuno.

—¿Recuperando fuerzas? —insinué.

—Contigo las voy a necesitar todas. Estoy por comprarme en la farmacia un suplemento vitamínico.

—No les extrañaré, después de las tres cajas de condones...

Se atragantó con la tostada y tosió, provocando que yo me riera de él. Se salvó de otra pulla porque llamaron a la puerta. Me levanté, sin que Sergio

hiciera mención de ir a vestirse, y recé porque no fuera Nando. Resultó ser el repartidor, con dos nuevos paquetes.

—Uno es el mío —afirmó cuando cerré la puerta.

Lo abrí sonriendo y descubrí mi taza de «Juego de tronos» «*Win or die*». Le di un beso en los labios.

—No me malcríes, me acostumbraré y me volveré insoportable.

—¿Más todavía? —esgrimió enarcando una ceja—. ¿De quién es el otro? ¿Acaso tienes algún otro ex escondido en el armario?

—Es de mi madre —murmuré haciendo una mueca.

—Ábrelo, por lo poco que conozco de ella, me mata la curiosidad.

Le hice caso y rasgué el papel con bastante reparo, esperándome un cargamento de píldoras memorísticas que anunciaban en la radio y que cada vez que hablaba con ella me comentaba sus virtudes para el estudio. Sin embargo, me quedé con la caja en la mano sin saber qué era aquello. Miré interrogante a Sergio, que soportaba a duras penas la risa.

—Es un spray de defensa —me aclaró.

—Parece un bote de laca.

—Pues no te lo echas en el pelo o tendré que llevarte a urgencias. Es gas pimienta.

—¿Y para qué quiero yo esto?

Sergio se encogió de hombros y, limpiándose las manos, se encaminó a la habitación. En ese momento sonó el teléfono, con el tono que había elegido para mi madre, la banda sonora de la película *El exorcista*. Me apresuré a contestar.

—¿Mamá?

—¿He llegado a tiempo?

—¿A tiempo de qué?

—De protegerte.

—¿De quién?

—De tu compañero de piso.

—Pero ¿qué dices?

—Que tengo que darte la razón. Y mira que me duele porque tu vida está repleta a rebosar de errores.

—Pues con papá no me equivoqué.

—Sí, para una vez que aciertas, destrozaste una familia.

Hubo un tenso silencio por ambas partes. Tan tenso que estuve a un tris de colgarle el teléfono. Al final, decidí omitir su última frase y dulcifiqué mi voz.

—No necesito ningún espray defensivo, te lo aseguro, mamá.

—Pues tenlo a mano, porque me equivoqué al darle el número de DNI a Paquito y resulta que se llama Iván, no Sergio, y está en busca y captura.

—¿Cómo? —pregunté sintiendo tan rígida la columna que pensé que se me iba a romper.

—Algo de un delito fiscal, negocios turbios con el gobierno brasileño... Yo qué sé, que no entiendo nada de eso. Pero el caso es que ha elegido nuestra casa y ahí lo tienes, escondiéndose.

—No puedo creerlo —musité desconcertada.

—Bien cierto es. ¿No me estarás llamando mentirosa?

—Sergio no es así —afirmé.

—Es que no es Sergio, se llama Iván.

—No, mamá, eso es imposible —insistí.

—Es muy posible. Échalo, con disimulo, no vaya a ser que te tome como rehén o algo parecido, y cambias las cerraduras. Y llama a la policía. Yo los he llamado, pero parece que no terminan de creerse mi historia, y eso que venía avalada por Paquito, que también dice que duda de mí porque ya me he equivocado varias veces. Qué rencoroso es este hombre, cómo me guarda que denuncié a la vecina del quinto porque me echaba lejía en la ropa.

—La denunciaste por tráfico de drogas. Dijiste que habías visto salir y entrar a gente sospechosa y que habías pillado a esa gente sospechosa en el garaje pinchándose. Lo que no sé es cómo te hizo caso —farfullé cada vez más inquieta.

—Me estropeó mi mejor traje, se lo merecía.

—Sí, y a raíz de eso no has podido tender nunca en el tendedero y tuviste que comprarte una secadora. Que sí, mamá, que ya nos conocemos.

—Yo sólo te aviso.

—Muy considerada.

—Ah, otra cosa.

—¿Cuál?

—¿Tu cumpleaños no era por estas fechas?

—No, qué va. Es en octubre.

—Pues como que a mí me sonaba que era en verano. Bueno, quién mejor que tú para saber cuándo has nacido.

—Claro, como surgí de la nada...

—Huy, nada, dices, tres días de parto que estuve.

—Hala, mamá, tómate un cafecito, el Lexatin, y deja de investigar, que no eres Angela Lansbury.

—Ésa era la socia de Sherlock Holmes, ¿no?

—La misma. Un beso. Adiós.

Colgué el teléfono porque ya no podía soportar más una conversación tan absurda y me dejé caer contra el respaldo del sofá, frotándome la frente. ¿Que Sergio era su hermano Iván? ¿Que estaba metido en líos y huido de la justicia? Tenía la sensación de que mi madre se había tomado un par de coñacs, atiborrado a tranquilizantes y visto un culebrón durante más de veinticuatro horas, porque no tenía tanta imaginación para inventarse algo así.

—¿Tu madre ha vuelto a las andadas? —preguntó Sergio, vestido con un bañador y otra de sus camisetas de recuerdo de conciertos de rock, de pie frente a mí y con semblante preocupado.

Lo miré y parpadeé intentando recordar las fotografías que me había mostrado de su hermano y él. ¿Me había engañado fingiendo que era el otro?

—No, ha sido ella, solamente —musité palideciendo.

—¿Estás segura de que estás bien? ¿Te duele la cabeza? —inquirió

acercándose para examinar que las tiritas no se hubieran movido de sitio.

—Sí, bien. ¿No tenías que ir a trabajar?

—Claro, de todas formas, te he grabado mi número en el teléfono por si me necesitas.

—Ajá.

—Oye, ¿estás segura de que...?

—Que sí, que sí —murmuré desviando la vista. Sin embargo, lo detuve justo cuando sujetaba la manija de la puerta de entrada.

—¡Iván!

Él se quedó quieto, impasible, aunque pude percibir cierta tensión en su postura. Al final se giró lentamente y apretó la mandíbula.

—¿Por qué me has llamado por el nombre de mi hermano? —siseó de forma ronca.

—Por nada en concreto, estaba distraída. Que tengas buen día —contesté despidiéndolo.

Cerró la puerta tras él con un golpe sordo, que rebotó en mis oídos castigados por la resaca. Suspiré hondo y me sujeté la cabeza con las manos. Era una locura. Pero ¿y si esa locura resultaba ser cierta?

Estaba a punto de cancelar mi cita con Nando cuando recibí un WhatsApp de él, recordándome que me esperaba en la puerta de su hotel. Cerré los ojos un instante e intenté aplazar mis disquisiciones hasta que estuviera sola y concentrada. Levantándome con resignación, cogí mi bolso y salí del apartamento.

Hasta su hotel apenas distaban unos trescientos metros cuesta arriba por la carretera que enlazaba con la parte alta del pueblo. Llegué casi sin respiración, más por los esfuerzos mentales que físicos, y vi a Nando sonriéndome. Me paré frente a él y surgió un momento incómodo digno de grabar. Él se inclinó para besarme, yo lo esquivé con un quiebro e, intentando no quedar demasiado mal, terminé abrazándolo y propinándole palmaditas en la espalda.

—¿De repente te doy miedo? —preguntó sorprendido.

—¿Por qué has venido, Nando? —repliqué.

—Vaya, sin preámbulos, directa a la yugular. Siempre he admirado tu capacidad social.

—Estoy hablando en serio.

—Te lo diré. —Hizo una pausa que intentó ser melodramática sin conseguirlo y continuó—: Me llamó tu madre y me contó que estabas arrepentida por no haberte venido conmigo, que me amabas y no sabías cómo recuperarme.

—¿Eso te dijo?! —exclamé a punto de echarme a reír.

—Sí.

—Pues te ha engañado.

—Lloraba, incluso. Sentí lástima y vine.

—Así que viniste por lástima... Te diré cuál es la traducción de las palabras de mi madre. Lo que quiere es que me case contigo porque ahora tienes un trabajo en el que ganas mucho dinero, que me traslade a Noruega, porque así se queda con el piso, y que le mandemos dinero para mantenerse. Debía de tenerlo todo planeado.

—Parecía convincente —murmuró desconcertado.

—Es muy buena actriz y una estupenda manipuladora —afirmé—. ¿Te apetece que tomemos algo y así se te pasa el disgusto?

—Sí, claro. ¿Dónde? Esto parecen los suburbios...

Resoplé armándome de paciencia y comencé a caminar.

—Vamos hacia la playa, ya han abierto la mayoría de las cafeterías.

—No pensarás llevarme a un bar de surfistas... —esgrimió horrorizado.

Y yo cabeceé, maldiciéndome por haber perdido casi dos años de mi vida con un esnob de primera categoría.

—Tranquilo, que eso no se pega.

—Es que tampoco estaría muy cómodo en esa clase de ambiente.

—¿Una terraza en pleno paseo marítimo con vistas a la playa de La Concha

te parece bien?

—¿Es similar al club náutico de Palma de Mallorca?

—Igualita —mentí arrepintiéndome de haber aceptado aclarar algo que yo consideraba aclarado hacía meses.

—Pues vamos allá. Quizá me tropiece con algún conocido.

—Lo dudo —musité, pero él no me escuchó.

Caminamos en silencio mientras descendíamos, y lo guie hasta el edificio de una planta pintado en blanco, rodeado de cristaleras que por la noche poseía el encanto de hacerte sentir que estabas cenando sobre la misma playa, a pie de mar, y que disponía de unas pocas mesas de plástico en el exterior adornadas con sombrillas.

—Tengo que admitir que este rincón norteño tiene su encanto, aunque no se parece en nada a Palma. Me has mentido —me recriminó sacando un pañuelo del bolsillo de su pantalón de lana fría gris para limpiar la silla de arena antes de sentarse.

—Aquí somos así, más sencillos, frugales —comenté sin poder soportar la risa.

—¿Tendrán cócteles?

—Depende de cuáles...

—Mejor me pido una simple cerveza —asumió con resignación.

—Por mí, perfecto, y también unas rabas y... zamburiñas. Aquí las preparan para chuparte los dedos —indiqué llamando al camarero, que tomó nota servicial.

—Livia, el rebozado de las rabas lleva mucha grasa, no deberías acostumbrarte a ese tipo de comida.

Obvió las zamburiñas, pues, estuve segura, desconocía su existencia. Y a mí lo único que me vino a la mente con tal funesto comentario fue: «Livia, hija, cuántas felaciones desperdiciadas». Y también una especie de risita nerviosa que derivó en un carraspeo incómodo.

—La costa es bonita —comentó echando un vistazo alrededor.

—Sin duda. Uno de los lugares más bonitos del Cantábrico.

—Es que yo ya sabes que soy más del Mediterráneo.

—Si es que, ahora que lo pienso, no teníamos nada en común. ¿Cómo pudimos durar tanto tiempo juntos? —inquirí bebiendo un trago de la deliciosa cerveza fría.

—Porque nos amamos.

Me atraganté y tosí.

—Nando, nos queríamos. Pasado.

—Pero si yo he venido aquí para que no te sintieras sola en tu cumpleaños —insistió—. Y, aunque tu madre adornara un poco la historia, sé que hay algo entre nosotros.

—No hay nada; de hecho, tengo novio.

—¿Has vuelto con el entrenador? —exclamó incrédulo.

—No, estoy con Sergio.

—¿El surfista cachas? Pero si no pegáis ni con cola industrial. Tú lo que necesitas a tu lado es un hombre intelectual, como yo, con las ideas claras, con el que se pueda tener una conversación tranquila, debatir de todos los temas. Nosotros somos así, estamos hechos el uno para el otro.

—¿En serio piensas que yo busco un hombre como el que has descrito?

—Por supuesto, un hombre parecido a tu padre y semejante a ti. Con ese surfista lo único que estás haciendo es desperdiciar tu potencial.

—No creo que esté desperdiciando nada. Además, tú no lo conoces.

—Me basta con verlo para calarlo, soy así, un tío inteligente.

«Y bastante gilipollas», añadí mentalmente.

—Nosotros teníamos planeadas muchas cosas, con tu carrera y la mía podríamos... —prosiguió.

—Las planeabas tú, yo no —lo interrumpí.

—¿Esto es porque no te apoyé con la cuestión familiar que surgió a raíz de..., ya sabes, lo de tu padre?

—Supongo que entonces empecé a darme cuenta. Cómo tú dices, era una

cuestión en la que estabas conmigo o contra mí.

—Yo no me posicioné, me gusta ser cordial con todo el mundo.

—Sí, en eso eres un maestro, pero ahí no había término medio.

—¡Eh, pareja! —nos saludó Violeta, caminando a paso rápido mientras tiraba de sus hijas mayores y manejaba con poca pericia el cochecito de la pequeña. Por no hablar de los equilibrios que hacía con las bolsas, la sombrilla y los juguetes.

—¡Hola! ¿Ya se ha ido tu marido? ¿Cómo estás? —le pregunté.

—A primera hora, para no pillar atasco. Y estoy bien, le he cogido una pastilla a Rodolfo, de las que utiliza en la clínica, y es maravillosa.

—Me alegro —dije despidiéndome, viendo cómo se alejaba.

—¿Está casada con un médico? Porque eso sería mala praxis —incidió Nando.

—No, con un veterinario.

Me miró escéptico y se ajustó las gafas de pasta.

—Entonces ¿qué se ha tomado?

—Vete tú a saber, peor que una botella de vodka no creo que sea —afirmé sabiendo que eso lo soliviantaría.

—Ya veo, ya... Igual que tenga ya tres hijas con su edad es producto de esas pastillas y del alcohol.

—Más bien del catolicismo acérrimo del marido.

—Desde luego, el ser humano acabará destruyendo la Tierra con la superpoblación. Están agotando los recursos geotérmicos, el agua, la agricultura. Qué gente más egoísta, qué poco piensan en el futuro de sus hijos. Menos mal, Livia, que nosotros no cometimos esa estupidez nunca. Escalofríos tengo de ver a tu amiga —pronunció haciendo un gesto tembloroso que presumí quería ser gracioso y fue patético.

—No te das cuenta de nada, ¿verdad? —murmuré más triste que furiosa.

—¿De qué tengo que darme cuenta?

—Me quedé embarazada, Nando.

Me examinó un instante en silencio, quizá valorando lo cierto de esa afirmación.

—Por lo que puedo apreciar, ya no lo estás, así que por lo menos fuiste razonable y te deshiciste de él.

—¿No te afecta? Era también tu hijo.

—Sabes perfectamente que no quiero procrear, me horroriza la sola idea. Ahora me siento aliviado, aunque habría preferido no saberlo.

—Ni siquiera te enteraste —musité hirviendo de ira.

—Ahora, me refiero al presente. ¿Era necesario decírmelo? ¿Querías hacerme sentir culpable? No lo soy. Tú, cuando me conociste, sabías cuáles eran las premisas de nuestra relación.

—Y tú —siseé levantándome—, cuando te fuiste a Noruega, sabías cuáles eran las premisas de nuestra ruptura.

—No sé si lo he entendido, Livia.

—¡Vete a la mierda! ¿Te ha quedado ahora claro? —exclamé, y me alejé sin mirar atrás.

—¡No hacía falta ser tan grosera! —Oí a mi espalda, y, sin volverme, le hice una peineta más grosera, pero también mucho más silenciosa.

Resoplando como una locomotora atravesé el paseo marítimo. Con un enfado que superaba cualquiera anterior, me quité las sandalias y doblé el bajo de mi pantalón para internarme en la arena sin una idea clara, excepto, quizá, la de seguir caminando hasta que me tragara el mar. Al ser un día laborable y media mañana, tampoco había demasiada gente, así que pude llegar a la orilla sin saltar toallas y neveras portátiles. Me detuve mirando al horizonte, lamiéndome los pies las siempre imprevisibles olas, sin saber si reír o llorar por los años perdidos. Una voz chillona a mi izquierda me desconcentró.

—¡Marieta, Magdalena! ¡Quietas!

Me volví como un resorte y corrí en ayuda de Violeta, que, con la pequeña en brazos, llamaba a sus hijas para que no se internaran en una zona profunda.

Pese a que ondeaba todavía la bandera amarilla, no tardarían en elevar la roja. El mar, aunque fuese un día soleado, parecía tan furioso como yo.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté llegando a su altura.

—Desesperadamente. Te vendo una hija, ¿cuál te gusta?

—Créeme, ahora eso no es una buena broma.

—Si no es broma. Incluso te la regalo —replicó ella apretando los dientes mientras sus hijas reían sumergiéndose una y otra vez.

—¿Voy a por ellas?

—¿Así vestida? —Me miró desconfiando—. Mejor quédate con Miranda, ¿sabrás cuidarla unos minutos? —inquirió entregándome a la más pequeña.

—Supongo que sí —dije cogiéndola en brazos—. Me voy a la sombrilla, ¿de acuerdo?

—Vale, y dale también el biberón, tiene hambre. Sólo tienes que mezclar los polvos con el agua caliente y agitar bien. ¡Y asegúrate de que no trague aire o luego te haré responsable de sus cólicos!

Sin contestar, me acerqué a la sombrilla, que venía ser una tienda de campaña cortada por la mitad, algo que se había puesto de moda entre las familias en los últimos años. Me senté a la sombra y escarbé en el bolso de la silla de paseo, localizando el babero, el biberón, el bote de polvos y las toallitas húmedas.

—Así que tienes hambre, ¿eh, Miranda?

Ella gorjeó meneando los bracitos, viendo ya el biberón e intentando alcanzarlo.

—Espera, pequeña glotona, que primero tengo que agitarlo.

Me situé con las piernas cruzadas en la posición del loto y a ella sujetándola con mi brazo izquierdo. Poniéndole el babero, que no debió de gustarle mucho, ya que intentó quitárselo con grititos de protesta, la acallé introduciéndole la tetina en la boca. Durante dos minutos todo fue silencio y calma. Miranda llevó sus pequeñas manos al biberón, indicándome cuándo quería continuar o parar, y yo sonreí con ternura. Esa capacidad tenían los

bebés, que te permitían dejar tu mente en blanco y sólo pensar en ellos y en sus necesidades, aparcando tus propios problemas.

—¿Ya? ¡Qué rápida eres! Igual que tu madre con el vodka —le susurré, y ella emitió una risita complacida.

La erguí y la puse contra mi hombro, dándole pequeños toques en su espalda desnuda, hasta que oí el eructo, que también me recordó a su madre, y el olor de la leche vibró unos instantes bajo mi nariz.

—Así, preciosa —comenté cambiándola de posición—. ¿Estás mejor? —le pregunté bailándola en mis brazos.

Ella se distrajo tirándome del pelo, eligiendo cuál era el mejor mechón para llevárselo a la boca. Así me encontraba cuando alguien se detuvo delante de mí haciéndome sombra. Elevé la vista y vi a Sergio, sonriéndome de una forma tan íntima que enrojecí. Todavía llevaba puesto el traje de neopreno y tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás.

—Te queda muy bien —afirmó ladeando la cabeza.

—Violeta necesitaba algo de ayuda —repliqué sonrojándome todavía más.

—¿Qué tal con Nando?

Hice una mueca de lo más elocuente.

—¿Camino de Noruega? —insistió.

—Eso espero —dije suspirando.

—Bien —declaró sentándose frente a mí, sobre una toalla de las princesas Disney, y continuó mirándome durante unos minutos con gran interés.

—¡¿Qué?! —estallé sin poder contenerme.

—Serás una madre maravillosa.

—¿Quién? ¿Yo? Te equivocas, en el caso de que llegara a serlo algún día, sería horrible.

Miranda nos distrajo porque había encontrado en Sergio algo mucho más apetecible que mi pelo y estiró los bracitos hacia él.

—Anda, así que a ti también te gustan los chicos guapos y rubios, ¿eh? Pues con el padre que tienes no sé yo si vas a tener muchas oportunidades...

Sergio rio haciéndole una carantoña a la pequeña y ella respondió en forma de carcajada.

—¿Por qué serías horrible? —preguntó.

Suspiré y lo miré fijamente.

—Por un millón de cosas. Sería implacable con el respeto debido a sus congéneres, con la responsabilidad, el trabajo, y le inculcaría la libertad por encima de todo. Además, odio los parques. ¿A qué madre no le gusta llevar a sus hijos al parque? Por no hablar de cumpleaños en chiquiparks, circos, disfraces y las noches tan infernales que le daría al desgraciado padre para que se levantara él a atenderlo.

—A mí no me importaría ser ese desgraciado padre —murmuró.

Lo miré sin saber qué decir, aunque sí supe qué hacer.

—¡Toma! —le dije entregándole a Miranda—. A ver si así se te pasa la insolación.

Pero no lo vencí, ni siquiera conseguí asustarlo un poco. La cogió con habilidad, sujetándola con un solo brazo, y estuve segura de que Miranda se enamoró de él nada más mirarlo a los ojos. Suspiró y gorjeó encantada, mientras Sergio le hacía cosquillas en la barriga. Alzó sus bracitos y con una diminuta mano le acarició esa barba que no llegaba a ser barba ni tampoco un afeitado en condiciones con algo muy parecido a la adoración, emitiendo un chillido desenfrenado.

—Creo que ella también piensa que los cepillos para quitar pelusas son muy excitantes —determinó mirándome.

Enrojecí hasta la raíz del pelo, recordando mis frustrados intentos de seducirlo la noche anterior y él estalló en carcajadas, lo que provocó que Miranda riera con él.

—Voy a decirle a Violeta que me la llevo al apartamento, está empezando a hacer demasiado calor —farfullé levantándome y sacudiéndome la arena pegada al trasero de mi pantalón negro.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, Miranda. Tiene un culo impresionante —le

oí murmurar al bebé mientras me acercaba a la orilla.

—Violeta.

—¿Hum...? —inquirió ella sin despegar la vista de sus hijas mayores.

—Me llevo a Miranda al apartamento.

—Está bien, ahora suele dormir una pequeña siesta. ¿Sabes cambiar un pañal?

—Lo intentaré.

—Sí, ya sé que eres un poco limitada para muchas cosas, pero si ves que tienes problemas, en YouTube hay unos tutoriales estupendos.

—Tomo nota —contesté girándome.

Cuando llegué de nuevo junto a Sergio, él ya la había vestido, puesto en la silla y atado.

—Gracias —le dije intentando manejar las ruedas en la arena sin que volcara el cochecito.

—Ya lo hago yo. Os acompaño —decidió quitándomelo de las manos.

—Pero si ni siquiera llevas los escarpines.

—No me importa, por lo menos hasta el paso de cebra de la carretera, el que está justo en la curva. Es peligroso.

—Creo que soy capaz de cruzar una calle con un cochecito de bebé.

—No discutas.

Resoplé y, cuando llegamos a suelo firme, tomé los mandos. Él caminó a mi lado, poniéndome el brazo sobre los hombros. Y dio la maldita casualidad de que en el corto trayecto me encontré con varios conocidos.

—¡Hombre, Livia! No sabíamos que...

—No es mía. Ni de él.

—Ah, ya.

—¡Livia, qué alegría! ¿Cuánto tiempo tiene?

—Ni idea, es prestada.

—¡Livia, cuánto tiempo sin venir y ya con un bebé!

—Es un muñeco.

—¿Y él?

—Él también, ¡es que ahora los hacen de un realismo...!

—¡Livia!

—¡Que no! ¡Que no es nuestra! ¡Ni él tampoco es mío!

—Te estás asustando —canturreó Sergio sin perder la sonrisa cuando dejamos atrás a la última pareja.

—¿Yo?

—Sí, tú. Ahora mismo sufres espasmos y sudores fríos. El nombre clínico es *fobia al compromiso*.

—¿Es que tú no?

—Para nada. Yo estuve comprometido con una mujer ocho años, desde luego, más comprometido que ella.

—Pues no estoy asustada —repliqué sin argumentos.

—Sí, lo estás. ¿Qué harías si ahora tuviera el impulso de pedirte que nos casáramos?

Me detuve en mitad de la acera y lo enfoqué con seriedad.

—Te rogaría que me lo propusieras en un barco.

—¿Para recordar la primera vez que nos dijimos que nos queríamos?

—Para tirarte por la borda, más bien —contesté haciendo una mueca.

A lo que él me respondió en sonoras carcajadas.

—Lo dicho, que estás aterrorizada —repitió canturreando de nuevo.

—Pero ¿qué problema tienes?

—Yo, ninguno —aseguró.

Lo ignoré y me incliné sobre Miranda, que iba mirando alrededor con curiosidad.

—Cariño, tú hazte lesbiana, que los hombres son todos muy raros.

—Cómo te oiga su padre...

—Hala, que ya hemos llegado al cruce. Vuelve a la escuela y tómate unas cervecitas, a ver si se te pasa ese deseo imperioso de compromiso.

—Joder, eres única, Livia —dijo despidiéndose con un beso no apto para

menores.

—¡Livia! ¡Si tu madre no nos había dicho que te habías casado y tenido un bebé!

Me separé de Sergio para dirigirme a la señora, tan amable, que se había parado junto a su marido.

—¿Y cómo se llama?

—No lo sé, la acabo de robar de la playa y a éste lo acabo de conocer.

La señora empalideció y empujó a su marido para seguir caminando. Sergio los detuvo.

—Perdonad a mi esposa, no duerme bien por las noches, ya saben, los cólicos nocturnos. Yo soy Sergio y nuestra pequeña, Miranda.

Lo fulminé con la mirada y él me guiñó un ojo divertido. Sujeté con fuerza el manillar de la silla y aceleré.

—Lo dicho, Miranda, tú hazte lesbiana. Que, de paso, así jodes a tu padre.

Al llegar al apartamento, le cambié el pañal y la acosté en nuestra cama, rodeada de almohadas por miedo a que tuviera la misma costumbre que yo de girar como un torbellino y acabar en el suelo. No obstante, sin llegar a salir de la habitación, decidí tumbarme junto a ella por si acaso. Durante minutos que transcurrieron rápidos y relajados, la observé dormir, deteniéndome en el color saludable de sus mejillas y los casi imperceptibles ruiditos que hacía con la boca, frunciéndola y sonriendo de medio lado, como si disfrutara de un sueño repleto de biberones. En un reflejo, me llevé la mano al vientre plano, sintiendo de forma violenta la pérdida que había procurado olvidar con ahínco. Esa añoranza por lo que podría haber sido y nunca llegó. Secándome una lágrima furtiva, cerré los ojos al pasado que ya no podía cambiar. Sin embargo, traicionándome una vez más, imaginé cómo debía de ser tener a mi propio hijo acunándolo en mis brazos, sentir su peso ligero, acariciar su pelo suave y oloroso, atrapar sus minúsculos dedos entre los míos para llevármelos a la boca y besarlos. Enterrar la nariz en los pliegues de su cuello hasta

hacerlo reír de placer y reírme con él. La felicidad de las cosas simples, sencillas y únicamente tuyas. Me giré despacio para no despertar a Miranda y cogí un pañuelo de la mesilla para secarme las lágrimas, prometiéndome no volver a recordar, ya sabiendo que sería imposible olvidar.

Con un suspiro, logré levantarme de la cama, pero no me alejé demasiado, sólo hasta el frigorífico, donde me aprovisioné de fruta y una botella de agua para regresar a la habitación e intentar estudiar al menos un par de horas. Echaba miradas furtivas a Miranda, que debía de seguir regodeándose en su sueño, mientras intentaba concentrarme sin llegar a conseguirlo. Había decidido no dedicar más de un segundo de mi vida o pensamiento a Nando. El tema que me había comentado mi madre sí me preocupaba. Aunque cabía la posibilidad de que exagerara o se hubiera equivocado, había algo que no cuadraba. El mutismo de Sergio acerca de su pasado, la forma que había tenido de huir del país cuando supo de la traición. ¿Por qué lo había hecho? ¿Acaso tenía algo más que ocultar o por lo que escapar? ¿Me habría estado mintiendo todo ese tiempo?

Seguí meditándolo un buen rato, sin encontrar otra solución que preguntárselo directamente a él, hasta que se despertó Miranda llorando y reclamando su merienda. Violeta, con el oído animal que sólo posee una madre, apareció de inmediato en mi puerta, agradeciéndome que le hubiera dado un respiro. Le entregué a la pequeña con reticencia, como si hubiese ejercido un poderoso hechizo sobre mí, sintiendo la poderosa atracción primaria de mantenerla junto a mi pecho para hundir de nuevo la nariz en los recovecos de su carne y aspirar su olor a pura inocencia.

Le quité importancia al agradecimiento de Violeta y cerré la puerta sintiéndome más cansada de lo habitual, con toda probabilidad por darle vueltas a la cabeza en vez de estudiar, así que me di una ducha para despejarme y me senté en el sofá con los apuntes sobre las piernas. En ese momento entró Sergio, justo cuando el sol se estaba poniendo, con dos bolsas de la compra en las manos.

—¿No está Miranda? —inquirió.

—Gracias, mi amor, yo también te he echado de menos.

Sonrió y se acercó a darme un ligero beso en los labios mientras descargaba la comida y la guardaba.

—He comprado comida china. ¿Te gusta?

—¿Pan chino?

—Sí, nunca lo compro, pero vi que era lo único con suficiente aceite por encima como para agradarte.

—Qué bien me conoces.

—Ya te lo dije.

—Y qué poco te conozco yo a ti —repliqué.

—¿Cómo?

—¿Quién eres, Sergio?

—¿Otra vez con eso de las profesiones?

—¿Acertaría si dijera que eres un delincuente profesional?

Se detuvo metiendo una botella de leche en el frigorífico. Lo cerró de un golpe y vino al sofá, sentándose en la mesa de centro con las piernas abiertas, frente a mí. Por un momento tuve un pensamiento escapista y mi vista se dirigió a la terraza, planteándome si me rompería algún hueso en el caso de que tuviese que saltar.

—¿Qué demonios te ha contado tu madre? —preguntó con fiereza.

—Pues una historia que no me termino de creer y que me empieza a cuadrar. ¿Eres Iván o eres Sergio?

—¿Es eso lo que quieres saber? —esgrimió sacándose la cartera del bolsillo trasero del pantalón para hurgar en ella y lanzarme su DNI encima de los papeles que todavía reposaban sobre mis piernas.

Lo cogí y observé su fotografía. ¿Cómo podía haber salido tan bien en una fotografía de DNI? Y después comprobé su nombre, apellidos, fecha de nacimiento y firma.

—¿Y cómo sé yo que no le has robado este documento a tu hermano?

—¿De verdad crees que puedo hacer algo así?

—Ya no sé lo que creer —murmuré frotándome el puente de la nariz—. Mi madre me ha dicho que Iván está en busca y captura por algo relacionado con un delito de evasión fiscal.

—¿Y sabes quién lo denunció?

Empalidecí y enmudecí a la vez, adivinándolo.

—Sí, fui yo. Y eso me costó perder a toda mi familia —masculó pasándose la mano por el pelo con nerviosismo.

—Explícate, por favor —le pedí.

—¿Sabes lo que es una estafa piramidal?

—Claro, más o menos. También estoy al tanto de la Ley de Prevención de Blanqueo de Capitales.

—Bien, mi hermano es un genio en su campo, la economía. Comenzó falseando cifras, cambiando el dinero de un lado a otro como un habilidoso malabarista sin que las autoridades se percataran de ello y, por supuesto, con el beneplácito de sus clientes.

—Un trilero.

—Algo más complicado, porque además se metió en negocios turbios de blanqueamiento de dinero proveniente del tráfico de drogas. Compartimos algunos clientes y comencé a sospechar hace un par de años; sin embargo, los beneficios que obtenía los invertía tan rápido que acabé perdiendo la pista a la mayoría de las cuentas que investigué. Creó una trama tan intrincada como una maldita tela de araña, era imposible rastrearlo. No obstante, todo estalló cuando...

—Cuando descubriste que se estaba tirando a Sandra.

—Exacto. ¿Podrías ser menos directa?

—Perdón, creo que vengo así de serie, aunque todavía estás en período de devolución, por si te interesa —le dije intentando quitarle hierro al asunto, sin conseguirlo, ya que no esbozó ni una mísera sonrisa. Recordar su pasado le

estaba doliendo más de lo que dejaba entrever, y me asustó sentir de forma palpable la soledad que emanaba de él—. ¿Qué hiciste?

—Primero, hablé con Iván, intentando dejar a un lado mis sentimientos personales, y trazamos un plan para que fuera devolviendo el dinero poco a poco, pero fracasó porque estaba tan metido en ello que resultó ser algo adictivo. La erótica del poder y el dinero fácil. Así que, viendo que aquello podía llevar a la quiebra a la gestora, decidí hablar con mi padre para que entrara en razón. Me equivoqué, mi padre y mi madre lo apoyaron a muerte y se posicionaron en mi contra.

—Era su hijo tanto como tú —musité.

—Sí, pero eso me costó toda mi vida y él sólo perdió parte de su libertad. Además de quedarse con la chica.

—¿Y la empresa? Si mi madre está en lo cierto, el escándalo ha salido a la luz.

—No me importa, Livia. Yo podría haber actuado de escudo, pero me descartaron.

—Sí te importa.

—Vale, puede que un poco.

Enarqué una ceja con escepticismo.

—Bastante —accedió—. Crecí con la responsabilidad de mantener el prestigio de la empresa, me esforcé durante años por ser el mejor y, cuando les prometí que estaría con ellos para capear el temporal, me descartaron.

—¿Sabes dónde está ahora Iván?

—Ni idea. Me largué, cambié mi número de teléfono y desaparecí. Decidí que por una puta vez iba a ser yo mismo, sin las directrices familiares ni la limitación de Sandra.

—¿Yo te limito? —le pregunté preocupada.

—Tú eres el viento que empuja la ola y después a ti para que puedas montarla. —Sonrió sesgadamente.

—¿Estás seguro de eso?

—Sin ti, Livia, soy menos yo —afirmó con rotundidad.

Le cogí la mano y se la apreté con fuerza.

—Siento haber dudado de ti, aunque tienes que reconocer que la historia es un tanto rocambolesca.

—¿En España? Eso está a la orden del día, somos el paraíso de los estafadores. Es a los justos a los que se nos juzga.

—Sí, tienes razón.

Permanecemos unos instantes en silencio y sentí una terrible tristeza al ver sus ojos cubiertos de esa sombra que lo había abandonado hacía días. Esa soledad e incompreensión por la vil traición de los que más amaba. Yo sabía mejor que nadie las consecuencias que ello acarreaba, el dolor que no decrecía con el paso de los días, el rencor acumulado y las heridas de nuevo abiertas.

—¿Qué va a pasar ahora? —inquirí.

—¿Con él? ¿Conmigo? No lo sé. Ni siquiera sé si consiguió llegar a un país donde no existe la extradición. Y conmigo, bueno, ya lo sabes todo de mí. ¿Quieres que me vaya?

—Quiero que te quedes conmigo mi vida entera, porque ¿sabes una cosa, Sergio?

—¿Qué?

—Contigo, soy yo.

Capítulo 14

Just gonna stand there and watch me burn *

«Sin ti, soy menos yo.

»Contigo, soy yo.»

Esas dos frases con reminiscencias a voto matrimonial estadounidense, propio de películas a media tarde con actores desconocidos, no dejaron de resonar en mi cabeza en los días siguientes. ¿Fuimos sinceros o nos dejamos llevar por el momento? Al principio las olvidé, para recordarlas a la mañana siguiente con cierto regusto amargo. Finalmente consiguieron paralizarme, comprobando que la teoría de Sergio acerca de mi supuesta alergia al compromiso era cierta. El miedo a entregarme por completo y a sufrir por una supuesta separación cercenó cualquier pensamiento coherente. Me aterraba la idea de profundizar en los entresijos de nuestra relación, de plantearnos un futuro, de encajar nuestras vidas dispares en una sola. Me asustaba fracasar, en una palabra.

No supe afrontarlo como algo natural, evolucionar juntos, y quedó meridianamente claro en mi repentino mutismo y en mis desaforadas ganas de enterrar la nariz en los apuntes, de los que no me separé en horas, excepto el momento de flaqueza que tuve para llamar a la única persona a la que no debería haber llamado encontrándome así.

—Y al tercer día... resucitó —me contestó él.

Suspiré e intenté que no me temblara la voz.

—Asier, creo que nos debemos una larga conversación.

—En eso sí estoy de acuerdo.

—¿Te apetece que cenemos juntos esta noche?

—Me apetecen muchas más cosas, ésa en concreto también. A las nueve paso a recogerte.

—Nos vemos luego —murmuré, y colgué, quedándome con el teléfono apoyado de canto en la barbilla, preguntándome de nuevo si no estaría estropeando lo mejor que la vida me había ofrecido en los últimos seis años.

A media tarde me duché y me preparé, sin llegar a decidir qué decirle a Sergio cuando llegara del trabajo. Sin embargo, no conté con que él se había anticipado a mí. Salí de la habitación con el bolso ya en la mano y lo descubrí sentado en el sofá, leyendo con tranquilidad. Levantó la vista del libro electrónico e intentó sonreírme.

—Estás muy guapa, ¿vas a algún sitio?

—He quedado con Asier para cenar. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—Ya.

—Ese «ya» no me ha gustado nada —dije con un nudo en el estómago, como si sintiera que lo estaba traicionando.

—No hay demasiadas formas de pronunciar dos simples letras, Livia.

—Ya.

—¿Lo ves?

Ladeé la cabeza y lo examiné con detenimiento unos segundos preciosos, en un momento de impresión mental de una imagen, un fotograma indeleble de nuestra memoria. Él enarcó una ceja interrogante.

—¿Qué leías? —le pregunté.

—Oh, sólo algo que me recordaba a ti. Escucha: «El autobús se detuvo en la parada con un chirrido espantoso de los frenos, acallado en parte por el murmullo de decenas de conversaciones a mi alrededor. Ese día en concreto no tenía nada de especial, excepto el hecho de que llovían gotas negras tras el cristal. Entonces te vi y te convertiste en la coincidencia más asombrosa de mi vida, cuando todavía no eras nada más que una mujer con semblante impasible bajo una marquesina sucia. Una mujer que se merecía más de una mirada, de dos, de tres, infinitas, como si al pasar delante de ella no pudieras reprimir el

impulso de fijar su rostro en tus pupilas para recordarlo cuando ya no tuvieras más que el sombrío destino frente a ti, recuperando la esperanza en su belleza. Y entonces, tú giraste la cabeza y tus ojos chocaron con los míos, fríos, distantes. Desconocidos. Y aquella mirada acarició el alma vieja sin cicatrizar que escondía bajo una piel tersa. La pulsión del deseo más exacerbado me invadió...».

—«... El anhelo por convertirme, no sólo en una mera coincidencia, sino en lo más cotidiano de mi vida» —terminé por él—. ¿Por qué has elegido precisamente a Harold Shelby? Sabes que no hay nadie que me toque el corazón como él.

—¿Ni siquiera yo?

—Tú lo haces de otra forma —repliqué, descubriendo en ese mismo momento, en aquel párrafo, como si de una maldita premonición se tratara, que nuestra historia de amor tendría un punto final sin mediar puntos suspensivos—. Tengo que irme, llego tarde —murmuré, intentando recomponerme sin que él notara que ya me había roto.

—Livia —me detuvo con su voz cuando ya sujetaba la manija de la puerta—. No quiero que seas una mera coincidencia, quiero que seas lo más cotidiano de mi vida.

—¿Qué intentas decir? —inquirí volviéndome.

—Que antes de que vayas a reencontrarte con el que fue el gran amor de tu vida, quiero que lo hagas con la idea de que él nunca te amará como lo hago yo.

Cerré los ojos un instante y asentí con la cabeza, aunque no logré contestar. Al cerrar la puerta tras de mí, incliné el rostro, reprimiendo las lágrimas, hasta que logré encontrar el modo de caminar con firmeza, pese a que ni siquiera me diera cuenta del suelo que pisaba.

Me detuve después de bajar la escalera, todavía algo aturdida, parpadeando al ver a Asier acercarse a mí con una bolsa de papel marrón manchada de grasa.

—¿No íbamos a cenar?

—¿Qué crees que llevo aquí? —replicó él con una sonrisa amplia. Tuve que reconocer que pocas veces lo había visto tan atractivo, o quizá era mi pasado el que ya me susurraba con veneno en el oído—. ¿Te encuentras bien? —añadió.

—Sí, no hay problema —afirmé intentando devolverle la sonrisa—. Aunque yo tenía pensado algo más elaborado.

—No empieces a protestar y sígueme —exigió cogiéndome la mano.

Nos internamos en el jardín y me hizo pasar a través de un agujero en un muro de setos escondido en la esquina frontal del edificio. Esta vez sonreí de forma sincera y me paré, sacudiéndome las hojas enredadas en el pelo.

—Ya no te acordabas —musitó haciendo una mueca.

—Cómo no voy a recordar nuestro rincón alejado del mundo. Así lo llamabas tú, ¿no?

—Nuestro banco.

—No entiendo por qué está todavía aquí —murmuré con la niebla de la nostalgia rodeándome.

—Me imagino que el jardinero habrá pensado que es mejor seguir regando las plantas que podarlas. Vamos, siéntate, que la cena se está quedando fría.

Hice lo que me sugirió, sentándome en un extremo, colocándose él en el otro. Entre nosotros depositó la bolsa y sacó una caja, entregándomela.

—Doble *cheeseburger* con extra de mayonesa, beicon y sin pepinillo. También he traído...

—Coca-Cola, no Pepsi.

—Sí.

—Y patatas fritas medianas.

—*Voilà*. Todo tuyo, disfrútalo.

—¿Todavía te acuerdas?

—Por supuesto, llenabas mis hamburguesas de pepinillo mientras te quejabas de que siempre lo pedías sin ese ingrediente; eso es muy difícil de

olvidar —aseguró manteniendo la sonrisa.

—Siempre he sido un poco maniática —me excusé dándole un mordisco a la hamburguesa.

—Yo diría que exigente —contradijo él haciendo lo mismo con la suya.

Durante unos minutos comimos, sin interrumpirnos con palabras demasiado serias como para pronunciarlas con los dedos pringados de grasa. Al terminar, guardé los restos en la caja y bebí un largo trago de Coca-Cola, suspirando.

—Anda que no habremos pasado horas aquí —musité.

—Sí, recuerdo que hablabas y hablabas, tumbada con la cabeza sobre mis piernas mientras yo te miraba embelesado en tus explicaciones. Tenías una para todo. Eras incansable. Supongo que lo de estudiar Derecho fue vocacional.

—No tanto. Aunque también recuerdo que pasábamos mucho tiempo callados.

—Besándonos, horas y horas. Y también hicimos algo más que besarnos. Todavía tengo cicatrices en el trasero por las astillas.

Lancé una carcajada ante su gesto mohíno que no supe muy bien si fue divertida o amarga. Deslicé la vista hasta el agujero del parterre y un recuerdo lejano destelló en mi mente, tan de improviso que contuve la respiración, creyendo ver a Rebeca asomándose y sacándonos la lengua.

«Id a un maldito hotel», nos gritaba siempre.

Rebeca, nuestra cómplice, nuestra amiga, mi hermana del alma. Levanté la cabeza para mirar la pared de piedra del edificio como si pudiera ver el interior del mismo, pese a que en ese instante no estaba situada en el presente, sino en el pasado más maravilloso del que tenía memoria. Antes de que todo cambiara. Mis padres discutiendo por alguna tontería, Rebeca y yo riéndonos de ellos y preparándonos para salir. Más tarde, ya de noche, dos almas gemelas compartiendo confidencias en el sofá cama. Entorné los ojos cuando otro recuerdo se deslizó de forma sibilina desde el entramado de mi

adolescencia. Hubo una vez que me desperté descubriendo sus sollozos y me incliné sobre ella.

—¿Qué ha ocurrido, Rebeca?

—Nada.

—Yo te lo cuento todo, cuéntamelo.

—No, Livia, hay cosas que hieren tanto que es imposible decirlas en voz alta. No insistas, por favor.

Me limité a rodearla con un brazo hasta que se quedó dormida. ¿Cómo es que no supe ver lo que sucedía realmente? ¿Tan ciega estaba?

Sentí un dolor tan profundo que dejé escapar un gemido entrecortado.

Asier apartó las cajas y las bolsas con rapidez y me acercó a él, apretándome contra su cuerpo. Luché lo indecible porque las lágrimas no me vencieran, sorbiendo por la nariz de forma muy poco elegante.

—¿Estás mejor? —inquirió Asier con ternura.

—Sí, es que hoy no es uno de mis mejores días. Estoy bastante melancólica.

—¿Por qué?

—Por esto. Por todo. Ya ni lo sé.

—Has tenido que recurrir a toda tu fortaleza para volver aquí, Livia. Enfrentarse con tantos años de recuerdos no estará siendo nada fácil.

—De hecho, yo sólo quería un lugar tranquilo, silencioso y solitario para estudiar —repliqué sin llegar a creerme esa afirmación.

Dándome cuenta en ese mismo instante, reconocí que simplemente había regresado porque deseaba encontrar a esa Livia que me caía bien, no a la que había acabado por detestar.

—Bueno, quizá pueda ayudarte con eso, si quieres —sugirió Asier.

—¿Cómo?

—He venido con la intención de ofrecerte un trabajo, aprovechando para sobornarte con tu comida favorita. —Se separó de mí unos centímetros para poder mirarme al rostro.

—¿Un trabajo?

—¿Sorprendida? ¿Qué creías? ¿Que iba a pedirte que te casaras conmigo?

—No, no, claro —balbucí enrojeciendo, puesto que sí se me había pasado por la mente esa idea, no demasiadas veces, pero sí algunas para tenerla presente.

—Voy a comprar el local situado al lado de la escuela, ampliar el negocio. Cada vez tenemos más demanda y los *surfcamp* están funcionando muy bien. Me gustaría contar contigo para la próxima temporada. Creo que ya lo tendré todo arreglado para entonces.

—¿En condición de qué?

—Eres la mejor surfista que conozco. Yo mismo te entrené.

—Sabes que lo dejé.

—Nunca lo has dejado, Livia. Lo noto por cómo miras al mar. Si has podido regresar, también puedes enfrentarte a los demonios del agua.

—Pero yo ya tengo...

—¿El qué? ¿Un examen el próximo mes? ¿Y si no sale bien?

—Marta me ha propuesto un plan B.

—¿Volver a Inglaterra?

—Me vino muy bien estar en Oxford después de lo que sucedió, creo que ese tiempo allí me salvó la vida. Cuando ya no puedo soportarlo más, hago un ejercicio de introspección en el que vuelvo a caminar por las angostas calles empedradas observando en mi mente las agujas que iluminan la ciudad al anochecer. Me ayuda bastante a relajarme.

—No puedes vivir lejos del mar, y tú lo sabes.

—Lo he hecho durante seis años, no sabes a lo que el ser humano acaba acostumbrándose.

—Cuando te conocí tenías mil sueños por cumplir y empuje para ello.

—Esos sueños caducaron, Asier.

—Prométeme que lo pensarás.

—Prometido —murmuré, quizá un poco rápido como para tomármelo

realmente en serio.

—Venga, demos un paseo —dijo levantándose y tendiéndome la mano, sin mostrar ninguna señal de que intuyera lo aturullada que tenía yo la mente.

—¿Adónde?

—Aquí mismo —decidió tirando de mí.

Traspasamos el agujero y salimos al frondoso jardín, donde pude aspirar el aroma a salitre mezclado con el de las peonías en flor. Caminamos unos metros en silencio, hasta que, de improvviso, Asier me empujó contra la pared, poniendo él la mano para contener el golpe. De su rostro, en la penumbra, relucían los ojos, clavados en mí. Me rodeó la cintura con la otra mano y la aventuró por debajo de la blusa negra de seda, acariciando mi piel hasta que todo el vello se erizó. Gemí levemente y entreabrí los labios suspirando. Me besó como sólo un hombre que me hubiera besado más de un millón de veces sabría hacer. Mis manos abarcaron su espalda y acabaron sujetándole la nuca, sin querer separarme de él. Por fin, la cordura se abrió paso en mi cerebro embotado por las sensaciones y lo aparté con firmeza.

—No, Livia, esto tampoco puedes negarlo. Si volviste, no fue para aislarte, fue para buscarme, aunque tú ni siquiera supieras tus intenciones al principio.

—No lo entiendes, Asier.

—Lo entiendo. Te he visto caer y levantarte con tozudez, entrenar lesionada y competir lesionada. Comportarte de forma estúpida en la mayoría de las situaciones, reflexionar y dar un paso atrás. Nos conocemos desde hace más de veinte años. ¿Por qué crees que nunca me he comprometido con ninguna otra? Porque estuve a tu lado en cada paso que diste hasta convertirte en una mujer que destrozaba corazones a su paso, esperando a que te dieras cuenta de que nadie, nunca, podría amarte tanto como yo te amo.

«Sin ti, soy menos yo.

»Contigo, soy yo.»

Quise llorar, gritar, desgañitarme sin prorrumpir en sonido alguno, sintiéndome destrozada, herida hasta morir. Me lo había estado negando todo

ese tiempo, sin descanso, enamorándome de otro hombre cuando ya amaba a uno. Negué con la cabeza agotada. No podía traicionar a Sergio, aunque ya lo había hecho. Me odié hasta la náusea. Y, a la vez, de forma desconcertante, no podía apartar las manos de Asier, como si él fuera el ancla que mi vida buscaba de forma desesperada.

—Vete, por favor —le pedí.

—¿Estás segura? —inquirió como si esta vez sí pudiera ver el conflicto de mi corazón.

—Sí —musité, y él se alejó en silencio, quedándome yo apoyada en la pared, magnificándose cada hueco de la piedra, cada arista, cada ángulo.

Cuando estaba a unos tres metros de distancia, se volvió, sacando algo del bolsillo de su pantalón negro.

—Nunca te pediría que te casaras conmigo, Livia. Sé que huirías hasta llegar al otro extremo del mundo. Sin embargo, esto llevo guardándolo durante seis años —dijo lanzándome una pequeña caja que cogí al vuelo, apretándola con fuerza en mi mano—. Si decides ponértelo, estoy resuelto a arrastrarte al altar, aunque sea cargándote a hombros.

No dije nada, Asier tampoco lo esperaba. Se alejó con lentitud hasta que únicamente quedó de él la suave marca en el césped de su firme pisada. Tuve que dejar transcurrir varios minutos para lograr estar en condiciones de volver al apartamento, al que subí como si me dirigiera a un tribunal inquisitorio, temiéndome preguntas y pensando ya en las excusas.

Sergio seguía donde lo había dejado, sentado en el sofá, leyendo. En un pensamiento absurdo me di cuenta de que no había nada más sexy que ver a un hombre leer. Pensamiento al que di una patada para expulsarlo de mi cabeza cuando levantó la vista y me miró con el conocimiento de lo que había sucedido. Se levantó con aparente tranquilidad y se acercó a mí, cogiéndome con una mano la barbilla. Me examinó con detenimiento, sin mostrar en su gesto lo que cavilaba.

—Tendrás que aplicarte una buena crema hidratante: por lo visto, la barba

de Asier no es tan suave como la de un cepillo para recoger pelusas.

—No es lo que crees —musité.

—¡Ah!, ¿no? Cuando se dice eso uno de los dos en la pareja resulta herido de muerte —aseguró.

—Lo siento, Sergio. Fue..., los dos nos dejamos llevar por la nostalgia, sólo fue un beso.

—Un beso nunca es sólo un beso. Aunque, en todo caso, ya han sido dos besos.

—No lo entiendes.

—¿Crees que si apareciera de repente Sandra exigiendo solucionar algo yo me tiraría a sus brazos?

—Creo que ella se tiraría a los tuyos.

—No bromees, Livia.

—No lo hago. Además, Sandra te traicionó. Asier nunca lo hizo, fui yo quien lo dejó a él, y lo hice por una tontería.

—¿Ahora es una tontería? ¿No se supone que os separasteis porque tenías pensadas cosas diferentes para cada uno?

—No, fue porque me ocultó algo muy importante para mí y aquello desbarató mi vida por completo.

—Vaya, ya hemos cambiado la versión.

—Él sabía lo de mi padre, fue su cómplice durante meses, y no quiso decírmelo para no desconcentrarme antes de una competición. Antepuso el surf a mi felicidad. En ese momento lo odié y tuve que alejarme. ¿No hiciste tú lo mismo con Sandra?

—No, Sandra se acostaba con mi hermano, un hermano que consiguió con sus trapicheos que toda mi familia me diera la espalda. Creo que no es lo mismo.

—Me estás dando la razón.

—No, lo que estoy intentando decirte es que estás enamorada de Asier por mucho que lo niegues, por mucho que a mí me digas que me amas y que

quieres demostrármelo. A él nunca lo desterraste de tu vida, únicamente lo apartaste sin llegar a romper vuestra relación de forma contundente, porque no habrías podido, lo amabas demasiado.

Empalidecí balbuciendo sonidos incomprensibles, ya que no tenía réplica a sus palabras, que habían reflejado en tres o cuatro frases cuáles eran en realidad mis verdaderos sentimientos.

—Sergio, te quiero —logré decir con tono ronco. No mentía. Sí lo quería, pero la influencia de Asier era demasiado fuerte como para no tenerla en cuenta.

—Sí, pero yo te quiero más —musitó—. ¿Me elegirías, Livia? Si tuvieras que elegir, ¿me elegirías a mí? —Y su voz, siempre firme, se quebró.

Volviéndose, se internó en la habitación.

No fui capaz de contener las lágrimas por más tiempo y, avergonzada, humillada y sintiéndome profundamente culpable, decidí que esa noche dormiría en el sofá, donde me acurruqué todavía vestida, quedándome dormida en minutos, como si mi mente no pudiera soportar la tensión a la que la sometía su dueña.

Desperté antes del amanecer, entumecida y con frío, en ese estado posterior al sueño en el que todavía no eres consciente del lío al que vas a tener que enfrentarte con la luz del día. Cuando recordé, gemí y me encogí más, sin lograr llegar a una solución indenne a las tres partes implicadas, así que me levanté y preparé café. Sergio emergió de la habitación en mi tercera taza y, aunque todavía no me había despejado lo suficiente como para encararme a él, sí intenté mostrarme cordial.

—He hecho café.

—Gracias, hoy desayuno fuera —se disculpó metiéndose en el baño.

Cinco minutos más tarde, ya se había ido.

Resignada a tener que dedicar mi tiempo a la pérdida del mismo estudiando, me di una ducha, me puse un short blanco combinado con una

camiseta gris metalizada y, cogiendo con una mano los apuntes y con la otra una nueva taza de café, me senté a la mesa de la terraza.

Al poco rato apareció Sergio cargando dos botes de pintura, esmalte y una bolsa. Sin mirarme, se agachó, sacó una lija y comenzó a frotar con detestable determinación la moldura de las puertaventanas de madera de la terraza. Suspiré frustrada y me recogí el pelo con dos bolígrafos en lo alto de la cabeza, sufriendo ya el calor del día.

—¿Hoy no trabajas? —le pregunté.

—Tengo el día libre —masculló.

—¿Y sólo se te ha ocurrido ponerte a lijar las ventanas?

Se giró para mirarme de forma tan letal que reculé en la silla y carraspeé.

—Me gusta mantenerme ocupado —replicó frunciendo los labios.

—¿Acaso también eres carpintero, además de economista?

—No soy ni lo uno ni lo otro.

Lo miré con las cejas enarcadas, recordando la conversación que habíamos mantenido con objeto de explicar la situación de su hermano. ¿No había dicho que compartían clientes?

—De todas formas, ¿tendrías algún problema con que lo fuera? Harrison Ford lo era antes de convertirse en actor.

—También es piloto. ¿Es que es a eso a lo que te dedicas? Porque lo dudo —continué. Ya era incapaz de cerrar la boca y esperar a que el temporal amainara.

Tras un silencio de lo más elocuente, en el que paró de lijar para levantarse y mirarme de forma feroz, habló. Aunque habría preferido que se callara, la verdad.

—¿Ya estamos otra vez con ese jueguito estúpido? Livia, he pasado una de las peores noches de mi vida y...

—Tampoco la mía ha sido espectacular —musité, y fruncí los labios enmudecida por su gesto fiero.

—Mi supuesta novia —siseó remarcando «supuesta»— se fue de cena con

su exnovio y no negó que se besaran, es más, lo justificó diciendo que fue cosa de la nostalgia. No tienes ni puta idea de lo que se siente cuando te engañan — abrí la boca y la cerré, intimidada de nuevo—, cómo de repente pierdes toda la confianza en ti mismo y te preguntas sin descanso qué cojones hiciste mal. ¿Es que acaso soy autoritario contigo? ¿Mal amante? ¿Un desastre para expresarte lo mucho que te amo? Para mí lo has significado todo en sólo unos días, para ti únicamente he sido el tío con el que te has acostado para darte cuenta de que querías a otro a tu lado.

—No es exactamente así —prorrumpí aprovechando su suspiro de decepción.

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Me elegirías a mí?

—Estoy contigo, Sergio. No con él.

—¡Ah!, ¿no? Mira, Livia, he tenido muchas horas para pensar y ya creo saber cuál es tu problema.

—¡Ah!, ¿sí? Ilústrame, tú que parece conocer cada pensamiento que cruza mi cabeza —mascullé enfadándome.

—Eres una niña mimada y malcriada, con el puto mundo a tus pies, sin responsabilidades, con tiempo de sobra para malgastarlo en una oposición que ni de lejos vas a aprobar. Te lo han dado todo hecho, triunfaste muy joven y el éxito se te subió a la cabeza como las burbujas de un champán barato, pero la vida no es así. La vida hay que trabajársela, luchar cada día, y tú no sabes cómo hacerlo. Y crees que si te equivocas seguirá habiendo otra oportunidad, y otra más, o si no ya tenemos el dinero de papá para continuar gastándolo hasta que algún gilipollas, más bien Asier, decida cargar contigo el resto de su existencia. Pero ¿sabes lo mejor?, que dentro de un tiempo te darás cuenta de que él no te llena, de que necesitas algo más, vives insatisfecha permanentemente, culpando a los demás de tus devaneos adolescentes. ¡Joder,

tienes casi treinta años y has vivido del cuento todos ellos, espabila de una puta vez! —bramó gesticulando con profusión.

Resopló y se cruzó de brazos esperando una respuesta, una disculpa o una declaración de intenciones. Me hicieron tanto daño sus palabras que no le ofrecí ninguna de ellas. Con determinación, me levanté y entré en el salón. Agachándome, revolví en el contenido de una de las cajas, sacando un folio escrito por las dos caras y un grueso grupo de papeles sujeto con dos gomas. Caminé de vuelta a la terraza sintiendo que la ira me carcomía por dentro.

—Toma —le dije entregándole el folio—. Es mi currículum. Como puedes ver, no he dejado de trabajar ni un solo día de mi puta vida, como tú dices. Trabajé en restaurantes de comida rápida mientras estudiaba la carrera, después como auxiliar administrativa en una empresa que quebró. Y, no, no fui yo la causante de ello. Más tarde me fui a Oxford, tiempo en el sacrificué todas las horas de las que disponía para matarme a trabajar en un puñetero pub al que acudían todos esos hijos de papá que tan bien parece conocer para tomarse una pinta y fanfarronear de su dinero y sus carreras. Volví a Madrid y no encontré otra cosa que un trabajo de reponedora en un supermercado, de cual no me quejo, ya que me ascendieron a cajera y, tras unos meses, estaba a cargo de las reclamaciones de clientes, lo que compaginé con un máster en Relaciones Laborales. Por cierto, con el dinero que saqué trabajando en una tienda de ropa los fines de semana, antes de cumplir los dieciocho, conseguí comprarme mi primera tabla profesional de surf. Y, sí, estoy en el paro, y esta oposición que ni de lejos voy a aprobar es mi último tren para encontrar algo acorde con mis estudios. Y, para que lo sepas, no me hace ni puta gracia que estés arreglándole el apartamento a mi padre, del que creo que no sabes que nos abandonó hace tres años, porque su último regalo ha sido decirnos que el 1 de septiembre lo pone a la venta. Vine aquí para despedirme de esto, porque sabía que nunca podría regresar a Suances y ver el apartamento en otras manos, ya que siempre lo sentí mi casa, mi hogar y mi refugio. ¿Te sirve como explicación? —finalicé casi sin aliento, agotada mentalmente.

—No me habías contado nada de todo eso —murmuró entornando los ojos, cambiando su faz, dulcificándola incluso.

—No, Sergio, no te lo había dicho porque intento enfrentarme a los problemas con humor, aunque sea un pelín negro, porque si de verdad abro los ojos a la realidad que me rodea, es muy posible que me entren ganas de cortarme las venas.

—¿Tu madre no trabaja?

—No, yo me hice cargo de ella cuando mi padre nos abandonó. Así que sí sé lo que se siente cuando te traicionan, eso tenlo por seguro —barboté temblando de indignación.

—¿Y eso que tienes en brazos qué es? —inquirió con suavidad.

—Oh, esto es una tontería, como tenía mucho tiempo libre —ironicé—, y además de eso me costaba dormir una noche entera, empecé a expresar mis pensamientos en hojas sueltas. Prefiero eso antes de ponerme a gritar como una loca. Esto es una novela que escribí robándole horas a la vida —expliqué lanzándosela contra el estómago. Aprecié sus reflejos, no dejándola caer al suelo, y tragué saliva con gran esfuerzo—. Y ahora, si no te importa, creo que me voy a ir a otro sitio. Cuando saco a pasear mis miserias, tiendo a alejarme porque no me gusta airear mis problemas con nadie, algo de lo que supongo te habrás dado cuenta.

Cogí mis apuntes bajo el brazo, el bolso al pasar por el salón, las gafas de sol que reposaban en la encimera de la cocina, y me fui dando un portazo con el que deseé que estallara algún cristal, preferiblemente contra su cabeza.

Caminé rápido bajando la cuesta en dirección a la playa, sabiendo adónde ir, al único sitio en el que podría esconderme. Entré en la escuela agachando la cabeza, evitando por los pelos un golpe con una tabla de surf que sacaba un niño saltando. La oscuridad del interior provocó que me costara unos instantes adecuar mis pupilas a la escasez de luz. Asier estaba situado tras el mostrador, escribiendo algo en el ordenador. Levantó la vista y me enfocó con preocupación.

—No sé lo que habrá hecho esta vez Sergio, pero, desde luego, me lo está poniendo hasta fácil. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, hemos discutido, sólo eso.

—Ya.

—Vaya, otro con monosílabos...

—¿Qué necesitas?

—¿Me puedes dejar durante unas horas un sitio tranquilo donde pueda estudiar?

Abrió un pequeño cajón del mostrador de madera y me entregó unas llaves.

—Son de mi estudio, todavía lo conservo. Me imagino que sabes el camino.

—Sí, gracias.

—Espera —dijo agachándose para manipular una pequeña nevera y sacar un par de latas de Coca-Cola—. Toma, te vendrán bien. No tengo café, si quieres que vaya a cogerte uno...

—No será necesario —murmuré cargando con las bebidas y los apuntes.

Atravesé una puerta detrás de él que desembocaba en una angosta escalera de piedra desgastada en el centro y que se convertía en una rampa cuando llevabas las sandalias mojadas. Hasta eso recordaba. Subí al primer piso y abrí la puerta que correspondía al estudio, más bien una habitación con un baño diminuto. Al entrar tuve la sensación de que mi pasado me propinaba una bofetada. Incluso pude oler el leve perfume que utilizaba Asier normalmente. Todo estaba igual, la cama apoyada en la pared derecha, sobre ella un par de pósteres de Kelly Slater surfeando sujetos con chinchetas y el nórdico que yo le regalé en un cumpleaños. Frente a mí, la ventana que daba a la calle, y en el otro extremo un pequeño escritorio con un flexo de luz blanca. Habíamos pasado allí la mayor parte de nuestra relación, haciendo planes, deshaciéndolos, amándonos de forma desesperada en aquella cama que chocaba contra la pared chivándose de nuestras actividades nocturnas. Me

sequé las lágrimas con un puño cerrado, furiosa por dejarme vencer de nuevo y, pintando mi mente de blanco, me senté frente al escritorio y encendí la luz.

Después de una hora de infructuosa lectura, logré concentrarme y aprovechar el tiempo. Cuando sentí hambre abrí la Coca-Cola y fui dando pequeños sorbos a medida que leía mentalmente en susurros el tema. Cambié de postura, incómoda, y me froté la nuca, notando en mis músculos la noche pasada sobre un sofá. Emití un quejido silencioso y volví a la tarea con una determinación fiera, más por demostrarle a Sergio que sí me lo tomaba en serio que porque en realidad creyera que tenía alguna posibilidad de aprobar. No me gustaban los desafíos o los retos, sacaban lo peor de mí.

A media tarde oí al último turno de clase salir pertrechados en dirección a la playa y decidí descansar quince minutos. Rebusqué en el bolso y saqué el teléfono. Dudé antes de llamar a Marta, ya que no sabía con exactitud sus horarios, pero lo intenté de todos modos.

—¡Cariño! ¿Te ha gustado *Manolillo*? —inquirió sonriéndome a través de la pantalla.

—¿Quién? —pregunté desconcertada.

—¿No te ha llegado mi regalo de cumpleaños?

—Ah, sí. Bueno, a mis vecinas les encantó, así que se lo di. No te importa, ¿verdad?

—¿Las hijas de Violeta?

—Las mismas.

—Pobre vida va a tener *Manolillo* con el suegro veterinario, igual lo quiere convertir en hetero a fuerza de *electroshocks*...

Consiguió arrancarme una carcajada, aunque no la engañé.

—¿Y ahora vas a decirme qué ha pasado? —exclamó enarcando una ceja con una habilidad que Carlos Sobera habría envidiado.

—¿Se puede amar a dos hombres a la vez?

—¿Sólo a dos? Qué sosa te estás volviendo. Yo sigo a todos los actores y modelos del panorama mundial y siempre le digo a Ewan que si lo llamo por

otro nombre cuando llegue al orgasmo es lo que parece, que estaré pensando en uno de ellos.

—Pero mira que eres bruta. Por cierto, ¿la cosa ya va en serio?

—Lo digo para bajarle los humos, porque no veas la cohorte de fans enloquecidas con las que tengo que lidiar cada día en la cafetería —musitó torciendo el gesto y sin contestar a la pregunta principal, como venía siendo habitual en ella.

—¿No estarás exagerando?

—No, te lo aseguro. Además, no soy bruta, soy sincera, que si no hay sinceridad una relación no prospera. Aparte de un sabio consejo inglés que me contaron el otro día —murmuró, dudando de si yo era digna para confiármelo.

—Vamos, dime —insistí.

—Que para conseguir tener a un hombre a tu lado toda la vida debes mantenerle los huevos vacíos y el estómago lleno. Es bueno, ¿eh?

—Muy cierto —afirmé riéndome.

—Y ahora volvamos al problema L-A-S.

—¿Qué es eso?

—Livia. Asier. Sergio. Porque me imagino que los dos hombres son ellos, ¿no?

—Has acertado.

—Era obvio, tampoco tiene mucho mérito.

—Lo del barco no te lo cuento porque hablaste con Sergio y...

—Déjame decirte que es un buen tío, un tío de los buenos, aparte de estar bueno. ¿Ha quedado claro? —me interrumpió con rapidez.

—Lo de bueno, sí. —Sonreí—. Fue precioso, y creo que me enamoré de él, que lo empecé a ver como algo más que una...

—Loca historia de amor —volvió a interrumpirme ella.

—¿Quieres dejar de pisarme las palabras?

—Es que es lo que es. Un amor que surge de improviso, tan potente, tan letal que es imposible resistirse. Menos tú, por supuesto, la mujer de hielo.

—No soy así —protesté.

—Ajá, ¿a que no soy la primera que te lo dice?

—Pues no, Violeta se te ha adelantado —mascullé.

—A ver, sigue contándome el meollo del problema, que con tus explicaciones entrecortadas es un poco difícil pillarte.

Suspiré mirando al techo y la enfoqué de nuevo. Estaba riéndose de mí, pero a la vez, completamente interesada.

—Después del cumpleaños, Nando se presentó aquí.

—¿El gilipollas?

—Sí, ya sé que nunca te resultó agradable...

—No, la que no le caía bien era yo, que lo más bonito que me dijo es que pertenecía a la especie sin evolucionar del primate.

—Vale, era un gilipollas. Aceptamos la moción.

—Gracias, lo mandarías a la mierda, ¿no?

—Resumiéndolo en grandes rasgos, sí.

—Minipunto para Livia. ¿Qué más?

—Ayer quedé a cenar con Asier, creí que teníamos que resolver algunos temas.

—Dime que no acabaste en la cama con él —pidió tapándose los ojos con una mano.

—No, sólo nos dimos un beso.

—Livia, un beso no es sólo un beso.

—¿Tú también?

—¿Es que hay otra que se ha adelantado?

—Sergio.

—Míralo, qué majo, y qué listo, y qué bueno está. ¿Lo había dicho ya?

—Sí, pesada. Pero no sé si estaba besando al Asier de ahora o al Asier del pasado. Sergio y yo habíamos hablado de algo relativo a su familia bastante grave y acabamos confesando que nos amábamos.

—Y tú gripaste..., como si no te conociera.

—¡Oye! —exclamé con ímpetu, para agachar la cabeza y confesar con un «sí» que apenas se oyó.

—Y, claro, no se te ocurrió otra cosa mejor para solucionarlo que irte a besar por ahí, como quien se va a tomar copas...

—No te jode con la profeta. Que es muy serio, acabé confesándoselo a Sergio, más concretamente lo adiviné, y le hice daño.

—Y tú ahora estás hecha una mierda, porque si hay algo que la Livia que conozco no se perdona a sí misma es hacer daño a otra persona.

—Exacto. Lo peor ha llegado esta misma mañana. Hemos discutido y nos hemos dicho cosas hirientes, él más que yo, que te quede claro.

—Así que ahora estáis empatados.

—Más o menos —musité valorándolo desde su punto de vista.

—A ver, voy a intentar ayudarte. Cierra los ojos y piensa dónde te gustaría estar dentro de diez años.

—¿No con quién?

—No, dónde. El quién vendrá incluido en ese dónde, ya lo verás.

Hice lo que me pedía y cerré los ojos. Las imágenes se superpusieron una sobre otra como si pasara por un túnel temporal sin darme tiempo a sujetar ninguna y, de repente, apareció el mar frente a mí. Jadeé odiando a mi subconsciente. Aunque intenté engañarlo para que me mostrara la silueta de Sergio, estaba claro que el sitio correspondía en exclusiva a Asier. Sentí ganas de llorar y abrí los ojos. Mi gesto debió de ser clarificador para Marta, puesto que lo único que dijo fue:

—Joder.

—Estaba aquí, en la playa.

—Con Asier.

—No, estaba sola, pero el sitio... —me trabé y carraspeé— el sitio pertenece a Asier, Sergio aquí está de paso.

—Mierda.

—Mierda —repetí.

—Bueno, olvida lo que te he dicho, eso nunca suele funcionar. Es como cuando de pequeñas cortábamos la piel de una manzana y la tirábamos a la espalda para ver qué inicial nos salía. ¿Has jugado a eso alguna vez?

—Marta...

—¿Qué?

—A mí me salía siempre la «A».

—¿Cómo podía salirte la «A»? Eso va contra las leyes de la física —murmuró resoplando—. Da igual, a mí me salía siempre la «C» y, mírame, a punto de comprometerme con un escocés que se llama Ewan.

—¿Comprometerte? —exclamé abriendo desmesuradamente los ojos.

—Eso intento, ya te iré informando, que esto es más urgente —replicó ella apretando los labios y entornando los párpados como si no hubiese soltado una bomba informativa—. Vamos a intentarlo otra vez. Cierra los ojos e imagina que estás en la cama dormida, ¿qué rostro ves al despertar?

Cerré los ojos de nuevo y sonreí al abrirlos con rapidez.

—El de Sergio, mirándome de forma perezosa, sonriéndome como si yo fuera lo más especial de su vida y dándome los buenos días con esa voz ronca que tiene.

—Pues tienes un problema de narices. Porque a ver cómo me explicas que te ves en el mar con Asier y con Sergio en la cama.

—¿No eras tú la psicóloga?

—Lo que acabamos de hacer no tiene ninguna validez científica, la explicación más racional es que hayas pensado en Sergio porque es con el último que has dormido. Además, ya sabes que lo dejé en primer curso y me pasé a los números, las matemáticas se me dan mejor.

—¿Y ahora qué hago? —le pregunté con un tinte desesperado en la voz.

—Ya sé que va a sonar a frase hecha, pero quizá deberías seguir a tu corazón y dejar de pensar menos.

—Al final me veo en Edimburgo —murmuré.

—Bueno, aquí también tenemos mar, si eso te consuela...

—Pues no mucho, la verdad.

—Livia, en serio, ahora estudia y, cuando termines el examen, piénsalo con calma. Es el único buen consejo que se me ocurre.

—Y creo que lo seguiré al pie de la letra. Vuelvo a los folios.

—Devóralos, tú puedes —me animó.

—Lo intentaré.

—Mantenme al corriente.

—Eso sí lo haré. —Me despedí lanzándole un beso y colgando la videollamada.

Me llevé las manos a la cabeza y gemí, cada vez más confusa y más tensa por el poco tiempo que me quedaba para el examen. Me levanté con gesto cansado y me dirigí al baño para refrescarme la cara. La pequeña contraventana estaba abierta y vi, mientras me secaba, cómo Diego salía de la tienda e iba colocando tablas sobre los caballetes situados en el patio trasero.

—¡Diego!

Levantó la cabeza con gesto extrañado y me sonrió.

—¿Qué haces ahí?

—Necesitaba un sitio tranquilo para estudiar.

—¿Y tu apartamento?

—Digamos que ahora no es demasiado tranquilo. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Dónde te ves tú dentro de diez años?

Se frotó la frente, apartándose el pelo, y meneó la cabeza.

—Si bajas a echarme un cable, te lo cuento.

—Ahora voy —le contesté.

Un minuto después estaba frente a él.

—¿Te acuerdas de cómo preparar una tabla? —preguntó lanzándome la pastilla de parafina.

—Sí. Cuéntame —contesté recogiendo la y poniéndome manos a la obra, al

igual que él.

—Bien, pues dentro de diez años me veo aquí, quizá con una chica guapa a mi lado y un par de críos alrededor. ¿Te sirve?

—¿Qué rostro tiene esa chica? —inquirí sin mirarlo. Ante su silencio, elevé la vista y vi que había enrojecido ligeramente.

—¿Tiene importancia?

—Depende, ¿es que hay algo que ocultas, pitufo? —exclamé sonriendo.

—Ey, que yo sepa, soy dos años mayor que tú y además tengo una estatura bastante normal para un hombre. Yo no tengo la culpa de vivir rodeado de torres como Asier, Sergio y tú —masculló entre dientes.

—Perdona, era una broma. Es que siempre te he visto como mi hermano pequeño. ¿Recuerdas cuando fuimos de acampada a la Mariña Lucense? El primer día, caminando por la orilla, pisé un pez araña y tú cargaste conmigo hasta el puesto de socorro. ¿Dónde estaba Asier? —inquirí pensativa.

—Deberías haberme visto como un hermano mayor, o como un colega, más bien. —Parecía disgustado y lo miré intrigada—. Y respondiendo a tu pregunta: Asier estaba cogiendo una ola, no se enteró de nada hasta horas después.

—Ah, es verdad. Y al día siguiente te quedaste conmigo en la playa porque no podía surfear por la venda y la fiebre. Me dijiste que las olas iban a estar ahí día tras día y que no tenía importancia.

—De hecho, no la tenía.

—Para Asier, sí, por lo visto —murmuré retrocediendo al pasado.

—Livia, tienes que entender que para Asier hay algo que está por encima de cualquier sentimiento o cualquier persona, y es el surf. No lo cambiaría por nada.

Me quedé en silencio unos instantes, meditando el comentario. Tenía razón, y me había negado a creerlo hasta que lo oí de los labios de Diego.

—Vamos, ¿qué te preocupa? —preguntó.

—Es..., sabes que me caí por la borda del barco que alquiló Sergio el otro

día, ¿no?

—Sí, déjame ver el golpe.

Le di la espalda y me levanté la camiseta. Oí su silbido y cómo se internó en el almacén para regresar con un bote de espray.

—Esto te ayudará.

—No hace falta, apenas me duele, es más el moratón que otra cosa.

Aunque él no me hizo caso y aplicó suficiente cantidad de gas helado para que yo chirriara los dientes y me escabullera. Me sujetó del brazo y me llamó cobarde. Ambos acabamos riéndonos.

—Venga, que tengo que terminar esto —me ordenó retomando el trabajo.

—A ver, cuando estuve en el mar sentí algo extraño.

—¿Cómo de extraño?

—Sentí que quería quedarme allí. No había recuerdos felices ni infelices. No había nada y eso me gustaba, quizá demasiado.

—Estuviste en el limbo. Livia, date cuenta de que, si morimos y seguimos recordando, siempre seremos infelices y desearemos volver. Tú tuviste tu momento de esa nada tan maravillosa que es el olvido. Tienes a darles vueltas a muchas cosas y, a veces, la solución está frente a ti.

—¿Qué solución?

—Seguro que me odias por decírtelo.

—A ti jamás podría odiarte.

—Está bien. No lo dejaste porque Asier te ocultara lo de tu padre. Lo dejaste porque el surf dejó de ser un reto para ti, habías llegado a tu meta y no querías esta vida en un futuro, querías otra cosa. Livia, siempre fuiste excelente surfeando, pero no una surfista de alma.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te falta precisamente lo indispensable, ser paciente. Eres impulsiva. Éste es un deporte contraintuitivo, ya lo sabes, la mente te dice que no sigas, que hay peligro, y tienes que forzar al cuerpo a luchar no ya contra el mar, sino consigo mismo. A ti eso no te pasaba, eras tan buena porque no

luchabas contra ti, de ahí tu apodo. No sabes hasta qué punto nos ponías a todos los cojones por corbata cuando surfeabas.

—Eres... eres muy observador —musité al fin.

—Es uno de mis defectos. —Sonrió con cierta tristeza—. Y ¿sabes lo peor de todo? Que nos apartaste, te fuiste y el grupo se rompió. Éramos un equipo y nos olvidaste.

—No os olvidé —me defendí encerando con brío.

—Cambiaste el número de teléfono.

—Me fui a Inglaterra, tuve que hacerlo.

—Sí, y también nos bloqueaste en todas las redes sociales.

—Dolía demasiado ver que seguíais sin mí, al principio lo soporté con valentía y después me hundí. Diego, no podía seguir viéndoos surfear, en las competiciones... sin sentir que lo había perdido todo. No sabes cómo fueron esos años para mí.

—Puedo imaginármelos, Livia, yo también fui testigo, recuérdalo. Y podríamos haberte ayudado, pero tú, la invencible, no aceptaste nuestra ayuda. Aunque no puedes mantener la fachada de impasibilidad durante mucho tiempo, ¿me equivoco?

—No, no puedes. A veces me siento tan agotada, tan superada, que no sé cómo continuar, me levanto por las mañanas y me digo: «Ey, Livia, otro día más».

—Vives a la mitad, te estás perdiendo lo bueno.

—¿Dónde estabas hace seis años, pitufo? Quizá las cosas habrían sido diferentes de tenerte —le pregunté elevando la vista para observarlo.

—Estaba contigo, aunque tú no me vieras —contestó encogiéndose de hombros.

Ambos nos quedamos callados unos minutos, mientras él guardaba las tablas preparadas y sacaba las siguientes. La conversación se había vuelto peligrosa porque estaba sacando a relucir aspectos que yo había encerrado en

mi mente por miedo a valorarlos. ¿Y si tenía razón y Asier amaba más el mar que a mí? ¿Y si en vez de alejarme los hubiera mantenido a mi lado?

—Diego —mencioné tras un largo rato—. Os aparté porque no quería que... me avergonzaba de... —Carraspeé y continué—: Ya sabes que no me gusta contar mis problemas y menos mezclar a los demás en ellos, no porque ya no os quisiera —balbucí confesando mi mayor pecado.

—Lo sabemos, Livia, tranquila —me dijo tras observarme un instante. Alargó la mano y me acarició la mejilla—. Ni se te ocurra llorar —me amenazó sonriendo.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú. Vamos, una más y habremos terminado —afirmó disimulando que no había visto con claridad la humedad de mis ojos.

—Por cierto, al final nos hemos liado a hablar de otra cosa y no me has dicho quién es esa chica. ¿La conozco?

—Sí, me colé por la tía equivocada hace años —murmuró concentrado en encerar la tabla.

—¿Una monitora?

—No, una *pro*.

—¿Quién?

—Ahora ya no importa —farfulló—. ¿Algo más?

Su tono, que de improviso se había tornado brusco, me desconcertó, así que dejé la parafina y me limpié las manos con un paño.

—No, nada. Debería seguir estudiando —musité.

—Gracias por ayudarme.

—No, gracias a ti, Diego. De verdad.

Se apartó el mechón de pelo moreno que le caía en la frente y lo vi sonreír. Como si hubiera olvidado algo, se alejó hacia el almacén de nuevo, para regresar con un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

—Toma, quería dártelo el día de tu cumpleaños, pero Sergio se nos adelantó a todos.

—No tenías por qué.

—Ábrelo, sé que te va a encantar.

No se equivocaba. Era una agenda encuadernada en piel negra con los dragones de «Juego de tronos» grabados en relieve y con gran detalle.

—*Mother of dragons* —dijo enronqueciendo su voz a propósito.

—*Dracarys!* —exclamé acercándome para abrazarlo—. ¿Cómo has sabido que era tan especial para mí? —le susurré al oído.

—Porque te conozco, Livia. Mucho más que aquel que dice conocerte desde hace veinte años —musitó suspirando, y me pegó un pequeño empujón cariñoso—. Lárgate a estudiar, anda.

Subí la escalera sujetando mi precioso y valioso regalo entre las manos, reflexionando acerca de los comentarios de Diego y Marta. Mezclándolos sin llegar a conclusión alguna, todavía más confusa que antes, porque quizá, cuando tenemos la verdad frente a nuestros ojos, nos es más sencillo inventarnos una mentira para seguir viviendo.

Con un suspiro resignado, me senté frente a los apuntes otra vez, sin reparar en ellos, acariciando la piel de la agenda. Por el esfuerzo de encerar las tablas, combinado con mi noche en el sofá, me había empezado a doler el cuello e intenté hacer los ejercicios para destensar los músculos indicados por el médico. Ni siquiera oí entrar a Asier hasta que tuve sus manos sobre mis hombros.

—¿Otra vez la lesión de las cervicales? —inquirió con suavidad.

—Sí, nunca me dejará en paz —repliqué.

Él me masajeó los hombros en silencio, consiguiendo relajarme en parte y excitarme en mayor medida, ya que jugaba a bajar la mano casi al borde de mi pezón, para subir y apretar el músculo. Cuando vi que ya no se trataba de un juego, lo detuve sujetándole las muñecas.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Un masaje.

—Sí, un masaje con *happy end*. Si sigues así acabaremos retozando en la

cama, recuperando el tiempo perdido —mascullé algo enfadada.

—No me parece mala idea —murmuró inclinándose para besarme.

Me aparté y negué girando la cabeza.

—A mí me parece una idea pésima, así que, como ya ha anochecido y estoy agotada, me vuelvo a casa.

—¿Quieres que te acompañe? Podemos ir a cenar algo si tienes hambre.

—No, gracias, Asier, pero no. Quiero aprovechar para estudiar un poco más e intentar dormir.

—Está bien. De todas formas, Livia, no te olvides de lo que hablamos ayer.

—No lo he olvidado —afirmé levantándome y recogiendo los papeles desperdigados por encima de la mesa—. Adiós —murmuré saliendo de prisa del estudio, antes de que mi corazón o mis hormonas me traicionaran.

En el camino de vuelta deseé que Sergio hubiera decidido acostarse temprano o salir con sus compañeros; cualquier cosa me servía con tal de seguir engañándome, que eso se me daba fenomenal, y así tener un poco de tiempo para mí en soledad. Sin embargo, no tuve esa suerte. En cuanto entré y percibí el sabroso olor de una tortilla española recién hecha sobre la encimera de la cocina, consiguiendo que mis tripas rugieran reclamando algo sólido, supe que no tenía escapatoria.

Él se levantó del sofá y apagó la televisión para acercarse a mí. Señaló la tortilla y enarcó las cejas con un gesto entre ansioso y sonriente.

—¿Una tregua? —inquirió—. Como la última resultó incomedible, lo he intentado yo. También he comprado una quesada, que ahí seguro que acierto.

Y, de repente, me acordé del consejo inglés de Marta y me pregunté si la versión femenina del mismo sería: «Mantenla siempre cerca del azúcar, cocina por ella y sonríele hasta desarmarla». Había funcionado, sin duda.

—Gracias, la verdad es que estoy hambrienta —confesé dejando los apuntes en la mesita del salón, sin querer mirarlo demasiado porque todavía me sentía algo vulnerable a su lado.

Él preparó dos platos, cortó pan y sirvió la tortilla. No sentamos como siempre, uno frente al otro, separados por el brazo de mármol.

—Está deliciosa —musité agachando la cabeza. A la vez, husmeé el leve aroma a barniz y giré la cabeza hacia las puertaventanas—. ¿Te ha dado tiempo de arreglarlas?

—Sí, también he pensado mucho y leído mucho. ¿Tú has podido estudiar?

—Más o menos. También he pensado.

—Dime lo que has pensado.

—Empieza tú, eres siempre el que toma la iniciativa cuando discutimos.

—Eso demuestra mi flaqueza, debo de estar perdiendo facultades. Hace unos años me apodaban *El Halcón*.

—¿Por lo afilado de tus garras? —ironicé.

—Puede ser. —Sonrió a medias—. Creo que nunca he preparado un discurso tan complicado y tan personal, no se me suele dar bien empatizar con nadie porque dejé de confiar en la naturaleza humana hace más de un año.

—Yo hace seis, así que te gano.

—Lo sé, lo he visto esta mañana, y ha sido como descubrir a otra Livia que no conocía en absoluto. No sé cuántas van ya...

—¿Debo preocuparme?

—Al contrario, me has hecho entender que, como poco, me merezco que me atices otra vez con la plancha, esta vez más fuerte, por imbécil.

—No eres imbécil, sólo has hablado porque no sabías apenas nada de mi vida y te has hecho una idea equivocada. Idea que yo he fomentado porque no me gusta hablar de mi pasado más reciente.

—No te merecías esas palabras, Livia, te he juzgado sin darte la oportunidad de defenderte y eso es algo que nunca había hecho con nadie. Pero como justificación diré que jamás nadie me ha preocupado tanto como tú. Es decir, te quiero demasiado y yo no estoy acostumbrado a querer así, sentí que te perdía y me descargué atacando.

—Eso es lo que hacen los animales heridos.

—Tú no, Livia. Y estás herida, sufres más que nadie que yo haya conocido y nunca tienes un mal comentario e intentas enfocarlo todo de forma positiva. Creo que mi hermano y Sandra me hicieron más daño del que creía.

—Eso es lo malo de la traición, que con el tiempo se emponzoña.

—¿Hablas por tu padre?

—Sí, en parte es por él.

—¿Por qué no quieres abrir su regalo?

—Tampoco quiero contestar a sus llamadas, diecisiete desde mi cumpleaños. Y no lo abro porque ya sé lo que es.

—Por el tamaño y la marca, ¿un reloj o una pulsera?

—Una pluma. Las colecciono.

—Pero si siempre escribes con bolígrafo.

—Porque dejé de coleccionarlas hace seis años, ya no soportaba que me recordaran a él. Sé que es una medida un poco drástica, aunque funciona. Algo así como quemar las fotos de tu ex.

—¿Has quemado las fotos de Asier y de Nando?

—No, pero tampoco las tengo a la vista. No estoy tan loca, sólo un poco. Tú las de Sandra e Iván ya sé que no.

—Lo mío es un poco más complicado, Livia. Él es mi hermano.

Sonreí con tristeza, él seguía sin saber lo complicado que continuaba siendo el problema con mi padre.

—Dime una cosa, ¿hasta qué punto amabas a Sandra?

Se quedó unos instantes en silencio.

—Hasta el punto de dar mi vida por ella.

Sentí que se me helaba la sangre en las venas, jamás me habría imaginado una respuesta tan franca.

—Pues ese tipo de amores no suelen morir con el tiempo —musité.

—Sí mueren, sobre todo cuando encuentran a una persona como tú. Se apagan por la luz que tú emites, hasta desaparecer. Livia, por ti no sólo daría mi vida en sentido figurado, como una frase de postal, la daría en sentido real.

Me he dado cuenta de que no puedo estar sin ti, añoro hasta tus pullas, la manera que tienes de chincharme sin descanso y lo que te ríes de mí. Y eso también me hace daño, me hiere hasta lo más profundo del alma porque no quiero que mi mujer piense eso de mí, quiero que me vea como alguien que merece la pena, que se apoye en mí, que sepa que yo puedo ponerle el mundo a sus pies si me lo pide. Tú, posiblemente, te irías a conquistarlo dejándome una nota de despedida sobre la encimera. ¿Me equivoco?

—No te veo así —musité perpleja—. ¿Es eso lo que te he transmitido?

—Casi siempre, sí.

—Es que no quiero alimentar tu ego, ¡hasta a mi amiga Marta la tienes encandilada! No quiero que te des cuenta de yo soy poco a tu lado, cuando podrías estar con una mujer como Sandra y no con una que no sabe ni dónde acabará durmiendo el mes que viene. No tengo nada que ofrecerte, Sergio, excepto lo que tienes frente a ti.

—No necesito nada más para ser feliz. ¿Todavía no lo has entendido? Te quiero a ti, sin adornos, sin florituras, pero sonriendo. Porque cuando no sonrías, Livia, el día se vuelve oscuro.

—Y lo único que se te ocurre para hacerme sonreír es discutir conmigo, ¿no?

—No, más bien hacerte la cena, regalarte viajes en barco y soldaditos de metal.

—Con eso es más que suficiente, Sergio —le dije, y acaricié con un dedo la superficie áspera por el trabajo de su mano extendida.

—Entonces ¿todavía tengo expectativas? —inquirió con un gesto de anhelo tan clarificador que fue como si se quitara una máscara.

—¿No me ves? ¿Con quién estoy sentada?

—Un «Sí, cariño, yo también te quiero» habría estado mejor, aunque me conformo. Ahora ven al sofá, quiero hablar contigo —afirmó levantándose.

—Te juro que no puedo discutir más. ¿Todavía no te has cansado de hablar? Estoy agotada —musité.

—No vamos a discutir, vamos a planificar.

—Eso me da más miedo todavía —murmuré sentándome.

Sergio se situó a mi lado y cogió mi supuesta novela para ponerla en la mesa frente a los dos. Lo miré entornando los ojos, sin saber muy bien si me iba a gustar lo que tenía que decirme o no.

—¿Sabes? —comenzó acariciando la cubierta—. Cuando empecé a leerla esta mañana me imaginaba que sería una novela negra, cargada de cinismo, con asesinatos rituales y venganzas llevadas a cabo con las letras y no con cuchillos. Sin embargo, tengo que decir que me ha sorprendido.

—¿Para bien o para mal? —pregunté con un nudo en el estómago.

—Has conseguido crear un mundo increíble en esta fantasía épica, en el que cada personaje tiene su papel enriquecido por lo que intentas mostrar al mundo, tu concepto del mismo. Tiene la dosis justa de divertimento, enseñanza y aventura. Es una historia absolutamente fabulosa que me recuerda a los clásicos que leía cuando era adolescente. Me gusta incluso el título: *Nocturnae*. ¿Por qué la llamaste así?

—Porque en la noche es donde habitan todos los miedos —musité con algo de aspereza.

Sergio aspiró hondo y soltó el aire despacio, como si comprendiera que aquello era más serio que unas simples hojas escritas. Finalmente dijo:

—Si yo fuera editor, no dudaría en comprártela.

—Pero no lo eres.

—Desgraciadamente, no. Aun así, puedo ver el potencial y lo que te debió de costar escribir algo así, lo asombrosa que es tu mente. Ya lo percibía, aunque creo que ahora sí que he podido entrar en tu alma. Tú me has dejado, y ése es el mejor regalo que podías darme. ¿Me equivoco si te digo que creo que es algo parecido a lo que tú sientes por las novelas de Harold Shelby?

—No, es ciertamente así —corroboré.

—¿Te gustaría conocerlo?

—Es probable que tenga una orden de alejamiento a mi nombre.

—No lo creo, seguro que mantendrías una conversación de lo más interesante.

—Bueno, tampoco quiero pensar en ello, sería raro que sucediera. Por cierto, ¿cómo has sabido que nadie la había leído antes?

—Por tu forma tan privada de llevar tu vida en general. Eres mil personas en una y aquí lo has demostrado. Cada uno de los personajes tiene un punto de locura que te caracteriza, de piedad, de ternura y de fortaleza. Y entonces he comprendido que, si me has creído merecedor de leerla, debes de amarme mucho.

—Ya te lo dije —musité.

—Sólo que nunca acabas diciéndolo como debe decirse. Aunque prefiero que lo hagas así, la verdad. Y ahora me pregunto cómo de duros tuvieron que ser esos años cuando solamente encontraste refugio creando un mundo paralelo en el que pudiste construir, derribar, ajusticiar, perdonar y amar.

—Mucho —dije con una sonrisa triste—. Escribir se parece a lo que tú describes, aunque no es sólo juntar palabras en frases con sentido, es transmitir sentimientos, desempolvar tus propias debilidades y enfrentarte a lo que más temes. Únicamente cuando me sumergía en el mundo creado en *Nocturnae* conseguía ahuyentar el pánico a que llegara el amanecer de nuevo.

—Creo..., me gustaría, más bien, que Harold Shelby tuviera la oportunidad de leerla. Al fin y al cabo, yo sólo soy un simple lector.

—Los simples lectores, como los llamas tú, son los que hacemos grande un libro, no los escritores. Además, no creo que le gustara, él radiografía la naturaleza humana de una forma callejera y brutal, sin darnos tiempo a reflexionar demasiado en la crudeza que nos rodea.

—Sí, pero me consta que él empezó escribiendo poesía épica y también debe de haber publicado bajo un seudónimo. ¿No lo sabías?

—Mi padre me comentó algo una vez, pero no logré saber cuál era el nombre tras el que se escondía. De todas formas, volveré a guardarla. Considéralo un momento de debilidad por mi parte.

—¿No puedo quedármela?

—¿En serio quieres quedártela?

—Si hay algo que me caracteriza contigo es mi absoluta falta de tacto en algunos momentos y mi total sinceridad en el resto. ¡Claro que la quiero!

—Pues *Nocturnae* tuya es, no se hable más —murmuré disimulando un bostezo.

—Estás agotada y yo no paro de hablar —dijo levantándose—. Si quieres, yo duermo aquí, así descansarás mejor.

Me giré y le cogí la mano, tirando de él.

—No estoy tan cansada —musité guiñándole un ojo.

—¡Ah!, ¿no? —inquirió sonriendo malicioso.

—Bueno, si me duermo hacia la mitad, ¿me perdonarías?

—Por supuesto, soy un caballero, aparentaría que nunca ha sucedido —afirmó poniéndose la mano en el pecho y fingiendo una seriedad que no sentía.

—Y hasta puede que te deje ganar esta vez —añadí riéndome.

De improviso, me sujetó el rostro con ambas manos y me miró fijamente. No dijo nada durante unos segundos.

—Si estoy contigo, siempre soy el vencedor —concluyó besándome.

Qué lástima que la paz nos durara lo que se mantuvo la luna aquella noche, iluminándonos con reflejos plata durante largas horas, mientras pendía de un cielo cuajado de estrellas.

Capítulo 15

*It's amazing how you can speak right to my heart**

—Eh, Livia, ¿dónde te has escondido esta vez? —me preguntó Sergio empujándome el hombro con un dedo al ver que yo volvía a quedarme ensimismada mirando a un punto indefinido de la pared contraria.

Parpadeé e intenté enfocarlo, pero me costó mucho más disimular que todo iba bien, ya que me había levantado con una funesta sensación de ahogo que me recordaba que nada estaba determinado, sino que éramos dos personas en un momento concreto, con un futuro incierto. Nuestra conversación de la noche anterior había levantado ampollas en mis recuerdos, y el día, cubierto de nubes bajas y húmedo como únicamente en el norte puede serlo, no ayudaba a mi ánimo.

—En ningún sitio —contesté dejando la taza de café sobre la mesa—. Sólo planificaba los temas de hoy, tengo la sensación de que estoy perdiendo el tiempo, de que no consigo memorizar a la velocidad que esperaba y fracasaré de forma miserable.

—El mundo no se acabará si suspendes, puede que se abran otros caminos —replicó.

Y, con sinceridad, le agradecí que no dijera la típica frase de «¡Seguro que apruebas!», acompañada de un: «Tú haz lo que puedas», tan a mano en estos casos.

—Sí, el del primer vuelo con destino a Edimburgo —musité.

—¿Qué piensas hacer allí?

—Servir té, café, rollos de canela y *scones*.

—Si puedo ayudarte en algo...

—¿En qué vas a poder? ¿Acaso eres socio de un bufete de abogados que me haga un hueco como pasante? También me adaptaría a un puesto de administrativa, incluso de limpieza.

—Bueno..., quizá pudiera llamar a algunas puertas —dijo después de meditarlo durante unos segundos.

—Es bueno saber que no me quedaré en la calle otra vez —ironicé, porque su gesto sugería que aquello sería imposible de conseguir—. También Asier me ha ofrecido un trabajo.

—¿Que Asier ha hecho qué?

—Ah, que no te lo conté... Por lo visto, va a ampliar la escuela y necesitarán más personal. Es algo que sé hacer, aunque no me emocione demasiado la idea, el caso es que...

Me quedé callada porque en ese momento llamaron a la puerta.

—Será Violeta, que igual necesita que le eche una mano con las niñas —murmuré levantándome para abrir.

Si hubiera tenido el poder de ver a través de la madera, jamás habría abierto, pero desgraciadamente no lo tenía. Y, cumpliéndose la dichosa y maldita ley de Murphy de «Si algo puede salir mal, saldrá mal», salió, y vaya si salió.

—¿Qué hacéis aquí?! —exclamé apretando la mandíbula y sin soltar el pomo, impidiéndoles el paso.

Oí a Sergio levantarse y situarse detrás de mí, como si presintiera que iba a necesitar su ayuda.

—¿No piensas dejar pasar a tu padre?

Los miré y rebufé con cinismo.

—Dejaste de ser eso hace seis años —farfullé empujando para cerrar la puerta. Pero él era más fuerte, así que acabaron entrando.

—No tengo demasiado tiempo para tus tonterías, Livia —rebatí mirándome como si tuviera siete años y no casi treinta. Después se volvió hacia Sergio, esperando que se lo presentara.

—Él es Sergio. Sergio, Nicolás Roma.

—¿El autor de *Debate de dos almas*?

—El mismo. ¿Le gustó?

—En absoluto, me obligaron a leerlo en secundaria y no logré terminarlo.

Apreté los labios reprimiendo una carcajada a punto de brotar de puro nerviosismo y también de agradecimiento a Sergio, ya que no había nada que enfadara más a mi padre que una mala crítica a su famosa obra literaria.

—Es para mentes despiertas —aseguró él.

—Pues la mía debía de estar en coma... —rebatí Sergio lanzándole una sonrisa casi conciliadora, aunque no logró más que él se dirigiera de nuevo a mí, ignorándolo por completo.

—Livia, tenemos que hablar, no puedes evitarnos para siempre.

—¡Vaya si puedo!

—¡Deja de comportarte como una niña!

—Pues tengo la misma edad que la niña que se cuelga de tu brazo —siseé.

Sergio me dirigió una mirada de reojo y después la desvió a la tercera en discordia, adivinando ya quién era. Lo vi apretar los puños y ladear la cabeza con disgusto.

—Livia, he soportado tu ostracismo y tus insultos durante años, es hora de que solucionemos el problema —intervino Rebeca.

La miré con profundo asco y ella reuló un paso para ir a refugiarse bajo el hombro de mi padre.

—Mi problema eres tú. ¿Puedes desaparecer?

—Ahora soy tu madr...

—¡Como digas «madrastra», te suelto un guantazo! —estallé perdiendo la calma.

—Pues es lo que soy, te guste o no —apostilló ella.

Comencé a temblar de rabia y tuve que cruzar los brazos y meter las manos en las axilas para controlarme. Sergio me pasó uno de sus brazos sobre los hombros y me atrajo hacia él, transmitiéndome su apoyo.

—Te voy a dar un consejo, Sergio: no te enamores de ella, te dejará tirado en la cuneta al primer contratiempo. Nunca ha llegado a madurar —le explicó Rebeca.

Y yo no pude contenerme más, me zafé de Sergio y la encaré con determinación. El sonido de la bofetada rebotó en las paredes e hizo eco. Ella se quedó tan sorprendida, tapándose la mejilla, que no reaccionó. Mi padre sí lo hizo, devolviéndome el mismo golpe. Lo miré con lágrimas de rabia en los ojos. Jamás me había levantado la mano, ni yo tampoco a nadie. Sentí que perdía la cordura.

—¿Cómo te has atrevido a agredirla? —exclamó con dureza.

—Con bastante más valor del que ha demostrado su esposa con su lengua de serpiente —determinó Sergio apretando los puños—. Y ahora, tengo que pedirles con amabilidad que se vayan de aquí.

—Antes tenemos que hablar, Livia. Debes entender que me enamoré, ¿es que no tengo derecho a ser feliz?

—¿Derecho a ser feliz? ¿Y el derecho de los demás no cuenta? ¡Maldito seas! ¡Sabías el problema que me dejabas con mamá y te largaste sin más! Me abandonaste de forma despreciable, llevándotelo todo, hasta mi infancia. Me arrebataste a la que consideraba mi hermana, mis recuerdos, me lo quitaste todo —balbucí con un terrible dolor en el pecho.

—No podía continuar, Livia. ¿Es que no lo veías? —preguntó mi padre mirándome de tal forma que creí que yo acabaría ardiendo en combustión espontánea por su tremendo egoísmo y frialdad.

—¿Sabes lo que has dejado detrás de ti? Sólo destrucción.

—Tu madre es adulta, tú eres adulta —esgrimió.

Ya no pude soportarlo más.

—¡Lárgate de aquí! —grité con todo el odio que fui capaz de reunir.

—Ésta es mi casa, puedo quedarme si quiero —amenazó.

—Tengo un contrato de alquiler en vigor hasta el 31 de agosto, así que haga caso a Livia y no vuelva a aparecer hasta pasada esa fecha —bramó Sergio

dando un paso amenazante hacia él.

—¿Que tu madre se ha atrevido a alquilar mi apartamento? —esgrimió con incredulidad.

—Es suyo, Sergio —musité—. Pero tú dijiste que se lo dejabas hasta septiembre —aduje enfrentando a mi padre.

—Lo que no me esperaba es que ibas a meter aquí a tu último ligue, porque está claro que estáis juntos.

—¿Por qué no? Tú nos la metiste en la misma cama. Será que tengo un digno ejemplo que seguir —rebatí mirando con desdén a Rebeca.

—Cariño, es mejor que nos vayamos, si le decimos ahora que estoy embarazada, es capaz de tirarme por la escalera —afirmó ella, utilizando su mejor arma a dos bandas: la persuasión y la bomba que dejó caer como punto final.

Sergio se situó delante de mí y prácticamente los empujó hasta el descansillo. Cerró la puerta de forma brusca y me miró. Yo avancé un par de pasos y me apoyé con ambas manos sobre la superficie lisa de la pared de azulejos de la cocina, agachando la cabeza.

—¿Livia?

Proferí un aullido animal y me giré buscando su cuerpo, enterrando mi rostro en su camiseta y abrazándolo con toda la fuerza que pude reunir. Sentía que era incapaz de estar de pie sin su sujeción, temblando, mientras sollozaba sin control. Él se limitó a acariciarme el pelo y la espalda con una templanza digna de admirar. Sin descanso. Sin flaquear un instante. Estuvimos así varios minutos, o quizá fue casi una hora. Apenas lo recuerdo.

—Vamos —me animó separándose lo mínimo para observar mi rostro—. Te prepararé una tila y hablaremos.

—No quiero hablar. No quiero malgastar más lágrimas en ellos —repliqué en un alarde de tozudez infantil.

—Lo necesitas, Livia, hazme caso —insistió, y me llevó cogida por la cintura hasta el sofá, donde me quedé como si me hubiera pasado un tren por

encima, en estado catatónico, sin capacidad de reacción.

Al poco rato tenía una taza de algo dulce entre las manos. Cuando le di el primer trago, tosí.

—¿Qué le has puesto?

—He encontrado otra botella de vodka escondida en el armario de la lavadora, me imagino que a Violeta no le importará que hagamos uso de ella. ¿Cómo estás?

—Mal. Rematadamente mal —musité—. ¿Ha dicho que voy a tener un hermano?

—Sí.

Gemí y bebí más, sin importarme el sabor amargo que dejaba al final.

—¿Entiendes ahora cuando te dije que sabía perfectamente lo que era la traición?

—Sin duda alguna. Esto... ¿Rebeca no era amiga tuya?

—Mi mejor amiga —resoplé, y comencé a llorar otra vez. Sergio me ofreció una servilleta de papel a falta de algo más consistente y se lo agradecí entre hipidos.

—¿Qué sucedió?

Inspiré hondo y me quedé unos segundos con los ojos cerrados.

—No sé ni por dónde empezar, aunque voy a intentar contarte los hechos de forma ecuánime. ¿De acuerdo? —pregunté abriendo los ojos para mirarlo directamente.

—Eso va a ser imposible, estás demasiado implicada en el asunto, pero yo estoy de tu parte, Livia.

—¿De mi parte?

—Sí, en casos así, o estás a favor o en contra. Yo, por supuesto, estoy contigo.

—Gracias —musité, y contuve las lágrimas con toda la fuerza de voluntad de que fui capaz—. Debía de tener quince o dieciséis años cuando mi padre me presentó a Harold Shelby entregándome su primera novela. Estaba en esa

terrible edad en la que no me interesaba nada en profundidad, aunque él consiguió que encontrara un refugio en las letras y en la música. Ahora entiendo que fue su forma de protegerme del entorno hostil de mi casa. Todos los padres discuten, se reconcilian, dejan de hablarse y después planean un viaje juntos en armonía. Sin embargo, yo no comprendí la gravedad de lo que sucedía hasta que fue demasiado tarde. Con la música sonando en mis oídos y sumergiéndome en la lectura, me aislé por completo sin llegar a darme cuenta del verdadero problema. Tenía eso, tenía a Asier y el surf. Después llegaron los gritos, los portazos, las ausencias cada vez más pronunciadas de mi padre y, por último, el terrorífico silencio. Estaba asistiendo a la destrucción de un matrimonio del que me hicieron partícipe.

—¿Y Rebeca? No la has mencionado —me interrumpió Sergio cogiéndome una mano.

Lo miré sintiendo que lo había olvidado, que estaba hablando para mí misma, recordando. Asentí y continué:

—Rebeca fue mi mejor amiga desde la época de infantil. Estudiamos juntas y prácticamente vivía en mi casa porque su madre era viuda y tenía dos trabajos. Era un sueño, la hermana que nunca tuve. Incluso venía con nosotros todos los veranos aquí —suspiré cogiendo aire, evitando que me temblara la voz—. Todavía no entiendo cómo no fui capaz de preverlo. Sólo una vez se lo comenté a mi madre. Tenía veinte años y Rebeca estudiaba Filología Hispánica, así que mi padre la ayudaba bastante con los trabajos y los proyectos. Mi madre miraba atenta la televisión y yo tomaba un café junto a ella en el salón. Del despacho de mi padre, su santuario en el que tres paredes estaban cubiertas por una inmensa biblioteca, emergía su voz hablando por teléfono. De vez en cuando se deslizaba una carcajada abierta, y era tan desconcertante oírsele cuando parecía pasarse los días meditabundo e ignorándonos que le dije a mi madre: «¿No te parece extraño que hablen tanto Rebeca y papá?». Fue un pensamiento fugaz, nada consciente. Mi madre volvió la cabeza lentamente hacia mí y su mirada me aterrorizó, aquellos ojos

entornados, la frialdad que emanaba de ella..., no sé... Es de esos recuerdos amargos que no sabes cómo empezaron ni cómo terminaron, pero que los sigues manteniendo en la mente sin lograr deshacerte de ellos.

Me detuve sintiendo una opresión en el pecho que me impedía respirar y las lágrimas volvieron a llenar mis mejillas. Sergio me las secó con ternura pasando los dedos y sonriéndome para tranquilizarme. Hipé un par de veces y proseguí:

—Yo también había empezado Derecho y competía, así que pasaba temporadas fuera con Asier. Mi padre y Rebeca solían acompañarnos cuando podían. Era mi válvula de escape, ya que mi casa se convirtió en un infierno de acusaciones y habitaciones separadas. Me utilizaban para mediar entre ellos, y, cuando no lo lograba, volcaban en mí sus frustraciones. Hasta que todo estalló en mi última competición en Fuerteventura, a la que también vinieron mi padre y Rebeca. Esa mañana bajé al *hall* del hotel para reunirme con Asier, dándome cuenta de que había olvidado mi amuleto en la habitación. Nunca competía sin él, era una pequeña pulsera de cuerda, pero tenía un gran significado para mí. Me disculpé y subí a la habitación que compartía con Rebeca. Entré con mi propia llave y los descubrí. No me mires así —dije haciendo una mueca y reprimiendo un sollozo a la vez—. No fue una situación escabrosa, más bien al contrario. Estaban junto a la ventana, hablando en susurros, y la intimidad que compartían no era la propia de un padre con una amiga de su hija. Él le pasó el pelo por detrás de la oreja y sé que interrumpí lo que prometía ser un beso apasionado. De improviso, ellos se giraron, separándose, y balbucieron una disculpa. Yo cogí mi pulsera y abandoné la habitación en silencio. Algo se rompió dentro de mí, me imagino que los últimos resquicios de inocencia que me quedaban. No le dije nada a nadie y fue mi peor campeonato. No estaba concentrada y me caí varias veces, lesionándome, hasta que me eliminaron. Asier se enfadó y lo demostró cuando al fin me reuní con él, riñéndome por mis despistes. Fue cuando lo poco que quedaba por romperse en mi interior se hizo añicos. Fue cuando comprendí

que la historia de mi padre con Rebeca se remontaba meses o incluso años atrás y que por fuerza Asier debía de haber sido su cómplice. Él sabía lo que sucedía en mi casa y no confió en mí, prefirió conquistar otra medalla antes que contármelo.

Agaché la cabeza vencida, sin fuerzas para proseguir un relato que estaba destrozándome. Sergio me sujetó la cara con las manos y me obligó a mirarlo.

—Tú no eras culpable de nada y él no debería habértelo ocultado.

—Lo hizo porque siempre me vio como a una niña, porque no creyó lo suficiente en mí y porque, ahora lo sé, le importaba mucho más el surf que mi propia felicidad. Por eso lo dejé y regresé a Madrid sin despedirme de nadie, sintiéndome engañada, abandonada y tan dolida que no era capaz de pensar con claridad.

—¿Qué hiciste, Livia? —inquirió con suavidad.

—Lo más estúpido del mundo, aunque sé que tú lo entenderás porque hiciste lo mismo. Me fui a Inglaterra. Había conseguido un trabajo en Oxford y pensaba rechazarlo por la situación en casa, pero no me vi capaz de soportarlo un segundo más. Aunque creo que fue proverbial que lo aceptara, ya que, alejándome, pude ver las cosas desde otra perspectiva.

—¿Sabes desde cuándo estaban juntos? —preguntó Sergio preocupado.

Lo miré con una triste sonrisa.

—Sí, eso es lo que se pregunta todo el mundo, que si empezó cuando todavía era una niña o que si me hizo algo a mí. Llevo seis años viviendo con la sombra de la ignominia. Pero, no, a mí nunca me tocó. De hecho, fue un padre ejemplar, me inculcó su amor por la literatura y casi todo lo que sé del mundo. Excepto hoy, jamás me puso la mano encima.

—La vida en pareja es muy complicada, Livia. Puede que Rebeca fuera el detonante de algo que llevaba fraguándose mucho más tiempo —musitó Sergio.

—Eso lo sé, lo que me atormentaba era que ninguna parte implicada confiara en mí para contármelo. Si lo hubieran hecho, quizá lo que vino

después habría sido diferente.

—¿Qué sucedió?

—Mi padre fue a buscarme, me pidió perdón y me prometió que lo arreglaría todo. Durante un par de años lo intentaron, aunque sé que no dejó a Rebeca y acabó por explotar todo de nuevo. El divorcio se hizo efectivo en marzo. En mayo se casaron —resumí de forma tensa.

—Pero la situación, en vez de mejorar, empeoró.

—Claro que empeoró, imagínate cómo se sintió mi madre, que quería a Rebeca como a una hija. ¿Y sabes qué hizo? Culparme a mí de todo, de haberla traído a casa, de que me empeñara en que viniera con nosotros de vacaciones y de mi estúpida afición al surf, algo que la excluía a ella. Mi madre me ha disparado con balas que no mataban, pero herían de muerte. Golpeándome, haciéndome daño con cada comentario, desahogando su odio en mí sin preguntarse ni un solo instante si yo podía sentirme tan o más herida que ella. Y él... —Se me rompió la voz y luché por recuperarla, aunque de forma entrecortada—. Y él me dejó allí con ella, no se molestó en saber si estaba bien o mal, en preguntar ni necesitaba ayuda. Se desentendió de mí como si nunca hubiera tenido una hija.

—Debió de ser insoportable —comentó Sergio frunciendo el ceño preocupado.

—Lo es y seguirá siéndolo. Mi madre no tiene intención de cambiar y, además, siempre habrá alguien que dude, que se pregunte qué pasó realmente, cuándo empezó. Y ya no puedo más, Sergio. Te juro que ya no puedo más —sollocé abrazándome a mí misma, notando que me estaba deshaciendo—. He perdido la confianza en el ser humano, me he vuelto una persona odiosa. Una persona que piensa que acabarán traicionándola, y no consigo superarlo. ¿Es tan difícil querer a alguien toda tu vida? ¿Lograré encontrar a alguien que me prometa eso? Que sea sincero, que no me abandone. Pasé de tener una familia normal a perder a mi madre, a mi padre y a mi hermana en un instante. Lo perdí todo, y no sabes lo duro que es no tener absolutamente nada en que

apoyarte, sentirte tan sola que ves el futuro tan..., que no lo ves, en realidad. —Gemí y me sequé con furia las lágrimas que se deslizaban por mi rostro descompuesto—. Necesito que alguien me quiera a mí por encima de todo y de todos, que yo para él sea imprescindible.

—Tú te has convertido para mí en algo imprescindible.

—Lo dices para consolarme. Sergio, ya no tengo fe, la perdí hace mucho tiempo, por eso nunca me implico demasiado, no quiero sufrir tanto. No puedo seguir sufriendo tanto. —Sollocé sin control y me balanceé, sintiéndome tan vulnerable que con sólo acariciarme me hubiese roto en mil pedazos.

—Yo conseguiré que te vuelvas creyente, te lo prometo, Livia. Debes confiar en mí —afirmó con gesto serio, alargando la mano con cierta timidez para acercarme a él—. Dime cómo puedo ayudarte ahora a estar mejor.

—Ya lo estás haciendo, apoyándome, dejándome llorar y casi emborrachándome para que expulse a mis demonios. He vivido enfadada, con tantos frentes abiertos que nunca he tenido una vida plena. Siento que ellos me la robaron como me van a robar este apartamento, que es lo único que conservo en el corazón como un refugio, algo bello, antes de que la oscuridad lo cubriera todo envenenándolo.

—Siento que debo hacer más. ¿Quieres que hable con él?

—No, sólo quiero olvidarme de que existen.

—Livia.

—¿Qué? —inquirí mirándolo.

—Creo que sigues en la fase de negación, en: «¿qué he hecho yo para merecer esto?». Posiblemente nada, pero la vida es así de jodida. Y eres incapaz de avanzar. Te voy a decir cómo hacerlo, aunque puede que me odies un poco por ello —murmuró, y yo, al instante, me puse a la defensiva.

—Dilo.

—Quizá, sólo quizá, perdonándolos lograrías dejar atrás todo ese lastre que te está impidiendo ser completamente feliz.

—¿Perdonándolos? ¿Es que has perdonado tú a Sandra y a tu hermano?

—Sí lo he hecho, porque este verano he comprendido que, si no hubiera descubierto su engaño, no habría acabado en este rincón del mundo contigo. Todo sucede por algún motivo, aunque tardemos años en comprenderlo o quizá nunca nos percatemos de ello. Y, sí, sé que lo que te pido es muy duro. Que tú fuiste la peor parada, pero el rencor es un animal insaciable que se alimenta de nuestras emociones y nos corroe por dentro, destrozándonos. Si no perdonas y avanzas, nunca podrás ser libre.

—No sé si seré capaz —murmuré levantándome.

Caminé por el salón sin rumbo fijo. Jamás se me había ocurrido que podía perdonarlos, empezando a vivir mi propia vida. De otro modo, ese tipo de herida acabaría enquistándose hasta producir sepsis y sería yo la más perjudicada.

—Empieza por recordar únicamente los buenos momentos con Rebeca, con tu padre y con tu madre. Quizá él, como dice, no pudo evitar enamorarse de ella, como yo no he podido evitar enamorarme de ti.

—¿Intentaste evitarlo?

—Voy a ser sincero: sí. Estaba aterrado por despertar sentimientos que creía olvidados, hasta que me di cuenta de que era inevitable.

—¿Y en ese momento qué sentiste? —le pregunté deteniéndome frente a él.

—Me sentí libre, Livia, libre para amar sin resentimiento, con plena confianza, aunque lidiar con el temita que tenéis entre manos Asier y tú tampoco es que esté ayudando mucho, pero pensé que, si no ponía el corazón en lo que estaba haciendo, me perdería lo más maravilloso que puede ofrecernos el mundo. Y así lo hice. Entregarte mi corazón sabiendo que tú, pese a tus dudas, lo cuidarías bien.

Comencé a llorar de nuevo y él se levantó para atraerme contra su pecho.

—No estoy llorando —mentí.

—Claro que no —afirmó.

—Lo digo en serio.

—Y no seré yo quien te lleve la contraria, aunque haré una puntualización:

lo disimulas bastante mal.

Levanté la vista y le sonreí, dando gracias en silencio porque mi madre lo hubiera puesto en mi camino alquilándole una habitación. En ese momento recordé el extracto del libro de Harold Shelby y todo cobró sentido: «Y aquella mirada acarició el alma vieja sin cicatrizar que escondía bajo una piel tersa. La pulsión del deseo más exacerbado invadió el anhelo por convertirte, no sólo en una mera coincidencia, sino en lo más cotidiano de mi vida».

—Sergio, yo también quiero que te conviertas, no en una mera coincidencia, sino en lo más cotidiano de mi vida —confesé.

—Hasta que te aburras de mi cotidianidad, Livia —contestó él con esa sonrisa que guardaba para ocasiones especiales y que esperaba seguir viendo el resto de mis días.

Le acaricié el rostro, siguiendo la línea arqueada de sus cejas color canela, memorizando ese instante como uno de los que recordaría por siempre.

—Dime que no habrá un punto final —le pedí.

—Sólo si lo pones tú —replicó besándome.

El calor se expandió por mi cuerpo, desplazando a la razón, y lo sujeté del pelo profundizando el beso. Tensa, cada fibra de mi cuerpo herido suplicaba por su atención. Necesitaba canalizar la ira, la furia y la angustia a través de él. Con él. Introdujo su lengua seduciendo a la mía y emití un quedo gemido, oculto por el persistente sonido de su teléfono. Me aparté llevándome la mano a la boca, en parte avergonzada de mi estallido.

—Es Asier —masculló Sergio con fastidio.

—Déjame a mí —le pedí.

—...y como no estés aquí en cinco minutos, date por despedido. ¿Me oyes?

—Soy Livia, Asier. No ha sido culpa suya, mi padre ha llegado con Rebeca y me he venido abajo. Dale diez minutos y estará allí —contesté antes de que se cabreara más.

—¿Tu padre con Rebeca? ¿Qué coño...? ¿Estás bien?

—Sí. Me han pillado con la guardia baja, pero estoy mejor.

—¿Necesitas que vaya?

—No, aunque tampoco la tomes con Sergio, ¿vale?

—Tranquila, puedo sustituirlo por otro monitor.

—No será necesario, en un momento voy para allí —afirmó Sergio arrebatándome el teléfono y colgando.

Resopló y me miró. Lo miré e imité bastante bien una sonrisa.

—No pasa nada, Sergio, estoy bien..., bueno, mejor. Vete, no quiero que pierdas el trabajo.

—¿Dónde lo habíamos dejado? —replicó enarcando una ceja con una mirada de divertida perversión.

—No hay tiempo, y además... —Me callé mordiéndome un labio. Lo deseaba con intensidad, con fuerza y casi con desesperación.

—Joder, Livia, sí lo hay. Para ti tengo todo el tiempo del mundo y también tengo claro que voy a demostrarte con hechos todo lo que he prometido de palabra —exclamó cogiéndome en brazos. Pasé las piernas por su cintura mientras él me sujetaba por las nalgas, apretando hasta hacerme daño. Me quejé y él se detuvo a un paso de la cama—. Livia, tus ojos me lo están pidiendo...

—Pero no podemos... Asier...

—Olvídate de Asier, y te juro, Hoyuelos, que yo te necesito tanto como tú a mí —masculló.

—Se llama testosterona, cariño —bromeé.

—Se llama amor —me contradijo él observándome con detenimiento hasta que me arrojó sobre la cama, cayendo luego sobre mí. Al sentir su simple contacto con mi piel gemí de forma entrecortada.

—Sea lo que sea, déjalo que tome el mando, lo estás haciendo muy bien —lo animé.

Sonrió de forma canalla y, sin que me diera tiempo a encontrar un resquicio por el que respirar, lo tenía besándome apasionadamente, bajándome los tirantes del camisón y subiéndome el resto de la tela a la cintura. Le devolví

cada beso y cada caricia y con la misma rapidez le desabroché los botones del pantalón vaquero y tiré hacia abajo, arrastrándole el bóxer. Me penetró de improviso, arqueándome ante el impulso y arañándole la piel de los brazos. Al contrario que las últimas veces, no disminuyó la velocidad y empujó cada vez con más fuerza, hasta que sentí que me llenaba con un gruñido ahogado, justo en el momento en el que yo jadeé en su oído liberando toda la tensión de las últimas horas, quedándome laxa.

Se incorporó y me miró con fijeza, al igual que había hecho antes, como si quisiera memorizar cada uno de mis rasgos.

—Te amo, Livia —musitó con concentración.

Resoplé para apartar un mechón de pelo y sonreí.

—Eres preciosa, sonrojada y feliz. Daría lo que fuera por verte siempre así. Si tuviera ese poder...

—Lo tienes, te lo aseguro —contesté.

—No estoy bromeando —replicó sin apartar sus ojos de los míos.

—La fórmula es muy sencilla. No me traiciones, no me mientas, quiéreme siempre como yo te quiero. No hay incógnitas —respondí con igual seriedad.

—Jamás te mentaré y te querré siempre más de lo que tú me quieres a mí.

—Ah, y prepárame el desayuno.

—También.

—Y la cena.

—Explotadora.

—Previsora.

Al decir esa palabra, fue como si a los dos nos diera un calambrazo. Salió de mí de prisa, mascullando una maldición.

—¿Estás..., tomas alguna...? —Se trabó y se detuvo tragando saliva—. Estoy limpio, llevo un año sin acostarme con ninguna mujer y me hice las pruebas después de saber que Sandra me compartía con mi hermano.

—Sí, tomo la píldora. ¿Un año? ¿Tú?

—Hay heridas que tienen cierto período de luto —musitó sonrojándose de

forma adorable.

—No me extraña que te desquitaras conmigo. Apenas he dormido en un mes —dije riendo mientras me colocaba el camisón y él se abrochaba el pantalón de forma apresurada—. Vete, anda, que acabarán despidiéndote.

—Te quiero, no lo olvides —afirmó dándome un último beso antes de correr hacia la puerta.

«Gracias —quise decirle—, gracias por saber en cada momento cómo amarme, cómo consolarme y cómo hacerme reír.» Pero las palabras murieron en mis labios antes de ser pronunciadas. Y durante varios minutos me quedé sobre la cama, mirando al techo con parsimonia, demasiado saciada, demasiado relajada, tan liviana sin el peso que me acosaba desde hacía años, que no tuve fuerzas para levantarme. Sin embargo, llamaron a la puerta y con un suspiro de frustración fui a abrir. Asier entró con la velocidad un tornado, mirando alrededor como si esperara ver un ejército al que enfrentarse.

—¿Dónde está? —inquirió.

—¿Quién? ¿Mi padre o Sergio? —pregunté a mi vez, caminando hasta la habitación para abrir la ventana y que entrara algo de aire que refrescara el ambiente cargado de endorfinas.

Asier me siguió y se detuvo en el umbral.

—Ya veo que no habéis perdido el tiempo. Huele a sexo, huele a ti cuando... ¡Joder! —musitó aspirando a la vez que me escrutaba con dureza—. ¿Estaba consolándote?

Me volví y lo miré con enfado.

—Eso es algo que no te incumbe. ¿Por qué rebajas cualquier sentimiento humano de tal forma que consigues que parezca sucio?

—Aunque no lo creas, me incumbe y mucho —masculló acercándose.

En un instante me había cortado el paso y tuve que apoyarme contra la pared. Levanté la vista.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Joder! ¡Te acabas de acostar con él!

—Sí, ¿y?

—Cuando deberías estar haciéndolo conmigo, ¡maldita sea! —exclamó cogiéndome la barbilla. No llegaba tanto a preocuparle mi enfrentamiento con mi padre como mis relaciones sexuales con Sergio. Y, de improvisto, sentí que para él era un trofeo más en su haber, algo que había perdido y luchaba por recuperar.

Inclinó el rostro y yo lo volví justo a tiempo de que chocara con mi mejilla. Intenté apartarlo empujándolo, pero no lo conseguí. Ni siquiera me intimidaba, sólo estaba molesta por verme una y otra vez en la misma absurda situación. Sentía tristeza al darme cuenta de que nuestro amor, aunque fue sincero y lo mejor que tuve durante años, no había sido del todo completo y ahora ya se había desdibujado con el transcurrir del tiempo.

—Quítale las manos de encima —siseó Sergio desde la puerta de la habitación. Lo había pronunciado con calma, en un tono ronco que no dio lugar a segundas interpretaciones.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada.

—Me he olvidado el teléfono —replicó mirándome, después enfocó a Asier—. No lo voy a repetir, apártate.

—Vale, chaval —se burló Asier dando un paso atrás con las manos en alto—. Por cierto, no has cumplido tu palabra, estás despedido —determinó con la misma calma que mostraba Sergio.

—No digas tonterías, Asier, sabes que no es un despido válido. No hay carta, motivos, ni preaviso —rebatí.

Sergio me miró enarcando una ceja y, por un instante, una fugaz sombra animal le atravesó las pupilas.

—Livia, no seas ingenua, puede que sepas la teoría, pero flaqueas en la práctica. Sí puede despedirme sin carta y sin indemnización, en cinco minutos su abogado puede prepararle un burofax e ingresar mi pingüe indemnización en el banco, sin contar con que todavía estoy en período de prueba, así que ni siquiera tendría derecho a la misma. Pero no lo va a hacer porque está

vendido sin mí y lo sabe, es otro de sus ataques de rabia. Creo que cuando tú estás cerca no es capaz de pensar con claridad.

—¿Cómo sabes tú tanto de despidos?

—Deben de haberlo despedido de todos sus anteriores trabajos —apostilló Asier—. Desde luego, Livia, esta vez has elegido a la joya de la corona. Espero que cuando llegue septiembre recapacites. Y a ti —amenazó dirigiéndose a Sergio—, te quiero en la puta playa ¡ya!

Sergio ni se movió, frunció los labios y me miró como si consultara conmigo lo que hacer.

—No dejes el curso sin terminar —murmuré sin entender muy bien su comportamiento—. Si quieres dedicarte a esto, el mundo del surf es muy pequeño y cada recomendación cuenta.

—Está bien —farfulló Sergio—. Voy para allá, pero antes lárgate de aquí —instó a Asier.

—De acuerdo —cedió éste.

Cuando salieron por la puerta, tuve que correr a la terraza para verlos y asegurarme de que no se habían enzarzado en alguna pelea de demostraciones ridículas masculinas. Respiré con alivio cuando vi que tomaban caminos diferentes. Al volverme, la voz de Violeta me sorprendió.

—Vaya, Livia, nunca te aburres, ¿eh?

Me asomé por encima del murete de piedra y la vi recostada en una tumbona, fumando lo que mis orificios nasales identificaron claramente como marihuana. La miré sin saber qué decir.

—Vamos, pasa y así me pones al día.

Sin pensarlo demasiado, me aupé y salté.

—Qué agilidad, chica, cómo se nota que la que tuvo retuvo —musitó con los ojos vidriosos.

Me senté en una silla frente a ella y la observé con detenimiento.

—¿Hoy no vas a la playa? —le pregunté.

—Miranda tiene febrícula.

—¿Quieres que os acerque al centro médico?

—No, tranquila, son los dientes. Menuda noche. En fin, que le he metido un chute de paracetamol infantil y está dormida.

—Ya. ¿Y Marieta y Magdalena?

—Hipnotizadas viendo la tele.

—Y a ti no se te ha ocurrido otra cosa que liarte un porro para celebrarlo, ¿no?

—Hacía tiempo que no estaba tan relajada, y además tengo que darle las gracias a tu novio, el de ahora, el rubio, no el otro. Me regaló su bolsita. Yo creo que se fumó uno nada más conoceros para impresionarte.

—Violeta, ya no impresionan los hombres que fuman maría; de hecho, es lo contrario. Lo que sí impresiona es verlo en madres con tres hijas.

—¿Estás diciéndome que soy mala madre? No tienes ni idea de lo que es dejar tu vida de lado para vivir tres infancias diferentes. Si no fuera por estos pequeños momentos, enloquecería.

—No, para nada, creo que te las arreglas muy bien. De lo que no estoy muy segura es de que tú estés bien.

—Estoy perfectamente, ¿no me ves? —inquirió siguiendo de forma concentrada el vuelo intermitente de una gaviota.

—Claro, claro...

—A ti es a la que no veo muy bien.

—Es lógico, te cuesta enfocarme —comenté echando una ojeada disimulada al interior, quedándome un poco más tranquila viendo a las niñas sin despegar la mirada de la televisión.

—No me refiero a eso, ya he oído que ha venido tu padre con Rebeca. Lo que te faltaba, tener un hermano a tu edad.

—Oye, Violeta, ¿tú no tienes vida? Porque parece que vivas en la mía de forma permanente.

—La tengo, pero es una mierda, no te creas eso que dicen del milagro de la maternidad. En fin, volviendo al tema en cuestión, ¿tu padre te ha soltado un

guantazo?

—Sí.

—Bueno, si lo conozco bien, que lo conozco de tantos años aquí, creo que él estará en estos momentos lamiéndose las heridas.

—Ya tiene a Rebeca para que le ponga yodo —mascullé.

—Así no vas a conseguir perdonarlos.

—¿También has oído eso?

—Sí, y lo que ha venido después también, por si te lo estás preguntando. Que ya estamos con Asier y Sergio otra vez. Yo que tú me largaría pronto a Madrid o vas a convertir Suances en las *Bodas de sangre* de Lorca.

—Pero mira que eres bestia.

—No lo soy, lo que te jode es que te diga las verdades a la cara. Además, Sergio parece conocer muy bien las leyes, no creo que se deje atrapar.

—¿Cómo dices? —exclamé incorporándome, sintiendo un súbito escalofrío.

—¿Yo? Nada. Si la que sabes de ese rollo eres tú —musitó expulsando el humo con parsimonia.

—Creo que me voy a pasar a estudiar —repuse con un desagradable nudo en el estómago—. ¿Estás segura de que estarás bien?

—Que sí, pesada. Aunque, por si acaso, no estudies con los cascos puestos, que si necesito ayuda pego un grito.

—Ya me quedo más tranquila —concluí saltando a mi propia terraza.

Antes de que el fugaz pensamiento volara de mi mente, cogí el teléfono y entorné las ventanas, lamentando que con el pesado bochorno no pudiera cerrarlas del todo, y llamé a mi madre.

—¿Ya vuelves? —preguntó ella sin saludar.

—No, pero veo que tampoco te alegrarías mucho.

—Oh, es que tengo un negocio entre manos y..., bueno, que no me llamas para hablar de mí. Cuéntame, ¿qué tal?

—Bonita forma de desviar el tema, mamá —mascullé, aunque en realidad

estaba bastante más preocupada por otra cosa en concreto—. ¿Puedes ir a mi habitación?

—Veré si está desocupada.

—¿Desocupada?

—Huy, qué tonta, me refería a que dejo la ropa sin planchar allí —se excusó ella con una risita que me hizo desconfiar—. Ya estoy, ¿qué quieres?

—¿Ves el corcho que tengo colgado en la pared delante de la mesa de estudio?

—Sí.

—A la izquierda hay una carta.

—Ya sé qué carta es. Si estuviste llorando semanas cuando la recibiste. Lo que no entiendo es por qué la pusiste ahí para mortificarte día tras día.

—¿Puedes sacarle una foto y mandármela?

—¿Es que no te la sabes de memoria?

—Mamá, por favor, sin preguntas.

—Está bien. Ahora te la envío... Oye, ¿cómo funciona la cámara?

—Ay, Dios —siseé, y me enzarqué en una explicación de más de un cuarto de hora que acabó por destrozar mis nervios, aunque al final la recibí. Algo borrosa, pero legible.

Me senté en el sofá y la amplié.

Estimada señorita Roma:

Lamentamos comunicarle que no ha superado el período de prácticas en Duque y Carvajal Asociados. Después de su evaluación final, y tras examinar su trabajo estos últimos tres meses, hemos comprobado sus carencias en el ámbito que nos compete. No obstante, valoramos su esfuerzo y dedicación, y la animamos a que continúe formándose con el fin de que pueda ser seleccionada en años posteriores.

Agradeciéndole el interés puesto en nuestra empresa, aprovechamos para enviarle cordiales saludos.

FIRMADO: SERGIO DUQUE

Hiperventilé cuando vi la firma, con la «D» mayúscula superpuesta al nombre, recordando con exactitud la que estaba registrada en el DNI que me enseñó Sergio cuando lo acusé de ser su hermano. No obstante, revolví entre los papeles de una carpeta y saqué la nota manuscrita que me dejó tras prepararme el desayuno para asegurarme. Era la misma.

—¡Será cabrón! —estallé, y me mordí los nudillos de pura rabia.

Me levanté y caminé de un lado a otro del salón, con tanta furia que podría haber desgastado el terrazo del suelo. Cuando me cansé de andar y a punto de volverme loca y salir en pos de él para que me explicara qué estaba sucediendo, decidí que no iba a darle esa ventaja. Así pues, planeé cuidadosamente la conversación que iba a tener con él a la noche. Mientras tanto, intenté con tanto ahínco calmarme para estudiar, sin conseguirlo, que incluso se me pasó por la cabeza beberme la botella de vodka de Violeta. A media tarde, desesperada, frustrada y con los niveles mitocondriales revueltos, me di una ducha y decidí esperarlo en aparente serenidad fingiendo que estudiaba en la mesa de la terraza. Ni me molestó saber que Violeta se enteraría de todo, estaba claro que lo hacía de todas formas.

Al oír la cerradura, todos mis sentidos se agudizaron e incliné la cabeza sobre la pantalla del ordenador, tensando tanto los dedos de las manos sobre el apoyabrazos que se volvieron blancos.

—¿Qué tal, cariño? ¿Ha sido productivo el día? —me saludó él dándome un ligero beso en la coronilla.

—No sabes tú cuánto —contesté mostrando mi mejor sonrisa falseada, que debió de ser creíble, ya que me la devolvió—. ¿Y el tuyo?

—Bien, sin novedades en el frente. ¿Preparo algo de cena?

—Ya he preparado yo unos filetes empanados y una ensalada.

Me miró con una ceja enarcada.

—¿Qué he hecho para merecerlo?

—Te lo debía por tanta dedicación —respondí ampliando mi falsa sonrisa

hasta que me dolió la mandíbula.

—Vaya, gracias. Aunque ése no era el trato, tenía que ser yo el que cocinara —apostilló con una pizca de desconfianza.

—A veces viene bien romper las reglas, ¿no crees?

—Yo no tengo intención de romper ninguna —declaró con firmeza.

—Claro que no, cielo. Bueno —dije fingiendo un ligero bostezo—, cena tú si quieres, yo estoy atascada con un caso práctico y quiero terminarlo.

—¿Me has llamado «cielo»?

Vacilé unos instantes y ladeé la cabeza para que el pelo me cubriera parte de la cara.

—Creo que empiezo a ser cariñosa —balbucí.

—¿Ha sucedido algo, Livia? —inquirió con seriedad.

—Nada, sólo estoy cansada de esto —le señalé la pantalla del ordenador.

Sergio se acercó a mí y puso las manos sobre mis hombros, masajeándolos.

—Estás bastante tensa —murmuró, y yo recordé, para fortalecerme, el primer día que me presenté en el bufete, con toda mi ilusión, mi traje nuevo y mi pelo completamente alisado después de una hora de plancha. Creyendo, tonta de mí, que daba la imagen que ellos querían; descubriendo, al verme rodeada de tanta gente mucho mejor vestida y preparada que yo, incluso con maletines grabados con su nombre en letras doradas, que nunca estaría a la altura.

Lo di todo de mí aquellos meses, trabajé sin salario once horas diarias, dejándome la vista en las bases de datos, preparando demandas, algunas ficticias, otras reales, contestando requerimientos y acompañando a los veteranos a los juzgados. Y también las veces que acabé llevando y trayendo almuerzos, cafés y siendo excluida de las reuniones a puerta cerrada. Y lo que lloré un día en el baño encerrada porque una «supuesta» compañera dejó caer sobre mi blusa blanca el té *chai* que tomaba.

Cerré los ojos un instante, rememorando el momento en el recibí la carta con el membrete del bufete en un sobre capeado y elegante, la emoción y la

desilusión posterior al leer lo que venía a decir, resumiéndolo: «No vales para nada, guapa, ni para preparar café. Como mucho, para entretener con anécdotas graciosas a algún cliente demasiado pesado. No tienes lo que hay que tener para triunfar, límitate a conformarte con un puesto de tercera categoría porque nunca llegarás a jugar en la primera división. Firmado: El Halcón».

—¿Te encuentras bien, Livia? —inquirió Sergio, provocando una sacudida en todo mi cuerpo.

—Sí, pero odio atascarme así en un caso que no tiene aparente dificultad —repliqué.

—¿Quieres que te ayude? —sugirió.

Giré la cabeza para examinarlo con detenimiento, aunque no percibí que él me hubiera descubierto.

—No sé si lo entenderías, es un cálculo de un despido —murmuré.

—Déjame mirar, igual te sorprende —insistió inclinándose sobre la pantalla.

—Eso seguro que no —musité, pero él estaba tan concentrado en los números que no me oyó.

En un par de minutos lo solucionó, estaba claro que ni para ponerle trampas tenía lo que había que tener.

—Ya he encontrado el error —afirmó con una sonrisa—. No has aplicado bien la reforma laboral del año 2012, en la que cambiaron los porcentajes de los despidos improcedentes. A partir del 12 de febrero se pasó a treinta y tres días por año de salario, en vez de los cuarenta y cinco vigentes. El trabajador empezó su contrato el 1 de febrero, con lo que la pequeña diferencia de apenas unos euros viene de ahí. Tienes que calcular del 1 al 11 de febrero sobre la base de cuarenta y cinco, a partir de esa fecha, sobre treinta y tres. ¿Lo entiendes?

—A la perfección —mascullé, y decidí que ya estaba harta de fingir—. ¡Eres abogado! —exclamé.

—Culpable de todos los cargos —se excusó él levantando los brazos y sonriéndome.

«Sonríe, sonríe, que ya verás qué pronto se te congela esa sonrisa en la cara de modelo que tienes.»

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —inquirí con curiosidad.

—No creo que me defina, ya te lo dije al principio.

—Ah, por eso te llamaban El Halcón, ¿porque eras implacable?

—Más o menos, tenía la mejor ratio de victorias en los juzgados.

—Y tu hermano, de robo por intercambio de maletines.

—Algo así. ¿Te molesta que sea abogado?

—¿A mí? No, sólo me siento estúpida. Y, cuando me siento estúpida, yo también soy implacable. Anda, ven y mira la pantalla del ordenador —lo insté cuando amplié la carta que me había enviado hacía cuatro años.

Al principio pareció extrañado y, a medida que la leía, empalideció.

—¡Sorpresa, cariño! —exclamé.

—Livia, tienes que entender que firmaba decenas de cartas así cada año, es imposible que me acuerde de ti.

—Tocada y hundida. Gracias, no soy tan memorable como para que te acuerdes de mí. Pero sí me dejaste claro que tenía ciertas carencias para acceder al trabajo. Si me hubiera agachado por debajo de la mesa y te hubiera hecho una mamada, ¿habría conseguido el puesto?

—No digas tonterías, el proyecto de prácticas que tiene el bufete es mucho más serio que todo eso —contestó enfadándose.

Me levanté para enfrentarlo.

—¿De verdad? ¿Así lo consiguió Sandra? Porque resulta que esta tarde he investigado en internet y sigue trabajando para vosotros.

—Sandra habla cuatro idiomas a la perfección y fue la primera de su promoción. Su campo es el derecho internacional, no el laboral como el tuyo.

—Ya sé que a los que nos gusta defender los derechos laborales nos miráis por encima del hombro. Y, por supuesto, nunca estaré a la altura de tu

impresionante Sandra, alias «la cuatro idiomas *summa cum laude*».

—No sigas por ahí —me amenazó.

—Seguiré por donde me dé la gana, Sergio, que no eres mi jefe y además estás en mi casa. ¿Sabes el daño que me hizo recibir esa carta? Lo dejé todo y nunca intenté conseguir otro trabajo en el campo del derecho, ya viste mi currículum.

—¿Y me culpas a mí? —preguntó incrédulo.

—Sí, te culpo porque no hubo otra como yo en todo el programa, trabajé hasta dejarme la vida, pero yo no alcancé la meta, simplemente era la hija de un profesor de instituto y de un ama de casa.

—No seleccionamos a los candidatos por el dinero que tienen o su posición social. Eso es vulgar.

—¡Mentira! Después averigüé que cogisteis precisamente a aquellos que ya venían con un nombre detrás. Dos de ellos estudiaron conmigo porque los habían expulsado de sus respectivas universidades.

—Examinamos cada currículum con lupa, no sabes si tenían otras cualidades necesarias.

—¿Y cuáles eran? ¿Un padre secretario de Estado? ¿Un barco como tú? Porque *Mar de Estrellas* es tuyo, ¿no? No era alquilado.

—¿Ahora me acusas de tener dinero?

—¡Sí!

—Debería ser un punto a mi favor.

—¡Para mí, no!

—¿Crees que me regalaron el título, el puesto y el barco? ¡Y una mierda! El bufete lo fundó mi abuelo con su mejor amigo, y he tenido que demostrar cada día mi valía, mucho más que cualquier otro, porque siempre me consideraban el hijo de...

—Claroooo..., seguro que desgastaste las suelas de cientos de zapatos italianos de piel paseándote entregando currículums por las empresas.

—¡No seas cínica!

—¡No lo soy! Estoy harta de tener que justificarme ante todos. ¿Se puede saber qué no tenía para que me echarais así?

—No es lo que no tenías, sino lo que tenías.

—¿A qué te refieres?

—¡Tenías alma, Livia, y corazón! ¡No habrías sobrevivido ni un año! Puede que trabajaras mejor, que te esforzaras, pero te implicabas tanto como te implicas en cada cosa que te sucede en la vida. Y, de seguir así, habría sido tu fin —estalló dando un puñetazo al aire.

—¿Cómo sabes eso? ¿Ahora me recuerdas? Yo no estaba en tu departamento.

—No, no te recuerdo, aunque sí me encargaba de revisar las notas de los que os examinaban, y probablemente en tu expediente descubrí que nunca podrías dedicarte a un trabajo tan exigente y desalmado como el de abogado.

—¿Crees que soy..., no sé..., blanda? —balbucí con el rostro desencajado.

—En serio, Livia, si te hubieran asignado un caso en el que tuvieras que defender a un padre que ha matado a sus hijos, ¿qué habrías hecho? Aparte de querer matarlo tú, claro.

Me quedé sin sangre en las venas y abrí la boca para replicar, aunque de ella no surgió ningún sonido.

—¿Tengo razón o no? —preguntó con suavidad.

—No me gusta que tengas razón. No me gusta saber que he perdido media vida en algo para lo que no sirvo. Y lo que menos me gusta es que tú me hayas mentido, sabiendo precisamente qué había estudiado.

—Livia, no digo que no seas buena en tu trabajo; digo que no serías buena abogada. Como profesora deberías ser excelente, es algo que llevas en la sangre, el cuidar y enseñar a los demás.

—Eso no me consuela nada, Sergio. Me siento herida por ti, traicionada de alguna forma —murmuré llevándome la mano a la frente.

—Livia, sigo siendo el mismo que esta mañana, el mismo que ayer —dijo acercándose a mí, pero yo cogí mis apuntes y me escabullí dentro del salón.

—Ahora mismo no sé lo que pensar, y no quiero tenerte cerca —repliqué ante su gesto de incompreensión cuando vio que cogía el bolso.

—¿Te vas? —preguntó intentando detenerme—. No te dejaré irte con Asier.

—¿Con Asier? ¿Me crees tan miserable como para hacer eso? —exclamé mirándolo por última vez antes de cerrar la puerta.

No anduve más que un paso y, sin que tuviera que llamar, Violeta abrió su puerta y me franqueó la entrada.

—Livia, vivir a tu lado es lo más divertido que me ha pasado en años. ¿Quieres mudarte conmigo en Madrid? Necesito emociones —afirmó.

—Y yo necesito un sitio donde dormir. ¿Podemos hacerlo juntas? Rodolfo no viene hasta mañana, ¿no?

—¡Y aunque viniera! Lo mando a la terraza, a que le dé el fresco, o con Sergio, para que se entretengan juntos. Tú pasa, que esta noche montamos una fiesta de pijamas.

—Ya estoy demasiado mayor para eso y, además, no tengo humor para fiestas —repliqué.

—Bueno, pues podemos ver una porno, así igual te cambia el humor... —dijo riéndose mientras caminaba por delante de mí.

—Ay, Señor —siseé mirando al techo—. Ahora sí que he caído bajo...

Capítulo 16

Only hate the road when you're missing home *

—Pichurri, uno rapidito, que tengo la chorra goteando por ti —siseó alguien en mi oído al tiempo que ponía una mano en mi nalga y apretaba con fuerza, mientras con la otra intentaba abrirse paso entre mis piernas.

Me giré desconcertada y acabé aprisionada bajo un cuerpo sudoroso que se pegó a mi piel, comenzando a lamerme el cuello de forma un tanto babosa. Le aticé un puñetazo en la cabeza y con la rodilla lo empujé hasta que cayó de la cama. Violeta se incorporó y encendió la luz de la mesilla, a la vez que Rodolfo, con una expresión de espanto de lo más graciosa, se tapaba sus partes pudendas y... goteantes.

—¡Ni pichurri ni... pi... chorra! —exclamé agitando una mano en el aire con indignación.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió Violeta sin sorprenderse.

—Pichurri, quería darte una sorpresa. ¿Y tú que haces con Livia en la cama? ¿No estaréis...? —Enmudeció y enrojeció.

—Deja de decir tonterías y, además, que ésta es muy fina, nada de chorra, que se nos ofende. Como mucho pene, miembro o espada afilada con punta roma. Ésa nos gustaba mucho cuando leíamos las novelas de mi madre a escondidas de pequeñas, ¿verdad? —me preguntó a mí y, sinceramente, la situación me pareció tan surrealista que no supe qué contestar.

—Yo mejor me voy —murmuré haciendo el amago de levantarme.

—Tú te quedas aquí —rebató Violeta sujetándome el brazo—. Y tú, Rodolfo, coge una manta, no vaya a ser que te resfríes, y vete a dormir a la tumbona de la terraza, así ves el amanecer.

Rodolfo asintió sin pronunciar palabra alguna y, caminando de lado para no mostrar más de lo que debía, recogió una manta que había sobre una silla y se escabulló a la terraza.

—Violeta, ¿no te parece una manera muy drástica de tratar a tu marido?

Ella apagó la luz y me dio la espalda.

—Tú duerme, que todavía nos quedan un par de horas hasta que éstas empiecen a dar por saco.

Lo intenté, juro que lo intenté, pero me sentía tan incómoda que, al cabo de unos minutos, hablé de nuevo:

—Violeta, ¿Rodolfo y tú tenéis algún problema?

Ella suspiró y se giró, haciendo temblar toda la cama.

—¿Que yo tengo un problema con mi marido?

—Bueno, no me parece una forma muy adecuada de recibirlo.

—Habló la experta. Te recuerdo que eres tú la que está durmiendo en mi casa.

—Sólo lo digo por si necesitas ayuda.

—No vayas por ese camino, Livia, ya te has metido demasiado. Rodolfo y yo no somos como tú y tus ex o no ex, ya no sé lo que son. No lo solucionamos a gritos, vamos a un consejero pastoral y punto.

—¿Y eso funciona?

—Ya ves que no.

—Pues me estás dando la razón.

Se incorporó apoyándose en un codo y me miró fijamente.

—Livia, la que tiene un problema enorme eres tú y eres incapaz de verlo.

—¿Hablas de Sergio?

—Hablo de la vida en general. Estás desajustada. Tan pronto vives en el futuro como en el pasado. Eres incapaz de vivir en el presente. Recriminas, acusas y te crees el puñetero ombligo del mundo. Pero no, nena, espabila, la Tierra va a seguir girando sin los ataques de *drama queen* que sufres tan a menudo.

—¿Eso te lo ha dicho tu consejero pastoral? —ironicé.

—¿Ves? Ya lo estás haciendo otra vez. Escurriendo el bulto. Deberías mirarte al espejo de vez en cuando y decidirte, no ir dando bandazos de un lado a otro sin solucionar nada.

—Creo que me voy a mi apartamento —concluí levantándome.

—De nada, cielo —dijo ella sonriendo.

Se giró y cerró los ojos.

Salí de su casa y me paré con las llaves en la mano frente a la puerta del apartamento de mi padre, pensando en las palabras de Violeta. No estaba exenta de lógica. ¿Y si era incapaz de enfrentar nada, solucionarlo y pasar al siguiente problema? ¿Y si estaba desperdiciando la vida? ¿Era tan transparente para ella? Y también lo era para Sergio, porque, aunque me doliera, tenía que reconocer que llevaba parte de razón. Ni siquiera quise estudiar Derecho, fue algo accidental, para lo que me preparé en la secundaria fue para la carrera de Filosofía. Suspiré y giré la llave, intentando hacer el mínimo ruido para no despertar a Sergio. Sin embargo, la puertaventana de la terraza del salón estaba abierta y lo vi acodado en la barandilla, ligeramente encorvado, sosteniendo en sus manos una taza de café. Caminé en silencio y emergí en la terraza sin que él notara mi presencia. Rodolfo roncaba monocorde a dos metros de nosotros.

Amanecía y el sol ganaba al mar, cubriéndolo de una gama de azules con reflejos dorados que te atrapaba. Sergio miraba con fijeza la superficie en calma de agua, la playa de arena blanca. Su perfil perfecto estaba ensombrecido por el rictus serio que le provocaba fruncir el ceño con preocupación, quizá también tristeza y, quise pensar, algo de arrepentimiento.

Y lo tuve claro, en ese instante de paz sostenido en el tiempo en el que deslicé la vista por su cuerpo, por su espalda ancha tensando con sus músculos la tela de algodón de la camiseta y la forma que tenía de seducir sin pretenderlo, inmóvil y en silencio, ya no tuve duda alguna.

—Me voy —le anuncié con voz ronca, dominando la angustia que me

estrujaba el corazón.

Él agachó la cabeza, suspiró y se giró lentamente. La mirada que me lanzó terminó de matar mi maltrecho corazón.

—¿Me estás dejando? —preguntó con la misma voz ronca que yo.

—No, sólo digo que me vuelvo a Madrid. Tengo que empezar a solucionar mis problemas, uno a uno.

—¿Yo soy un problema para ti?

—Al contrario, tú me has abierto los ojos, y, aunque con eso me hayas herido, tengo que reconocer que llevas razón. Lo que no entiendo es por qué me acusaste de gastar el dinero de mi padre cuando tú llevas una vida mucho más... —busqué el adjetivo adecuado sin encontrarlo— ¿disoluta, relajada?

—Ni lo uno, ni lo otro, Livia. Como ya te dije, tuve que esforzarme como el que más por demostrar a todo el mundo que me merecía el puesto de trabajo. Empecé desde abajo y fui escalando. Además de la absurda competición en la que me metió mi hermano desde su nacimiento. Si algo no soporto de otra persona es la bajeza, la desidia o el abandono. Tú no eres así, al contrario, eres lo más pasional que conozco. Y, con total sinceridad, lamento que no encontrases un trabajo a tu altura, porque te lo merecías.

—La suerte no es sólo un punto de vista —repliqué.

—No, pero estoy convencido de que eso algún día cambiará.

—Siempre puedo vivir de tu dinero —farfullé con una sonrisa triste.

—No me importaría, pero tú no lo soportarías ni un año. Necesitas estar ocupada, y lo sabes.

—Sí, eso es lamentablemente cierto. Lo de ser una mantenida siempre se me ha dado mal, con lo bien que se lo montan algunas.

—¿Cuándo te vas? —inquirió acercándose a mí.

—Lavaré la ropa y lo recogeré todo. Quiero salir al atardecer, así no cojo atascos. Llegaré pasada la medianoche a Madrid.

—¿Y yo qué voy a hacer sin ti?

—¿No tienes un contrato que cumplir?

—Sí, hasta mediados de septiembre. El día 31 le enviaré las llaves a tu madre y me mudaré con Diego para cerrar la temporada.

—¿Y después? —pregunté mirándolo a los ojos.

—¿No dices que estarás en Madrid? Pues allí iré, Livia. Acepto pasar separados unas semanas, no más. Supongo que tú también has sido una buena influencia para mí. Es hora de que hable en serio con mi padre y arregle las cosas.

—Me alegro, Sergio. Reconozco que tenía un pelín de miedo...

—¿De que yo quisiera dejarte?

—Sí.

—Nunca, Livia. Empieza a entender que nada hará que me separe de ti. Nada ni nadie.

—¿Prometido?

Cogió mi mano y la posó sobre su corazón. Noté lo rápido que latía y elevé la vista para ver su rostro envuelto en la luz de un amanecer limpio y puro. Había sinceridad en ese acto, tanta que se me arrasaron los ojos de lágrimas.

—Te lo prometo por mi corazón, ese que ya es tuyo.

—No te lo pienso devolver, que lo sepas —lo amenacé, y él me sonrió atrayéndome hasta que choqué con su pecho y me abrazó.

Permanecimos así unos minutos, luego él se separó reticente.

—Tengo que ir a trabajar —murmuró.

—Pero si acaba de amanecer —protesté.

—Les dije que, como falté ayer, hoy me encargaría yo de preparar las tablas.

—Huy, Asier se ha vengado poniéndote a encerar.

—Algo así. Me esperarás a que regrese esta tarde, ¿no?

—Por supuesto —le aseguré dándole un beso que, en principio, iba a ser casto y acabó por consumirnos en llamas.

Con una maldición lanzada entre dientes, Sergio se apartó cuando sonó la alarma de su teléfono. La apagó sin mirarlo, mientras seguía observándome, y

paseó su nariz delimitando el contorno de mi rostro.

—Te amo —musitó.

—Y yo más —le contesté, dejando que se fuera.

Al mediodía había conseguido preparar y guardar toda la ropa en la maleta. También había lavado y planchado la suya. Cuando la deposité en el armario, me acordé de la bailarina de metal de mi tarta de cumpleaños y la escondí entre dos de sus camisetas, en un alarde de romanticismo bastante impropio en mí. Quería que rememorara nuestros días en el barco y me echara un poco de menos en los que estuviéramos separados.

Después de recoger y meter en las cajas todos los apuntes, me di una ducha y me vestí con un peto negro de tirantes adornado con una franja de brillante lúrex en mi pecho. Me calcé unas cómodas deportivas con pompones y revisé el contenido de mi bolso, comprobando que no olvidaba la documentación. Sergio apareció cuando preparaba una cafetera. Entró con rapidez y miró alrededor, quizá pensando que me había escapado dejándole una nota. Le sonreí y le ofrecí una taza.

—Deberías comer algo antes de irte —afirmó.

—¿A ti, por ejemplo?

—No me opongo, si luego comes algo de comida —replicó sonriendo.

—Pararé a medio camino, no tengo hambre.

—Es un viaje muy largo para ti sola, y si esperas unos días...

—No puedo, Sergio. Vine aquí para estudiar y estoy perdiendo el tiempo. Necesito estos días tranquila en mi casa para el último empujón.

—No sé qué pensar con eso de que estás perdiendo el tiempo.

—Perdiendo el tiempo muy placenteramente —maticé, y él sonrió con masculina satisfacción, de tal modo que yo lancé una carcajada.

—Anda, ayúdame a bajar estas cajas al coche —le pedí.

—Tómame el café tranquila, ya te las guardo yo —contestó agachándose para cogerlas.

Regresó al cabo de un par de minutos. Sólo quedaba mi pequeña maleta de mano y el bolso. Nos miramos de frente, sin pestañear, necesitando ese silencio para asimilar que lo nuestro no era una despedida, sino un hasta luego. Sin embargo, nos interrumpió el siempre indiscreto timbre.

—¿Violeta? —inquirió Sergio.

—No, ya me he despedido de ella. Espero que no sea Asier —murmuré en voz baja cruzando los dedos.

Abrí la puerta con cautela, sin desear una nueva escena, pero me quedé estupefacta ante la persona que estaba al otro lado. La conocía, claro que la conocía, al menos por fotografía, pero no imaginé que podía llegar a impresionar tanto cara a cara.

—Estoy buscando a Sergio Duque, ¿vive aquí? —preguntó con voz firme, enronquecida y sensual.

Comprobó con disimulo su teléfono móvil, donde, me imagino, llevaría apuntada la dirección.

—Sí, es aquí —logré decir con un chirrido en la voz, casi ahogándome. Le franqué la entrada y me volví para ver la expresión de Sergio.

Deseé no haberla visto.

Habría pagado por no verla.

Habría hasta muerto por no verla.

—¡Sandra! —exclamó abriendo los ojos y mostrando sorpresa y felicidad a partes iguales.

En unos segundos se habían aproximado, como si fueran dos imanes que no podían estar separados, y ella le pasó la mano, con una manicura perfecta, por el antebrazo. Percibí que se le erizaba todo el vello, pero también lo hizo el mío, aunque no por los mismos motivos.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Sergio sin reparar en que yo todavía estaba presente.

—He venido a buscarte, mi amor —replicó ella.

Durante los instantes en que intercambiaron esas palabras, dolorosas

palabras, me dio tiempo a examinar a mi rival y reconocí que salía perdiendo por goleada. Aparte de que pude contar tres partes de su cuerpo que claramente contenían silicona, el resto era asombroso. Sandra se apartó el pelo moreno del hombro con un movimiento que destilaba elegancia y éste cayó como una cascada cubriendo la espalda abierta de su vestido hasta media pierna en color aguamarina. A nadie que conociera le quedaba bien ese color, excepto a ella, que acentuaba el brillo de sus ojos adornados con unas perfectas pestañas postizas. Su perfume floral estuvo a punto de hacerme estornudar.

Enfoqué a Sergio para no quedar en evidencia y, de nuevo, deseé morir. Habían entrelazado sus miradas hasta el punto de que resultaba tangible la intimidad que se profesaban. La brisa que corría desde la puerta abierta a la terraza se detuvo a su alrededor, rindiéndoles pleitesía en pequeños remolinos regocijados por el encuentro. Sentí náuseas y carraspeé.

Sergio parpadeó como si emergiera de un sueño profundo y entornó los ojos hacia mí. Sandra se volvió, lanzándome una mirada especulativa y bastante desagradable.

—¿Es con ella con la que te has estado entreteniendo este año? —le preguntó.

—Se llama Livia.

—Encantada, yo soy Sandra. Me imagino que te habrá hablado de mí. Soy su mujer —explicó alargando una mano.

Se la estreché por cortesía con la boca abierta.

—¿Mujer? ¿Mujer de esposa? —balbucí.

—¿No le habías dicho que estamos casados, Sergio? —rio ella. Y fue una risa cristalina, hasta eso era perfecto.

Me aparté un paso y sujeté el asa de mi maleta con fuerza.

—Livia, espera —intentó retenerme Sergio—. Es un pequeño trámite que tenemos que solucionar.

—¿Solucionar? —intervino Sandra—. No voy a divorciarme, Sergio. Eso

tenlo por seguro.

—Yo mejor me voy, creo que tenéis muchas cosas de las que hablar — murmuré volviéndome para avanzar con rapidez hasta la escalera.

—¡Espera, Livia! —me gritó Sergio, pero también oí el sonido de la voz de Sandra deteniéndolo, aunque no discerní qué dijo.

Desde luego, cuando llegué al coche, no había nadie persiguiéndome. Metí la maleta como pude y me senté, aferrando el volante con desesperación. Esperé un minuto, dos, tres y hasta diez. Nadie salió. No vino a buscarme, no me frenó. No hizo nada. Sintiéndome estúpida como nunca antes en mi vida, arranqué y enfilé la salida del aparcamiento. Cuando quise darme cuenta, las lágrimas me recorrían las mejillas nublándome la vista. Me paré antes de coger el desvío a la autovía y conecté la radio, esperando una señal del cielo, de la emisora o de mi propia locura, en forma de canción. Y, esta vez, también acertó y comenzó a sonar el rap de Rafa Espino *Te tienes a ti*. Cantándolo entre hipidos, aceleré para perderme y volverme invisible entre el resto de los vehículos que circulaban por la carretera.

«Esto no se ha terminado porque, a pesar de lo malo..., te tienes a ti.»

Y comprendí que, al menos uno de los problemas se había solucionado sin mi intervención, lo que no supuso consuelo alguno.

Capítulo 17

*If you ever leave me, baby, leave some morphine at my door**

Agotada del largo viaje, de la confusión de mi mente desperdigando recuerdos y pensamientos inconexos y dolorosos, dejé la maleta en el suelo y busqué las llaves del piso de mi madre en el bolso. Abrí con manos temblorosas, desconocía si del cansancio o de la tensión. Empujé con un hombro y reulé al ver que chocaba con la cadena de seguridad. Llamé al timbre varias veces, sabiendo que debía de estar dentro, pero que quizá había llegado en uno de sus profundos sueños fruto de los tranquilizantes.

—¡Mamá, abre, soy yo! —siseé a través del hueco de la puerta. Oí a lo lejos unas risas, entorné la vista con desconfianza y, antes de que pudiera apartarme, me encontré a mi madre intentando acomodarse un salto de cama de seda y encaje negro—. ¿Mamá? —inquirí desconcertada.

—¿Qué haces aquí? No es un buen momento —argumentó ella mirando a su espalda en pequeñas ráfagas de advertencia.

—Te avisé esta tarde de que venía por WhatsApp.

—No sé leer los mensajes.

—Me lo temía. ¿Por qué dices que no es un buen momento?

Antes de que contestara, el «buen momento» apareció caminando lentamente por el pasillo con el pelo revuelto y vestido con unos calzoncillos minúsculos. Abrí los ojos y la boca a la vez, mirándolos a los dos, sin que lograra que una palabra saliera de mi boca.

—Es *Jacún*, de Suecia —lo presentó—. Y tiene sólo veinticinco años —aclaró con una risita estúpida que me costó un instante procesar que provenía

de mi madre.

El joven, que todavía tenía acné juvenil, me alargó la mano y se la cogí con reparo, con una clara imagen mental de dónde había estado metida minutos antes. Me habló en inglés y asentí en silencio.

—Es Haakon, mamá, y no es sueco, es noruego.

—Bueno, qué más da un sitio que otro.

—Me voy a la habitación, creo que ahora no es momento de explicaciones —musité, todavía aturdida.

—De eso nada, tu habitación la ocupa él. Y, además, no pienso darte ninguna explicación.

—¿Que mi habitación la ocupa él? —pregunté indignada.

—Sí, desde que descubrí el chollito del alquiler de habitaciones, he abierto los ojos.

—Y las piernas, por lo que parece.

—No es lo que piensas, me estoy sacando un dinerito. ¿No querías que trabajara?

Enrojecí como una amapola, sin creermelo que aquello me estuviera sucediendo a mí, sintiéndome como si hubiera cruzado, no media España, sino a un universo paralelo.

—¡Pero no de prostituta! —estallé con furia, provocando que el noruego se hiciera el sueco haciendo un mutis por el foro muy hispánico.

El sonido de la bofetada impactó en mi oído y rebotó en las paredes. Sin reaccionar, lo único que hice fue llevarme la mano a la mejilla dolorida.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso a tu madre? Me acuesto con él porque me da la real gana, el dinero me lo paga por la habitación y por la comida, pedazo... pedazo de idiota.

—Ya veo que aquí también sobro —mascullé girándome.

Estaba traspasando la puerta de nuevo cuando su mano me retuvo.

—No seas tonta, puedes dormir en el sofá —dijo como punto final.

Entré y suspiré viéndola caminar contoneándose como una cabaretera del

Molino Rojo hasta mi habitación.

—A veces me pregunto, mamá, si algún día me quisiste —murmuré.

Ella se paró sujetando la jamba en un movimiento sensual, que supuse estaría observando Haakon, y me miró con frialdad.

—Tú fuiste la causa de mi matrimonio con tu padre, haces bien en preguntártelo.

Apreté los dientes tan fuerte que me dolió la mandíbula, resoplé y me mordí un labio hasta hacerme sangre, pero no tenía otro sitio al que acudir. Ni muerta iría al piso que ahora compartía mi padre con Rebeca, tampoco podía volver a Suances y Marta vivía en Edimburgo. Entré en el baño y me cambié la ropa con rapidez, cogí una manta y me tendí en el sofá de piel marrón del salón, que se pegaba a mi cuerpo a causa del calor. Lancé un puñetazo al cojín que me servía de almohada con frustración acumulada y me obligué a descansar, sin ánimo para más disquisiciones mentales.

Al amanecer caí en un sueño cargado de turbulencias, espeso e inconsistente a la vez. Desperté sobresaltada al oír el ruido de las persianas y la luz inundó la estancia, provocando que me tapara el rostro.

—Tengo que ventilar, levántate —exigió mi madre.

—Mamá, conduje durante seis horas, estoy agotada —mascullé.

—Pues te fastidias, haber avisado de que venías, yo tengo planes, me voy con Jacún a enseñarle Madrid.

—Pero si no hablas inglés y te pierdes en el metro.

—Da igual, acabaremos en El Retiro follando detrás de algún árbol.

Me incorporé de un salto y la miré fijamente.

—¿Estás tomando alguna droga?

—Sí, la de la felicidad. Estuve amargada casi treinta años, tengo mucho tiempo que recuperar. Y no me seas mojigata, que ya te conozco.

—No creo que me conozcas.

—También es verdad, nunca querías hacer nada conmigo, decías que te aburrías. Pues Jacún no se aburre, eso te lo aseguro.

—Mamá, tengo la sensación de que estás pidiendo ayuda a gritos.

—¿Yo? ¿Cuándo por fin tengo la libertad para hacer lo que quiera? Por cierto, espero que te salga bien lo de las oposiciones, porque o conviertes el despacho de tu padre en una habitación o aquí ya no hay sitio para ti.

—¿De verdad crees que podrás mantenerte con lo que saques de alquilar la habitación por días?

—Madrid está muy solicitado, y así aprendo idiomas.

—Sí, y te suben los puntos en la plataforma por los servicios adicionales —musité, pero esta vez me aseguré de estar a una distancia prudencial para no ser presa de otro ataque «maternal».

Enarcó una ceja y se dirigió a la cocina, donde pude ver de reojo a Haakon desayunando, el cual me saludó agitando la mano. Con resignación, me levanté y me encerré en el baño, necesitada de una ducha de agua fría urgente que me despejara la mente y despertara los músculos agarrotados por el viaje y las pocas horas de sueño acurrucada en un sofá bastante incómodo. Confirmé por el silencio que ellos ya se habían ido, así que emergí con el pelo mojado y un pantalón corto de algodón con una vieja camiseta gris.

Me preparé un café y lo llevé al despacho de mi padre, donde me senté en su butacón. Ése iba a ser mi lugar de estudio, así que comencé a organizar los apuntes, sin querer perder más tiempo. Con una nueva taza de café, empecé a ser un poco persona, pero también volvieron a mí los recuerdos. Los del presente más lejano y los del presente más cercano.

Acaricié la madera de nogal de la mesa con reverencia y cogí una foto que seguía estando allí, pues mi padre la dejó por una razón concreta, para que no olvidara quiénes fuimos. En ella estábamos los dos; yo apenas tenía tres años, en la playa de La Concha. Él se acuclillaba a mi lado mirándome de lado mientras yo encaraba la cámara con tozudez, embutida en un bikini de flores y lazos que odiaba y que había sido un regalo de mi madre. Mis rizos rubios volaban alrededor de mi rostro y mi padre sonreía extasiado. La nostalgia me acometió en oleadas imposibles de detener, hasta que me encogí sobre mí

misma y sollocé desgarrándome por dentro. Busqué en el bolso un paquete de pañuelos y, sin encontrarlo, acabé descargando sobre la superficie de la mesa todo el contenido del mismo. Encontré lo que buscaba y me sequé las lágrimas de forma furiosa, recriminándome el dolor que sentía, que me estaba matando.

Conecté el teléfono al cargador y lo encendí. Durante cinco minutos no dejó de sonar, recibí decenas de mensajes y llamadas. Había de mi padre, de Marta, de Asier, de Violeta y de Sergio, éstas las más numerosas, además de varios WhatsApps y mensajes privados en Facebook, Twitter e Instagram.

Decidí enfrentarme a lo único para lo que en ese momento tenía fuerzas, sabiendo que, si no lo hacía, la culpa seguiría reconcomiéndome infinitamente. Marqué el número de mi padre y esperé a que contestara.

—¿Livia?

—Sí, soy yo, papá.

—Qué alegría...

—Espera —lo corté—. Tengo que decirte una cosa y no quiero que me interrumpas. Es algo vital que necesito hacer —suspiré, pero él se mantuvo en silencio—. Lo siento, papá. Creo que he sido demasiado dura contigo y con Rebeca, no supe actuar de forma madura y me enquisté en un odio que sólo ha traído desgracia y más desgracia. Si lo pienso con frialdad, es posible que me sintiera celosa de Rebeca, de que ella me hubiera arrebatado a mi padre. Quiero que sepas que os perdono, no os entiendo, aunque intentaré hacerlo. Dame tiempo. Os deseo que seáis felices, porque la felicidad es tan escasa... —Se me rompió la voz y carraspeé para recuperarla—. Y dile a Rebeca que me alegro mucho por ella, sé que será una madre estupenda y ese pequeño o pequeña tendrá también el padre que se merece. Adiós —finalicé, y colgué el teléfono.

Después permanecí varios minutos llorando, expulsando parte de mis demonios, secando más y más lágrimas que no dejaban de serpentear en mi rostro. Pero conseguí sentirme un poco mejor, más liviana, y habiendo apartado una pesada carga que me oprimía el corazón.

Caminé hasta la cocina y me preparé otra taza de café. Lo que iba a hacer a continuación iba a ser considerablemente mucho más difícil. Cuando estuve sentada de nuevo en la silla de mi padre, recorrí con la vista los objetos desperdigados de mi bolso. Allí estaba el soldadito de plomo regalo de Sergio, que cogí en mi mano con una sonrisa triste y emitiendo un gemido solitario. También la caja de terciopelo que contenía el anillo de compromiso entregado por Asier. Me di cuenta de que ni siquiera la había abierto, así que lo hice y descubrí el anillo más hermoso que me podían ofrecer: oro blanco y diamantes con ondulaciones que simulaban las olas del mar. Cogí otro pañuelo para seguir secando lágrimas furtivas y traicioneras. Lo tenía todo y lo había estropeado. Si a los veintidós años no hubiera huido, sino enfrentado el problema, era probable que ahora estuviera casada con Asier, tuviéramos dos hijos y viviera frente al mar. Podría haberme acostumbrado a compartir a Asier con el surf, porque sabía que él también tendría que compartirme con otras de mis pasiones. Así se forjaban las verdaderas parejas, cediendo parte del propio terreno. Y ése había sido mi sueño desde niña, no ser una famosa abogada ahogada por la culpa de sus clientes. ¡Qué idiota había sido!

Tras el largo rato que estuve recriminándome por mi estupidez, recuperé la valentía para leer los mensajes de Sergio, insistentes, preguntándome qué tal estaba, si había llegado bien y exigiéndome que lo llamara. En Messenger fue un poco más explícito:

Joder, hasta me has obligado a abrirme una cuenta en las redes sociales, con lo que las odio. Mueve ficha, Livia, esta vez te toca a ti. No voy a perseguirte ni a rebajarme, has acabado haciendo lo que haces siempre, dejar una historia inacabada. Creo que te dejé claro desde el principio que yo no era de ese tipo de hombres. Di algo, maldita sea. ¡Dilo!

Cuando estaba cogiendo el teléfono para llamarlo, habiéndoseme pasado la llantina, que había sido sustituida por un enfado que aumentaba

exponencialmente a su egolatría, sonó con el tono destinado a Violeta. Contesté por inercia.

—Livia, ¿has llegado bien?

—Sí.

—Ah, vale.

—Espera, ¿es una trampa?

—Claro que sí. Toma, Sergio, toda tuya.

—¡Livia, no me cuelgues! —demandó él.

Y yo me tensé al oír su voz como si, en vez de gritarme, me estuviera susurrando al oído tiernas palabras de amor. Agité la cabeza para apartar esos pensamientos y me centré en un punto fijo, el anillo de Asier. Necesitaba toda la fuerza que pudiera acumular para enfrentarme a Sergio.

—No pensaba hacerlo —dije con suavidad.

Lo oí suspirar con alivio y apartarse del cacareo de Violeta y las niñas.

—Livia, déjame explicarte la situación.

—Es muy sencilla, estás casado —lo interrumpí.

—Sólo es un mero trámite, sabes que Sandra no significa nada para mí.

—No, Sergio, a mí me dijiste que debía afrontar mis problemas y te hice caso. Me preguntaste a quién elegiría, si a ti o a Asier, y te elegí a ti con todas las consecuencias. Nunca se me ocurrió hacerte la misma pregunta, pero debería habértela hecho, porque lo cierto es que ella ha ganado y yo he perdido. No..., déjame terminar —le pedí, y oí cómo resoplaba—. Considero que entre tú y Sandra todavía hay algo que os atrae intensamente. Hasta un ciego podría haberlo visto.

—No es así, Livia, no sé lo que creíste ver, pero no fue la verdad. La verdad es lo que siento por ti.

—No saliste a buscarme, no me detuviste, Sergio —murmuré con enorme tristeza.

Aunque no estuviera presente, pude imaginármelo mesándose el pelo hasta sujetarlo en la nuca con un deje desesperado.

—No pude hacerlo, Sandra me dijo algo que...

—¿Qué? ¿Qué era tan importante?

—Mi hermano se ha metido en un problema muy grave, Livia. Ha huido a Nueva Zelanda y estamos intentando llegar a un acuerdo con el gobierno para que se entregue y cumpla condena en España. He dejado el trabajo y esta noche cojo un vuelo hacia Wellington con un millón de escalas. Únicamente te pido que tengas paciencia, que me esperes. Dentro de unas semanas todo habrá acabado y podré volver a ti.

—«Acabado», has dicho la palabra mágica.

—¡No me refería a ti!

—Yo sí, Sergio. Me refiero a ti, a nosotros. Lo nuestro nunca se sostuvo, fue una loca historia de amor veraniego, pero no teníamos futuro, somos completamente diferentes, no tenemos nada en común.

—¿Que no tenemos nada en común? Somos iguales en muchos aspectos, por eso mismo chocamos tan a menudo. Por no hablar de cuando hacemos el amor, Livia, ¿habías sentido algo así con otro? —preguntó bajando la voz.

—Sergio, no pienso contestar a eso. No quiero seguir dando vueltas a lo mismo una y otra vez. Te pedí sinceridad y fue lo primero que incumpliste. Tuviste mil momentos para decirme que estabas casado y no lo hiciste. Fui idiota y eso me está mortificando. No quiero sentirme así. Dueles, Sergio, dueles demasiado como para poder continuar.

—¿Estás poniendo el punto final? —balbució, y me asombró comprobar que era la única vez que lo dejaba sin argumentos.

—¿Acaso no lo pusiste tú ayer, pese a que ni te dieras cuenta?

—No, en absoluto. Estoy intentando explicártelo, diciéndote que para mí eres la única con la que quiero pasar el resto de mi vida, aunque sea discutiendo, porque, Livia, las reconciliaciones son jodidamente asombrosas. Ya no puedo vivir sin ti, ¿no lo entiendes? Me estás matando —musitó quebrándosele la voz.

Suspiré hondo y cerré los ojos reprimiendo las lágrimas, pensando que era

imposible sentir más dolor.

—No me culpes, Sergio, eso no podría soportarlo. Te he contestado al teléfono y te he expuesto lo que hay. No creo en nuestra relación. Hace demasiado daño y eso no es un buen principio. Mejor dejarlo ahora. Cuando pase el tiempo suficiente intentaremos recordarnos con cariño, no odiándonos. Por favor, sólo te pido eso, no mancilles el recuerdo de lo que vivimos.

—¿Cómo hemos acabado así? Estas huyendo de nuevo, alejándote como has hecho siempre. ¿Es que no escuchas tus palabras? No podemos vivir lejos el uno del otro, seremos la mitad de una persona. ¿No recuerdas nuestra promesa?

—No —mentí tragando el nudo de la garganta.

—Dime que es falso que sin ti soy menos yo y que tú conmigo eres tú. ¡Atrévete a decírmelo! Somos piezas de un puzle que encajan a la perfección y que el maldito destino se empeña en separar. No pienso dejarte, Livia.

—Eso no depende de ti —musité sintiendo los ojos arrasados en lágrimas.

—Eres mi canción, Livia.

—Una canción desafinada. Y ya no lo soy, ni siquiera sé quién soy yo misma. —Se me quebró la voz y él oyó un sollozo, lo que hizo que permaneciera en silencio unos instantes.

—Está bien, si así lo quieres, me apartaré. Pero con eso no vas a conseguir que deje de amarte; te amaré todavía más, hasta que te des cuenta de que un amor así no puede destruirse por una tontería —murmuró con la voz enronquecida por el esfuerzo—. Te amo, Livia, ahora y para siempre. Y eso, mi vida, no es algo que tú puedas cambiar. Te esperaré sin descanso, sin pausas, sin detenerme. Te amaré fuerte, tan fuerte que romperé todos los muros que hayas construido para defenderte de mí —finalizó, y, emitiendo un suspiro trémulo, en el que me dio tiempo a responder, aunque no lo hice, colgó.

Agaché la cabeza y sollocé sin control, mordiéndome los nudillos con tanta rabia que acabé sangrando, durante tanto tiempo que el sonido sibilante de mi

respiración entrecortada fue la única banda sonora de aquella larga, larguísima mañana en un Madrid que todavía respiraba verano.

Durante los siguientes diez días me convertí en un autómata, porque ya no sentía nada, ni pasión, ni dolor, ni sufrimiento, ni alegría. Estaba vacía, totalmente vacía. La presión del examen me empujaba cada mañana a levantarme, aunque apenas hubiera dormido unas horas en el sofá, repletas de sueños inconexos, tan permanentes que, impresos en mi mente, me paralizaban durante varios minutos antes de despertarme del todo. Creía notar la arena entre los dedos, el olor a mar y a salitre en la piel de Sergio. Veía sus ojos somnolientos sonriéndome en la penumbra, del color cobre de una bebida espirituosa. Ansiaba sus besos devorándome hasta consumirme en llamas entre sus brazos. Me descubría llorando mientras tomaba el café y deseaba tocar con las manos la piel de sus brazos mientras me ofrecía una taza y me hacía un guiño. Me secaba las lágrimas con disimulo y me encerraba en el despacho de mi padre a estudiar. Aproveché aquel tiempo de una forma que ni yo lo hubiera creído posible en un principio. Agotada de llevar al límite a mi mente durante las horas diurnas, aquellos a los que amaba sólo tenían cabida en mis sueños, a los que recurría nada más posar la cabeza en el cojín, pese a que fuera por unas escasas horas.

Y así llegó la temida fecha, en un día que amaneció con el bochorno pegajoso que provocaba la contaminación perenne aquel año en Madrid. Todo marchaba bien. La alarma del teléfono no falló y tuve tiempo suficiente para darme una ducha relajante y desayunar con calma. No hubo retrasos en el metro, y en el vagón, sentada, pude dejar la mente en blanco fijándome en el resto de los viajeros. La mujer que miraba insistentemente el reloj; el adolescente con la mochila a sus pies que sonreía mientras tecleaba en su teléfono; el hombre con traje que leía el periódico; una pareja que sujetaba unas maletas mientras se dirigían sonrisas cómplices. Y fue entonces cuando empezó a estropearse, cuando mi cerebro se rebeló contra mí haciéndome

preguntas que no quería contestar: «¿Qué haces aquí, Livia? Y si no sale bien, ¿adónde vas a ir? ¿Otra vez con lo mismo? ¿Empezar una y otra vez? ¿No ves que cada persona a tu alrededor tiene un propósito, un fin, y tú sigues estancada en el *impasse* de vida que te has construido?».

Emergí del túnel por la escalera resollando, avanzando contracorriente, buscando con la mirada el lugar, ansiando llegar, hacer el examen y vaciarme de cualquier pensamiento amargo. Sin embargo, me detuve en la entrada del instituto que me habían asignado, observando con pánico desmesurado la marea de gente que se arremolinaba a las puertas del mismo. Fumando cigarrillos sin parar, sentados en la escalera repasando apuntes, mascullando en voz baja, quejándose. Grupos que se reían ocultando el nerviosismo. Personas que se empujaban unas a otras por acercarse a las listas y ver cuál era su clase. A medida que daba un paso tras otro, el corazón amenazaba con estallarme en el pecho, hasta que llegué yo también a los folios impresos y pegados con celo en las puertas cerradas con un candado. ¿Alguien notaría que estaba a punto de desmayarme? Sin darme tiempo a procesar nada más que la bruma de individuos borrosos y la cacofonía de voces desagradables, el bedel atravesó el vestíbulo y abrió, apartándose con rapidez para no ser engullido por la marabunta.

Sintiéndome mareada, miré a un lado y a otro y corrí hasta el baño más cercano, donde entré y me escondí en un cubículo cerrándolo con un soberano portazo. Me sujeté el pelo con una mano en la nuca y me apoyé con la otra en la débil pared de plástico que separaba los espacios. Vomité hasta que no quedó una gota de bilis por derramar. Levanté la cabeza y gemí, buscando el botellín de agua que llevaba en el bolso, que utilicé para enjuagarme la boca, escupiendo después. Me sequé los labios con el dorso de la mano y sollocé sin poder controlarme. «Livia, Livia, maldita Livia, no podrás hacerlo, no tienes lo que hay que tener. Ésta ha sido tu excusa el último año. ¿Cuál vas a buscar para el año que viene? ¿Hasta dónde vas a gastar tu vida sin aprovecharla? Perdiste a Asier, a tu padre, a tu madre nunca la has tenido, y lo

único bueno que te quedaba lo terminaste de romper. No supiste demostrarle que el amor era más fuerte que los invitados no deseados, que el pasado llamando a tu puerta de forma reiterativa, que las mujeres que lo partieron en dos. No supiste recomponerlo, Livia. Lo destrozaste como lo destrozaste todo a tu alrededor, sin misericordia, escudándote en que, como tú ya no sientes nada, nadie debería sentirlo. Eres cobarde, cobarde hasta lograr la extenuación del ser más paciente y positivo que has tenido a tu lado. Acabarás sola, porque eso es lo que estás consiguiendo apartando a todo el mundo de tu lado. Y no podrás culpar a nadie porque tú eres la única culpable.»

Rebusqué en el bolso de forma desesperada y lancé una llamada de auxilio a la única persona que podía salvarme.

Marta, activa el plan B.

Aparentemente, ese día todo iba a ir bien.

Aparentemente.

Cuando sólo quedó el silencio a mi alrededor, salí a trompicones del baño y atravesé el vestíbulo a toda velocidad.

Ya no había vuelta atrás.

Capítulo 18

The quiet scares me 'cause it screams the truth *

—Livia, cariño.

Elevé la vista, todavía confusa, sin que mis pupilas se hubieran acostumbrado a la luz solar que, irreverente, castigaba sin contemplación a los que transitábamos por la calle aquella mañana.

—¿Papá? —balbucí.

—¿Estás bien? Parece que vayas a desplomarte de un momento a otro —dijo aproximándose a mí hasta que me tuvo sujeta del brazo.

—Sí, estoy bien. Cansada, sólo eso —repliqué sin fuerza.

—Vamos a tomar un café y a comer algo —contestó, y lo seguí arrastrando los pies hasta una cafetería cercana, en la que me acomodó en una silla y me dirigió una mirada compasiva antes de ir a pedir a la barra.

Regresó con un inmenso pincho de tortilla y un café con hielo, que depositó en la mesa. Aparté el plato con la comida, sintiendo náuseas, y di vueltas con la cucharilla a los cubitos dentro del vaso, que tintinearón como campanillas.

—¿No tenían donuts, napolitanas o cruasanes de chocolate?

—¿Desde cuándo comes eso? —preguntó con incredulidad, sentándose frente a mí con una taza de café con leche.

—Desde..., no sé, he perdido la cuenta. El caso es que necesito azúcar en cantidades industriales. Azúcar y carbohidratos —maticé.

—¿Quieres que pida...?

Bebí un poco de café amargo y tragué a duras penas.

—No, déjalo. —Hice un gesto con la mano, desquitándome—. Parece mentira, ¿verdad? Antes no lo soportaba, y ahora es lo único que me mantiene

estable.

—Cariño...

—Podría ser peor, imagina que me da por beber a escondidas...

Me quedé callada, sin querer traicionar a mi madre, y sin recordar cuántas veces había tenido que meterla bajo el chorro de agua fría de la ducha para despejarla. Las veces que llamé a urgencias porque temí que habría mezclado el alcohol con los tranquilizantes. Cómo le había tirado la bebida por el fregadero en un ataque de furia y aquella vez que la emprendió a bofetadas conmigo hasta que consiguió que me sangrara la nariz de tantos golpes seguidos. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas enrojecidas, tan silenciosas como mis pensamientos.

—Livia, estás muy delgada, cariño. Intenta comer algo —insistió mi padre acercándose de nuevo el plato.

Ni me molesté en retirarlo, aunque tampoco lo toqué.

—Gracias, pero no me apetece. Quizá más tarde —musité dándome por vencida, dejando la vista vagar a través de la cristalera opaca sin posarla en ningún lugar.

—¿Cómo ha ido? —inquirió él forzando una sonrisa.

—¿El qué? —respondí desconcertada.

—El examen, ¿qué va a ser? Estaba esperándote a la salida del instituto.

—Ah, ya, el examen. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—De pequeña eras igual. Todos mis amigos me daban envidia diciendo que sus hijos salían siempre con la palabra «genial» pegada a los labios, mientras tú te mostrabas esquiva, contestabas con monosílabos y luego te veía releer los libros buscando la respuesta que considerabas correcta con tu incansable perfeccionismo, para luego aprobar con unas notas excelentes.

—No sigas por ahí, papá —le supliqué al borde de las lágrimas—. De todas formas, ¿adónde me llevaron mis excelentes calificaciones? A tener casi treinta años y estar en el paro, viviendo con mi madre...

—Vale, cariño, tranquila. Yo sólo quería, a raíz de nuestra última

conversación telefónica, más bien, monólogo, agradecértelo. Ha supuesto mucho para Rebeca y para mí. Quiero que entiendas, porque es fundamental, que me divorcié de tu madre, no de ti.

Eso fue el revulsivo que necesitaba para romperme del todo.

—No me dejes a mí al margen, porque eso no es ningún consuelo. ¿Crees que no iba incluida? ¿Quién creías que iba a quedarse haciéndose cargo de mamá? ¿No pensasteis en ella?

—Tu madre es adulta, hija. No eres responsable de ella —afirmó pasándose la mano por el pelo entrecano y corto, el típico profesor que apenas había alcanzado los cincuenta, inteligente y atractivo. Tenía muy claro qué había atraído a Rebeca de él.

—La destrozasteis —insistí—. Empezó a beber a escondidas, después le daba igual hacerlo en público. Mezclaba alcohol y pastillas. Y ahora ha iniciado una nueva vía de escape acostándose con chavales imberbes.

—Livia, te repito que tu madre es adulta, es responsable plena de sus actos, no tú. Tú debes vivir tu vida.

—¿Como has hecho tú? ¿Piensas que soy tan mezquina como para abandonarla cuando más necesitaba mi ayuda?

—Livia, creo que no sabes muchas cosas de nuestro matrimonio.

—Sé lo suficiente, papá. Sé que no os llevabais bien, que prácticamente estabais separados hacía años, apenas hablabais y, cuando lo hacíais, las discusiones eran terroríficas. Por ello me encerré con mis libros, desarrollé una manía persecutoria hacia un autor inglés y me centré en lo único que me hacía feliz, que era el surf y Asier, sin darme cuenta de que quizá eso no era lo que deseaba de verdad. O tal vez sí, ya estoy tan confundida que no sabría discernirlo. Me habéis utilizado durante mucho tiempo con la excusa de que era lo suficientemente madura como para entenderlo cuando vosotros os habéis comportado como niños. —Cogí aire ante un súbito mareo—. Os he perdonado, de verdad, y me ha costado mucho, pero no voy a consentir otro nuevo chorro de explicaciones vacuas y justificaciones sin sentido por tu

parte. Lo podríais haber hecho de una forma menos hiriente, menos dañina para los principales afectados.

Después de un tenso silencio, mi padre suspiró y volvió a hablar.

—Lo siento, Livia, nunca lo vi de ese modo. Debo hablar con tu madre, al final hemos acabado destruyendo lo único bueno de nuestro matrimonio, que eres tú.

—Ya no sirve de nada, papá —musité sintiéndome agotada.

—Quisiera explicarte algo.

—Da igual, ya no quiero explicaciones.

Carraspeó y enfrentó mi mirada.

—Tu madre y yo nos casamos muy jóvenes. No es ningún secreto que te concebimos en los baños de un bar de Malasaña, cuando la movida daba los últimos coletazos.

—No es necesario que seas tan explícito —lo interrumpí haciendo una mueca.

Él sonrió y continuó:

—Pero me casé enamorado, aunque ella no tanto. Me presionó para que consiguiera un trabajo estable y lo hice por ella, además, llegué a amar mi profesión. Ella se estancó, dijo que ya tenía suficiente con cuidar de ti, que le dabas mucho trabajo. Jamás tuvimos nada en común, Livia. Viví infeliz durante toda tu vida, aunque no quise abandonaros porque eras una niña todavía. ¿Sabes lo que es sufrir esa angustia vital tanto tiempo? Cuando descubrí lo que Rebeca sentía por mí fue como si se abriera una ventana de posibilidades, una segunda oportunidad para ser feliz. No fue premeditado. Dudé mucho acerca de si me lo merecía, pero tú casi te habías independizado y yo ya he vivido más de la mitad de mi vida. Puede que fuera un poco egoísta, no lo niego, aunque tampoco podía suponer que tu madre perdería la razón y el rumbo por el camino. Ella odiaba la relación tan hermosa que tú y yo tuvimos. La envidió con saña, sin saber incluirte en su vida, intentando excluirte de la mía. Tu madre no me amaba, sólo le dolió que la abandonara por alguien más joven.

—Todo eso lo sé, papá, pero recuerda que yo también viví en parte ese purgatorio y que después descendí al infierno. No quiero saber más, por favor —le pedí.

—Incluso, idiota de mí, llegué a pensar que tú, que habías pasado por algo parecido con Asier, serías capaz de entenderlo. Cómo el mundo se puso en nuestra contra y eso nos unió para seguir luchando. Lo intentamos, Livia, lo dejamos y volvimos porque estamos hechos el uno para el otro. ¡Ojalá la hubiera conocido treinta años antes!

—Eso me dijo Sergio, que ojalá me hubiera conocido ocho años antes —murmuré bebiendo un sorbo de café, recuperando poco a poco las fuerzas.

—Pero no te habría tenido a ti, y eso es algo que no cambiaría por nada.

—Pues yo ahora me cambiaría por cualquiera —dije haciendo una mueca.

—No digas eso, Livia. Por cierto, ¿Sergio es el chico que no se acabó mi libro?

—El mismo.

—Me pareció un buen hombre, aunque Asier también lo era.

—Lo disimulaste muy bien.

—Hija, no debería haberte puesto la mano encima, yo...

—Tranquilo, mamá también me abofeteó. ¿Ves?, eso sí es un punto en común con ella.

Me miró de forma incrédula, meneando la cabeza, y después mostró un gesto tristemente arrepentido.

—No puedo hacer nada por volver atrás en el tiempo, pero te prometo, hija, que a partir de ahora me tendrás para lo que necesites.

—Gracias, aunque si algo he aprendido en las últimas semanas es que sólo me tengo a mí de aquí en adelante —repliqué.

—¿Sergio? ¿Asier?

—Ni el uno, ni el otro. Como le dije una vez a Sergio, soy jodidamente perfecta para cargarme todo lo que me importa. Y lo he cumplido con honores.

—¿Quieres contarme qué paso?

—No, ya sabes que no me gusta abrirme demasiado.

—A veces ayuda.

—Es que ni siquiera estoy segura de amarlos, o de amarlos a los dos, o de amar a Sergio más que a Asier.

—Creo que acabas de responderte a ti misma.

—¿Por qué?

—Has dicho: «de amar a Sergio más que a Asier».

—Pero con Sergio no tengo futuro, papá. Lo hemos dejado, vivimos en mundos diametralmente opuestos, jamás funcionaría.

—¿Y con Asier, sí?

—Nos conocemos, sabemos nuestras debilidades, y me ha ofrecido algo que tengo que pensar.

—¿Me permites que te dé un consejo?

—Lo vas a hacer de todas formas...

—Nunca te cases con alguien que no ame los libros.

—Yo no soy tú, papá. Y, además, Nando estaba todo el día mostrándome los paradigmas de los ensayos políticos que leía y yo terminé por aborrecerlo —rebatí intentando sonreírle, aunque seguía sintiéndome tan hundida que sólo esboqué una penosa mueca.

—¿Quién es Nando?

—Ya nadie, por fortuna. —Miré de reojo la hora en el reloj y me levanté —. Tengo que irme.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Tienes planes? —me preguntó.

—Esta tarde me voy a Edimburgo.

—¿Edimburgo? ¿No hay nada más lejos de Suances o Madrid?

—Sí, Noruega, pero corro el peligro de tropezarme con Nando —farfullé, y conseguí que él sonriera.

—Claro, pero llámame para decirme que estás bien. Y, cuando te sientas con fuerzas, podemos ir a hacerte una visita.

—*Piano piano*—murmuré sin comprometerme, e inclinándome le di un

suave beso en la mejilla rasposa.

Lo mojé con nuevas lágrimas y él me detuvo un instante para secármelas con los pulgares, como cuando era niña.

—Hasta las lágrimas son hermosas si no duelen —dijimos los dos a la vez.

Sonreímos de forma recíproca y me alejé antes de que él notara que mis lágrimas no dolían, sino que ardían tanto que acabarían abrasando mi piel.

Al llegar a casa comprobé que estaba vacía. Mi madre debía de haberse ido con otro de los ocupantes fantasmas de mi habitación, así que aproveché para conectar el teléfono y ver qué había contestado Marta.

OK. Todo en marcha. Te mando el enlace del vuelo.

Trae ropa de abrigo, si tienes unos pulgueros te vendrán bien. Ya verás cómo te gusta Edimburgo.

Tengo muchas ganas de abrazarte, Livia. TQ.

Respiré aliviada y empecé sin más demora a sacar ropa y las maletas que iba a llevarme. Guardé todo lo que me pareció imprescindible y mucho más que posiblemente nunca iba a necesitar. Recogí los apuntes, sin lanzarles otra mirada, y los subí al trastero, temiendo que mi madre los arrojara a la basura. A las cinco, ya preparada, y después de haber hecho un par de llamadas a mi madre que quedaron sin contestar, le escribí una nota.

Mamá, he hecho lo que te prometí. Ya no te molestaré más, viajo a Edimburgo en lo que espero que sea una larga estancia, quizá definitiva. No obstante, si me necesitas o necesitas dinero, sabes que me tienes a un número de teléfono de distancia. Cuídate mucho. Yo sí te quise, y te sigo queriendo con todo mi corazón.

LIVIA

Secándome nuevas lágrimas, abandoné por última vez el hogar de mi infancia, desconociendo si algún día regresaría. La conversación con mi padre había aclarado algunas lagunas, pero únicamente era la versión de una parte de la historia, la de mi madre la viví y la padecí durante demasiados años. Y,

aunque sentí punzadas de remordimiento, también pensé que no se podía salvar a alguien que no quería ser salvado.

Cerca de las nueve de la noche, el avión aterrizó en el aeropuerto de Edimburgo. Tras media hora de espera, logré recuperar mis dos maletas y salí al exterior. Marta me esperaba en la acera fumándose nerviosa un cigarrillo.

—¡Pero haz el favor de encender tu teléfono! ¡Estaba histérica! —exclamó lanzando la colilla al suelo y pisándola con brío para correr a abrazarme.

Creí que me rompía entre sus brazos, viniéndome abajo en un segundo, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde esa mañana.

—No llores, Livia, no llores más, cariño. Y, si lloras, no te pongas a cubierto, aquí llueve siempre, pasarás desapercibida —me indicó con una mueca simpática.

Me sequé las lágrimas con una sonrisa y la abracé de nuevo.

—Te he echado de menos —le aseguré.

—Yo más. Menos mal que encontré a Ewan, porque ya empezaba a desesperar y me habría vuelto a Madrid en dos días.

Cerré los ojos y apreté con fuerza su cuerpo menudo, recordando la primera vez que nos habíamos visto en Oxford, donde trabajaba de camarera en el mismo pub que yo. A veces, los milagros ocurren, y Marta fue mi milagro, ya que con sólo una mirada nos entendimos. De la misma forma que me sucedió de niña con Rebeca. Ella acababa de llegar tras terminar la carrera de Económicas, con la única intención de aprender inglés y mejorar sus aptitudes de cara a un futuro trabajo en España. Pero vio que convalidando el título tenía muchas más oportunidades en el extranjero y, aunque yo regresé cuando empeoró el estado de mi madre, ella permaneció dando saltos de Irlanda a Londres y recabando finalmente en Edimburgo, donde logró su objetivo.

—¿Has empezado ya en tu nuevo trabajo? —inquirí separándome cuando vi que se aproximaba el *transfer* que nos llevaría al centro de la ciudad.

—Sí, esta semana, no he querido llamarte para no descentrarte contándote mis aventuras.

La miré en silencio mientras me ayudaba a subir las maletas al autobús.

—Y no —me dijo—. No pienso preguntarte por el examen. Te conozco lo suficiente, Livia. Nunca sabes qué ventana se abre tras cerrarse una puerta, y puede que aquí encuentres por fin lo que con tanto ahínco buscas.

—Ojalá —musité.

—Aunque primero tendrás que averiguar qué narices buscas, claro —apostilló sin perder la sonrisa que le iluminaba los ojos castaños.

—Bueno, de momento me conformaré con recuperar mi antiguo trabajo de camarera. ¿No tendré problemas por el Brexit?

—Ewan y Alicia lo han arreglado todo.

—¿Quién es Alicia?

—Su cuñada, también es española, y, sabiendo de lo urgente del caso, se ha esforzado al máximo para que todo salga bien. Además, tienes solvencia bancaria.

—¿Y qué banco te ha dicho eso? —pregunté con incredulidad.

—Tu padre, que ha sido el que me ha enviado la documentación. Por lo visto, ha vendido el apartamento y la mitad del dinero te lo ha ingresado en tu cuenta.

—¿Ha hecho eso? ¿Y cómo es que mi padre te ha llamado?

—Porque estaba preocupado por ti, me ha dicho que te cuidara mucho y te alejara del azúcar. ¿Cuándo te ha gustado a ti el azúcar?

—Los pasteles de chocolate son mi perdición.

—Pues deberías haberte ido a Bélgica, porque lo que es aquí, mucho rollo de canela, pudin, *scones* y tartaletas de frutas del bosque. De todas formas, necesitas engordar, pareces un palo, ese maldito examen te ha dejado en los huesos.

—Gracias. ¿Empiezo mañana?

—No te aceleres, que primero tenemos que hacer un montón de papeleo y

entregar como donación a nuestro primogénito al gobierno británico de su majestad la reina, firmando con sangre. Pero dentro de unos días estará resuelto. ¿Tanta prisa tienes?

—Necesito mantenerme ocupada.

—Para no pensar.

—Exacto.

—Miedo me estás dando. ¿Qué ha pasado con Sergio?

—Estaba casado. Fin.

—¿Cómo?! —exclamó ganándose varias miradas del resto de los ocupantes del autobús.

—No quiero hablar de ello, al menos, no todavía.

—De acuerdo, cariño.

—¿Tengo un sitio donde quedarme? —inquirí cambiando con rapidez de tema.

—Tengo alquilado un diminuto apartamento compartido con una chica rusa y una pareja de húngaros en la New Town. Te quedarás en mi habitación, porque ya le he comunicado a la dueña que va a ser tuya dentro de unos días.

—¿Y dónde vas a vivir tú?

—Ewan me pidió que me fuera con él.

—Así que es serio... —murmuré sonriéndole con alegría.

—Bueno, estoy pensándolo.

—Estás utilizándome para ganar tiempo.

—Más o menos. Es que espero no caerme de bruces, ya me conoces.

—Tranquila, eso suelo hacerlo yo.

—Nos compaginamos muy bien, no creas.

Y ambas estallamos en carcajadas, lo que ocasionó una nueva ronda de miradas indiscretas hacia nuestras personas. Marta me pasó la mano por los hombros y yo me apoyé en ella, todavía riendo.

—Tengo ganas de conocer al famoso Ewan —musité, ya más tranquilas.

—Y yo necesito que me des tu opinión.

—Mi opinión nunca ha sido relevante, en asuntos amorosos al menos.

—Sí, pero Ewan es muy especial para mí, y me gustaría que... —vaciló— me dices tu aprobación.

—Si te quiere, la tendrá —dije con un nudo en la garganta—. A fin de cuentas es lo único que importa. Eso y que esté soltero, claro —añadí intentando sonreír.

Marta chasqueó la lengua y apretó mi mano con cariño.

—Aquí te curarás, Livia, esta ciudad obra maravillas en el espíritu —me confió al oído—. Por no hablar del whisky —comentó, y yo sonreí cerrando los ojos y anhelando que así fuera.

Edimburgo poseía una belleza indiscutible, nadie que hubiera paseado por sus callejuelas adoquinadas, parándose en cada esquina intentando fijarlo todo en la memoria, podía negarlo. Sin embargo, en las tres semanas que llevaba allí a lo único que me había dado tiempo era a acostumbrarme al horario y al trabajo. Ya empezaba a estar familiarizada con el peculiar acento escocés, pese a que la mayoría de los clientes eran extranjeros de visita y contaba con la ayuda de Ewan, que se mostró colaborador desde el principio. Todavía recordaba con diversión la primera vez que lo vi. Marta me explicaba dónde estaban los utensilios necesarios y yo levanté la cabeza al oír la campanilla de la puerta acristalada.

—El mismísimo dios del trueno, Thor, ha venido a visitarnos —dije silbando sin disimulo alguno.

Ella se quedó callada a mi lado y se limitó a observarme con los ojos entornados.

—¿He dicho algo que no debía? —inquirí viendo cómo aquel hombre de más de metro noventa, rubio y de penetrantes ojos azules se dirigía hacia nosotras con paso firme y decidido.

—Livia, te presento a Ewan —comentó con formalidad.

Abrí los ojos y sonreí con picardía, extendiéndole la mano.

—Es un placer —contestó él sonriéndole a Marta, que se ruborizó como una colegiala.

Durante unos minutos comentamos asuntos referentes al contrato y horarios de forma distendida. Luego él se disculpó por dejarnos solas aduciendo que tenía que adelantar papeleo y se alejó con calma para encerrarse en el pequeño despacho situado al lado de la cocina.

—¿Qué opinas? —preguntó Marta visiblemente nerviosa.

—Que no sé si me gusta más de frente o de espaldas —contesté, ganándome un pellizco en el brazo—. ¡Auch! —protesté—. ¡Qué calladito te lo tenías! Aunque no me extraña, yo también lo escondería por si acaso... —musité fingiéndome concentrada.

—¡No te burles!

—No lo hago, aparte de su tremendo atractivo físico, me parece un hombre que está perdidamente enamorado de ti, lo que quiere decir que, si no te quisiera tanto, ahora mismo te odiaría —afirmé sonriéndole con tranquilidad.

—¿En serio? ¿No te parece demasiado para mí? Todos los días vienen chicas preciosas a buscarlo por una cosa u otra. No entiendo qué ha visto en mí.

—Que eres auténtica, Marta.

La atraje hacia mí y le di un beso en la coronilla. No entendía por qué tendía a minusvalorarse cuando ella sí que era preciosa, por dentro, por fuera y desde cualquier ángulo que la mirases.

—¡Hola! Tú debes de ser Livia —saludó una mujer de pelo castaño y largo con unos profundos ojos marrones que me escanearon en un segundo con una sonrisa franca y cordial—. Yo soy Alicia, no sé si te habrá hablado de mí Marta.

—Sí, lo he hecho. ¿Te acuerdas de...? —intervino ésta.

—Sí, la cuñada de Ewan —determiné.

—Más o menos. Mi marido y él son primos, pero se criaron como hermanos. Tiene que estar a punto de venir, hemos quedado aquí para ir a

recoger a los pequeños al colegio —dijo volviendo la cabeza cuando oyó de nuevo el sonido de la campanilla.

Parpadeé e intenté no mostrar lo que pensaba realmente al ver al que debía de ser su marido. Un coloso de igual altura que su primo, a los que apenas los diferenciaba el llamativo pelo rojo de este último.

—¿Todos los Mackintosh son así? —pregunté en un susurro a Marta—. ¿Tienen algún primo más soltero?

Alicia prorrumpió en carcajadas mientras saludaba a su marido.

—No le hagas ni caso, Alicia —dijo Marta frunciendo el ceño—, que tiene a dos para ella sola y no es capaz de decidirse.

Le devolví el pellizco en el brazo y la miré con inquina.

—A uno lo descartamos, que está casado —mascullé.

—¡Ah!, ¿sí? Bueno, no todo es lo que parece, yo también estaba casada cuando conocí a Alasdair —comentó Alicia.

—Encantado, por cierto —dijo Alasdair alargándome la mano con una sonrisa—. Voy a hablar con Ewan, que la conversación empieza a complicarse...

Varios pares de ojos lo observaron alejarse y Alicia suspiró con vehemencia.

—Siempre es así, Marta, ya te acostumbrarás. Por mucho que los demás miren, ellos sólo tienen ojos para nosotras.

—¿En serio estabas casada? —inquirió Marta extrañada.

—Sí, ¿no te lo había contado? No sólo eso, también tenía a Laura. —Se volvió hacia mí y explicó—: Laura es mi hija mayor, que está entrando ya en la temible e irremediable adolescencia, ya sabéis, cuando nuestra mayor afición es hacerle la vida imposible a nuestras madres.

Marta me miró, pero se mantuvo en silencio.

—A veces es al revés, no te creas —musité recordando a mi propia madre. Alicia, discreta, comprendió que era un tema delicado y asintió.

—Si necesitas algo de nosotros, Livia, no dudes en decirlo. La familia que

perdí en España la gané aquí.

—Gracias —contesté con una sonrisa un tanto trémula.

Sacudí la cabeza para apartar el recuerdo justo cuando Marta entraba por la puerta de la cafetería, portando un maletín y un gesto cansado y ojeroso. Sentándose en un banco alto, se acodó en la barra gimiendo.

—¿Conoces la frase «vivir para trabajar»? —me preguntó resoplando.

—Sí.

—Pues es exactamente lo que yo hago. Estoy esclavizada, aunque tengo que reconocer que el sistema de bonus de la empresa es espectacular.

—No te quejes tanto, que sé que lo adoras. Ya es viernes, tú, por lo menos, has terminado tu jornada laboral —repliqué secando los vasos con un trapo—. ¿Café?

—Sí, por favor. ¿Quedan *scones*?

—Te he guardado tres, ¿son suficientes?

—No demasiado, la próxima vez resérvame el doble.

—Apuntado —dije girándome para prepararle el café mientras Ewan se acercaba con una sonrisa portando en la mano una bandeja con *scones* y mantequilla.

Seguían sorprendiéndome los numerosos detalles cariñosos que le profesaba. Apenas terminaba sus clases en la universidad, venía siempre a encontrarse con ella en la cafetería. A mí me decía que era una excusa para controlar cómo iba todo, como si temiera confesar su debilidad para con Marta. Comenzaron a hablar mezclando susurros y risas y yo los observé de reojo, alegrándome por ella y entristeciéndome por mí de forma un tanto egoísta. Suspiré y añadí un pequeño chorro de leche al café. Ewan, en el tiempo que llevaba trabajando para él, había demostrado sobradamente su buen carácter, paciencia y amor por Marta, además de un peculiar sentido del humor muy parecido al de ella. Esperaba que mi amiga pronto dejara sus dudas a un lado y abrazara lo definitivo que él le ofrecía.

—Aquí tienes —musité depositando la taza en la barra.

—Mmmm... —gimió con la boca llena mientras ponía los ojos en blanco, tragó y me miró—. Había olvidado el hambre que tenía.

Ewan rio y se alejó para saludar a un cliente habitual.

—¿Tienes algún plan para esta noche? —inquirió bebiendo un sorbo de café.

—Déjame que lo piense —contesté frunciendo el ceño—. Es obvio que no. ¿Tengo que doblar turno?

—No, tienes que hacer la maleta —afirmó ella poniéndose seria.

—¿Cómo? —balbucí entre desconcertada y asustada—. ¿Ewan ya quiere despedirme y te ha utilizado a ti para decírmelo?

—¿En serio no sabes de qué estoy hablando? —exclamó sorprendida.

—Ni idea, ¿me he metido en un lío?

—Has aprobado, Livia. El lunes tienes que leer el examen ante el tribunal a las once y media de la mañana.

—Si es una broma, no tiene ni puñetera gracia —mascullé cerrando de un portazo la puerta del lavavajillas.

—¿No lo sabías? Han publicado las notas esta mañana, ¿es que no las has mirado?

Me encaré a ella y me llevé la mano a la frente, que de repente se había cubierto de una fina pátina de sudor frío.

—No lo sabías —determinó cabeceando.

—No. Pensé que había suspendido, si supieras en qué condiciones hice el examen... No recuerdo ni qué temas me preguntaron.

—Ay, Señor, pero mira que hay que tener paciencia contigo. Y es que eres así con todo, ¡carpetazo y a lo siguiente!

—No lo mezcles con mi vida personal.

—Y ahora me dirás que aprobar te ha fastidiado.

—No, no es eso. Es que estoy..., no lo sé, no quería pensarlo, eso es todo. Y ahora tengo que volver y...

—No quieres volver.

—Exacto.

—Ni siquiera tienes que ver a tu madre, puedes reservar noche en algún hotel. Y Asier y Sergio no están en Madrid.

La miré con un gesto preñado de desesperación.

—Pero irás a casa de tu madre, quieres asegurarte de que está bien —dijo ella traduciendo mi faz.

—Has vuelto a acertar.

—¿No te coge el teléfono?

—No.

—Tampoco es tan raro, estoy segura de que hay más de un individuo que te ha estado llamando y tú tampoco se lo coges y estás bien. Bueno, yo no diría que bien, estás..., vamos, que eres una persona que puede parecer hasta normal si la miras de lejos.

—Él no ha llamado. Asier, sí.

—Oh, así que ahora Sergio es *él*.

—Me duele hasta pronunciar su nombre, hasta pensar su nombre, incluso.

—Pues mira qué bien te ha venido aprobar el examen, así los próximos días tendrás la mente ocupada —afirmó sonriendo con el habitual optimismo que la caracterizaba.

—No sé si encontraré vuelo...

—Ya me he encargado yo. Haces escala en Londres, era el único que tenía plaza.

—Pero no puedo pedirme días libres cuando acabo de empezar a trabajar...

—Da gracias de que me acuesto con tu jefe, y soy muy buena en la cama, por cierto.

—Pero...

—¡Ya basta, Livia! —estalló—. No quiero oír ni una excusa más, mañana te vas para Madrid y punto.

—A sus órdenes —mascullé, y ella prorrumpió en carcajadas al ver mi

rostro demudado por el miedo y el vértigo que me producía regresar.

—Y esta noche, a celebrarlo —añadió guiñándome un ojo.

—No sé si tengo ganas de...

—¡Chitón! ¡Ni una excusa más! —repitió con afectación, y llamó a Ewan —: *Sweetheart*...

Puse los ojos en blanco y me aparté para dirigirme a la cocina.

«Pero ¡¿cómo puede hacer tanto calor?!», pensé nada más emerger al exterior desde el metro de Madrid. Me quité el cárdigan de punto gris, quedándome con la blusa negra de gasa y disfrutando un momento mientras mis pupilas se acomodaban a la escasa luz de la calle, de la suave brisa que soplaba entre las calles. Afiancé el bolso y caminé los escasos doscientos metros hasta el edificio donde vivía mi madre. Pude ver que las luces estaban apagadas, aunque no era extraño. Aun así, una vez estuve frente a la puerta del piso, noté que mis manos temblaban ligeramente al tocar el timbre. Sin que me respondiera, decidí utilizar las llaves. No había nadie, y la casa era una muestra de los cambios de humor y carácter caótico de mi madre, puesto que había ropa sin recoger en todas las estancias, polvo acumulado y un montón de platos en el fregadero.

Sintiéndome en parte culpable, me remangué la blusa y me puse a fregar, esperando que llegara pronto. Cuando terminé de recoger la cocina, tirando toda la comida caducada del frigorífico a la basura y habiendo puesto una lavadora con ropa sucia, me senté en el sofá. Entonces sonó mi teléfono. Lo cogí del bolso y comprobé que había tres llamadas de un número desconocido. Con una funesta y premonitoria sensación de angustia aposentada en el estómago, me apresuré a contestar.

—¿Livia Roma?

—Soy yo.

—Me llamo Pedro Bernat, soy el abogado de su madre. Ella me ha dicho que reside usted en Escocia, pero me gustaría saber si puede facilitarme el

teléfono de algún familiar que pueda venir a recogerla a la comisaría.

—Acabo de llegar de Edimburgo, estoy en Madrid. Un momento..., ¿ha dicho comisaría? ¿Qué ha sucedido?

—Vaya, es un alivio. No se preocupe, se lo contaré. ¿Cuándo puede estar aquí?

—Deme media hora —dije, y colgué el teléfono.

El taxi me dejó en la acera enfrente de la comisaría. Crucé la calle esquivando los vehículos, corriendo hasta llegar a un hombre vestido con traje que esperaba fumándose un cigarrillo en el exterior de la verja.

—¿Es usted Pedro Bernat? —inquirí acercándome a él.

—Sí. Livia, ¿verdad?

—Dígame qué ha ocurrido, por favor.

—Nada demasiado grave. Han detenido a su madre por escándalo público hace unas horas. Está en libertad bajo fianza, aunque quería asegurarme de que alguien la acompañara a casa y...

—Cuidara de ella —lo interrumpí frunciendo los labios—. ¿Qué es exactamente lo que ha hecho?

—Estaba practicando sexo en un parque público bajo los efectos del alcohol y las drogas. Todo habría quedado en una multa si no se hubiera enfrentado a los agentes, que acabaron deteniéndola también por obstrucción a la autoridad.

—Dios mío —mascullé maldiciendo a mi madre en silencio—. ¿Es del turno de oficio?

—¿Yo? No, no. Ya me dijo su madre que usted también era abogada.

—No lo soy, no llegué a colegiarme. No hizo falta, la verdad. ¿Entonces? Perdome mi ignorancia, pero no sabía que mi madre tuviese un abogado, usted no es el que tramitó el divorcio de mis padres.

—No lo fui, cierto. Trabajo en Duque y Carvajal, Sergio me llamó esta noche y me dijo que acudiera. No se preocupe por mis honorarios, esto es un favor personal.

Me quedé petrificada y no supe qué contestar.

—Será mejor que vayamos a recoger a su madre —afirmó él sacándome del apuro.

—Claro —musité.

Casi una hora después, llevaba a mi madre del brazo por la calle. Todavía no habíamos dicho ni una palabra, pero si las miradas matasen, habría dos cadáveres tirados en el suelo.

—¿Se puede saber qué pasa contigo?! —estallé al fin, enfocándola.

Ella se tambaleó y soltó una risita que no resultó ni remotamente graciosa mientras intentaba ponerse la chaqueta en su sitio y parpadeaba con un rictus festivo, sin darse cuenta de que el maquillaje era un cuadro impresionista en su cara.

—Estaba divirtiéndome. Tengo derecho a ello —replicó.

—Si fueras mi hija, te daba ahora mismo un bofetón que te dejaba temblando —siseé con furia.

—Pero soy tu madre —rio ella.

—¡Pues empieza a comportarte como tal! —grité, y ella se detuvo de pronto, volviéndose hacia mí.

—¡Lo hice durante treinta años y no me ha traído nada bueno!

—¿Eso es lo que crees? ¿Que a los cincuenta puedes empezar a comportarte como si tuvieras veinte? La vida no funciona así, mamá, y no soy yo quien debería decírtelo. Has tocado fondo. El lunes visitaremos a un especialista.

—No pienso ir a un psiquiatra.

—Lo necesitas tanto como el respirar, eres incapaz de enfrentarte al divorcio. No sabes estar sola, cuando lo cómico es que antes no te gustaba estar acompañada. Tu comportamiento es errático y tengo miedo de que un día hagas alguna tontería. ¡Una tontería mayor que la de hoy!

—Aparqué mi vida por vosotros dos y así me lo pagáis. El uno

abandonándome y la otra queriendo encerrarme en un psiquiátrico.

—¡Deja de exagerar! ¡Deja de hacerte la mártir! —bramé cada vez más enfurecida.

—No quiero vuestra ayuda, ahora ya no.

—Mamá, la mía la tuviste siempre. Recuerda que me quedé contigo. Y te voy a decir una cosa, todavía no me conoces, si te digo que necesitas ayuda la vas a tener —amenacé.

—Siempre lo preferiste a él, y me alegré de que también te dejara por Rebeca —siseó con odio.

—No me dejó por Rebeca, papá y yo hablamos de vez en cuando. Se enamoró de otra mujer y ya está. No es el fin del mundo, estas cosas ocurren continuamente, y no por eso tiramos toda una vida por la borda y nos damos a la bebida y al sexo.

—Pues deberías hacerlo, porque tu vida no va mucho mejor que la mía, traidora —apostilló.

—No tienes ni idea de cómo va mi vida. ¿Por qué narices has tenido que llamar a Sergio?

—Sabía que era abogado y no quería recurrir al que llevó el divorcio porque es amigo de tu padre. ¿Me va a salir muy caro?

—A ti no, a mí sí, te lo aseguro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Sergio y yo no acabamos precisamente como amigos.

—¿Estabais saliendo?

—Sí.

—¿Engañaste a Nando con él?

—¿Ves cómo no sabes nada de mi vida? Nando y yo lo dejamos en febrero, después de que yo tuviera un aborto. Todavía no entiendo cómo pudiste camelarlo para que fuera a buscarme a Suances. —Me quedé callada, mordiéndome la lengua, viendo el rictus de mi madre, sintiendo que había hablado demasiado.

—¿Tuviste..., hija, tuviste un aborto? —inquirió con voz trémula.

—Sí.

—¿Por qué yo no lo supe?

—Porque no querías saberlo.

—Soy tu madre, ¿cómo no voy a querer saberlo?

—¿Entiendes ahora que necesitas ayuda? —musité con tristeza.

—¿Te vas a quedar unos días? —me preguntó sujetando mi mano.

—Todos los que quieras —le aseguré atrayéndola hacia mí mientras ella rompía a llorar como si fuera una niña que descubriría en ese momento que la magia nunca había existido.

Capítulo 19

*Every now and then I get a little bit lonely and you're never coming around**

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó Marta nada más descolgar el teléfono.

—Creo que bastante bien, pero nunca se sabe, mañana tengo que explicar el trabajo final —murmuré.

—Vale, no preguntaré más. ¿Vuelves pasado mañana, entonces?

Suspiré armándome de valor y circundé el salón de la casa de mi madre con la mirada. Ella estaba en la cocina, con la tele encendida, así que no podía escuchar la conversación.

—No, Marta, tengo un problema —le dije, y comencé a contarle someramente lo que había sucedido la noche del sábado.

—¡Joder! —exclamó—. Menudo marrón, nena. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Un par de semanas para organizarlo todo? Ayer estuvimos varias horas hablando y creo que por fin se está dando cuenta de la realidad. Esta tarde tenemos cita con el psiquiatra y mañana con AA, aunque no creo que llegue la sangre al río, no ha vuelto a beber, es como si sólo lo necesitara para afianzar una imagen de sí misma que es irreal. Pero ya sabes que hay recaídas...

—Te entiendo, cariño. Tómate el tiempo que necesites, hablaré con Ewan para que cubra tus turnos. Desde luego me vas a obligar a acostarme todas las noches con él para tenerlo contento, y mira que llego agotada del trabajo...

—Lo siento, Marta, no quiero meterte en problemas a ti también.

—De eso nada, no lo sientas, si Ewan dice que eres mejor camarera que yo. No creo que quiera perderte.

—Necesito el trabajo, costear el tratamiento de mi madre va a ser caro, y

no quiero tocar el dinero de mi padre si no es para una emergencia.

—Tranquila, Livia, que para eso estamos las amigas, ¿no? Te recuerdo que tú fuiste mi único apoyo en Oxford, cuando quería dejarlo todo. Gracias a ti tengo la vida que tengo ahora, te la debo. Y, aunque no te la debiera, también lo haría.

—Gracias —musité al borde de las lágrimas.

—Eh, no me llores ahora. ¿Y dices que fue Sergio quien se encargó de todo?

—Más o menos, envió a uno de sus mercenarios. Pero consiguió que todo quedara en una multa ridícula, así que podría decirse que sí.

—Me imagino que tendrás que hablar con él.

—Tengo que hacerlo, es decir, debo hacerlo..., aunque no sé cómo voy a hacerlo.

—Muy sencillo, Livia. Escríbele un correo electrónico, siempre se te ha dado mejor expresarte con palabras escritas que dichas. Sé correcta, amable, firme y agradéceselo. Y ya está.

Entorné los ojos, porque no había pensado en esa posibilidad, y Marta, siempre adivinando mis pensamientos, había acertado, dándome la oportunidad de no humillarme verbalmente hablando.

—Tienes razón, eso haré. Te llamo en cuanto tenga la fecha de vuelta, ¿de acuerdo?

—Llámame cuando quieras, aquí estoy si me necesitas.

—Te quiero, lo sabes, ¿no?

—Nunca viene mal que se lo digan a una —finalizó lanzando una carcajada al aire.

Colgué y deposité el teléfono en la mesita del salón. Mi madre había cancelado todas las visitas y volvía a tener mi habitación para mí sola, convenciéndola de que intentara encontrar otro trabajo más adecuado para ella. Aceptó a regañadientes, pero ya tenía una entrevista esa semana en una agencia de limpieza.

—¿Que yo voy a limpiar la mierda de los demás cuando siempre hemos tenido una chica que lo hacía todo en casa?! —estalló con indignación.

—¿Te recuerdo que yo me he tenido que ir a Edimburgo a trabajar de camarera?

—Pero ya lo habías hecho antes.

—Sí, con veintidós años, no con treinta, una carrera, idiomas y un máster. Vamos, mamá, que creo que a ninguna se nos van a caer los anillos.

—Eso no va a haber manicura que lo aguante.

—Las permanentes son estupendas —le dije animándola.

Y ella refunfuñó y se quejó, aunque acabó aceptando.

Su voz diciéndome que se bajaba a comprar al supermercado de la esquina me sacó de mi ensoñación. Le sonreí y la despedí. Era el momento perfecto, así que cogí una cerveza, el ordenador portátil y me senté con él sobre las rodillas. Estuve pensando largos minutos, hasta que comencé a escribir.

Hola, Sergio:

¿Cómo estás?

Me pareció demasiado formal y lo borré.

Sergio, voy a ir al grano...

Muy directo, así que pulsé la tecla para eliminar las frases.

Suspiré, bebí de la cerveza y me armé de valor, ya tendría tiempo de modificarlo.

Sergio:

Espero sinceramente que estés bien, y que también esté bien Sandra...

Me quedé un instante meditándolo y comencé a teclear sin freno.

... sí, esa de las piernas kilométricas de araña y extensiones de peluquería tan cara en la que con sólo entrar ya te han cobrado por respirar. Aunque tengo que reconocer tu gusto por la simpleza que mostró en elegir los tratamientos estéticos que acabarán

convirtiéndola en un clon de miles de mujeres de portada de revista. Entre ella y otras pocas van a hundir a la empresa del Photoshop. Bien, después de esta pequeña crítica personal y sin malevolencia alguna, y volviendo al tema principal, que no te he dicho cuál es todavía, porque ahora mismo tengo las ideas desordenadas en mi cabeza, como es lo normal y dado que ya me conoces..., allá voy.

Querría decírtelo a gritos o en voz baja, querría decírtelo de mil maneras, rodeándote la cintura con las piernas, que también son kilométricas y resistentes a los embates a los que me sometía con gusto cuando no podíamos resistir más la atracción que sentíamos el uno por el otro, o comiéndote a besos mientras me deleito en las técnicas magistrales de manejo de lengua que debes de haber aprendido de todas las mujeres que han pasado por tu vida y, por supuesto, mirándote a esos ojos que son como la melaza derritiéndose, tan cálidos y tan peligrosos. Porque eso es lo que has sido para mí, el peligro de darme cuenta de mis verdaderos sentimientos.

Te odio, lo sabes, ¿verdad? Con todo mi corazón. Odio amarte de esta forma que me enloquece, que convierte mis noches en insomnes, porque sólo deseo abrazarte y que me abrace hasta que no sienta ya el dolor que me ahoga inmisericorde. Y, sobre todo, te odio porque debería odiarte y ahora no puedo hacerlo. Me rompiste en dos, Sergio. Lo que Sandra hizo contigo tú lo repetiste conmigo. Pero, no, eso no es totalmente cierto, no me rompiste en dos, me rompiste en mil pedazos que no puedo recomponer. Y, sí, tú también eres mi canción, eres *Rehab*, de Amy Winehouse, tan triste, tan demoledora y tan brutal como la droga de la que no puedes desintoxicarte. Eres todas las puñeteras canciones de amor de Taylor Swift y Adele juntas, animadas por Lana del Rey. Eres todo eso junto y mucho más. Eres todo lo que necesito para sobrevivir y para morir. Y no quiero morir de amor, sería una forma muy trágica para mí. Así que te deseo una vida plena, feliz y llena de silicona con tu estupenda Barbie *lawyer*, la de los tropecientos mil idiomas, y el *Kama Sutra* como libro de cabecera, porque, afortunadamente, nunca leerás cuál es la verdad que escondo, ya que jamás sabrás todo lo que diría si tuviera valor para ello.

Ah, y una última cosa, sólo quiero darte las gracias por sacar a mi madre de este embrollo, aunque fueras tan cobarde como para no presentarte tú y enviar a uno de tus gladiadores que venden su alma al diablo. Y, como no quiero alimentar más a la bestia ególatra que llevas dentro, adiós.

Cuando finalicé, esboqué una sonrisa satisfecha y me sentí bien, tan liberada que me habría puesto a saltar, pese a que no había un motivo para ello. Escribir era mi catarsis mental, aunque luego lo borrara todo y sacara a relucir

mi lado más políticamente correcto. Bebí un largo trago de cerveza y me levanté al oír a mi madre llegar con la compra.

Preparamos una ensalada de pasta juntas y, después de comer, le dije que descansara, que ya me encargaba yo de recoger antes de salir para la consulta con el médico. Al poco rato, me dirigí al salón, esperando verla dormida en el sofá, ya que siempre acostumbraba a ponerse la telenovela y cerrar los ojos. Sin embargo, estaba trasteando en mi ordenador.

—¿Qué haces, mamá? —pregunté con curiosidad.

—Estoy actualizando mis perfiles en las páginas de contactos. Eso sí puedo hacerlo, ¿no?

—Claro, igual ahí encuentras a tu verdadero amor, aunque yo no confiaría mucho. Venga, vamos, se nos está haciendo tarde.

—Vale, toma —me dijo entregándome el ordenador—. Por cierto, te habías dejado el correo sin cerrar, ya te lo he enviado, así que no te preocupes.

Comencé a marearme y tuve que apoyarme en la pared.

—¿Cómo dices?

—Que no te preocupes, que ya he enviado el correo yo. Sé hacerlo, me enseñó Hans, un alemán muy simpático que estuvo dos noches.

—¿Y lo has leído?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar que soy tan indiscreta? —inquirió ofendida.

—Ay, joder —musité arrodillándome para abrir la página.

Maldije en varios idiomas al ver lo que había hecho.

—¿Y no te dijo Hans cómo borrar un mensaje ya enviado? Sería muy útil. Por cierto, entre tus nuevos amigos no habrá algún *hacker*, ¿no?

—¿Qué es eso?

—Mierda. Mierda. Mierda —siseé mientras tecleaba otro mensaje.

Sergio, por favor, no leas el mensaje recibido con anterioridad, no eras el destinatario. Sólo quería darte las gracias por haber ayudado a mi madre. Un abrazo.

Corto, escueto, medianamente sincero y con una pizca de desesperación. Qué bien sabía hacerlo cuando la ocasión lo requería, y qué mal cuando me dejaba llevar por mis sentimientos. Lo envié y cerré el ordenador intentando sonreírle a mi madre.

—Venga, vámonos o llegaremos tarde —la insté con gesto serio.

—Claro, ¿era muy importante el correo?

—Qué va, una tontería.

—Bueno, ya me quedo más tranquila, pensé que había vuelto a meter la pata.

—No, mamá, nada de eso. Anda, maquíllate un poco y ponte guapa.

—Ya lo soy.

—No lo he dudado nunca.

Cuando desapareció rumbo al baño me dejé caer sobre el sofá de forma desmadejada, golpeándome la frente con los puños cerrados. «Que no lo lea, por favor, que no lo lea», pensé como un mantra.

Mi teléfono sonó con la llegada de un email.

—Hija, ya estoy. ¿Es un mensaje?

—No.

—Míralo por si es urgente.

—Qué más da —le dije cogiendo el bolso—. Supongo que si tengo que cortarme las venas puedo hacerlo más tarde, ellas me esperarán —musité sin que mi madre lo oyera.

Varias horas después, una vez llegamos a casa, me disculpé con mi madre y me encerré en la habitación llevándome el ordenador. Sabía que había recibido tres correos de Sergio y cuatro llamadas perdidas. Gemí en voz alta, sin tener todavía fuerzas como para enfrentarme a él. Me mordí el labio y esperé a que el portátil se encendiera, ganando tiempo. Abrí el primer correo.

Demasiado tarde, Hoyuelos. Lo he leído; de hecho, lo he releído varias veces para cerciorarme de tus palabras. Debo decirte que como declaración de amor es bastante...

¿inconclusa?, ¿indeterminada?, aunque también contiene un porcentaje de brutal sinceridad. Y como declaración de celos es absolutamente... ¿real?

—Mierda —musité cerrando los ojos un instante.

Abrí el segundo correo.

¿Por qué no contestas al teléfono? Creo que deberíamos hablar. Ah, y no te mandé a uno de mis gladiadores, Pedro es un buen amigo. Habría ido yo si no estuviera en el extranjero. Por cierto, sigo con una sonrisa estúpida en la cara y mis ojos del color de la melaza se están derritiendo... por ti.

—Ay, mierda —murmuré de nuevo apretándome con fuerza el tabique nasal para calmarme.

Abrí el tercer correo.

¿Soy para ti una jodida canción de Taylor Swift? Te confieso que he tenido que buscarla en internet, ni la conocía. ¿Adele, en serio? No sé ni quién es Lana del Rey, pero me imagino que será del estilo de las anteriores. Has herido mi sensibilidad masculina, ya que yo me veo más como *Hammer to Fall* de Queen o *Highway to Hell* de AC/DC. Incluso habría aceptado una de Jon Bon Jovi o de Scorpions en su versión más poética. ¿Quieres hacer el favor de contestar al teléfono? Yo también te quiero, por cierto. No, miento, no te quiero. Nunca he dejado de amarte, desde el puto instante en el que estampaste una plancha en mi cabeza. Soy así de idiota, no puedo remediarlo.

Cogí el teléfono y lo mantuve un momento en la mano sin decidirme. La lógica me decía que lo dejara pasar, que no había una vuelta atrás sin acabar más heridos de lo que estábamos. Mi corazón me empujaba a actuar de forma irracional, necesitaba imperativamente oír su voz. Pulsé la tecla de rellamada.

—Pensé que ya no llamarías —dijo él sin darme tiempo ni a pensar lo que iba a decirle.

—Sergio... —suspiré y contuve las lágrimas—, eres todas las malditas canciones de amor de la peor lista de Spotify de la historia, con todas sus frases acarameladas, con todas sus promesas, con sus agudos y sus graves, la percusión y los coros. Eres todo lo que intento olvidar y no puedo, porque en cada canción que escucho te encuentro a ti, encuentro una mirada, un

sentimiento, un tú y yo, un felices para siempre y un siempre te recordaré. No puedo más —finalicé quebrándome la voz.

—¿Tienes el ordenador encendido? —inquirió con voz tensa.

—¿Por qué?

—Voy a llamarte por Skype. Necesito verte, ahora más que nunca —afirmó, y colgó.

Al cabo de un minuto recibí su llamada y, colocándome el portátil sobre las rodillas, además de secarme las lágrimas, acepté. Su imagen en la pantalla me impactó como un meteorito estrellándose en mi mente. Había olvidado lo que me afectaba tenerlo tan cerca, pero, recordé con tristeza, a la vez, tenerlo tan lejos. Estaba sentado en una cama, con la luz de la mesilla encendida. Su pecho descubierto y el pelo desordenado y un poco más largo. Incluso llevaba una barba descuidada de varios días. Resopló y me lanzó una sonrisa valiente de medio lado, arrugando sólo la comisura derecha de su boca. Ese simple gesto provocó que mi estómago se encogiera.

—Livia, no soy una promesa, ni un recuerdo. Soy algo tangible, cierto. Eso no lo dudes nunca —declamó con voz ronca, llevándose la mano a la frente para apartarse el mechón ondulado que le caía sobre ella.

Contuve un sollozo. Sí, era real, aunque también lo era la intimidad que vi que compartía con Sandra, ese amor profundo que todavía ardía tras sus ojos. Él notó mi desasosiego y ladeó la cabeza mirándome con incalculable ternura.

—Estás preciosa —murmuró.

—¿Me ves bien? —ironicé tirando de mi pijama e intentando peinarme.

—Perfectamente.

—Tú ni siquiera te has afeitado —dije, porque fue lo primero que se me vino a la cabeza antes de rendirme ante él.

—No tengo a nadie a quien besar —explicó con esa sonrisa canalla que adoraba en él. Le correspondí la sonrisa y él se envalentonó—: Te echo de menos, Livia, tanto que no sabía que esa sensación producía un dolor insoportable. Cada segundo me vuelvo esperando verte, de repente pienso que

esa anécdota que ha surgido de improviso debería contártela y que con eso acabaríamos riéndonos. Me faltas. Me faltas tú y estoy incompleto.

—No me hagas llorar, por favor.

—No es ésa mi intención. ¿Por qué no me contaste lo que sucedía con tu madre?

Suspiré hondo e intenté sonreír.

—Ya, ya sé, porque tú solita te las apañas, ¿no? —farfulló haciendo una mueca.

—Creía hacerlo, y ahora estoy intentando solucionarlo.

—Sabes que me tienes a mí también, aunque antes tienes que ser tú completa para compartir algo con alguien. De eso es de lo que me he dado cuenta tan lejos de ti.

—Gracias, Sergio —musité derritiéndome por dentro, pero sin ceder a lo que había visto con Sandra—. ¿Qué tal van las cosas con tu hermano?

Fue su turno de suspirar, pero disimuló bastante bien el fastidio.

—Eres muy buena cambiando de tema —replicó—. Él está bien, creo que conseguiremos llevarlo de regreso a España, lo que no sé es cómo remontará el bufete este golpe. Estamos intentando capear la crisis como podemos, pero la mancha en la memoria del entramado empresarial quedará grabada a fuego.

—¿Y Sandra?

—¿En serio me estás preguntando por ella? ¿Cuántas veces tengo que decirte que entre ella y yo ya no queda nada? —exclamó sorprendido.

—Excepto un matrimonio.

—No seas injusta, ni siquiera he tenido tiempo para presentar los papeles en el juzgado.

—Sergio, soy una ingenua, como tú muy bien me hiciste ver una vez, pero hasta yo sé que eso podría haberlo hecho cualquiera de tus socios. Estás allí con ella.

—Es la mejor abogada en derecho internacional que tenemos, es lógico que esté aquí. Por cierto, ¿ves a alguien en mi cama? —estalló, girando el

ordenador para que viera la habitación vacía.

—Lo siento, es que no puedo más —musité, dándome cuenta de que la situación me superaba. Que la vida me había superado hacía ya tiempo—. Son demasiados frentes abiertos, Sergio. Mi madre, el examen..., yo...

—Enhorabuena, nunca tuve duda de que aprobarías —afirmó suavizando el tono de voz, consiguiendo que yo me estremeciera.

—Pues me dijiste lo contrario. ¿Quién te ha contado que he pasado el primer corte? —inquirí entornando los ojos.

—Me he mantenido informado. Y, además, cuando te lo dije, no lo pensaba, estaba celoso de Asier. Así que sé cómo te sientes. Livia, el miedo que tú sientes por mi relación con Sandra no tiene fundamento. El mío, sí, porque yo sí que vi tus dudas reflejadas en tu rostro, la forma de comportarte con él, cómo no negaste que os habíais besado. ¿Piensas que yo no sufro? Que, como soy un hombre, ¿eso no me hace daño?

—No sé nada de Asier desde que me fui de Suances —le aclaré.

—No será porque él no ha insistido —masculló.

Me mantuve en silencio un minuto, sin querer reconocérselo, aunque no se lo negué.

—Creo que... ya se está haciendo tarde y tú tendrás que dormir algo.

—¿Quieres ver el amanecer conmigo? —pidió como si se resistiera a dejarme marchar.

—Claro. —Sonreí.

Se levantó y acercó el ordenador a los ventanales del hotel abierto al horizonte. El sol comenzó a asomar entre la neblina de la mañana, disipándola. Durante unos minutos nos mantuvimos en silencio, admirando la belleza de algo tan común y, sin embargo, tan singular, hasta que él volvió a situarse frente a la pantalla.

—Quiero ver todos y cada uno de los amaneceres contigo, Livia, estemos donde estemos. No te voy a dejar irte sin antes prometerme que cuando regrese

a Madrid podremos hablar. Te demostraré que nuestra historia ha sido, es y seguirá adelante, con tu cooperación o sin ella.

—Suen a amenaza —musité esbozando una sonrisa.

—Es una amenaza, sé que cuando estemos frente a frente no podrás negar lo que sientes. Estoy acostumbrado a ganar, contigo utilizaré todas las armas de las que dispongo —aseguró sonriéndome con boca y ojos.

Y yo no quise decirle que con una simple mirada habría bastado, que con besarme me habría deshecho entre sus brazos y que su corazón latiendo bajo mi mejilla era la única canción que quería seguir escuchando toda mi vida.

Desconecté sin contestarle. Después me dejé caer en la cama y golpeé la almohada con los puños, sintiéndome por completo perdida.

Al poco rato oí unos ligeros toques en la puerta y mi madre asomó la cabeza con gesto preocupado.

—¿Molesto? —preguntó.

—No, claro que no —dije incorporándome y secándome las lágrimas con disimulo.

La conversación mantenida con el psiquiatra había dejado claras las pautas a seguir, que también me incluían, por lo que debía intentar no volcar mis problemas en ella hasta que fuera lo suficientemente fuerte como para poder enfrentarse a los suyos.

—Creo que nunca te he visto llorar —murmuró sentándose al borde de la cama. Estiró una mano y titubeó, aunque al final acabó decidiéndose y me acarició con ternura el pelo.

—No estoy llorando, no es nada, mamá.

—Nadie llora por nada, si lo sabré yo. Pero me extraña verte vulnerable, cuando lo más que hacías de pequeña era gruñir al comprobar que algo no salía como a ti te convenía. Te enfadabas, te enfurruñabas, pero ni una sola lágrima. ¿Cuánto dolor, mi pequeña, has acumulado en estos años para que acabe venciéndote así?

—Un poco —musité.

—¿Quieres hablar de ello?

—Si no es nada, de verdad.

—Mira, Livia, crees que soy frágil, aunque no me rompo con tanta facilidad. ¿Es por Sergio?

—Sí. Leíste el correo, ¿verdad? —inquirí con desconfianza.

—Apenas unas líneas.

—Así que actuaste como la Celestina.

—Soy tu madre, no una alcahueta —replicó indignada, pese a que estaba sonriendo—. ¿Lo he estropeado todo?

—No había nada que estropear, mamá. Está casado. No me mires así, por favor, yo no lo sabía cuando estuve con él.

—¿Y qué pasó?

—Que su mujer vino a buscarlo y vi algo... difícil de definir, pero que me excluyó. Aunque él me dice que entre los dos no hay nada, algo dentro de mí me dice que sí.

—Exactamente como tú con Asier.

—¿Cómo sacas ahora a relucir a Asier?

—Porque me ha llamado varias veces preguntándome por ti. No le coges el teléfono y está... bastante histérico.

—¿Y me lo dices ahora?

—Es ahora cuando me he dado cuenta de que mi hija también necesita ayuda. Mira, Livia, lidiar contigo todos estos años ha sido complicado. Eres independiente, testaruda, caótica e imprevisible. Irrompible, diría para ser más exacta. Hasta que abriste los ojos con veintidós años y te diste cuenta de la realidad. Fue tan duro asumirla para ti como para mí. Sólo que lo hicimos en bandos opuestos.

—Siempre estuve de tu lado.

—Cuando no deberías haberte puesto en ninguno, deberías haber sido neutral. Tu padre y yo somos igual de culpables en esto. Nos implicamos en

nuestras propias vidas y olvidamos que tú eras nuestra hija. Te dejamos huérfana de amor, y eso es algo que jamás nos perdonaremos.

—Mamá, ¿has hablado con él? —pregunté un tanto alarmada.

—Hemos quedado esta mañana, mientras aprovechaba para hacer la compra. ¿Sabes? No me parece nada atractivo, estar con Rebeca lo ha envejecido. Y me he dado cuenta de que ya no me importa lo que hizo, siempre quedará el resquemor, pero si soy sincera conmigo misma, me siento mejor sin él.

—Has cambiado mucho de ayer a hoy —murmuré con aspereza.

—Porque me di cuenta de que, si mi propia hija, que convivía conmigo, sufrió un aborto y yo ni siquiera me enteré, cuando debió de ser algo trágico y doloroso, lo estaba haciendo tremendamente mal.

—No quise decírselo a nadie.

—Sí, un problema recurrente en esta familia, nos gusta esconder la basura debajo de la alfombra. Pero eso lo vamos a cambiar, ¿de acuerdo? Hablarás con Sergio y con Asier. Decidirás con quién quieres estar y dónde quieres estar. Nadie te va a culpar si no consigues aprobar, o si te vas a Edimburgo, o si te quedas en Madrid, o si vuelves a Suances a dar clases de surf. Es tu vida, hija, empieza a vivirla. Tú padre y yo ya vivimos la nuestra, nos guste más o menos. Y ahora creo que deberías dormir un poco. —Finalizó la diatriba dándome un suave beso en la frente.

—Gracias, mamá —musité cuando ella se alejaba hacia la puerta.

—Nunca me las des, ¿me oyes? —Se giró para mirarme con una animosa sonrisa—. A una madre, nunca.

Capítulo 20

I won't cry myself to sleep like a sucker *

Tras tres semanas en Madrid, regresé a Edimburgo a mediados de noviembre. Ewan me saludó con una tímida sonrisa cuando traspasé las puertas acristaladas de llegada en el aeropuerto. Enarqué las cejas y me detuve a un metro de él.

—Me imagino que no es casualidad encontrarte aquí.

Se pasó la mano por el pelo y su sonrisa se transformó en una valiente.

—No.

—Cuéntame —le pedí.

—Necesito tu ayuda en calidad de mejor amiga de Marta. —Me confirmó lo que ya sospechaba, con ese tosco acento escocés que no perdía, aunque hablara un castellano casi perfecto.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté mientras caminábamos hacia el aparcamiento.

—Nada. Ése es el problema.

—¿Tenía que suceder algo? —continué subiéndome al automóvil, esperando paciente a que él ordenara las ideas en su cabeza.

Arrancó y enfiló la salida con decisión, todavía en silencio.

—Quiero que suceda algo, ¿lo entiendes?

—Me hago una idea, todavía duermo con ella algunas noches. Y tú quieres que duerma contigo todas, ¿es así?

—Exacto. —Vaciló unos instantes, buscando quizá las palabras correctas —. Nunca he tenido demasiada suerte con las mujeres...

Sin poder remediarlo, prorrumpí en una carcajada del todo inoportuna, que

silencié al sentir su mirada un tanto furibunda sobre mí.

—Perdón —musité.

—Es la verdad, Liv. Durante años fui un crápula. —Carraspeé divertida—. ¿Ese adjetivo no se utiliza en la actualidad?

—Puedes cambiarlo por *disoluto* sin problemas, también por *capullo* si me apuras —aseguré.

—De acuerdo, fui un capullo. Me enamoré de quien no debía y también de quien debía enamorarme sin sentir el enamoramiento necesario...

—Ay, madre, esto empieza a parecerse a un trabalenguas —musité entre dientes, intentando seguir su explicación.

—Pero esta vez es la correcta, lo siento dentro de mí. No podría vivir sin Marta. No puedo vivir sin ella un solo día más.

Tras unos segundos de pausa, en los que sujetó el volante como si descargara en él toda su frustración, me miró suplicante.

—Ella siente lo mismo por ti, Ewan —lo tranquilicé.

—¿Y por qué es tan esquiva? —preguntó desconcertado.

Suspiré y miré un instante la decoración navideña por la ventanilla, que dotaba a la ciudad, de por sí mágica, de una luminosidad hogareña y realmente hermosa.

—A Marta le han hecho daño de muchas y numerables maneras, y no es a mí a quien compete decírtelo. Pero eso no la ha vencido, al contrario, ha forjado su carácter sin perder su animosidad. Sin embargo, una parte de ella, ínfima, todavía desconfía.

—No le he dado motivos para desconfiar —replicó Ewan con gesto tenso.

—No estoy diciendo eso. Me refiero a que desconfía de sí misma, de comprometerse hasta el punto de volver a resultar herida.

—Lo entiendo, es más o menos lo que te sucede a ti.

Me removí inquieta en el asiento.

—No estamos hablando de mí, y las circunstancias de Marta son completamente diferentes de las mías —contesté.

—Ya, lo siento. ¿Y cómo puedo ganármela?

—No tienes que hacerlo, ella te ama como nunca ha amado antes, de eso no tengo duda alguna. Sólo dale tiempo, sé paciente y sigue siendo como eres.

—Tenía pensado pedirle que se casara conmigo. ¿Es muy precipitado?

Lo medité un momento. Marta nunca había tenido miedo al compromiso en sí, a un «para toda la vida»; era, más bien, miedo a equivocarse de nuevo. Eso nos diferenciaba, yo, en cambio, sentía absoluto terror a dejar que mi propia vida se convirtiese con el tiempo en un reflejo de la de mis padres.

—¿Estás bien? Te has puesto pálida —señaló Ewan sacándome de la ensoñación.

—Sí, estoy bien —asentí con una sonrisa trémula—. Y no creo que sea precipitado, creo que puede ser aquello que ella espera y no se atreve a mencionar por miedo a que tú te alejes.

—¿Estás segura?

—Me gustaría decirte que al cien por cien, pero no tengo la verdad en mi mano, sólo me guío por la intuición y por lo que la conozco. Quiero que sea feliz, que seáis felices juntos. Los dos os lo merecéis.

Ewan detuvo el coche en doble fila justo en el portal del edificio de apartamentos donde residía y sonrió con amplitud.

—Gracias, Liv. Necesitaba hablar contigo.

—No hay de qué —respondí devolviéndole la sonrisa.

—¿Me guardarás el secreto?

—¿Conoces el dicho «valgo más por lo que callo que por lo que hablo»? Tu secreto está a salvo conmigo —dije despidiéndome.

Me quedé viéndolo marchar y aspiré el aire frío, despejándome, sin que una sonrisa abandonara mi rostro. Mi ánimo tras la conversación con Ewan la acompañaba, ya que esta vez yo también tenía esperanza en el futuro. Un futuro incierto, pero compatible con Sergio.

Durante los pasados días habíamos intercambiado mensajes, fotos, vídeos y canciones. Un millar de canciones que nos recordaban instantes vividos,

pasiones enfrentadas y deseos por cumplir. En cierta forma era su manera, tal como lo era la de Ewan entregarle a Marta un anillo de compromiso, de darme tiempo a asimilarlo y a creerme que iba en serio.

A la mañana siguiente me incorporé al trabajo, descubriendo que el nivel de clientes no había disminuido con el frío, al contrario, buscaban refugio en el interior cálido de pubs y cafeterías. Fue un día largo, en el que supe que acabaría con dolor de espalda, aunque aquello no mermaba mis esperanzas y cada poco rato comprobaba mi teléfono para ver si tenía una sorpresa de Sergio.

Marta entró a última hora de la tarde, arrebujándose en el abrigo. Le sonreí y salí de la barra para darle un beso.

—¿Eso es un camaleón? —inquirió echando una ojeada de soslayo a la pantalla de mi teléfono móvil.

—Creo, o una iguana. No lo sé. ¿Ha sido un día duro?

—No cambies de tema. ¿Por qué tienes una foto de un lagarto en la pantalla? ¿Tiene algo que ver con *él*?

Pasé dentro de la barra y comencé a prepararle un café.

—Contesta —exigió.

—Me manda fotos, a veces el texto de algún libro que está leyendo, vídeos de surf. Incluso encontró uno mío en la red de cuando competía que ni sabía que existía. Ese bicho de la foto se lo ha encontrado en el baño del hotel esta mañana.

—Así que estáis en contacto...

—Yo no diría tanto —murmuré dejando el café y un sándwich al lado.

—Así que no le contestas...

—Es que la mayoría de las veces no sé qué contestarle. Lo hace para remover mi interior, todo lo que envía tiene que ver con nuestra historia de una forma u otra.

—¿Qué pinta un lagarto en vuestra historia?

—Dice que le recuerda a los ojos de Violeta espiándonos entre los geranios de la terraza.

—No entiendo nada. Está claro que habláis vuestro propio idioma. Y eso me encanta, por otro lado —afirmó con una sonrisa mientras terminaba su merienda.

—Sí, estos días están siendo especiales. Es como si volviésemos a conocernos, como si hubiésemos empezado de cero y estuviera cortejándome. ¿Sueno extraño? —pregunté arrugando la frente.

—Sueno a que estás enamorada hasta las trancas, no hacía falta enamorarte, pero si el chico insiste, déjalo, que ya verás qué pronto se deja de tonterías.

—¿Qué ha hecho Ewan? —inquirí reprimiendo la risa.

—Se ha olvidado de nuestro aniversario. Ayer hicimos un año —masculló con una mueca.

Sonreí porque yo era cómplice de la fiesta que le estaba organizando Ewan para el sábado con unos pocos amigos en un local que había alquilado. Allí tenía intención de cumplir lo que me había comentado. Yo misma lo había acompañado en el descanso del mediodía a ver el anillo de pedida que había elegido.

—¿Se puede saber por qué sonríes? Porque ahora todo te vaya bien a ti, no tienes que restregármelo.

—Sonrío porque este sábado nos vamos a ir tú y yo a celebrarlo. ¿Te apetece?

Miró a Ewan, que había permanecido alejado, y entornó los ojos con suspicacia.

—Desde luego, que se fastidie. Le dejaré un calendario con la fecha marcada para que así se dé por enterado y después apareceré al amanecer, o igual me quedo a dormir contigo otra vez. ¿Te importaría?

—Por supuesto que no, aunque no sé yo si a Ewan...

—Que le den. Si sólo ha pasado un año y no recuerda la fecha, no se merece nada.

—No seas tan radical, deberías hacer caso de tus propios consejos. ¿No me dijiste que hablara con Sergio?

—Pero es que es muy fácil verlo en los demás, en ti..., ya no tanto... — musitó compungida.

Al final no pude contenerme y estallé en carcajadas, recibiendo de ella un análisis completo de mi rostro con su gesto inquisitivo de la ceja enarcada. Escapé como pude para que no notara lo que Ewan y yo tramábamos.

Tras atender a un par de clientes, regresé con ella. Estaba mirando su teléfono con inusitada concentración.

—¿Algo del trabajo? —comenté viendo cómo fruncía el ceño.

—¿El qué? —exclamó intentando apartarlo de mi vista.

—Trae —le dije alargando un brazo, temiendo que estuviera maquinando por su cuenta alguna tontería que acabara estropeando la sorpresa del sábado.

—No —negó apartándolo e intentando manipularlo con una mano, mientras con la otra procuraba alejarme.

Pegué un salto y me incliné sobre la barra, arrebatándoselo de un manotazo. Lo cogí triunfante y le sonreí. Ella me miró completamente seria.

—Livia, no... —me pidió.

Y yo, haciendo caso omiso de su advertencia, examiné la pantalla, relajándome al instante al comprobar que estaba leyendo las noticias internacionales de un periódico inglés. Iba a devolvérselo cuando el vídeo que acompañaba la información se cargó de nuevo y comenzó a reproducirse. Oí una voz que me resultó familiar y di un par de pasos hacia atrás, tropezando con el mueble que sostenía la cafetera. Nunca lo había oído hablar en inglés, pero su tono, imperativo casi siempre, no cambiaba. Entorné los ojos y leí el pie de las imágenes: «*Mr. Duque and his wife speaking to the journalists*». Sergio caminaba cabizbajo, con una mano levantada evitando los focos de las cámaras, mientras Sandra, mostrando su mejor sonrisa, lo sujetaba del brazo, parándose y obligándolo a él a detenerse también. Lanzó un pequeño discurso sin soltar el brazo de Sergio, que intentaba escabullirse, mostrándose esquivo

con cada intercambio de miradas. Lo habían conseguido, el acuerdo se llevaría a cabo e Iván regresaba a España. Y ellos seguían casados, no podía tener frente a mí una prueba menos refutable. Una última mirada a la imagen, que se quedó estática, me confirmó que hasta se había afeitado, y recordé con amargor su frase: «No me afeito porque no tengo a nadie a quien besar».

Salí de la página y, tragando saliva, le devolví el teléfono a Marta, que permanecía en un silencio tenso al otro lado de la barra.

—Quizá no es lo que parece —balbució ella.

—Se ha afeitado —musité.

—Es lo lógico, ¿no? —inquirió desconcertada.

—Sí, ahora ya es lógico.

—Livia —insistió—. Estas cosas siempre están sacadas de contexto.

—¡Ah!, ¿sí? —ironicé yo.

—Puede que tengan que dar una imagen de unidad frente a los periodistas.

—Ahí está el problema, Marta, ellos no tienen por qué mostrar ninguna imagen de nada, no tienen que demostrar nada, en realidad. ¿Qué importa para el caso que estén casados o divorciados? Joder —mascullé—. Me siento idiota.

—Deberías hablar con él. Pedirle que te lo aclare —remarcó.

—Lo que debería hacer es dejar de perder el tiempo con algo que no me llevará a ningún lugar —murmuré sosteniendo su mirada con dureza—. Lo creí, Marta, lo creí cuando me dijo que me amaba, que yo era a la única que amaba. Y no es cierto. Prefiero ser yo la que lo deje a tener que volver a enfrentarme a una discusión con él. Ya no lo soporto más. Acabo de salir de unos meses terribles para mí en los que lo único que tuvo sentido fue él, y me he dado cuenta de que también con él viví una mentira.

—¿Qué vas a hacer?

—Decirle la verdad —declaré cogiendo mi propio teléfono.

Teclé un escueto mensaje y bloqueé su contacto.

—¿Y qué verdad es ésa, si se me permite preguntar?

—Le he dicho que he vuelto con Asier.

—Eso, así, sin paños calientes. No eres mucho mejor que su ex o lo que sea.

—No, he sido franca. Él me dijo que sabía que seguía sintiendo algo por Asier, bueno, se lo he dejado claro. Por supuesto, no iba a decirle el daño que me ha hecho verlo con Sandra de nuevo. No me gustan los juegos, ni los mentirosos. Podrá presumir de honesto, pero hasta ahora no lo ha demostrado —expresé intentando crearme mis propias afirmaciones.

—Sólo le veo una pega a esta historia.

—¿Cuál?

—Te falta el otro, dígame Asier, que debe de estar surfeando tan tranquilo en la costa.

—Únicamente tengo que llamarlo y vendrá aquí.

—Estás jugando con fuego y acabarás quemándote.

—Estoy haciendo lo que debería haber hecho hace semanas.

—Estás mintiendo, mintiéndole a él y mintiéndote a ti.

Nos quedamos un instante retándonos con la mirada, sin querer seguir discutiendo, pero sin saber tampoco cómo poner fin a la discusión, hasta que un hombre me despistó. Miré al exterior y Marta se volvió como un resorte. El hombre se detuvo frente a la cafetería, miró dentro y después retrocedió dos pasos para comprobar el nombre. Finalmente traspasó las puertas acristaladas.

Marta suspiró y se apartó a un lado.

—Y ahí lo tienes. Desde luego creo que tienes poderes extrasensoriales. Hala, así podrás convertir tu mentira en una verdad a medias —musitó con disgusto.

—¿Livia? —preguntó Asier con una sonrisa tímida mientras se acercaba a la barra.

—¿Cómo estás, Asier? —pregunté a mi vez sin mostrar sorpresa, porque ya era incapaz de sentir nada más que la profunda decepción de Sergio.

—Pues bien. No sabía cómo ibas a recibirme o si te encontraría aquí, o

aquí con Sergio, que habría sido mucho peor. Si soy sincero, estoy temblando, ¿se me nota mucho? Y tú estás preciosa, como siempre. ¿Molesto? Quiero decir que, si estás trabajando y tengo que esperar, esperaré el tiempo que sea necesario —barbotó de forma algo inconexa.

—¿Por qué has venido?

—¿No es evidente? Estaba volviéndome loco. No coges el teléfono, he sabido que estabas en Madrid y que luego habías vuelto. Ah, enhorabuena por aprobar, ya vi las listas. Tenía que intentarlo una vez más, Livia. Decirte que sin ti no puedo vivir, que estoy convencido de que nuestro futuro será memorable. Siempre nos hemos amado, por mucho que hubiera gente que interfiriera. ¿Me estoy poniendo en evidencia? —masculló mirando alrededor, sabiendo que había varias personas con los ojos puestos en su persona—. Silénciame, por favor —suplicó con una sonrisa trémula.

Lo miré a esos ojos castaños tan familiares, y él se mostró avergonzado, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón vaquero oscuro. Lo quería, no podía negarlo, tenerlo frente a mí era un grato consuelo para mi maltrecho corazón. Me acerqué y le cogí el rostro, acariciándole las mejillas, ásperas aun estando afeitadas. Cerrando los ojos a los recuerdos de otro rostro.

—Bésame, ¿quieres? —musité con la voz enronquecida.

Él me miró sorprendido y algo dubitativo. Sin embargo, se recuperó con la rapidez que lo caracterizaba y, a continuación, sacó decidido las manos de los bolsillos del pantalón para tirar de mí. Sonreí, acabando por salir de detrás de la barra y, sin darme tiempo a girarme, me sujetó por la cintura y me acercó a él. Se inclinó despacio y posó sus labios sobre los míos con ternura, para abrirse camino tanteando con la lengua. Le sujeté la nuca y apreté fuerte los párpados, reprimiendo las lágrimas, respondiendo a su beso.

Unas palmadas lentas, duras y secas a nuestra izquierda nos interrumpieron, separándonos con brusquedad. Marta, sin dar crédito a lo que veía, nos aplaudía con hastío, enfadada, aunque Asier no lo percibió y le sonrió gratamente.

—¿Te queda mucho para terminar el turno? —me preguntó.

Eché un vistazo al reloj y negué.

—Espérame, no me cuesta nada cambiarme —le dije alejándome hasta el fondo de la cafetería, donde traspasé la puerta del personal. Marta me siguió y se apoyó en ella en cuanto se cerró. Tenía los brazos cruzados y una expresión osada.

—¿Qué coño estás haciendo, Livia?

—No empieces —le contesté mientras me quitaba el delantal y lo doblaba para guardarlo en la taquilla.

—¿No me has acusado antes a mí de ser un poco drástica con Ewan?

—Ambas situaciones no tienen nada que ver —repliqué cogiendo mi abrigo.

—Esto va a acabar mal, y lo sabes.

—¿Por qué? —la encaré ya abriendo la puerta.

—Porque una sola persona no puede sustentar el amor por dos. Y tú estás claramente enamorada de otra.

—Te equivocas, conseguiré que esto funcione.

—Te volverás a romper en pedazos, Livia y, lo que es peor, lo romperás a él.

—No, si puedo evitarlo; sólo tengo que recordar cómo amarlo.

—Pero ¿te estás oyendo? Es una maldita locura.

—Asier ha sido lo más real de mi vida siempre, yo lo aparté de mi lado. Y ahora estoy intentando recuperar la felicidad con él. ¿Podrías ser algo más compasiva?

—Tú no necesitas compasión, necesitas que te digan lo mal que lo estás haciendo a la cara.

—Has cumplido tu misión perfectamente —mascullé caminando hacia Asier sin mirar atrás.

—¿Habéis hablado de mí? —me preguntó abriéndome la puerta acristalada para que saliera.

—No, del tiempo —contesté resoplando, todavía enfadada con Marta.

—Tampoco hay mucho que decir, llueve —afirmó Asier sonriéndome, dándome su apoyo con esa simple frase.

—¿Te alojas aquí cerca?

—A un par de calles, cerca del North Bridge.

—¿Vamos para allí?

—¿No quieres que vayamos a algún sitio tranquilo para hablar?

—Creo que no hay nada que discutir —murmuré mirándolo a los ojos, y él sonrió de forma sesgada, cogiendo mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

Comenzamos a caminar en silencio y yo bajé la cabeza hasta nuestras manos unidas, recordando en un fugaz y doloroso pensamiento que Sergio jamás lo había hecho; se limitaba a pasar el brazo por mis hombros y yo a recostarme sobre él. Ambos eran muy diferentes, tanto en el carácter, más sobrio Asier, como en la forma de encarar un problema. Sergio no atacaba de frente, solía planear, pensar y después asegurarse la victoria. Asier era franco y decidido, testarudo, y era considerablemente difícil hacerlo cambiar de opinión cuando decidía algo, aunque todos supiéramos que se equivocaba.

—Entremos, nos estamos empapando —fueron las primeras palabras de Asier en la escalera del hotel.

—Claro —musité todavía perdida en mis pensamientos.

Subimos en un pequeño ascensor hasta la tercera planta y localizamos su habitación en un par de minutos, aun cuando los pasillos tendían a convertirse en un laberinto.

—No es mucho, pero parece cómoda —explicó dándome paso.

Examiné el diminuto habitáculo y sonreí. Apenas había espacio, puesto que casi todo lo ocupaba la inmensa cama encastrada en un mueble que se utilizaba también para guardar la ropa. Frente a ella, colgado de la pared, el televisor. A un lado, un pequeño aseo. Di tres pasos y miré hacia la calle, que bordeaba

Princess Park, ya cubierto por la densa niebla sin posibilidad de ver la belleza del paisaje. Me volví y me acerqué a él, abrazándolo.

—Siempre supe que vendrías.

—¿Tan transparente soy? —inquirió apartándome para observarme con detenimiento.

—No, pero eres legal, tienes honor y vas a por todas. Ésta era tu última carta, ¿me equivoco?

—No. Por eso sólo he reservado para esta noche.

—La primera noche del resto de nuestras vidas.

—¿Estás segura, Livia? Nunca te he hablado de cómo me sentí cuando me dejaste hace seis años, y no lo haré ahora. Pero sí te diré que no sé si sería capaz de superarlo otra vez.

—Prométeme un futuro, solamente eso —pedí hundiendo el rostro en su pecho por temor a que viera mis ojos arrasados en lágrimas.

—Prometido. —Su voz ronca prometía muchas más cosas. Apartó las manos de mi espalda y me cogió el rostro entre ellas—. Eres tan increíble, Livia. Y yo soy tan feliz en este instante...

No lo dejé hablar. Me quité el abrigo y la bufanda y los tiré sobre una silla apostada junto a la puerta, y él hizo lo mismo con su chaquetón de plumas. Me empujé y besé sus labios, sacándole la camisa y el jersey de la cintura del pantalón, acariciando su tersa piel. Asier se detuvo sólo para quitárselos y yo aproveché para desabotonar mi blusa. Él se inclinó para besarme de nuevo y con dedos hábiles soltó el cierre del sujetador, liberando mis pechos. Gimió levemente al circundar uno con la mano, pegando un suave tirón al pezón erguido. Sus manos bajaron con lentitud con el fin de desabrocharme el botón del vaquero, dejando el suficiente espacio como para internarse bajo la dura tela y acariciar mis nalgas. Jadeé y él dio un fuerte tirón para bajarme los pantalones, me sujetó y me dejó en la cama. Con rapidez, se deshizo del resto de su ropa y de la mía. Miró mi desnudez de pie, acariciándose de forma perezosa el pene. Sentí que la excitación me corroía por dentro, en un reflejo

de mi pasado. Alargué la mano para tenderlo sobre mí y él ahuecó la suya para posarla sobre mi pubis, trazando círculos sobre el centro de mi placer. Me arqueé deseando más, sin tener que decírselo con palabras. Suspiré mordiéndome el labio y supe que él me estaba mirando.

—Voy a llegar ya —lo avisé.

—No importa, sólo será la primera vez de la noche —aseguró.

Proferí un jadeo que contrajo mis músculos alrededor de sus dedos y lo sujeté de la nuca para besarlo con furia, intentando por todos los medios alejar a Sergio de mi mente. Asier se dejó caer a un lado y me giró para que quedara de espaldas a él. Solía ser su postura favorita, no lo había olvidado. Lo oí ponerse el preservativo y me levantó una pierna, acariciándome otra vez, notando mi languidez y mi posterior subida de temperatura. Sin previo aviso, me penetró moviéndose al mismo ritmo su cuerpo que sus dedos. El chasquido de la piel contra piel me excitó hasta tal punto que, en pocos minutos, lo sujeté del antebrazo y lancé un quedo gemido de rendición. Él se vació en mi interior como si mi voz lo hubiese desencadenado, quedándose apoyado en mi hombro, respirando agitadamente.

Cerré los ojos y me convencí de que el cuerpo que me había poseído tenía las mismas formas que las de Sergio, la misma complexión atlética, la misma suavidad, el mismo pelo rubio que desaparecía ya entre mis pensamientos confusos. Marta tenía razón, nunca era buena idea compartir cama con dos personas sin estar una presente.

—Te amo, Livia —susurró en mi oído.

No le contesté. «Son sólo dos palabras, joder», pensé para mí, pero fui incapaz de vocalizarlas.

Capítulo 21

Help me out of this hell, your love lifts me up like helium *

—¿Me pones un café rotundo?

Me volví hacia la voz de Alicia, que sonrió cuando se encontró con mi mirada.

—«¿Rotundo?»

—Sí, ya sabes, no la aguachirle esa tan típico de por aquí.

—De acuerdo, marchando un café rotundo.

—¿Cómo estás? —preguntó cuando se lo serví con gesto preocupado.

—¿Debería estar mal? —repliqué a la defensiva, adivinando que Marta debía de haberle contado que había retomado mi relación con Asier.

—No, claro que no. Es que... Nada, déjalo, quizá me estoy metiendo en algo que no me incumbe.

—Deje profesional —dije sabiendo que era periodista y trabajaba en un diario de edición digital a un par de manzanas de la cafetería.

—No, más bien, herencia materna española. —Suspiró y yo reí ante su gesto frustrado.

—Estoy bien, Alicia. Asier y yo nos conocemos desde hace muchos años. Lo que tuve con Sergio fue sólo pasajero, algo imposible.

—Los imposibles suceden, ¿sabes?

—Quizá a algunas personas, a mí, decididamente, no.

—Te aseguro que entre Alasdair y yo había más impedimentos de los que quiero recordar, incluso un matrimonio, como ya sabes. Sin embargo, el corazón tiene sus propias leyes.

—Alicia, no...

—Permíteme darte un consejo. Aunque no te conozco demasiado, veo que en cierto modo ambas necesitamos que alguien nos empuje hacia la verdad.

—Dime —mascullé algo molesta, pese a que percibí que su intención era solamente ayudarme.

—No te alejes de lo imposible y te quedas con lo seguro, no te hará feliz. Por lo que me ha comentado Marta y por lo que te conozco de estas semanas, eres una mujer que no se conforma con lo primero que entra por la puerta.

—Resulta, Alicia, que lo *único* que entró por la puerta fue Asier —dije dejando zanjado el tema.

Me alejé sin darle tiempo a replicar para atender a otros clientes y ella se acabó su café y se despidió agitando la mano con gesto algo triste. Me froté la frente, ante un incipiente dolor de cabeza. ¿Por qué todo el mundo estaba empeñado en que me estaba equivocando? ¿No veían que era mi única salida? Al pensar eso sentí una punzada de dolor en el alma. Tenía que convertir mi única salida en mi futuro, pese a que doliera el recuerdo del hombre que más había creído amar.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres irte a casa? —inquirió Ewan, al que no había visto salir del despacho.

—Si no te importa. Tengo que hacer la maleta, pasado mañana a primera hora regreso a España para pasar las vacaciones navideñas.

—Claro que no. ¡Feliz Navidad!, por cierto —dijo esbozando una sonrisa amable.

—Igualmente —musité con cansancio.

Pese a que tenía la intención de que aquellos días de asueto fueran en la medida de lo posible tan felices como la época auspiciaba, en el trayecto de avión no dejé de darle vueltas a lo mismo una y otra vez. ¿Era un error? No había visto a Asier desde la mañana de noviembre en que lo acompañé al aeropuerto y me despedí de él con un beso profundo. Lo que no tenía muy claro era de si había sido de profundo arrepentimiento o de profundo amor. Él

lo percibió como lo segundo, así que comprobé que como actriz debía de ser fabulosa.

Aquellas cinco semanas en las que habíamos estado separados habían sido un continuo desesperar mental. Hablaba con Asier a menudo, aunque eran conversaciones impersonales o, más bien, yo las conducía siempre al terreno menos personal. De Sergio no había vuelto a saber nada, y siempre me quedó la esperanza de que, extrañado por mi mensaje, viniera a verme. De hecho, creo que hice esa estupidez para ponerlo contra la espada y la pared y obligarlo a mover ficha, como tantas veces había hecho él conmigo. Y con el paso de los días me afiancé en la idea de que al final no me había equivocado, de que lo que había visto entre él y Sandra tenía fundamento, lógica. Y que, quizá, le había allanado el camino y así no tenía que terminar conmigo, cuando ni siquiera sabíamos si estábamos juntos. Había ansiado tantas veces verlo aparecer a través del cristal de la cafetería que Ewan me amonestaba sin severidad, recordándome que estaba allí para trabajar, no para vigilar.

Marta vino a despedirse a última hora de la noche anterior a mi partida, luciendo ya un solitario de diamante en la mano izquierda. Fue la puntilla a la conversación con su futura cuñada, Alicia, el día anterior.

—No pareces muy feliz —masculló—. Y mañana vuelves a verlo. Me pregunto si será por eso.

La observé entornando los ojos y suspiré. Había momentos en los que no me sostenía a mí misma, como si el agotamiento me venciera hasta el punto de tumbarme en el suelo, moral y físicamente hablando.

—No seas cruel —le pedí.

—Te dije que te arrepentirías.

—No me arrepiento, es sólo que me está costando un poco cogerle el ritmo a la relación.

—¿Todavía no sabes que cada relación tiene su propio ritmo?

—Sí, pero Asier y yo ya vivimos la nuestra hace seis años, ahora tenemos que actualizarla.

—Estás hablando con tanta pasión como el informático de mi empresa cuando viene a renovar algún programa. Vamos, que envidia no es que me des.

—Sabes que quiero a Asier. ¿Cómo no voy a quererlo? ¿Tú lo has visto bien?

—Sí, no me cabe duda de que las mujeres se vuelven al verlo pasar y todo eso, pero resulta que bebes los vientos por uno al que también le pasa lo mismo. Tú no eres así de frívola, Livia. Si no tiene nada dentro, lo descartas. ¿Cómo fue aquello que me contaste del jugador de fútbol?

La miré extrañada un segundo, hasta que recordé.

—Sí, ya..., que a los catorce me encapriché de un compañero que jugaba al fútbol y me dio por ir a todos los entrenamientos hasta que conseguí que quedara conmigo.

—Y te llevó a ver una final de Champions, muy listo el chaval. Y a ti te importaba una mierda quién jugara y no sabes ni lo que es un saque de puerta, ni un delantero centro, ni un... nada. Y cuando te acompañó a casa y os morreasteis bien y él te preguntó si ibas a ir a verlo jugar el sábado, ¿qué le contestaste?

—Que no quería seguir aburriéndome con él.

—Exacto, Livia. Podía ser muy guapo, musculoso o lo que quieras, pero tenía la cabeza tan llena de aire como el balón con el que juegan. A ti no se te enamora por el tamaño de los pectorales..., por no hablar de otros tamaños. — Me guiñó un ojo—. Se te enamora por la mente: si no entra ahí, el tío está fuera. Y manda narices que te lo tenga que estar diciendo yo...

—Pero Asier es...

—Asier era perfecto para tus veinte años, ¿crees que sigue siendo perfecto para tus treinta o tú buscas otra cosa?

—Busco estabilidad, un futuro. Ya está, con eso me conformo.

—Bueno, eso con Asier lo tienes. Me imagino que buen sexo también, así que no entiendo esa cara.

Le había dado la vuelta a la conversación con la habilidad que la

caracterizaba y bufé para alejarme a atender a otro cliente mientras ella se quedaba sonriendo satisfecha.

Me froté la frente apoyándome en el borde de la ventanilla del avión, huyendo de los pensamientos y las conversaciones de días anteriores, intentando alejarme de aquella sensación premonitoria que me avisaba de que, por mucho que yo lo intentara, lo único que estaba haciendo era justificarme. Y, si necesitas justificación, no vas por buen camino. Confusa y algo cansada, cerré los ojos hasta que el avión aterrizó en Bilbao.

Asier debía venir a buscarme, ya que así pasaríamos la Nochebuena en Madrid. Le sonreí por inercia nada más verlo, seguía siendo uno de los hombres más atractivos que conocía. Me abrazó y me besó sin importarle que estuviéramos en medio de un concurrido grupo de pasajeros que nos esquivaron como pudieron.

—Vamos —dijo tirando de mí—, tengo el coche en el aparcamiento.

Recorrimos la pasarela acristalada de la mano, mirándonos de forma esquiva, con sonrisas fugitivas. Aun así, no conseguía quitarme el peso en el corazón y eso me martirizaba.

Cuando enfilábamos la salida para coger la autopista, la nostalgia me acometió a oleadas, dejándome paralizada. Intenté coger aire y expulsar mis sentimientos de la única forma en que sabía.

—¿Podemos desviarnos a Suances?

—Nos retrasará un par de horas. ¿Necesitas algo?

—Hablar con el mar —musité, y él lo entendió sin necesidad de explicación alguna.

Aparcó muy cerca del paseo marítimo y me bajé aspirando con fruición el aire marino, encasquetándome bien el gorro de lana adornado con un pompón. Sin palabras, me alejé para adentrarme en la arena húmeda y consistente de la playa de La Concha. Soplaban viento del norte, y la niebla, pesada y densa, se posaba como una manta sobre la superficie encrespada del Cantábrico. Me

detuve en la orilla y acabé sentándome, sin sentir el frío, porque el frío lo llevaba dentro de mí y no conseguía sacármelo.

Con la mirada fija en el mar, recordé el instante preciso en el que me enamoré de Asier. Fue en el verano en el que cumplí quince años. Cuerpo de mujer y mente de niña. Había llegado corriendo para apuntarme a los cursos y recuperar mi tabla, guardada en depósito en un pequeño cuarto que emergía a un patio interior trasero de la escuela de surf. Al principio no lo vi, enfrascada como estaba en comprobar si la tabla había sufrido algún daño en aquellos meses de espera, pero una risa femenina acompañada de una expresión obscena de su voz ronca hizo que me asomara por el pequeño ventanuco. Limpié el polvo del cristal y percibí a una joven apoyada en la pared del patio, llevaba un minúsculo bikini amarillo y su piel morena acentuaba el color fosforito. Asier estaba delante de ella, sujetándole una mano por encima de la cabeza. Con la otra le deslizó el tirante hasta descubrir un pequeño pecho. Lo chupó hasta que la joven dejó caer la cabeza hacia atrás y profirió un rotundo gemido. Él se asustó y, entre risas, le tapó la boca.

—Nos van a pillar —masculló, y yo me encogí en mi escondrijo.

—Que nos pillen, me da igual. No quiero que esto lo hagamos a espaldas de los demás, llevamos varios meses enrollándonos.

—No me despistes —replicó él sin afirmar o desmentir nada, bajando la mano hasta la entrepierna de la joven para apartar la ligera tela y acariciarla con los dedos.

Recuerdo haberme estremecido yo también, sin poder apartar los ojos abiertos como platos, espiándolos. Tras varios minutos de jadeos y contoneos, se detuvieron cuando Asier inclinó la cabeza y dejó escapar un pequeño gruñido. Mi corazón se saltó un latido y fue el momento en el que decidí que él tenía que ser mío, que ese sonido tan particular, que brotaba desde las entrañas de su cuerpo, debía pertenecerme a mí. A nadie más.

Sin embargo, por más que me esforcé ese año, él sólo me vio como la adolescente problemática y enfurruñada en la que me había convertido.

Discutíamos a menudo, y pasamos varios días sin dirigirnos la palabra excepto para escuchar sus indicaciones, que yo solía ignorar, enfadándolo aún más. Aquel invierno fue un verdadero infierno, sólo pensaba en volver a verlo, en que llegara junio lo antes posible. Y, aunque no sucedió nada, sí sucedió, porque empezó a mirarme de otra forma y yo supe que únicamente tenía que esperar un tiempo prudencial para decirle lo que sentía. Ni siquiera hizo falta, el amor nos pudo, como solía denominarlo Rebeca, testigo de nuestros encuentros. ¿Por qué lo abandoné? ¿Por qué ahora no era capaz de sentir lo mismo, aquel impulso irrefrenable por estar siempre con él? ¿Qué estaba fallando? ¿Tenía que darme más tiempo? Asier era mi futuro y no conseguía alcanzarlo.

—¿Cómo estás? —me preguntó sentándose a mi lado. Sonrió como si supiera lo que sucedía en mi mente y yo sentí ganas de llorar.

—Bien, estoy hablando con el mar —musité.

Desde niña mi vida había sido el mar, en él encontraba la solución a todos mis problemas. Sólo tenía que escuchar lo que me susurraba. Aquella mañana estaba extrañamente silencioso y no lo entendía.

—Durante años me volviste loco —comentó él—. Eras la renacuaja más capacitada y más terca que había tenido como alumna. Me lo cuestionabas todo y te arriesgabas de forma innecesaria. Sin tener experiencia, te comías las olas, algo que yo, que llevo montado en una tabla desde nací, nunca logré comprender. Un día te grité tanto que me pegaste una patada en la espinilla. No debías de tener más de once o doce años. Me dijiste que no era buen profesor, que tú lo único que necesitabas era seguir las instrucciones del mar, que él te guiaba y te decía cómo hacerlo.

—Tenía quince años y te pegué una patada porque te vi teniendo sexo con una chica en el patio trasero del club. Siempre has sido un buen profesor, era yo la alumna díscola —le confesé con una sonrisa triste.

—¿Me viste? —exclamó sorprendido.

—Todo. Y en ese momento decidí que yo quería tener lo mismo.

—Tú tuviste mucho más.

—Pero tuve que esperar, y la paciencia no es una de mis virtudes. Así que ese año en especial estuve insufrible.

—¿Crees que no me di cuenta de todo eso? Pero no podía hacer nada, era mucho mayor que tú. Yo también tuve que esperar —afirmó sin perder la sonrisa—. Por cierto, toma —añadió entregándome una pulsera con un cordón rojo enlazando una pequeña caracola.

—Creí que la había perdido en Fuerteventura —musité cogiéndola.

—Se te cayó en la arena cuando te quitaste la parte de arriba del traje de neopreno. La recogí y la guardé con intención de dártela después de que te calmaras, aunque no pude encontrarte.

—¿La has tenido estos seis años?

—Sí. Y también el anillo de compromiso. Ya te dije que siempre supe que tenías que ser tú, no había cabida para nadie más.

—Asier, he aprobado el examen, aunque no tengo plaza, sí he quedado muy bien en lista. Es posible que me llamen para trabajar en los próximos meses. ¿Vendrías conmigo a Madrid?

Al decirlo me di cuenta de que aquello era lo que más me carcomía, que, pese a que nos quisiéramos, quizá no deseábamos exactamente lo mismo. Él suspiró y se pasó la mano por el pelo corto, revolviéndoselo.

—¿Y si lo pensamos cuando suceda? —sugirió.

—Sí, claro, ya lo pensaremos —musité, y sentí miedo, porque el Asier que yo creía conocer habría dicho que lo dejaría todo por estar conmigo.

Seis años sí eran mucho tiempo, tanto como para habernos convertido en dos personas diferentes.

La lluvia golpeaba de forma metódica el parabrisas y repiqueteaba formando pompas en la chapa del Mercedes deportivo de Asier. Él tarareaba una canción mientras seguía el ritmo con los dedos sobre el volante de cuero negro. Suspiré y comprobé mi teléfono móvil para distraerme, revisando lo

que tenía almacenado hasta que di con una captura de pantalla de un texto de Harold Shelby enviado por Sergio: «Su insondable mirada reflejaba los destellos de las primeras nieves de aquel invierno. Escondía los secretos de un universo que le pertenecía únicamente a ella. Nadie en su sano juicio osaría perder la cordura por internarse en las incógnitas que guardaba. Nadie, excepto yo, que estaba dispuesto a perder mi vida por adentrarme en aquellos ojos ocultos bajo la máscara de la impasibilidad, frágil esqueleto que ya mostraba las grietas del fuego que ardía dentro...».

Reprimí un sollozo y observé a Asier, concentrado en el tráfico. Y ahí lo encontré, un tímido rescoldo que comenzó a brotar como los primeros brotes de primavera en mi interior. La esperanza lograda a través de la seguridad que me transmitía. Lo inmutable en el tiempo, un puerto en el que refugiarme y por fin asentar mi vida. Y decidí en ese momento que él valía más que un trabajo temporal. Que yo era suficientemente fuerte como para olvidar de forma definitiva a Sergio, arrinconarlo en mi pecho y soterrarlo en mi memoria, aunque eso dividiera mi corazón. Le sonreí sin que él se percatara de ello y suspiré de nuevo, bastante más aliviada, aunque también tuve que reconocer que dolía como si me hubieran apuñalado. Un dolor que remitiría con los días, los meses y los años, quedándose sólo un rescoldo de aquello que podría haber sido, pero nunca fue. Con terquedad, afiancé mi decisión. Asier se lo merecía.

—¿Por qué fuiste su cómplice? —le pregunté de pronto.

—¿Te refieres a tu padre y a Rebeca?

—Sí.

—Porque creí que lo entenderías, que incluso comprenderías todo lo que sufrieron por su amor, al igual que nosotros. Ahora veo que fui un idiota, que tú no lo percibiste como yo, sino como la hija abandonada por su padre y su mejor amiga.

—Me ha costado mucho entenderlo, Asier, pero entonces fue un golpe que desestabilizó toda mi vida y acabé culpándote a ti también, cuando tú no tenías

culpa alguna, excepto quizá anteponer el surf a nuestra relación.

—Jamás haría eso, ¿por qué lo crees? ¿Alguna vez yo...? —inquirió extrañado dirigiéndome una furtiva mirada.

—No, en realidad nunca lo hiciste, excepto en Fuerteventura.

—Te jugabas el campeonato de España.

—No me importaba perderlo, si tú, joder, si tú hubieras sido más... —Se me quebró la voz y me llevé la mano a la frente deseando olvidar—. De todas formas, lo siento —murmuré finalmente.

—¿Te estás disculpando? —Su gesto de incredulidad fue palpable, y yo intenté sonreírle—. No hace falta, jamás creí que mereciera tu perdón, pero estos años separados sí que creo que han sido un justo castigo o, más bien, un castigo excesivo. ¿Por qué me hablas ahora de tu padre y de Rebeca?

—Porque no quiero que haya rencores ni mentiras entre nosotros. Quiero que volvamos a ser aquellos que fuimos.

Sonrió con amabilidad, aunque no contestó, lo que me provocó con una desazón incómoda en el estómago. Como fui incapaz de dejar esa conversación inacabada, insistí:

—Tú también quieres eso, ¿verdad?

—Te quiero a ti, Livia —respondió con rapidez.

—Ya, pero...

Carraspeó y se mantuvo unos segundos en silencio. Yo miré el exterior por la ventanilla, sin conseguir que desapareciera el malestar.

—¿Qué estabas mirando en el teléfono? Parecía gustarte mucho —comentó para distender el ambiente.

—Era un texto de Harold Shelby. ¿Lo conoces?

—¿Debería?

—No, claro. Jamás te he visto con un libro en la mano si no era referente al surf.

—Es que, aparte de mi pasión, es mi trabajo.

—Sí, bueno... —Vacilé recordando el consejo de mi padre y cabeceé.

Estaba diciendo tonterías. Nadie puede comprender el amor por la literatura si no es un firme y devoto seguidor de las letras.

Excepto Sergio. Maldito Sergio, que no lograba hacerlo desaparecer.

—Bueno, ¿qué? —inquirió él.

—Nada, déjalo —musité olvidando tales pensamientos, centrándome en el presente que tenía frente a mí.

—¿Es una indirecta para que te regale un libro estas Navidades?

—¿Sabrías qué libro regalarme?

—Cualquiera que estuviera en los primeros puestos de las listas de ventas. Hice una mueca, aunque él no me vio.

—Sí, por supuesto —murmuré, y volvimos a quedarnos en silencio hasta llegar a Madrid, donde nos vimos inmersos en un atasco en la M-30.

—Va a ser imposible encontrar aparcamiento —masculló.

—Unos vecinos de mi madre se han ido fuera y nos prestan el garaje —le comenté tranquilizándolo—. ¿Qué te parece si comemos algo por ahí y vamos a comprar los últimos regalos?

—¿Qué te falta?

—El de mi madre, podríamos acercarnos al centro. En la Fnac de Callao seguro que encuentro algo, y tú puedes entretenerme en la planta de electrónica.

—¿Necesitas que te dé espacio? —preguntó enarcando las cejas.

—No, no es eso, es que cuando suelo entrar en una librería pierdo la noción del tiempo. Si ves que tardo mucho, ven a buscarme.

—Creo que ésa va a ser la tónica de nuestra vida juntos. El ir a buscarte...

—Mientras sepas dónde encontrarme no creo que haya problema —repliqué, causando, por fin, su risa.

Un par de horas después salíamos a la calle tras un corto trayecto en metro hasta la plaza de Callao, tan abarrotado e irrespirable que el golpe de frío exterior hizo que metiera parte del rostro bajo la bufanda. Asier me cogió la mano y me guio hacia la calle Preciados, por la que pudimos entrar en la Fnac,

dejándome en la planta correspondiente. Sé que me dijo algo, pero yo ya no lo escuchaba, atenta a no perderme nada de lo que veía a mi alrededor. Sí le hice un saludo con la mano y él sonrió con paciencia mientras se alejaba.

Me detuve frente a una montaña de libros y los ojeé, descartándolos para mi madre. Quería encontrar uno especial, algo que, para una persona que no leía por costumbre, la aficionara a ello. Me alejé hasta la zona de narrativa actual y pasé el dedo por los volúmenes en las estanterías buscando la «S». Los tenían todos, así que elegí el que más me había impactado a mí, *Para ti, mujer*, de Harold Shelby. Al volverme, con el trofeo en la mano, me quedé petrificada. Mis piernas flaquearon y me faltó el aire. Mi estómago dio un triple salto mortal y todo lo consiguió una simple mirada.

Durante unos instantes nos observamos en silencio, sin apartar la vista, quizá decidiendo si proseguir nuestros caminos separados o, por cortesía, acercarnos a saludar. Y, sinceramente, creí que él acabaría volviéndose, obviando que yo estaba apenas a dos metros de distancia, aunque se aproximó con lentitud. Me llevé el libro al pecho como defensa, ansiando que no notara mi nerviosismo y el furioso latir de mi corazón. Vestía un abrigo gris oscuro por encima de un traje del mismo color. La corbata granate asomaba en su cuello como si fuera un lanzallamas. Y lucía un afeitado perfecto, maldito fuera.

—Livia —murmuró extrañado, quizá dudando de que sus ojos le dijeran la verdad.

—Sergio —contesté.

—¿Has vuelto a Madrid?

—Sólo para pasar las Navidades. ¿Tu hermano...?

—Está aquí, en libertad bajo fianza, pero en casa al fin y al cabo. Lo viste, ¿verdad?

—¿El vídeo?

Asintió levemente.

—Sí —le corroboré.

—No era cierto, Livia, Sandra sabía que nos grababan y aprovechó la oportunidad.

—¿La oportunidad?

—La de joderme la vida.

—No fue eso, Sergio. Cuando la miras... —Me callé, llevándome la mano a la frente, dándome cuenta en ese momento de que todavía tenía el gorro de lana puesto.

Me lo quité alborotándome el pelo y él ladeó la cabeza escrutándome, como si continuara sin creerse que me había encontrado en medio de tanta gente y en una ciudad en la que no debía estar.

—Cuando la miro, ¿qué?

—Veo algo que tú y yo nunca hemos tenido —barboté incómoda.

—Quizá nunca has querido mirarme como yo te miraba. ¿Leíste lo que te envié de Harold Shelby? Trataba sobre eso exactamente —afirmó con seriedad.

—Lo hice, pero Sergio...

En ese momento nos interrumpió una joven morena que lo cogió del brazo. Sonreía feliz y le pegó un pequeño golpe en el pecho para que le hiciera caso. Entonces vio nuestras miradas entrelazadas y entornó los ojos con suspicacia.

—¿Es ella? —preguntó dirigiéndose a Sergio.

Él no le contestó.

—Ya veo que es ella —farfulló la joven frunciendo sus bonitos labios—. Me llamo África —se presentó.

Fui a responder, pero sentí una presencia a mi lado, una masa de músculos de casi un metro noventa tan contundente como un macizo montañoso que me pasó la mano por el hombro y me atrajo hacia sí, dándome un tierno, cariñoso y largo beso en la sien. Sergio bajó los párpados un instante como si sufriera un intenso dolor y después alzó la mirada desafiante.

—Hola, Asier —siseó.

La joven se tapó la boca con la mano y reprimió una maldición.

—Y él, ¿es él? —exclamó en un alarde de indiscreción.

—Sí —confirmó Sergio.

—¿Cómo estás? —comentó Asier en tono cordial.

—Todo lo bien que puedo estar —contestó Sergio sin dejar de observarnos con esos ojos del color de la miel, que parecían haberse endurecido con las semanas transcurridas—. ¿Y vosotros? Ya veo que era verdad lo que me dijiste. Debo de ser un perfecto gilipollas, porque no me creí una palabra.

—Nunca serás un gilipollas, Sergio —determinó África con adoración, recostándose en él. La miré con inquina y ella me devolvió el mismo gesto.

—Sí, es verdad. Tan verdad que nos casamos en junio, por fin he conseguido encadenarla a mí —soltó Asier de improviso.

Me volví con expresión de pasmo hacia él y disimulé con una pequeña tos.

—Os felicito —barbotó Sergio como si le costara pronunciar cada sílaba—. ¿Nos vamos, nena? —preguntó a África.

—Contigo, al fin del mundo —respondió ella riéndose.

Cuando se alejaron sentí que se abría una grieta en el suelo y con gusto habría saltado en ella. Ni siquiera tenía fuerzas para enfadarme con Asier.

—¿Es éste el regalo de tu madre? —inquirió señalando el libro. Asentí en silencio—. Bien, vamos a las cajas —me indicó sin mencionar el encuentro con Sergio.

No obstante, cuando estábamos haciendo cola, tuve tiempo de verlo merodear con África, su nueva conquista. ¿Tan poco tiempo le había costado reemplazarme? Ya no sabía si sentir dolor o alivio. Confusa, saqué mi tarjeta de crédito y pedí que me envolvieran el libro. Al salir lo vi encaminarse con rapidez hacia la derecha. Nosotros íbamos a la izquierda, sin embargo, me detuve en mitad de la calle con una muda súplica: «Que me mire, que se gire y me mire por última vez». Creo que tanto lo deseé que acabó cumpliéndose. Nuestras miradas chocaron entre decenas de ellas de un modo brutal, cortándome la respiración. De improviso solté la mano de Asier, que permanecía en silencio a mi lado, y corrí hacia él. Sergio hizo lo mismo,

esquivando la marea de gente entre empujones y disculpas. Jadeé cuando lo tuve frente a mí y alcé la vista hacia su rostro, donde posé mi mano reprimiendo las lágrimas.

—Sé feliz, Sergio. Te lo mereces —musité como si el mundo se hubiera paralizado a nuestro alrededor y sólo existiéramos nosotros.

Él cercó mi muñeca con los dedos e inclinó el rostro hacia la calidez de la palma de mi mano cerrando un instante los ojos. Frunció el ceño y apretó la mandíbula con fuerza. Después soltó mi muñeca, abrió los ojos para mirarme con inusitada dulzura y asintió con la cabeza.

Estábamos en paz. Ya no habría un «nosotros» nunca más.

Me giré de forma violenta sin saber si podría seguir soportando más el dolor que estrangulaba mi corazón hasta el extremo de ahogarme. Asier me recogió unos metros más adelante, emitiendo un suspiro triste que acompañó con una de sus sonrisas acostumbradas.

—¿Qué le has dicho, Livia? —preguntó con una pizca de temor en su tono de voz.

—Que sea feliz —murmuré con una terrible quemazón en la garganta, fruto de contener las lágrimas.

Caminamos unos minutos ensimismados, hasta que reuní el valor para encararlo.

—¿Por qué le has dicho tú que nos casábamos en junio? —exclamé tan desconcertada como cuando lo había oído de sus labios.

—Porque sigue loco por ti, si eso no lo hace reaccionar, no sé qué lo hará —replicó de forma resignada.

Me detuve cerca de la parada del metro y lo zarandé sujetándole la manga del chaquetón negro de plumas.

—Estoy contigo, Asier. No lo entiendo, ¿ahora quieres venderme a Sergio? No lo compro —aseguré.

—He estado ciego, Livia. —Se frotó los ojos como si estuviera limpiándoselos de arena y me miró con ternura—. ¿Serías capaz de jurar que

no lo amas? ¿Que no sólo estás conmigo para desquitarte de él?

—¿Acaso no ves que está con otra mujer? ¿Qué he sido yo en su vida? ¿El pasatiempo del verano mientras fingía ser otra persona? Te quiero a ti, Asier, no lo dudes, por favor. Me duele —dije quebrándoseme la voz.

Me miró una vez más, recordándose cuando yo era una niña y él un hombre con las ideas muy claras, como si llevara razón y yo se lo acabara de confirmar en ese momento.

—Está bien —cedió—. Será mejor que volvamos ya.

La cena, pese a mi ánimo alicaído, transcurrió sin sobresaltos. Mi madre, entusiasmada con su nueva profesión, no dejó que la conversación decayera ni un instante, contándonos anécdotas de su trabajo como aprendiz en una peluquería.

—Es increíble —mencionó—. Me siento útil por primera vez en mi vida, y además todos los tratamientos de belleza me salen gratis.

Hice una mueca, ya que las sesiones del terapeuta, los gastos de la casa y el curso al que se había apuntado para mejorar las aptitudes como peluquera los pagaba yo. Nunca había pensado que acabaría haciéndome cargo de mi madre a tan temprana edad, pero sí esperaba que acabara pronto, ya que apenas me llegaba para pagar mi estancia en Edimburgo y ahorrar unas míseras libras a fin de mes.

—¿Cómo conseguiste el puesto? —le preguntó Asier interesado.

—Me lo ofreció Sergio, el abogado. Por lo visto, la dueña es una de sus clientas —replicó mi madre sin notar la corriente de aire frío que atravesó el salón de lado a lado.

Por fortuna, estaba tan emocionada que continuó hablando:

—Y he conocido a alguien —dijo con una risita, y yo enarqué ambas cejas y miré a Asier, que sonrió con picardía—. Un viudo un poco mayor que yo, que tiene dos hijos adultos. Se siente solo, yo también. Y es muy poco

complicado, es decir, compartimos los mismos gustos, paseamos, vamos al cine de vez en cuando y quedamos para tomar chocolate con churros.

Se mostró tan avergonzada que Asier y yo estallamos en carcajadas. Me levanté, viendo cómo ella se tapaba la cara con una servilleta, y le di un beso en la mejilla.

—Me alegro mucho por ti, mamá. Espero que te salga bien.

—Sí, yo también lo espero, porque es muy sencillo imaginarme compartiendo la vida con él, sin tener que sufrir los dislates mentales y literarios de tu padre, de los que no entendía nada. Y los tuyos, por otro lado...

—Mamá, que yo ni siquiera vivo contigo —la amonesté con cariño.

—Y creo que ya no lo vas a hacer más, ¿me equivoco? —exclamó examinándonos con el ojo crítico que sólo una madre posee.

Asier y yo intercambiamos una mirada cómplice.

—Es posible —musité, y él me apretó la mano con fuerza por debajo de la mesa.

Casi a medianoche, después de recoger y brindar con cava, nos deseamos buenas noches y nos dirigimos a mi habitación. Mi madre nos había ofrecido la suya, pero me veía incapaz de utilizar el lecho que había pertenecido a mis padres y, además, Asier y yo habíamos dormido en una cama pequeña en muchas ocasiones.

—Creo que has crecido —protesté cuando nos acostamos juntos, intentando acomodarme a su espalda.

—Es posible que haya ensanchado, crecido no sé... —murmuró empujando el único apéndice que sí se había agrandado.

—Romperemos la cama —contesté riéndome.

—No, si tenemos cuidado —afirmó cogiéndome de la cintura para voltearme.

Nos besamos en silencio, largamente, disfrutando del único contacto de nuestros cuerpos con poca ropa, la cual desapareció con rapidez, quedándose enredada entre las sábanas. Me situé sobre él y lo guie a mi interior, mirando

su rostro iluminado en la penumbra de la estancia. Cerró los ojos y cercó mi cintura hasta que los dos alcanzamos un ritmo frenético. Sin poder resistirlo más, gemí de forma entrecortada y me dejé caer sobre él, a la vez que oía ese ruido mezcla de gruñido y quejido que brotaba de sus labios. Todavía dentro de mí, me abrazó y acarició mi pelo, enterrando la nariz en él.

—Te amo tanto, Livia —musitó con la voz enronquecida por el esfuerzo, sin querer separarse de mí.

—Yo también —logré decir, pero una imagen fugaz de unos ojos color dorado me abrasaron el pecho.

Era noche cerrada cuando desperté sobresaltada sin saber dónde me encontraba. La sensación de desubicación fue tan intensa que encendí la luz de la mesilla con el corazón golpeando con fuerza en un rescoldo de la pesadilla que había sufrido. Descubrí que estaba destapada y posiblemente ésa había sido la razón, aunque miré desconcertada la estancia, sin dar con Asier. Lo oí en el baño y esperé sentada, poniéndome una camiseta suya para entrar en calor, a que regresara.

—¿Te he despertado? —inquirió en voz baja entrando unos minutos después.

Se había vestido y llevaba el chaquetón de plumas en la mano, que depositó sobre la maleta cerrada.

—¿Adónde vas? —pregunté más sorprendida que asustada—. No ha amanecido, habíamos acordado que desayunaríamos con mi padre y Rebeca y después iríamos a Reinososa para comer con tu hermano.

—Livia —dijo acercándose para coger mis manos y levantarme—. Tú no vas a venir.

—¿Por qué? —exclamé quizá demasiado alto, ya que oí a mi madre removerse en la habitación de al lado.

—Es mejor así.

—¿Así, cómo?

—Lo nuestro nunca iba a funcionar, Livia.

—¿Estás dejándome cuando hace un par de horas acabas de acostarte conmigo? —estallé incrédula.

—Cielo —musitó, y ahí empecé a sentir miedo, porque Asier no utilizaba ningún apelativo cariñoso conmigo, sólo me llamaba por mi nombre—. He estado pensando y yo no podría vivir en Madrid y tú no puedes dejar escapar la oportunidad de trabajar en algo que te gusta y que te ha costado tanto conseguir.

—Podríamos compaginarlo. Tampoco es necesario estar todo el año en Suances —repliqué.

—Livia, Livia, no lo entiendes...

—No, no lo entiendo —rebatí con enfado.

—Ya no te quiero como antes. Creí que sería lo contrario, que retomaría la relación con fuerzas renovadas, pero me he dado cuenta de que estos seis años que nos han separado nos han convertido en dos personas completamente diferentes. Ya no encajamos.

—¿Que no me quieres? ¿Que no encajamos? —Lo miré aturdida y no pude contenerme—. ¡Mientes! Estás apartándote a un lado, dejándome el camino libre para que vuelva con Sergio sin remordimientos.

Él levantó una mano y la posó en mi mejilla, al igual que había hecho yo con Sergio horas antes. Sentí un pánico terrible y supe que se estaba despidiendo. No podía consentirlo, así que lo abracé con fuerza.

—No te rindas —le supliqué—. Sé que podemos conseguirlo.

—Livia, no lo hagas más difícil, por favor —pidió él a cambio, sin soltarme.

—No voy a dejar que te vayas, esta vez no —le prometí—. Ya no tengo veintidós años, sé lo que quiero, y eres tú.

Asier cogió mis muñecas y me separó de su cuerpo, quedándose un instante eterno mirándome, y pese a que no lo vi flaquear, sí noté la tensión de cada uno de sus músculos.

—Es mejor así —repitió con firmeza, y me dio un último beso en los labios, sin apenas apoyarlos.

Un beso repleto de adioses callados.

Me quedé de pie, mirándolo marchar, sin reaccionar, inmóvil como una estatua de sal, y todo dejó de tener sentido. ¿Ya no me amaba? ¿Había algo que fuera real en mi vida? Trastabillé hacia atrás y caí en la cama, donde me abracé a la almohada, que todavía guardaba su aroma, y lloré de rabia. No lo entendí por más vueltas que le di en aquella insomne noche y juré no rendirme como él sí había hecho. Con el transcurrir de las horas, mis sentimientos se fueron convirtiendo en decepción, humillación y una tremenda vulnerabilidad. Empecé a analizarlo desde la distancia, como si aquello no me estuviera sucediendo a mí, sino a alguien lejano del que no logras delimitar su silueta, manteniéndose borrosa e inalcanzable.

Apenas había amanecido cuando sonó el teléfono. Tanteé con la mano en la mesilla para cogerlo. Recobrando parte del ánimo, y sin reparar en el número que llamaba, creyendo que era Asier, grité en cuanto acepté la llamada.

—¡Esto no se va a quedar así! ¡Voy a ir a buscarte y lo hablaremos! ¿Entendido?

Sólo me respondió el silencio y, de repente, un sonido entrecortado, como si la línea sufriera interferencias. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era un sollozo contenido a duras penas.

—¿Asier? —inquirí poniéndome de pie, sintiendo que todo comenzaba a girar a mi alrededor.

—Soy Lucas.

Aquella voz no era la que yo recordaba, estaba apagada, le costó hasta pronunciar su propio nombre.

—¿Lucas? ¿Ya ha llegado Asier? ¿Y te lo ha contado? —pregunté con un destello de esperanza, negándome a aceptar la idea que iba creciendo en mi pecho como una gran bola de fuego que me consumía.

—Livia, escúchame, por favor —suplicó.

—Lo estoy haciendo —musité teniendo la absoluta certeza de que lo que iba a oír me iba a destrozar.

—Asier ha tenido un accidente de tráfico. —Se le quebró la voz y no pudo continuar.

—¿Está... está bien? —Al no obtener respuesta, proseguí mi monólogo—: ¿En qué hospital está? Puedo llegar en unas horas. ¿Lucas? ¿Lucas? ¿Estás ahí? —gemí con angustia.

De nuevo su voz, aquella voz que ya había perecido:

—No está en ningún hospital, Livia. Él... él no ha sobrevivido.

«Asier ha muerto.»

Tres palabras. Tres malditas palabras acabaron también con mi vida.

El oxígeno desapareció de la habitación, absorbido por un inmenso agujero negro que me impedía la visión. Y ya no oí nada más. Dejando caer el teléfono al suelo, una titánica mano de hielo se apoyó en mi espalda y me empujó al abismo de oscuridad que se abrió ante mis pies.

Capítulo 22

*Hello darkness, my old friend... **

Aquello no era real.

No estaba sucediendo en realidad.

Miré a mi alrededor, abrumada por la gente que se paraba y me abrazada dándome el pésame, unas palabras de consolación y se alejaban.

En un estado próximo al catatónico, acabé sentándome en la segunda fila de bancos de madera de la pequeña capilla del tanatorio. Sujeté con fuerza el asa de mi bolso sobre mis rodillas. Todavía llevaba las uñas pintadas de rojo Navidad, y me pareció tan incongruente que las escondí doblando los dedos. Me giré hacia a la izquierda, reconociendo a Diego.

—Dime que esto no es verdad. Que es una pesadilla y que Asier entrará de un momento a otro por la puerta. Dímelo, por favor. Dímelo —le supliqué con una voz rota, sin matices, asesinada por la propia muerte.

Él tragó saliva y apoyó su mano, grande y fuerte, sobre una de las mías. Apretó la mandíbula y su gesto se volvió rígido, mostrando un sufrimiento incomprensible.

Sentía las mejillas tensas y enrojecidas por las lágrimas derramadas, la boca pastosa y los ojos hinchados, pero ningún dolor era tan insoportable como su pérdida. Había estado velando su cuerpo durante los dos días anteriores, recibiendo besos, secando lágrimas, levantándome, sentándome, cerrando los ojos, abriéndolos con espanto. No, no era real. En algún momento lograría despertarme de la pesadilla. No podía creer que hacía unas horas había acariciado su piel suave, besado sus labios y reído con él. Lo había

tenido dentro de mí, lo había hecho mío, ¡maldita sea! Y ahora ya no estaba, no era nada más que algo que se descomponía dentro de una caja de madera.

Aturdida, intenté seguir la sentida homilía del párroco, sabiendo que Asier no había asistido a misa ni en las celebraciones patronales. Era un agnóstico convencido que veneraba a un único dios, el mar. La voz y el llanto se mezclaron, sin que yo pudiera hacer otra cosa que cruzar los brazos e inclinarme hacia delante. No me rompería, porque ya no quedaba nada que romper. Pero padecía por cada herida abierta. El corazón gemía en mi interior, los pulmones se negaban a darme el suficiente oxígeno, las extremidades se habían debilitado hasta el punto en el que pensé que no podría sostenerme. Caería para reunirme con él.

No, nada de aquello era real.

Volví la cabeza con consternación en un grito mudo a la gente que me rodeaba: «¿No lo veis? Es Asier. ¡No puede estar muerto!». Fue entonces cuando nuestras miradas chocaron y estalló un haz de luz blanca que atravesó la capilla. Estaba situado al fondo, de pie, disimulado entre decenas de personas que no habían encontrado un lugar donde sentarse. Destacando siempre en su apostura. Me observaba con incalculable ternura con sus ojos dorados, sin vacilar. Transmitiéndome algo que yo me negaba a admitir.

«Estoy aquí, siempre estaré contigo.»

«Ya no te necesito», contestaron los míos, apagados y mortificados.

Pensé, de forma inconclusa, ya que no conseguía enlazar las ideas de manera coherente, que acabaría volviéndome loca si no salía de allí. Trastornada, empecé a oír la voz de Asier en mi mente, recordando cada palabra de nuestra última conversación. «Yo lo maté, no supe demostrarle lo que me importaba. Yo lo hice, lo empujé a ese viaje. Si hubiera ido con él, nada de esto estaría pasando», me dije entornando los ojos, empezando a ver puntos amarillos frente a mí. «¿Estás ahí?», inquirí mirando al techo de escayola blanco. Me mareé y me balanceé como si fuera agitada por una tempestad. Diego me sujetó durante los últimos minutos de la misa.

Me aferré a él con desesperación.

No, nada de aquello era real.

Impulsada por la gente, salí al pasillo, sin haber escuchado nada de lo que se había dicho. Pasé al lado de Sergio, aunque tampoco lo vi. Había olvidado que estaba allí. No conseguía sentir nada más que el vacío que me había absorbido con la llamada de Lucas, donde había encontrado un precario refugio que me mantenía a salvo.

Alguien me retuvo sujetándome del brazo.

—Apóyate en mí, estás a punto de desplomarte —me ordenó Sergio.

Lo miré todavía confusa, vacilante.

—Nosotros lo matamos —repliqué zafándome—. Vete, aléjate de mí.

—Nunca —murmuró él caminando tras de mí.

Entré en el velatorio y me indicaron que teníamos unos minutos para despedirnos de Asier. Me arrodillé en la sala a oscuras, tan fría como el témpano en el que se había convertido mi corazón, acariciándole con dedos trémulos la frente, apartándole parte del flequillo. Su gesto era sereno, un muñeco de cera que había alcanzado la paz que se nos negaba a los vivos. Nuevas lágrimas comenzaron a manar, tan calientes que abrasaron mi piel. ¿Adónde iba el amor cuando uno de los dos fallecía? El amor tenía que estar en algún lugar. ¿Dónde? ¿Dónde estaba nuestro amor?!

—Me mentiste, sí me querías. Me mentiste porque siempre has sido la mejor persona que he conocido, leal y honesto hasta el final. Pero no te creí y sigo sin creerte —sollocé haciendo girar mi anillo de compromiso en el dedo—. Lo llevo puesto. No me lo voy a quitar nunca, Asier. Lo habría hecho, me habría casado de saber que te perdería. Habría hecho cualquier cosa que me pidieras. Habría vivido junto al mar, habría dado mi vida por la tuya. Todo —murmuré resquebrajándome, deshaciéndome en pedazos, borrando esa máscara de cera que era su cara con mis lágrimas.

Los brazos de Lucas me auparon y me sacaron de allí, tan descompuesta

que supe que nunca volvería a ser una persona completa.

—Vamos, Livia. Lo van a bajar ya, ¿quieres acompañarnos? —musitó tan roto como lo estaba yo.

Asentí y dejé que me guiara por los pasillos inundados de luz artificial que hería mis pupilas hasta una pequeña sala que disponía de unas pocas sillas. Lucas, su mujer, Marisa, y yo nos quedamos de pie frente a la persiana metálica, oyendo el chirriar de una máquina que se ponía en marcha. Cuando comenzó a elevarse la persiana, Marisa dejó escapar un sollozo estremecedor y se abrazó a Lucas, que la sostenía a duras penas. Yo me mantuve firme, abrazándome a mí misma, sin apartar la vista del ataúd que escalaba hacia la incineradora.

No era real, ahí no podía estar Asier. Negué con la cabeza y, de improviso, apoyé la mano en el cristal con la palma abierta, cerrando los ojos, creyendo que era a él a quien mis manos acariciaban, sintiendo en mi piel su barba rasposa, la punta de su nariz larga y recta hundiéndose en mi pelo, sus labios bebiendo de los míos sin descanso.

Sí era real, lo comprendí en ese momento. Él seguía estando en mí, aun cuando nunca volviera a estar. Cada instante, cada sonrisa, cada mueca, cada enfado, cada suspiro. Era mío, y ya no lo sería de nadie más.

—Livia, ya está. Se acabó —musitó Lucas, consiguiendo que abriera los ojos parpadeando ante la luz.

De nuevo asentí y los seguí hasta salir al recibidor del tanatorio. Me quedé sin saber reaccionar, puesta como un maniquí en un escaparate, ausente de lo que me rodeaba, hasta que me recogió Diego y me acercó a un sofá de tres plazas de terciopelo verde desgastado. Me sentó y se situó en un butacón frente a mí.

—No te dije la verdad, Livia —balbució.

—¿En qué? —Lo miré sin verlo, con un velo gris que me nublaba la vista.

—Este verano te comenté que Asier amaba el surf por encima de todas las cosas y no era cierto. A ti te amaba todavía más. Lo habría dejado si tú se lo

hubieras pedido, aunque eso acabara con él. Sólo quería que fueras feliz.

Cabeceé intentando sonreír, transmitirle que eso ya no tenía importancia alguna, cuando el ligero bisbiseo de la puerta de cristal me despistó, abriéndose, y elevé la vista para ver a Marta entrar corriendo, circundando con la mirada la estancia. Al localizarme se quedó quieta y se acercó más calmada, con una expresión de profunda tristeza en el rostro.

—Cariño —murmuró agachándose para estar a mi altura, poniendo sus manos en mi cara—. No he podido encontrar vuelo antes.

Me encogí de hombros y mis lágrimas mojaron sus manos. Sacó con prontitud un pañuelo de su bolso y me las borró con delicadeza.

—¿Cuánto hace que no duermes? —me preguntó.

—¿Dormir? —pregunté a mi vez como si no la hubiera entendido.

—No he conseguido que abandone el tanatorio desde hace días —la informó Diego interviniendo. Marta se giró, sin conocerlo, y él continuó—: Soy Diego, socio de Asier en la escuela.

—Ah, ya, Livia me ha hablado de ti. ¿Ha comido algo?

—Sólo quiere café y más café.

Al oír esa palabra, sentí un hambre atroz.

—¡Café! Voy a por un café —dije espabilándome.

—No, cielo, ya voy yo, tú quédate aquí —musitó Marta lanzándole a Diego una mirada de advertencia, a lo que él correspondió asintiendo con serenidad.

Quedándome ensimismada en su partida, ni siquiera noté que otra persona se sentaba a mi lado. El aroma de su perfume me alcanzó como un disparo de bala y gemí, sujetándome la frente con la mano.

—Livia, no pienso dejarte sola —determinó con voz ronca y en tono bajo.

Lo ignoré refugiándome en los recuerdos de Asier, envolviéndome en ellos, utilizándolos en forma de capa invisible.

—Tú tenías razón en una cosa. Sí que me afectó ver a Sandra, mi orgullo masculino sufrió un duro golpe con su traición, y ver que regresaba a mí

arrepentida consoló mi maldito ego. Pero no la amo, Livia, de hecho, jamás la he amado como te amo a ti.

—¿Crees que eso me importa ya? —murmuré distraída.

Pero él continuó:

—Y África es mi prima. Tiene tu edad y está un poco loca, aunque creo que esta vez llevaba razón. Me dijo que debería haber ido a buscarte a Edimburgo en vez de intentar solucionar los problemas de Iván una vez más. Considera que es mi culpa que te haya perdido y que me lo merezco. Ahora también cree que te he perdido para siempre. Quería venir y explicarte ella misma lo que significas para mí, porque me tiene por un inepto en las relaciones amorosas.

Proferí un quejido e inicié un compulsivo frotar del apoyabrazos de aquel sofá de terciopelo gastado de tantas veces como otros habían hecho lo mismo que yo.

—Pero no le he dejado venir, por supuesto, porque si no soy capaz de hacerte entender todo lo que te quiero es que tampoco te merezco. Livia, he hecho muchas cosas mal en mi vida, aunque estoy intentando ir por el buen camino y solucionarlas. Así que no me pidas que te olvide porque no pienso olvidarte —finalizó, y suspiró como si llevara una eternidad sin conciliar el sueño y el agotamiento lo venciera.

Me mantuve callada durante unos instantes. No quería escucharlo, nuestro tiempo ya había pasado y jamás lo perdonaría. Sentí tanto dolor que acabó convirtiéndose en una rabia miserable que me consumía.

—¡Vete! —grazné roncamente sin poder contenerme.

—No pienso irme, Livia.

—Aquí no deberías estar. Ni siquiera deberías haber explicado lo que fuera que quisieras explicar para limpiar tu conciencia. No puedo soportar estar junto a ti.

—Sé que ahora no, sé que necesitas un tiempo, pero tienes que saber que ese tiempo voy a estar contigo ayudándote a superarlo.

—¡No quiero volver a verte nunca! —estallé, y Diego se levantó como si

necesitara defenderme de mí misma.

—Será mejor que te vayas, Sergio —le indicó.

Marta se acercó con tres cafés en una pequeña bandeja y la depositó sobre la mesa, mirándonos con curiosidad. Saludó a Sergio y pidió explicaciones a Diego.

—Dile que se vaya, Marta, por favor —supliqué al borde de las lágrimas.

Ella se agachó de nuevo y me obligó a mirarla.

—Livia, estamos muy preocupados por ti. Tus padres ya no saben ni qué hacer.

—¿Han venido mis padres? —inquirí desconcertada.

—Hablaste con ellos ayer —señaló Diego intranquilo.

Fruncí el ceño y creí evocar que había sido consolada por un hombre calvo, rechoncho y campechano que me había palmeado la espalda. ¿Era Paco? ¿Había conocido al novio de mi madre y ni lo recordaba? ¿También estaba Rebeca? Volví la vista y los localicé apartados, hablando con Lucas, con semblantes serios y circunspectos. Me froté de nuevo la frente, intentando despejarme.

Lucas se despidió de ellos y caminó en mi dirección. Se detuvo a un paso, intentando mostrarse firme, aunque a mí no logró engañarme.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me preguntó.

—Se lo prometí, y las promesas siempre se cumplen. Aunque hubiera deseado no tener que cumplir ésta nunca —afirmé llevándome un pañuelo arrugado a la boca para reprimir un sollozo.

Él asintió, conforme, y se despidió llevándose también a una desconsolada Marisa aferrada a su brazo.

—¿Lo vas a recoger tú? —inquirió Sergio.

—¿Todavía sigues aquí? —barboté con esa ira que sentía cada vez que lo oía.

—Sí, ahora menos que nunca me voy a ir —dijo desafiando a Diego y a Marta con una mirada.

—Livia —intentó mediar ella—. Creo que lo vas a necesitar.

—¡Ahora menos que nunca! —grité repitiendo sus mismas palabras y destilando tanto odio que todos expresaron alarma en sus gestos.

—Cariño —solicitó Marta con dulzura.

—¡Vete! ¡Maldita sea, vete, no quiero volver a verte más, Sergio! —aullé entre hipidos, viéndome inmersa en la locura que me arrastraba a la oscuridad, devorándome por dentro.

Y él, en silencio y con calma, se levantó. Marta le dirigió una mirada compasiva y me asusté al ver el reflejo de las pupilas de Sergio en las suyas. ¿Unos ojos podían mostrar la muerte del alma que escondían? No pude seguir pensando más, decidí que él tenía que dejar de existir para mí si yo quería sobrevivir.

Viento sur. La luna relucía en todo su esplendor, dominando el cielo cubierto por un manto de estrellas. Era el momento. El lugar perfecto. Su sitio. Una vez, Asier me confesó entre risas que estaba seguro de que había pasado más horas en el mar que pisando tierra firme. La silente brisa acunaba a las personas reunidas a la orilla en la playa de Los Locos. Sujeté firme mi tabla, que había recuperado de los anclajes que la exhibían en la pared de la escuela, y a mis pies reposaba la urna con sus cenizas. Allí lo sentía como si siguiera vivo para mí, podía mirar a mi derecha y su silueta me confirmaría su existencia. Su inmortalidad. Cerré los ojos recreándome en un precario recuerdo recuperado del caos de mi mente. Amanecía y acabábamos de coger una ola buena. Los dos llegamos a la orilla al mismo tiempo y nos sentamos para ver el sol ganando terreno en el cielo.

—¿Sabes? Cuando muera quiero estar aquí.

—No seas cenizo —le contesté cruzando los dedos y dándome golpecitos en la cabeza para ahuyentar la mala suerte.

—Es en serio, ¿dónde mejor? Aquí he vivido toda mi vida y te he conocido a ti. Además, es ley que por ser doce años mayor que tú moriré antes —

continuó, y yo lo miré espantada, consiguiendo que riera, que de sus labios brotara esa risa ronca que me producía escalofríos de placer—. Aunque eso sucederá dentro de un montón de años, por supuesto. Antes tengo que gastarte.

—¿Por qué me cuentas ahora eso?

—Porque sé que, si te lo pido, tú cumplirás mi deseo.

—Para entonces seré una anciana y no podré surfear.

—Alquila una barca.

—Lo tienes todo pensado, ¿no? —inquirí haciendo una mueca.

—Más o menos, sí. Y ahora, ¿me dejas gastarte un poco? —preguntó de forma canalla, lanzándose sobre mí.

Las risas nublaron el recuerdo, que desapareció entre otros miles.

¿Qué habíamos hecho ese día? ¿Al siguiente? ¿El anterior? No conseguía acordarme, pero de ese instante sí, esa conversación permaneció fija en los hilos neuronales para surgir en el momento oportuno. Lo añoré con tanta desesperación que gemí en voz alta.

Diego se acercó a mí al notar lo y me pasó el brazo por los hombros.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Vamos allá —indicó haciendo un llamamiento con la mano al resto de los surfistas congregados para dar su último adiós y homenaje a Asier.

Los que no iban a participar se mantuvieron aparte, de forma discreta y respetuosa, formando un semicírculo en la orilla. Había unas cien personas, todas ellas amigos y familiares lejanos de Asier. Varios lloraban sin rubor alguno, Marta sollozaba sin poder contener la emoción y mi padre abrazaba a Rebeca. Mi madre, en cambio, tuvo que tranquilizar a Paco.

Con lentitud, comencé a moverme. Noté el agua fría, tan fría que fue un leve consuelo para mis heridas en carne viva. Me coloqué sobre la tabla, llevándome la urna conmigo. Había cosas que nunca se olvidaban y yo seguía manteniendo el equilibrio mientras nadaba internándome en el mar. Los demás me siguieron en una santa compañía funeraria, un conjunto de ánimas

estremecidas por el dolor. Afianzándome, empecé a bracear con más ímpetu, alejándome de la orilla hasta situarme a unos cuarenta metros de la costa. Los demás surfistas me rodearon y pude ver a Sergio muy próximo a mí, sin despegar sus ojos de los míos, que no lo miraban.

Debía decir unas palabras, pero había tantas que no supe por dónde empezar. Ya no tenía voz. No tenía nada. Estaba tan hueca como la caracola que llevaba entrelazada en mi muñeca. En silencio, oramos al mar, a su recuerdo, a su presencia por muchos años que pasaran de aquí en adelante. En silencio lo recordamos y lloramos su ausencia. Con un gemido entrecortado, dejándome llevar por el vaivén de las suaves olas, abrí la urna y me quité la pulsera, introduciéndola dentro. Algo mío dentro de él. Como él dentro de mí para siempre. Sostuve en alto el recipiente y esperé conteniendo el aliento a recibir el golpe de aire correcto para lanzarlo a las alturas. Un remolino lo recogió y lo hizo girar opacando el brillo terso de los reflejos de la luna. Cayó sobre el agua negra, mezclándose con los destellos lumínicos, y desapareció poco a poco, hundiéndose hasta el fondo.

—Allí donde estés, Asier, también estarás conmigo, puesto que siempre residirás en mi corazón —murmuré.

Dejé la vista vagar un instante donde reposaba y sentí su llamada. El susurro del mar hablándome de nuevo. Un imán que me atraía sin poder ofrecer resistencia, tan poderoso que nubló mi conciencia. Yo ya había estado allí, en ese placentero lugar repleto de dicha, sin dolor, sin maldad, sin nada que me hiciera daño. Con él. Sonreí levemente y asentí a la silueta translúcida de Asier sobre la superficie, indicándome qué camino seguir. Me solté la *leash* y me dejé llevar a la paz que tanto ansiaba, sumergiéndome hasta encontrarlo, desoyendo los gritos de alarma.

No tuve otra certeza que saber que necesitaba estar con él, acompañarlo en su viaje al fondo del mar. No podía dejarlo solo. Y allí, bajo la superficie, fui recogida por sus brazos y ambos giramos sobre nosotros mismos varias veces, rodeados de sus cenizas, meciéndome hasta que desapareció la angustia que

me hostigaba desde hacía días. Y supe, sin lugar a dudas, que era el único lugar del mundo en el que quería vivir eternamente.

Capítulo 23

*I want to cry and I want to love, but all my tears have been
used up**

La primavera en Edimburgo era estruendosa, un estallido de luz y color en forma de flores que brotaban en los parques. La gente se arremolinaba en las calles, sonreía, y un persistente aroma a hierba mojada permanecía durante horas en el ambiente. También era intempestiva, una brutal demostración de la naturaleza, de lluvias torrenciales y días soleados pero fríos. Aunque todo eso era muy difícil de percibir para alguien que estuviera muerta, y yo lo estaba.

Aparte de la constante vigilancia de Ewan, Alicia solía pasarse cada poco tiempo, a veces con Alasdair, como si necesitaran comprobar por sí mismos que seguía respirando. Sin embargo, fue Marta quien tomó por costumbre venir todos los días, siempre pasadas las cuatro de la tarde, a la cafetería. Imaginaba que para controlarme, pese a que no fuera necesario. Ya no sentía ni siquiera dolor. La oí antes de verla.

—¿Puedes encender el teléfono, por favor? —preguntó hastiada de mi indiferencia.

Me erguí, ya que estaba sacando botellas de refresco de un aparador, y me limpié las manos con un trapo. Cogí mi teléfono y me encogí de hombros. Lo tenía apagado, lo que se había convertido en una costumbre, aunque poco me importaba, porque a la única persona a la que quería llamar ya no podía hacerlo.

—¿Necesitas algo? —inquirí.

—Sí, que resucites —masculló—. Livia, deja de comportarte como la viuda desconsolada. Por mucho que sigas llevando su anillo, no lo eres.

Apenas compartiste unos días con él antes de que muriera. —Reprimí un escalofrío; cada vez que oía esa palabra me sentía morir de nuevo—. Y ya no volverá. Él no habría querido esto de ti.

—Por favor, Marta —le pedí, demasiado cansada como para soportar otro de sus discursos.

—Es verdad, Livia. Es normal que lo añores, que lo eches de menos, pero esto no. No hay forma de sacarte de tu sufrimiento, que es como un pozo sin fondo.

—Estoy trabajando, como siempre —repliqué ignorándola.

—No, hasta los robots lo harían mejor que tú. Reacciona, por favor, estoy muy preocupada. Apenas comes y sólo quieres estar sola. ¿Adónde vas cuando acaba el turno?

Me quedé en silencio, no quería confesárselo, aunque siempre caminaba hacia Calton Hill, donde me sentaba en un banco a mirar el mar, pensando si algún resto, una pizca, una simple ceniza, estaría navegando en aquellas olas que parecían estar siempre furiosas. Después bajaba haciendo la ruta de los cementerios hasta que oscurecía. Agotada, regresaba a casa para meterme en la cama con una foto de Asier debajo de la almohada. No, no debía decírselo, me consideraría una loca, y yo era perfectamente consciente de ello, pese a que también era lo único que necesitaba por el momento.

—Voy a pasear —le resumí.

—Livia, sé por lo que estás pasando.

—No lo sabes, ni siquiera estás próxima a saberlo.

—Lo que te está destruyendo no es la muerte de Asier, es la culpa. Te sientes culpable porque crees que éste es tu castigo por abandonarlo hace seis años.

La miré reflejando tanta tristeza que ella cambió su faz intentando sonreírme.

—Dices que vas a pasear, ¿no? Bueno, yo puedo acompañarte algún día, o salir por ahí a intentar divertirnos. Alicia también se ha ofrecido. Y creo que

Henry, el chico que hace el turno de la noche, está interesado en ti —comentó animosa.

Mostré mi habitual apatía. Yo no estaba interesada en nadie. Ni tampoco en nada.

—No estoy preparada para salir, no sería buena compañía para nadie —repliqué.

—Ni tampoco eres buena compañía para ti misma —aseguró con total franqueza.

Me encogí de hombros otra vez y me alejé para atender a una pareja que acababa de entrar. Regresé tras terminar porque no dejó de observarme ni un instante.

—Pero ¿tú comes? —preguntó cabeceando—. Se te marcan los omóplatos, y dudo mucho que duermas. ¿Duermes?

—Algo —respondí, sin aclarar si me refería a una pregunta u otra.

—¿Por qué no contestas las llamadas de Sergio?

—Le bloqueé el teléfono, ¿recuerdas?

—Te llama desde otro, y lo sabes. —Me sujetó de la muñeca cuando quise escapar de nuevo y me enfrentó—. Te salvó la vida, Livia. Se lanzó a buscarte sin importarle lo que pudiera pasarle a él. Tu padre casi sufre un infarto.

Sonó como una acusación en toda regla, que era lo que pretendía, pero yo era incapaz de procesar sus mensajes, sus críticas; estaba cubierta por una capa de algodón que me alejaba del mundo, protegiéndome del dolor que me producía volver a sentir algo, aunque fuera simplemente soledad.

—No debería haberlo hecho. Me sacó del mar en contra de mi voluntad y estoy cansada de que todo el mundo se empeñe en que reviva cuando está claro que sólo puedo sobrevivir estando muerta. ¿Es que nadie lo entiende? —exclamé frustrada.

—Livia, escúchame bien, te voy a dejar unos días para que pienses la burrada que acabas de soltar por esa boquita. Tú has sido siempre la que nos ha sostenido a los demás, y te juro como que me llamo Marta que tiraremos de

ti hasta la superficie, porque estamos hartos de que hayas tocado fondo y parezca que te guste regodearte en el fango de la miserable vida que llevas. ¿Lo has entendido tú? —rebatió con firmeza.

Luego cogió su bolso y salió sin despedirse.

Suspiré y sonreí alicaída a un hombre que me pidió un capuchino, olvidando al instante sus palabras.

Su plazo duró exactamente tres días. Abrió la puerta, intentando escapar de la ventisca de aguanieve, y acabó cerrándola con el trasero, resoplando por el esfuerzo.

—*Winter is coming*² —me saludó.

—Es lo que tiene Escocia, que tan pronto luce el sol como parece que el cielo se cae sobre la Tierra —repliqué.

—¿Me puedes poner algo caliente? —pidió en una forma muy suya de ofrecerme una tregua.

—Claro —contesté girándome para prepararle un café con leche.

—¿Qué es eso? —me preguntó, y yo desvié la mirada hasta el rincón de la barra que ella indicaba.

—Un paquete.

—¿Para Ewan?

—Para mí. Lo he recibido esta mañana.

—¿Y todavía no lo has abierto?

—No he tenido tiempo —murmuré, y ella corrió a cogerlo antes de que yo la alcanzara.

Leyó con detenimiento el remitente y sonrió con grata satisfacción.

—No lo has abierto porque es de Sergio.

—Elemental, querido Watson —siseé comenzando a enfadarme.

Ese día ya había tenido suficiente con el temporal que me había alcanzado a medio camino del trabajo, llegando empapada y con la sorpresa —

desagradable— de encontrarme un paquete de Sergio, y, por tanto, no me apetecía discutir de nuevo.

—¡Ábrelo! —me ordenó.

—¡No me da la gana! —espeté.

—Te estás comportando de forma estúpida y no es propio de ti. ¿Y si necesita ayuda?

—¿Ayuda? —inquirí desconcertada, sintiendo por primera vez que algo se removía dentro de mí—. ¿Qué clase de ayuda?

—¡Y yo qué sé! No le coges el teléfono, me imagino que habrá pensado que igual así le harías caso.

—Es que no quiero hacerle caso. No quiero volver a verlo —afirmé no con toda la seguridad que quería imprimir a la frase.

—Pues lo abriré yo —me desafió.

—Haz lo que quieras —musité volviendo a mis tareas.

—Toma —dijo al cabo de un momento entregándome una carpeta de plástico—. No creo que deba ser yo quien lea el contenido.

Resoplé secándome las manos en el delantal.

—Está bien —cedí.

Cogí la carpeta y la abrí. Dentro había varios fajos de documentos. El primero era una copia sellada de su sentencia de divorcio, fechada en noviembre. La descarté y pasé al segundo grupo, descubriendo una escritura notarial de propiedad. La leí con atención mientras maldecía en voz baja. Sergio le había comprado el apartamento de Suances a mi padre y me lo había donado. Ahora era mío. Incluso me había enviado una copia de las llaves.

—¿Es importante? —inquirió Marta intentando leer algo al revés.

—Me ha donado el apartamento de mi padre.

—¿El apartamento de Suances ahora es tuyo? —exclamó pasmada.

—Sí —contesté yo sin el debido entusiasmo.

—¿Y esto qué es? —preguntó entregándome un sobre blanco de tamaño folio cerrado.

—Ni idea. Voy a ver. —A medida que iba leyendo, mi expresión cambió y yo también me mostré sorprendida.

—¡Joder! ¿Qué es? —estalló Marta.

—Un contrato de edición para *Nocturnae*.

—¿Y eso qué es? —continuó con impaciencia.

—¿Recuerdas que te comenté que había escrito un libro como terapia cuando la situación entre mis padres se volvió insoportable?

—Sí.

—Pues se lo dejé a él para que lo leyera el pasado verano. Me pidió que se lo regalara. —Me detuve llevándome la mano a la frente—. Yo ya me había olvidado del dichoso libro —murmuré.

—¿Y? Porque no entiendo nada —insistió Marta.

—Pues que ha conseguido que me lo publiquen.

—¿Una editorial de verdad? ¿Una que edita libros?

—No, una que edita embutidos, no te fastidia... Claro que una editorial de verdad.

—Y encima te enfadas... —rumió poniéndose mohína.

—No me enfado, sólo estoy... impresionada.

—¿Voy a ver un libro escrito por ti en las librerías?

—Parece ser que sí —musité con bastante desconcierto.

—¿Y el resto del paquete?

—No hay más.

—Sí, aquí hay algo envuelto —señaló ella, sacando lo que parecía un estuche rectangular, que me entregó.

Rompí el papel y apareció el último libro de Harold Shelby, que ni siquiera se había traducido al castellano. Meneé la cabeza con consternación. Me había dicho que iba a utilizar todas sus armas y lo había hecho. Sin contemplaciones, lanzadas a quemarropa y sin posibilidad de escape. Levanté la tapa y vi una dedicatoria. Una larga dedicatoria escrita en inglés. Mis ojos comenzaron a

escocer por las lágrimas no derramadas en varios días y me las sequé con furia utilizando los nudillos.

Querida Livia:

Nunca, en todos mis años de escritor, me había enfrentado a un reto semejante. En mis novelas hablo siempre en nombre de los personajes, yo conformo su historia en mi mente y después la transcribo. Sin embargo, lo que me ha contado el hombre que ha tenido la paciencia de esperarme hasta que he acabado de firmar todos los ejemplares me ha impactado de forma tan brutal que me veo obligado a intervenir, lo que es muy poco usual en mí. Entiendo su sufrimiento, su dolor, su culpa, incluso. También la de él. Y ésta es la manera que ha encontrado de redimirse ante usted, desbordándome de experiencias hasta confesar su pasión compartida por las letras que yo escribo. No soy quién para pedirle perdón en su nombre, pero sí quiero ponerle aquí un pequeño extracto de la novela que tiene entre sus manos: «Y en ella lo vio todo, todo lo que estaba a la vista y lo que escondía tras una máscara. Y comprendió que estaba perdida, que nada volvería a ser justo, pero sí imperativamente vital. Que su historia inacabada debía tener un final memorable».

Como comprenderá, yo me alimento de historias cotidianas, corrientes, que suceden a mi alrededor, apropiándome de ellas para resolverlas en unas páginas. Lo suyo, querida amiga, va a ser mucho más complicado, puesto que ahora —ya me ha contado él su aventura literaria— le toca convertir los capítulos finales en el principio de su historia. Piénselo bien, ya tiene al protagonista, ¿acepta el desafío?

—¿Qué dice? —preguntó Marta con inusitada curiosidad.

—Toma, léelo —reliqué entregándole el libro.

—¿Éste no es del escritor que tanto te gusta?

—Sí —contesté meditabunda, ignorando a propósito los llamamientos insistentes de un hombre que se había sentado próximo a Marta—. *Just a few secs, please* —mascullé al indiscreto escocés, sin mirarlo.

—¡Oh!, ¡qué emocionante! ¿A que ahora estás un poco más enamorada de él? —exclamó Marta cerrando la tapa.

—¿De quién?

Arrugó la nariz y lo pensó un instante.

—De los dos, me imagino. Leí en el *Evening Standard* que ayer estuvo

presentando el libro en Londres, en Barnes & Noble, así que Sergio tuvo que estar allí también.

El hombre volvió a insistir, con una voz aguda e impaciente. Puse los ojos en blanco y me giré, dándole la espalda a propósito.

—¿Cómo ha podido hacerme esto? —murmuré, todavía bailando las letras escritas por Harold en mi cabeza—. ¿Cómo se ha atrevido a contarle a un extraño nuestra vida?

—¿Consideras a Harold Shelby un extraño? Pero si a veces hablas de él como si lo conocieras de toda la vida, es tu amor platónico. Siempre has dicho que a través de sus novelas puedes ver el espíritu de un escritor.

—Aun así...

—Joder, Livia. Te juro que nadie ha hecho nunca nada tan bonito por mí en toda mi vida. De hecho, te ha regalado una vida, míralo bien. Está libre, se entrega a ti, te dona el apartamento y un futuro en la literatura, lo que siempre habías deseado.

—Ahora mismo no puedo pensar en eso —repliqué, guardándolo todo en la bolsa de plástico. Lo dejé en la misma esquina donde reposaba minutos antes.

—*Excuse me!*

—Joder, qué pesado el *british*, anda, atiéndelo, que éste tiene pinta de ser uno de los que ponen una estrella en TripAdvisor y un comentario de odio que traspasa la pantalla del ordenador.

Suspiré hondo y puse mi mejor sonrisa de camarera, que últimamente dejaba mucho que desear, pero, en fin, era lo que había. Así que, lista para un interludio no demasiado agradable, me volví hacia el hombre y me quedé paralizada. Gafas redondas metálicas con los cristales moteados por las gotas de lluvia. Pelo rubio ralo peinado hacia atrás sin demasiado estilo. Chaqueta de lana color marrón con coderas grises sobre una camisa de cuadros y unos ojos pequeños, intensamente azules, que me escrutaban con diversión.

—*Mister... Shelby* —balbucí, y sentí que Marta se volvía con un respingo nada disimulado.

—¡El escritor! —barbotó entusiasmada.

Harold Shelby nos obsequió con una tímida sonrisa y yo recé para que no entendiera el castellano.

—*I wanted to meet you* —me dijo—. *I'm impressed by your story.*³

—Yo... yo... —tartajeé, demasiado impactada como para poder hablar con normalidad y en el idioma que él comprendiera.

—Oye, ¿necesitas que te traduzca? —se ofreció Marta.

—Creo que me las apañaré —farfullé, haciéndole una seña para que no se entrometiera, pero ella no quiso entenderla.

—Por cierto, ¿has dicho en serio que piensas olvidarlo y continuar después de semejante muestra de amor? —preguntó guiñándole un ojo a Harold, que volvió a sonreír complacido. ¿Complacido? Intenté recordar si en alguna entrevista había mencionado que comprendiera el castellano.

—Sí, tengo trabajo que hacer, como ves, tengo un cliente importante —la corté, focalizando toda mi atención en Harold.

—Me rindo, Livia. Cuando recapacites házmelo saber —determinó poniéndose la bufanda y levantándose del banco.

No dijo adiós ni a Ewan, que se la quedó mirando extrañado desde la otra punta de la cafetería. Y yo, por fin, pude enfrascarme en una conversación con mi autor favorito, mientras le ponía un té Whittard negro manchado con tres gotas exactas de leche... Manías de escritor. Creo que fueron los cinco minutos más felices de las últimas semanas, aunque tampoco había nada bueno con lo que compararlo. Conseguí disculparme por escribirle tan a menudo y él se disculpó a su vez por recibir tantos correos que le era imposible contestar a todos. Pero prometió que mantendría el contacto conmigo a partir de ese momento, ya que estaba interesado en saber cómo continuaría nuestra historia. Pese a que intenté dejarle claro que no iba a haber ninguna historia, él no se quedó conforme. En eso estábamos cuando Marta apareció de nuevo en la cafetería. Por lo visto, el enfado no le duró mucho.

—No he recapacitado, si es eso lo que esperas —le anuncié.

—Ya me lo imaginaba. Sólo quiero un café con leche bien caliente para llevar.

—¿Para llevar a dónde? ¿No ibas a casa?

—Sí —musitó ella desviando la mirada, y Harold volvió a sonreírle con complicidad.

Entonces lo comprendí y resoplé indignada.

—Está aquí, ¿verdad? —le pregunté.

—En la esquina, apoyado en la pared, bajo la farola, empapado, y no deja de caer agua. Creo que está a punto de convertirse en una estalagmita. Incluso algunos viandantes se han compadecido de él y le están lanzando monedas... Da una penita... Maggie, la de la tienda de enfrente, ya ha cruzado la calle dos veces para invitarlo a su casa... Si es que, aun así, mojado como un perro callejero, tiene un atractivo...

—¡Joder! —siseé preparándole el café.

—Que igual sería mejor si sales a buscarlo. No sé, en plan película romántica. Os quedáis mirándoos en la distancia y él abre los brazos y tú te lanzas a ellos y no os importa para nada la lluvia porque estáis besándoos y sólo veis arcoíris alrededor y estrellitas fugaces, fulgurantes y brillantes y...

—Toma el café —exclamé cerrándole la boca.

—Que ya verás qué contento pones al *writer*, anda...

Y Harold sonrió nuevamente, sabiendo que lo habían nombrado, siguiendo con interés nuestro intercambio verbal.

—No pienso salir —afirmé.

—Está bien, pero le voy a decir que entre. Que esto tiene que acabarse ya.

—Como te he dicho antes: haz lo que quieras —determiné con cansancio.

Sin embargo, en cuanto ella desapareció, recobré toda mi energía y corrí desesperada hasta el cuarto de los empleados, dándole un rápido apretón de manos a Harold, demostrándole que era una completa idiota, y tropezándome con Ewan por el camino, ya con el delantal en la mano. De forma atropellada, se lo estrujé en el pecho. Y, aunque intentó retenerme, no lo consiguió.

Me encerré y me apoyé en las taquillas tratando de recuperar la calma, pero oí voces al otro lado, así que, poniéndome el abrigo y arrastrando el bolso, empujé la puerta de la salida de atrás. Empecé a correr sin sentido alguno de la orientación, hasta reparar en un pub dos calles más abajo. Entré y me deslicé al fondo, escondiéndome tras un grupo de hombres que miraban el partido que daban por televisión. Me senté en un banco alto de madera y me acodé en la barra, pidiendo una pinta de Guinness.

No conseguía pensar con claridad y el barullo del pub me estaba aturdiendo hasta el punto de querer taparme los oídos con las manos. Bebí en largos sorbos, acabándomela y pidiendo otra más. «Te ha regalado una vida, Livia.» Las palabras de Marta resonaban en mi cabeza cada vez más alto. Yo no quería una vida, ni siquiera me gustaba la que llevaba ahora, ¿cómo enfrentarme a una nueva? El pánico me atenazó, paralizándome. No era capaz de encararme a él, porque seguía viéndolo como aquella terrible coincidencia del destino que llevó a la muerte a Asier. No quería odiarlo porque lo amaba. Y amarlo hacía que me odiara a mí misma. «Cobarde, eres una cobarde», siseé entre dientes, sin dejar de beber.

Tras un par de horas, me bajé tambaleante del banco y me encaminé a la salida, buscando con la mirada alrededor para situarme y regresar a casa. Caminé envuelta en la lluvia y envuelta también en un sentimiento indescifrable que me devoraba las entrañas. Era noche cerrada cuando enfilé la calle en la que estaba situado el edificio de apartamentos en el que residía. Sufrí un nuevo sobresalto cuando levanté la mirada del suelo y descubrí a Sergio al lado del portal, apoyado en la pared, con la cabeza inclinada, soportando las ráfagas de aire frío cargadas de agua que lo acometían implacables. Retrocedí asustada y él giró la cabeza, sorprendiéndome. Me volví con rapidez y eché a correr, utilizando mis maltrechas fuerzas para esquivar a los pocos viandantes y cruzar aceras, jugándome la vida sin una pizca de lucidez. Con un único pensamiento en mente: «¡Huye!».

—¡Livia, detente! —gritó Sergio, y supe que estaba alcanzándome.

Aceleré, atravesando el North Bridge de forma imprudente, ocasionando que un vehículo frenara a unos centímetros de mi cintura. Di un golpe en la chapa del capó con la mano y aspiré hondo para continuar mi huida, internándome en la Old Town. Sólo tenía una oportunidad y era esconderme. Encontré un *close* que pasaba desapercibido si no lo conocías de antemano y me introduje en él. Caminé a tuestas, apoyándome en las paredes de piedra del estrecho callejón con ambas manos, hasta que localicé una pequeña hendidura que parecía pertenecer a una falsa puerta tapiada. Me pegué a ella, intentando controlar mi respiración, deseando ser invisible a su vista.

—¡Livia! ¿Dónde te has metido? —bramó Sergio en tono ronco pasando de largo el *close*.

Exhalé un trémulo suspiro y estiré mi cuerpo todo lo que pude contra la pared. Temblaba tanto que aquello supuso un esfuerzo sobrehumano. Oí cómo retrocedía sobre sus propios pasos y se detenía a pocos metros.

—¡Livia! ¡Regresa a mí! Por favor. —Fue apenas un gruñido que brotó de su pecho, comenzando a toser—. Regresa a mí —suplicó en un soplo de voz rota.

Marta había tenido razón en una cosa cuando llegué a Edimburgo, me había dicho que, si lloraba, lo hiciera al descubierto, que siempre llovía y así pasaría desapercibida. Intenté que mis gemidos se mezclaran con el ulular del viento en aquel callejón, con los suspiros de las almas que decían que vivían sepultadas en los túneles subterráneos por un incendio acaecido siglos atrás. Intenté desaparecer y, por un instante, hasta que creí que lo conseguiría.

Nuevos pasos, golpes en el suelo, secos, hirientes, dejando huella y abriendo heridas. Y Sergio acabó marchándose.

Estuve un par de minutos más escondida y a trompicones salí a una pequeña plaza interior que desembocaba en los alrededores de Princess Park. Deambulé aturdida y mareada hasta ver un hotel en la esquina. Era el mismo en el que estuvo alojado Asier unos meses antes. Y supe adónde ir, allí nadie me buscaría. Entré, entregué mi tarjeta de crédito y me registré por una noche.

Subí en el ascensor panelado de espejos y no logré reconocer mi rostro. ¿Tanto había cambiado en apenas unas semanas? Asustada por mi propia imagen, caminé rápido hasta la habitación, me quité el abrigo y me tendí vestida en la cama con la luz encendida. Mis ojos no lograron cerrarse hasta las primeras luces del alba.

Marta entró al día siguiente en la cafetería por la mañana. Adiós a mis planes de escaparme antes de que ella terminara su turno de trabajo. Maldije en voz baja y lancé una mirada de súplica a Ewan, que negó con la cabeza, pareciendo también enfadado. Aparte de los dos o tres monosílabos que me había dirigido al comenzar a trabajar, había decidido dejar la conversación final para su prometida, respetando el grado.

—¡Tú, al cuarto de los empleados! ¡Ya! —me ordenó con voz firme.

Apreté los labios y fui a protestar, pero no me dio tiempo, ya que se encaminó cual general al mando que no iba a aceptar más réplicas. La seguí como si me dirigiera al cadalso, con una mezcla de pavor e indiferencia.

Cerró la puerta en cuanto estuve dentro y apoyó la espalda en ella cogiendo aire.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?! —estalló sin ningún tipo de preámbulo.

—Nada —me defendí cruzándome de brazos.

—¿Nada?! ¡Lo que hiciste ayer fue despreciable! Incluso fuimos a la comisaría para denunciar tu desaparición. Alicia, Alasdair y Ewan estuvieron buscándote casi toda la noche. Sergio estaba desquiciado, y yo... yo quería matarte con mis propias manos.

—Dormí en un hotel —mascullé.

—¿Y eso te parece lógico, Livia? Dime, sinceramente, ¿algo de lo que llevas haciendo las últimas semanas entra dentro de una mediana razonabilidad?

—¿Sigue aquí, en Edimburgo?

—¿Ahora te importa? Porque creo que batiste el récord de la estupidez, aparte del de la velocidad, para escapar de él —ironizó.

—No quería verlo, él lo sabía.

—¡Eso no es ninguna excusa! ¡Maldita sea, Livia! ¿Es que acaso no ves en qué te estás convirtiendo? No eres tú, nunca has sido así y estoy asustada, más que asustada, aterrorizada. No sé qué va a ser lo próximo.

—Nada, no voy a hacer nada.

—¿No vas a firmar el contrato de edición, ni a llamarlo para pedirle disculpas, ni a recuperar el contacto con tu familia? Eso raya la locura, y lo sabes, sé que en el fondo de ti hay una alarma que te está avisando de que estás llegando a un punto de no retorno.

La miré un instante mostrándome tan vulnerable, tan inmensamente triste, que acabé negando con la cabeza como única respuesta. No era capaz de retroceder, de recobrar nada de lo que había perdido. Lo que la vida me había arrebatado era ya irrecuperable.

—No puedes dejarnos atrás, Livia —continuó más calmada—. Ni a tu madre, ni a mí, ni a tu padre y a Rebeca. Y, por supuesto, a Sergio. Permítenos ayudarte.

—No..., yo... no soy capaz de... —balbucí comenzando a llorar.

Ella me abrazó con fuerza y yo apoyé mi peso en el suyo, deslizándonos las dos al suelo, todavía abrazadas.

—Nosotros te ayudaremos, cariño. No estás sola. Lo superaremos juntos.

—Quiero volver atrás —sollocé—. Ansío ver a Asier y despedirme de él. Deseo decirle la verdad, que amaba a Sergio pero no confiaba en él. Que lo quería, sobre todo, que lo quería. También lo amaba a él, Marta. Y murió sin saber la verdad.

—Livia, murió sabiendo la verdad, por eso rompió contigo horas antes. Él, a su modo, también te regaló una nueva vida, te dejó libertad para estar con Sergio.

—No lo hice bien, Marta, y no puedo perdonármelo. No puedo perdonarme

amar a Sergio. ¿Por qué sigo amándolo? No quiero amarlo. Oh, joder, duele tanto que es imposible vivir así —murmuré rompiéndome una vez más—. Me equivoqué a los veintidós años, debería haber seguido con Asier. Nos separamos por mi cabezonería y perdí seis años a su lado, seis años que habrían cambiado mi vida. ¿Por qué fui a Suances en agosto?

—Porque necesitabas recuperarlo, ya no podías más con la presión que tu madre ejercía en ti y el tonto de Nando, que actuaba como el perro del hortelano. Pero no era ése tu destino. Tu destino fue conocer a Sergio, descubrir que se puede amar de más formas, tantas que es incalculable. Tú ya no eras la misma que cuando dejaste a Asier tan joven y Sergio fue perfecto para ti. Nunca te vi tan feliz y tan encaminada como cuando estuviste con él.

—¿Ves? Acabé estropeándolo. Desconfié de él. ¿Por qué no me dijo que estaba casado?

—Porque si te lo hubiera dicho te habrías lanzado a los brazos de Asier mucho antes de lo que lo hiciste, por eso mismo. Sergio es un hombre que piensa las cosas, no es impulsivo, quería hacerlo bien. ¿Acaso no oíste lo que te dijo en el tanatorio?

—¿El qué?

—Que si él no sabía transmitirte lo que te amaba, tampoco era merecedor de ti.

Me quedé en silencio, secándome las lágrimas, apoyada en su pecho y manchándole la blusa de máscara de pestañas.

—Por mucho que intentes evitar el sufrimiento, la vida acaba alcanzándote de una forma u otra —musité vencida.

—Y en ello está también la belleza de la propia vida, Livia, algo que todavía no has entendido, que hay que sufrir para apreciar la felicidad —replicó Marta suspirando—. Para Sergio fue tan complicado como para ti. Él guardaba el secreto de su matrimonio y tú compartías mucho más que un simple pasado con Asier. Y al final todo estalló. Él intentó demostrártelo de muchas maneras, de tantas que tú optaste por cerrarle tu corazón. No querías

verlo, pero era así. Estuvo pendiente de ti desde el principio hasta el final — prosiguió.

—Se ha ido, ¿verdad? —inquirí levantando la vista hacia su rostro.

—Sí, Livia. Esta vez se ha ido definitivamente. Creo que ya has machacado su orgullo lo suficiente. Ningún otro habría tenido esa resistencia, te lo juro. Ahora eres libre para empezar de nuevo, que era lo que querías. Al final también te ha dado tu libertad.

—No sé si seré capaz de superarlo —dije escociéndome cada palabra de ella, sabiendo que eran ciertas, que lo había perdido como había perdido a Asier y la única culpable era yo.

—Entre todos te ayudaremos, Livia —murmuró acariciándome el pelo con ternura—. Y el verano acabará llegando de nuevo —finalizó.

Capítulo 24

No me pidas marzo en febrero

Un año antes había realizado el mismo trayecto desde Madrid a Suances con la única e inamovible decisión de escribir durante un mes el epílogo a los seis años más duros de mi vida. La vida, por supuesto, tenía otros planes. Y, aparte de descubrirme que nunca podría ser la Livia que había desaparecido una tarde en Fuerteventura, me mostró que no puedes huir del dolor, pues éste acaba atrapándote lo quieras o no. De una forma u otra, si pone el objetivo en ti, jamás podrás esquivarlo. Puede que sólo te roce, o puede que te arrolle sin misericordia, dejándote aún más rota de lo que estabas cuando empezaste el viaje. El tiempo tiene el poder de apaciguarte, de calmar las heridas abiertas que se van cerrando con lentitud, quedando las cicatrices, perceptibles únicamente para aquellos que hayan sufrido lo mismo que tú. Pero el tiempo, en realidad, únicamente tiene cura con más tiempo, que va adormeciendo los recuerdos, difuminándolos hasta convertirlos en siluetas borrosas, pese a que en ocasiones resurgen con ímpetu cercenándote el espíritu. Aunque para entonces tú ya te has fortalecido y eres capaz de luchar contra ellos o dejarte abrazar por la melancolía como consuelo. Es tu elección, lo único libre y que nos pertenece a nosotros.

Aquel epílogo quedó inconcluso, unas páginas en blanco. Y, siendo completamente sincera, cuando ya llegaba a mi destino, no tenía ni la más remota idea de cómo haría para escribirlo. Lo único cierto es que había una persona que se merecía que lo finalizara. Por él. Por mí. Por nosotros.

Después de aparcar el coche bajo el techo de uralita, me quedé unos instantes admirando el trocito de aquella tierra que ya era exclusivamente mío,

impregnándome de los rayos de sol y de la suave brisa húmeda que dejaba la sensación de estar respirando sal. Sonreí valiente, tan valiente como había llegado a ser gracias a la ayuda de un puñado de personas que no me abandonaron cuando yo más rogué que lo hicieran. Abrí la puerta, temiendo en parte el impacto de la memoria de los que allí estuvieron, vivieron, rieron y discutieron. Sin embargo, respiré hondo, aparté las sábanas que cubrían los muebles y empecé mi letárgica labor de limpieza anual.

—Ya estoy de vuelta, Asier —murmuré en el centro del salón. Y supe, sin lugar a dudas, que él, dondequiera que estuviese, también me sonreía.

Cogí una escoba y me dirigí a la terraza. Estaba barriendo cuando una voz me interrumpió. Levanté la vista y saludé a Violeta.

—¡Hola!, ¿cómo estás?

—Yo, bien. ¿Tú? Me enteré demasiado tarde de lo que le sucedió a Asier y me habría gustado venir...

—Tranquila, agradecí tu llamada. Fue duro, pero en fin... —Se me quebró la voz y carraspeé.

Ella, por primera vez desde que la conocía, mostró la delicadeza necesaria desviando el tema.

—Hace un par de semanas me encontré con tu padre y con Rebeca. Tienes una hermana preciosa.

—Lo sé. Acabo de pasar con ellos unos días. Lucía es un pequeño diablillo que les va a dar muchas alegrías, y espero estar presente en su vida a partir de ahora que he regresado a Madrid. Por cierto, gracias, Violeta.

—¿Por qué? —preguntó ella desconcertada.

Lo que tanto ansías no suele aparecer de la manera en que lo esperas. Y yo, tras aguardar, mientras me recuperaba, la tan deseada llamada de la comunidad autónoma para incorporarme a un nuevo trabajo, recibí con grata sorpresa una nueva oferta. Iba a incorporarme en septiembre en un instituto privado a las afueras de Madrid, en el que sustituiría a un profesor que se

jubilaba. Curiosamente, pertenecía a la orden religiosa en la que cursaban estudios las hijas de Violeta y Rodolfo.

—Porque sé que habéis tenido algo que ver con mi nuevo trabajo.

—Ah, eso... Ha sido Dios hablando por la boca de Rodolfo, que te ha visto muy necesitada.

No pude reprimir una carcajada.

—No lo fastidies, ¿eh?, que ya nos conocemos —me advirtió con una sonrisa pícaro.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que no sea así —le prometí.

—¡Oye! —exclamó de pronto—. Y tú, ¿qué haces en el apartamento si tu padre lo vendió el año pasado?

—Ahora es mío —le indiqué.

—¿Cómo que tuyo? Pues igual no estabas tan necesitada...

—Lo estaba, te lo aseguro, más de lo que me gustaba admitir. Digamos que ahora estoy intentando reconstruir mi vida.

El berrido de un bebé hizo que ella pusiera los ojos en blanco y yo la mirara extrañada. Sin darme tiempo a preguntar nada, entró con rapidez en el apartamento y salió en unos segundos con un pequeño desnudo en brazos.

—¡Es un niño! ¿Ves qué apéndice tiene? —exclamó mostrándomelo.

—Eh... —balbucí sin saber qué contestar—. ¿Es vuestro?

—¡Pues claro que es nuestro! Se llama Mario. ¡Un niño! Por fin un niño, a la cuarta, pero lo hemos conseguido —presumió mientras el bebé me miraba intrigado, metiéndose un puño en la boca.

—Me alegro por vosotros —afirmé con una sonrisa verdadera.

—Y yo, ¡qué vueltas da la vida, ¿verdad?! —

—Sin duda.

—Bien, me voy a darle la merienda, y tú no escarbes mucho en los tiestos, no vaya a ser que encuentres algo que no te guste —me señaló despidiéndose.

—¿Como... qué?

Pero ella ya había desaparecido en el interior, dejándome a mí con la

sonrisa puesta y cabeceando.

Una media hora después había terminado de recoger, así que me preparé algo para comer y me duché con calma. Con el pelo todavía húmedo, me puse una blusa de tirantes azul eléctrico y un vaquero desgastado tobillero y me calcé unas sandalias planas con tiras de cristales Swarovski. Me di un último retoque frente al espejo del baño haciendo una mueca a mi reflejo. Si hubiera tenido a Marta a mi lado me habría dicho que incluso parecía una persona normal, ya que había conseguido disimular mis perennes sombras oscuras bajo los ojos y darle algo de color a mi rostro.

Con un suspiro alentador, salí camino de la playa cuando caía la tarde con intención de pasarme por la escuela y también ver cómo estaban Lucas y Diego, que habían decidido hacerse cargo del negocio cuando falleció Asier. Al traspasar la vieja puerta de madera, me quité las gafas de sol y me las puse como diadema, adecuando la vista a la penumbra y esperando a que Lucas terminara de atender a una pareja joven que acababa de apuntarse a un curso. Paseé por el pequeño espacio, fijándome en las paredes, hasta que reparé en una foto enmarcada en la que estábamos Asier y yo. Él me sostenía sobre sus hombros mientras yo lanzaba un grito al aire sujetando la medalla. Ya ni recordaba cuándo había sido tomada. ¿A los dieciocho, veinte años? Su rostro, siempre amable, sonreía mostrando su perfecta dentadura y sus ojos brillaban de excitación. Tenía el pelo revuelto por el viento y yo tiraba de él haciendo equilibrios para no caerme. La piel tiene memoria y mi piel hormigueó porque pude volver a sentir el grosor de su cabello suave entre mis dedos. Reprimí un gemido de dolor y desvié la vista. Lucas estaba observándome con una media sonrisa.

—Has venido —dijo saliendo de detrás del mostrador para darme un abrazo.

—Te dije que lo haría —le contesté, secándome una lágrima furtiva.

—Pensé que te faltaría valor, pero veo que estamos recuperando a Livia *la Temeraria*.

—Huy, no, eso quedó atrás. Digamos que ahora soy Livia *la Aburrida*.

—Nunca serás aburrida —afirmó ya con una sonrisa abierta.

—Dime, ¿qué tal te va? —pregunté cambiando de tema.

—Bien, Asier lo tenía todo perfectamente organizado y, aunque creí que nunca acabaría en el lugar que me vio nacer, soy bastante feliz aquí. Marisa está embarazada, tendremos un niño a finales de año —confesó algo avergonzado.

—Ey, ¡enhorabuena! Es una gran noticia.

—Sí, creo que lo necesitábamos. La muerte de Asier nos dejó devastados.

—Lo sé, y él estaría encantado. ¡Dios mío! Lo habría mimado hasta el agotamiento. Su primer regalo habría sido una tabla de surf —le aseguré.

—Es verdad, habría sido el mejor tío de todos.

El silencio nos acometió de improviso, llenándonos de tristeza. Tuve que elevar la vista y carraspear para que las lágrimas no me pusieran en evidencia. Lucas lo notó y cogió las llaves de la furgoneta aparcada en la entrada.

—¿Te apetece venir a ver cómo acaban los junior el entrenamiento en Los Locos? —sugirió.

—¿Estáis pensando presentaros a algún campeonato? —pregunté siguiéndolo.

—Hay algunos muy buenos en los sub 18, me gustaría que me dieras tu opinión. En esto eres mejor que yo.

—No hay problema —le contesté subiéndome al asiento del acompañante.

Me comentó durante el corto trayecto quiénes eran los posibles candidatos y aparcó próximo al faro de la Punta del Torco. Nos acercamos caminando hasta la bajada a la cala, mientras me señalaba con el dedo el grupo de su club. Me detuve de improviso hacia la mitad del descenso y los examiné bajándome las gafas de sol. Era imposible no verlo, ni a esa distancia ni a ninguna. Destacaba por su apostura autoritaria, de comandante, a la orilla del mar dando instrucciones.

—¿Está él aquí? —inquirí con un hilo de voz, pese a que ya sabía la

respuesta. No había contado con ello, pensé que tendría algo más de tiempo para preparar el encuentro.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé —contestó Lucas encogiéndose de hombros—. Se presentó al principio del verano y me pidió trabajo. Es uno de los mejores monitores que tenemos, los pequeños lo adoran y los mayores lo respetan.

—Y las féminas lo adulan —continué viendo cómo una de las candidatas se acercaba a él sonriéndole de forma explícitamente sensual.

—También, pero son mayores de edad, yo ahí no puedo meterme. ¿Te molesta?

—No, claro. Eso quedó atrás. Es pasado —murmuré, y seguí caminando.

Ya no había escapatoria posible y yo misma me había metido en ello. Puse la espalda recta y me acerqué a Sergio. Le debía muchas cosas, entre ellas, varias disculpas.

—Hola —lo saludé dejándome las gafas puestas para que no viera lo que de verdad escondían mis ojos.

Él se volvió sorprendido y cambió su gesto a uno de sobria cordialidad.

—Hola, Livia —respondió con voz átona, para volverse acto seguido hacia los que permanecían en el agua—. ¡Así no, Macarena!, ¡con más impulso!

Di un paso atrás cohibida y sentí que sobraba en aquella playa.

—¿Tienes un momento? —inquirí intentándolo de nuevo.

—¿Es urgente?

—No, claro que no.

—Termino dentro de unos minutos.

—Esperaré aquí —murmuré sin haber recibido ni una mirada suya en ese breve intercambio de frases.

Me entretuve en fijarme en aquellos que Lucas consideraba posibles candidatos, entre ellos, la chica que se llamaba Macarena, que le había sonreído a Sergio con algo más que complicidad. Suspiré con resignación,

¿quién era yo para sentir celos? No tenía ni el más mínimo derecho a ello después de todos los desprecios que le había hecho en los últimos meses.

Tras finalizar, Sergio le cogió la tabla a Macarena y se dirigieron juntos hacia el camino que escalaba las rocas del acantilado. Lucas me miró y me hizo un gesto con las manos para que los siguiera. Dudé un segundo, aunque le hice caso.

—¡Livia! No sabía que habías venido —exclamó Diego, alcanzándome.

Me paré recuperando la sonrisa. Él me pasó un brazo por los hombros y me empujó tras la pareja formada por Sergio y Macarena, con la disimulada intención de no perderlos de vista.

—Aquí estoy —contesté dándole un rápido beso en la mejilla.

—¿Te quedas mucho? —preguntó.

—Unos pocos días.

—¿Y te dará tiempo para pasar un rato con un viejo amigo?

—Si ese viejo amigo eres tú, tengo todo el tiempo del mundo —le aseguré.

Llegamos al borde de la carretera todavía sonriéndonos.

—Vamos a tomar algo, ¿te apuntas? Sergio invita.

—Por supuesto —contesté.

No obstante, Sergio, que se había detenido junto a la furgoneta, se volvió con gesto adusto y por fin me miró. Aunque preferí que no lo hubiera hecho.

—Es una reunión de los miembros de la escuela. Livia, si todavía quieres hablar conmigo, puedes esperarme aquí, me cambio y estoy contigo en cinco minutos.

—Eh, tío, Livia es miembro honorífica, no te pases —me defendió Diego.

—Diego, no te metas —bramó Sergio.

—No, Sergio, me meto porque me compete. Hay mil maneras de sobrellevar el duelo, y no todas son correctas. Estás siendo injusto con ella y no se lo merece.

Sergio nos fulminó con la mirada y se metió en la parte trasera, llevándose su tabla y la de Macarena.

—Déjalo, Diego, está bien así —murmuré intentando no mostrar lo que me había herido Sergio con sus palabras—. Gracias por intentarlo, en parte tiene razón, no sabes cómo llegué a comportarme con él.

Diego resopló disconforme y siguió a Sergio al interior de la furgoneta, mientras las chicas se quitaban los trajes de neopreno, bajo los cuales llevaban el bikini, y se los daban a Lucas, que los iba guardando. Poniéndose una camiseta o un pareo, cogieron sus mochilas y se alejaron entre risas hacia el bar.

Resignada y con la sensación de que mi tiempo directamente había caducado, me dediqué esos cinco minutos a ayudar a Lucas cargando las tablas.

—¿Qué te han parecido? —inquirió.

—Macarena es la mejor, sin duda, bastante impulsiva, todavía tiene que controlar los *tempos*.

—¿Has dicho impulsiva?

—Sí.

—No sé por qué, pero creo que me recuerda a alguien...

Le propiné un pequeño empujón con el hombro y sonreí.

—Hasta en colarse por los monitores que le sacan más de diez años —musité con añoranza.

—Sí, también en eso —masculló Lucas rascándose la barbilla.

El salto de Sergio al suelo de grava nos interrumpió; se había vestido con un bañador negro y una camiseta blanca con el emblema de AC/DC. Apartándose el pelo del rostro, ya que le había vuelto a crecer bastante, me enfocó. Ladeó el rostro y se pasó la mano por la barba descuidada, con lo que yo no pude evitar una sonrisa de satisfacción al recordar nuestra conversación cuando él estaba en Nueva Zelanda. Sonrisa que se me borró al instante al notar su mirada acerada fija en mí, sin parpadear. Seguía dejándome sin aliento, aunque esta vez no era en sentido figurado.

—Tú dirás —comenzó cruzándose de brazos.

—Quería... quería pedirte disculpas por mi comportamiento en...

—¿En Madrid?

—Sí.

—¿En el tanatorio?

—Sí.

—¿En Edimburgo?

—Sobre todo ahí —musité.

—Disculpas aceptadas. ¿Es todo? Tengo algo de prisa —replicó cerrando las puertas traseras de la furgoneta una vez se hubieron cambiado Diego y otro joven surfista. Dio un golpe para avisar a Lucas, el cual se había escabullido previendo un conflicto hasta el asiento del conductor, de que ya podía regresar a la escuela y guardar el material.

—Bueno, no es todo, pero..., nada, no quiero molestarte —murmuré girándome, siguiendo con mis pies la pequeña estela de polvo que había dejado la furgoneta sobre el camino de tierra.

—De eso nada, Livia, tú nunca molestas —gritó Diego corriendo hacia mí. Me sujetó de la mano y le lanzó una mirada desafiante a Sergio, que cedió examinándome ceñudo.

Sergio caminó delante de mí, obviamente ignorándome a propósito, junto con el joven alumno. Diego y yo los seguimos hasta acomodarnos en la mesa en la que ya estaban las chicas. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que nunca antes me había sentido más fuera de lugar. Pedí una cerveza, algo incómoda, y me mantuve en silencio dejando que los demás hablaran. El hecho de que yo acabara con Sergio sentado a mi izquierda, haciendo continuas bromas con Macarena, tampoco fue de mucha ayuda.

—¿Quién es ésta, Sergio? —le preguntó la susodicha.

Él enarcó ambas cejas y sonrió de manera sesgada. Lo odié de forma visceral por dedicarle a ella lo que a mí me había prohibido, que era todo su encanto personal.

—Se llama Livia —contestó.

—¿Y no es un poco mayor para empezar con el surf? —ironizó la dichosa metomentodo.

Y ahí saqué a relucir la déspota que toda mujer lleva en su interior.

—¡Hola! Puedes hablarme a mí, ¿sabes? No soy un avatar. Y, no, bonita, no estoy interesada en apuntarme a clases de surf —le aclaré.

Sergio reprimió una sonrisa y frunció los labios sacando su móvil del bolsillo. Lo manipuló y le mostró las imágenes que aparecieron en pantalla. Era yo en una competición que gané. Macarena las miró concentrada y después silbó.

—Uau —musitó.

—Es Livia Roma, si no conoces su nombre cuando tu propósito es competir, vas por el camino equivocado, ya que los saltos que hemos estado practicando estos días ella los hacía ya a los doce o trece años. Sólo te voy a decir una cosa: si llegas a ser la mitad de buena que es ella, serás afortunada —determinó Sergio guardando su teléfono.

—Lo siento, tía. No sabía que eras *esa* Livia. ¿Vuelves a estar en activo? —preguntó Macarena.

—No, ya soy demasiado mayor —repliqué, y conseguí que Sergio esbozara una sonrisa ladeada.

—Yo tengo otro mejor —intervino Diego, y nos mostró a todos un nuevo vídeo.

Al principio sonreí, puesto que lo recordaba a la perfección. Fue un corto viaje a Múnich, en el que probé la ola invertida del río Eisbach. Lo que me dejó helada fue oír una voz muy familiar de fondo: «Joder, Diego, que lo va a conseguir, ¿has visto cuánto tiempo lleva? Livia es increíble».

Tragué saliva y empalidecí, removiéndome en el asiento. Ninguno de los presentes, excepto Sergio, se dio cuenta de mi disgusto.

—Pulverizaste el récord —comentó Diego sonriente.

—No fue nada, tres días después me lo quitó un americano —contesté, y me quedé en silencio mientras el vídeo se reproducía una y otra vez de mano en

mano—. Diego, ¿tienes más? —le pregunté de pronto cuando el teléfono llegó de nuevo a mí.

—Espera, que... —musitó él, pero yo ya estaba buscando en la memoria de su móvil.

Sonreí ante un vídeo en el que le sacaba la lengua exclamando: «¿Por qué estás siempre grabándome? ¿Acaso soy tu pasatiempo favorito?». Levanté la vista y lo sorprendí mirándome sin parpadear, de un modo totalmente diferente de como yo lo recordaba.

—Oh, Diego... —murmuré.

—Sí, eras mi pasatiempo favorito. Ahora ya sabes la verdad —respondió él haciendo una mueca que contenía bastante tristeza.

Carraspeé ante los tensos murmullos y tosecillas recurrentes que recorrieron la mesa de lado a lado y agaché la cabeza cuando de modo aleatorio comenzó a reproducirse otro vídeo.

—A ver —intervino Macarena con inusitada curiosidad, observándonos a Diego y a mí de reojo.

—Ése es uno de una cena en la escuela —aclaró él destensando el ambiente—. Acababais de regresar de Tailandia, donde quedaste segunda. ¿Lo recuerdas?

—¿No fue cuando celebramos mi cumpleaños?

—Sí.

—Reprodúcelo desde el principio, así lo vemos todos —lo instó Macarena, de repente muy interesada en mi persona.

—Claro, no hay problema —afirmó Diego dejándolo en el centro de la mesa para que pudieran verlo.

Las imágenes no eran muy nítidas y, además, Diego parecía tener problemas de estabilidad, pero se apreciaba el interior de la escuela, la mesa puesta para una docena de amigos y el rostro de cada uno de ellos. Lucas sacó una tarta de cumpleaños de chocolate con veintidós velas y yo, sentada al lado de Asier, me levanté y soplé con fuerza, apagándolas todas. Se produjo un estruendo y

comenzaron a cantarme un *Cumpleaños feliz* desafinado, aunque pasional. Reí y miré a Asier, el cual se había levantado con una copa de cava en la mano para hacer un brindis. Los llamó al orden y logró el control del gallinero con una mano alzada.

—¿Me permitís que diga unas palabras? —comenzó guiñándome un ojo. Yo enrojecí y me tapé la cara.

—¡Que hable! ¡Que hable! ¡Que hable! —corearon todos.

—Bien, seré breve, sólo quiero felicitar a mi preciosa novia, Livia, por su estupenda actuación en Tailandia, por llenar mi vida de una explosión de alegría tan intensa como las burbujas de este cava. Y, no —continuó mirándome con esos ojos oscuros que traspasaban mi alma, se pasó la mano por el pelo fingiéndose nervioso y sonrió con amplitud—, no te pediré que te cases conmigo. —Se oyó un «ohhh» muy sentido por parte del público y un «idiota» que provenía de mí—. No lo haré porque ya lo he hecho de mil maneras y tú siempre has fingido no entenderlas. Livia, mi amor, eres la reina del escapismo matrimonial. Debo confesar que soy feliz porque he amado de forma completa y profundamente a una única persona siempre, siendo tan afortunado de ser correspondido. Así que, Livia, sólo te diré una cosa, permaneceré a tu lado cada día de nuestras vidas, así como sé que tú lo harás al mío. —Hizo una pausa demoledora, creando tensión, y finalizó—: Y esto es tan cierto como que sé que, aunque muera, jamás podré olvidarte.

El vídeo terminó en esa parte y un turbio y pesado silencio cubrió la mesa. Reprimí un sollozo y me levanté de forma torpe.

—Perdona, Livia, no recordaba que... —murmuró Diego cariacontecido.

—No... no importa —logré decir antes de que se me rompiera la voz.

—¿Tú eras la novia de Asier? —preguntó Macarena mirando a sus amigas consternada.

—Disculpadme —musité recogiendo mi bolso para salir trastabillando de la pequeña terraza.

No lloraría. No lloraría. ¡No iba a llorar!

Sergio me alcanzó con rapidez y me entregó un pañuelo.

—Gracias —mascullé—. No es necesario que me acompañes, creo que Macarena se va a sentir muy sola sin ti. Le gustas.

—Puede..., pero es que a mí me gusta otra mujer. Creo que ya se lo he dejado claro un par de veces —comentó con indiferencia caminando a mi lado—. ¿Estás mejor? —inquirió pasados unos minutos.

Asentí con la cabeza, sin fuerzas para hablar, aunque tenía que hacerlo. Se lo debía.

—No te merecías la forma en la que te traté, fue inaceptable por mi parte, y entiendo que me odies. Hasta sería un consuelo —murmuré.

—No te odio, al contrario.

—Y debo darte las gracias por muchas cosas —proseguí sujetando el pequeño bolso en mi mano con fuerza mientras continuaba caminando a buen ritmo.

—¿Por cuáles?

—Por salvarme la vida cuando hice esa idiotez de tirarme para estar con las cenizas de Asier.

—No hay de qué, lo habría hecho una y mil veces. Además, así compensaba que casi te mato yo por no haber revisado los aparejos de *Mar de Estrellas*.

—Eso no fue culpa tuya, y lo sabes. Y también, también por haberme regalado una vida. Eso fue... extraordinario.

—No fue nada importante, hice lo que tenía planeado hacer desde hacía tiempo. Se retrasó y quizá no fui oportuno, pero mi intención al comprar el apartamento era cedértelo, y tuve que esperar a que Harold Shelby publicara un nuevo libro.

—En noviembre sale a la venta *Nocturnae*.

—Lo sé, somos parte del equipo jurídico de la editorial. También eso tardó más de la cuenta. Si hubiera podido solucionarlo todo antes de Navidad...

Lo detuve levantando una mano, sabiendo que él se sentía en parte culpable

de la muerte de Asier. Había circunstancias en la vida que no se podían evitar, hicieras lo que hicieras.

—Y también tengo que darte las gracias por perseguirme, por no abandonarme y pedirme que regresara a ti.

—No funcionó, está claro que no te encontré. Aunque fue un alivio saber que no te había pasado nada. —Se quedó en silencio un instante, pasándose la mano por el mentón—. ¿Cómo sabes que te pedí que regresaras a mí?

—Te oí, estaba escondida en un *close*, un callejón de la Old Town, pasaste un par de veces por delante y no me viste. No quería que me vieras así, ni siquiera era una persona.

—Livia, cariño...

—Y hay más —lo interrumpí.

—¿Más? —preguntó deteniéndose para ofrecerme una sonrisa sesgada. Una sonrisa que acariciaba mi corazón y lo obligaba a latir con fuerza como nunca nadie lo había hecho. Ni siquiera Asier había tenido ese poder. ¿Cómo lo había olvidado? ¿Cómo había podido ser capaz de negármelo a mí misma?

—Sí. Gracias por todas y cada una de las canciones que me enviaste al teléfono. No te olvidaste ni un día. Nuestras canciones, otras nuevas, con mensajes encriptados, con declaraciones, con frases inolvidables.

—Livia... —murmuró secando mis lágrimas con sus manos ásperas. Unas manos grandes de dedos largos, con fino vello rubio.

Nos miramos de nuevo y esboqué una tímida sonrisa.

—*Marzo en febrero*.

—¿Cómo? —inquirió extrañado.

—Por fin he encontrado la banda sonora para nuestra historia, la última canción que me enviaste, la de Marlon.

—¿Y estás dispuesta a escribir los capítulos finales que serán el comienzo de una nueva vida como te propuso Harold?

—Había venido con esa intención, pero tendré que improvisar, no sabía que estabas aquí.

—¿Me habrías llamado, al menos?

—Sí, por eso iba a estar aquí unos pocos días, porque pensaba que tú seguías en Madrid. Necesitaba un tiempo para aclarar mis ideas y recuperarme.

—Así que verme aquí para ti ha sido... ¿bueno o malo?

Me detuve observándolo. Quise sonreír, decirle todo lo que mi mente había escrito pero que mi pluma no había transcrito en las páginas todavía en blanco. Aunque seguía teniendo miedo a dar el paso equivocado y recaer. Y él acabó comprendiendo que había necesitado aquellos meses para entregarme sólo a mí misma, puesto que profirió un suspiro tras la siguiente frase que pronuncié:

—Ya he llegado.

Elevó la vista hasta el imponente edificio y terminó asintiendo, en una sincera y silenciosa aceptación.

—Te acompaño hasta la puerta, de todas formas tengo que subir al pueblo, allí es donde vivo.

—¿Otra habitación alquilada?

—A Diego —confirmó resoplando.

Nos paramos en la escalinata sin saber qué hacer, ni tampoco qué decir. Estaban dados los agradecimientos y expuestas las disculpas. Él se había convertido en un hombre paciente y yo empezaba a entender que la bulliciosa locura que me acometía en golpes inconstantes desde mi adolescencia se había transformado en una tranquila serenidad ante el futuro.

—Nos veremos por aquí, ¿no? —comenté.

—Cuando tú quieras, Livia —concluyó alejándose.

Entré en el apartamento y me preparé una cena frugal, que comí mientras comprobaba en el teléfono una web especializada en alquileres en la zona de Madrid que me interesaba. Después cogí una cerveza, el libro de Harold Shelby, que todavía no había leído, y me dirigí a la terraza. Acababa de salir cuando oí el timbre de la puerta. Abrí con el ceño fruncido por el cambio de planes, que se transformó en una sonrisa al ver a Sergio.

—¿Sucede algo? —le pregunté viéndolo pálido y extrañamente nervioso.

—Dijiste que ya nos veríamos, bueno..., a mí me apetecía verte. ¿Es un mal momento? —respondió con voz ronca.

—Pasa, iba a la terraza a leer. ¿Quieres una cerveza? —inquirí abriendo el frigorífico.

—Me vendría bien, sí —concluyó cogiéndola y bebiéndose casi todo su contenido de un solo trago.

Lo miré inquisitiva y también con diversión. Nunca lo había visto tan inquieto. Tal vez me había equivocado al suponer que el tiempo transcurrido lo había convertido en alguien menos impetuoso.

—Verás —comenzó—. Soy yo quien tiene que disculparse. Fui bastante poco sutil al hablarte de África y Sandra en el tanatorio, pero quería dejarte claro que entre ella y yo no había nada, por si había algún malentendido, y tenía que hacerte entender que, aunque me sorprendió gratamente ver a Sandra, no sentí ni una pizca del deseo y la quemazón en mi interior que siento contigo.

—No tiene importancia —murmuré.

—Sí, la tiene. Yo... —Se pasó la mano por el pelo y yo reprimí una sonrisa al ver su expresión tan angustiada—. África siempre me ha dicho que soy un desastre a la hora de ligar. ¿Puedo utilizar esa palabra? No, no es la correcta. ¿Conquistar? ¿Enamorar, tal vez? En fin, que soy un completo inepto a la hora de conseguir que una mujer se fije en mí. Y, desde luego, ahora lo estoy demostrando, ¿no?

Estuve a punto de soltar una carcajada ante el chorro de preguntas, contestaciones, vacilaciones y pausas.

—No eres un desastre, Sergio. Es probable que se deba a que nunca has necesitado seducir a una mujer: con mostrar tu maravillosa sonrisa, ellas ya caerían ante ti obnubiladas. Ley del mínimo esfuerzo, creo que lo llaman.

—¿En serio me ves así?

—¿Crees que no eres así? Dime, ¿cuánto te costó llevarte a la cama a Sandra?

—Eso fue muy sencillo, sólo quería acostarse conmigo para compararme con mi hermano. Luego me eligió a mí porque era más fiable. Y después quiso volver porque comprobó que con Iván no tenía futuro. Comportamiento que demuestra todo lo que te he dicho.

—¿Y tus anteriores relaciones?

—Pues... —Se quedó en silencio y abrió los ojos como si descubriera en ese momento quién había sido.

—¿Ves? A eso me refiero, no sólo eres atractivo, tienes algo más, algo que atrae a las mujeres y a los hombres por igual. Tienes carisma, talento y, además, un gran corazón. Aunque me temo que en tu adolescencia recibiste muchos mensajes con la palabra *cabrón* en el móvil. ¿Me equivoco?

—No, es verdad —musitó contrito, y yo ya no pude aguantar más la risa.

—¿Otra cerveza? —sugerí.

—Gracias. ¿No tendrás algo más fuerte? No sé, una máquina que haga que borre todo lo que he dicho antes, por ejemplo.

—No, pero puedo fingir que lo he olvidado.

—Gracias —repitió con una media sonrisa—. ¿Salimos a la terraza?

—Claro, hace una noche estupenda, aunque el oído de Violeta también lo es.

—Los he visto irse hace unos minutos, van a llevar a las niñas a un espectáculo en la playa o algo así, en Noja.

—¿Desde cuándo estabas en la puerta?

—No he llegado a irme —aclaró carraspeando—. ¿Nos sentamos?

Sonreí y me senté en una tumbona, dejándole la otra a él.

—Me he dado cuenta de que no sé casi nada de ti —murmuré tras unos minutos callada, reconociendo que me sentía cómoda en su presencia, tan cómoda como si nunca nos hubiéramos separado.

—¿Qué quieres saber? —inquirió él mirándome de soslayo.

—¿Cómo empezaste en el surf?

—En Razo, siendo un niño. Mis padres tienen una casa cerca de allí, en La

Coruña, y solíamos ir en verano. Cuando crecí siempre dejaba al menos un mes para practicarlo.

—Eres muy bueno, podrías haber llegado a profesional.

—Eso habría matado a mi padre. ¿Un surfista y un estafador internacional?

Sonreí porque vi que ya no lo afectaba tanto el hablar de su hermano. Él también estaba curando sus heridas.

—¿Y por qué has venido aquí este verano? No necesitas trabajar de monitor.

—Vine porque tenía la esperanza de verte, de que te atrevieras a volver. Y trabajar de monitor me gusta; si soy sincero, me gusta más que mi propio trabajo.

—¿Qué hiciste en Ámsterdam?

—¿Durante el año que me tomé sabático?

—Sí, antes de conocerme. Bueno, aparte de recorrerte todos los *coffee shops*, algo harías, ¿no?

—No me gusta la marihuana, pero estaba muy jodido, Livia, más de lo que aparentaba. Además, ya sabes que se la di a Violeta. Pero, sí, allí trabajé casi todo el año.

—¿Dónde?

—En un invernadero de tulipanes.

Lo miré con los ojos abiertos y prorrumpí en estruendosas carcajadas, doblándome sobre mí misma.

—¿Tú, en un invernadero? —balbucí hipando entre risas.

—Sí, de tulipanes —confirmó él con seriedad—. Por si no lo sabes, los tulipanes tuvieron una gran influencia en la economía europea de mediados del siglo XVII, cuando, debido a su alto coste e inflación, confluyeron en la primera burbuja bursátil, por simplificarlo.

—Ay, Dios..., ¿me estás hablando de burbujas bursátiles de hace más de tres siglos y de tulipanes? No me lo puedo creer —murmuré doliéndome el plexo solar de tanto reír.

—No le veo la gracia —masculló él, aunque sonrió de lado.

—Es que es tan extraño que tú..., precisamente tú..., trabajaras en... —No pude continuar, la imagen mental que tenía de él en ese momento, con un pañuelo en la cabeza, delantal y agachado entre bulbos de tulipanes, consiguió que me atragantara de tanto reír.

—Necesitaba un trabajo lo más alejado posible del mío y que me dejara la mente en blanco. Te juro que ahora entiendo que la afición más popular en Inglaterra sea la jardinería —continuó.

Dejé de reír y lo miré con inmensa ternura, recibiendo otra sonrisa mucho más resplandeciente que la mía.

—Me alegra verte reír, aunque sea de mí. No sabes cuánto me alegra —musitó.

—Durante meses pensé que nunca volvería a hacerlo —le confesé respirando hondo.

—¿Lo sigues amando, Livia? —inquirió.

—No se puede dejar de amar, así como no se puede amar a quien no quieres. Sí puedes acostumbrarte, obligarte a ello, pero con Asier no deseo eso. No se lo merecía. De una forma u otra, Asier siempre estará dentro de mí y consigo se llevó un pedazo de mi corazón. Es parte de mi pasado, de mi vida. Sí, lo amo y lo amaré siempre, aunque como un recuerdo. Es todo lo que me queda de él. Lo que fuimos —contesté, esforzándome porque las lágrimas de risa no se transformaran en lágrimas de tristeza.

—¿Y a mí? ¿Qué sientes por mí? —preguntó reuniendo el coraje necesario.

—Eso es mucho más complicado —suspiré—. Con Asier tuve que luchar cada día para ser perfecta ante él; a ti no quería ni gustarte, bueno..., puede que lo quisiera, pero sólo por el ego femenino. Sin embargo, me enamoré lentamente, hasta tal punto que me aterrorizaba perderte cuando vieras cómo era en realidad, con todos mis demonios internos, y te intenté alejar. Ahora entiendo que lo de verte con Sandra fue la excusa perfecta que mi corazón

buscaba para gritarme que te olvidara, que ella había ganado. No obstante, no lo conseguí.

—Livia, te amo tal y como eres. Si fueras perfecta, acabaría aborreciéndote, son tus imperfecciones las que te hacen tan especial como imprescindible para mí. Y tienes que saber una cosa: Sandra no me partió por la mitad, fue la traición de mi hermano. Después de ocho años, nuestro matrimonio ya no funcionaba.

—¿Por qué?

—Porque yo quería algo que ella no quería darme.

—Querías hijos.

—Sí, no demasiados, pero sí, creí que habíamos llegado a una edad en la que teníamos todo lo que podíamos desear y los niños culminarían eso. Pero ella se negaba una y otra vez. Ansiaba más el poder de dominarnos a los dos y de conseguir sus triunfos que lo que yo le ofrecía. Lo que me jodió del todo fue que no fuera sincera desde el principio, saber que había perdido ocho años de mi vida con una persona que no me quería a mí, que, en realidad, no quería a nadie salvo a sí misma.

—Vaya, hasta en eso eres perfecto. Hablas de ella con respeto cuando no deberías.

—Lo dices como si ser perfecto fuera un defecto.

—Al contrario, lo llevas muy bien, no creas —afirmé sonriendo.

Nos miramos un instante y él desvió la vista hasta el anillo que circundaba mi dedo en la mano izquierda.

—Lo siento mucho, por ti, por los dos, Livia. Ni siquiera te lo dije cuando murió Asier. Estabais prometidos y...

—No, no lo estábamos —lo interrumpí, la melancolía retornando—. Sólo te lo dije porque quería que tú reaccionaras. Sí retomamos la relación, pero apenas nos vimos dos días. Horas antes de tener el accidente, rompió conmigo. Me dijo que no me amaba.

—Te mintió —afirmó con seguridad.

—Lo sé. Me mintió porque vio que, aunque lo quisiera, también te quería a ti, más que a él. Tenía su orgullo, pero fue leal hasta el final. Antepuso mi felicidad a la suya.

—¿Sabes? Lo envidiaba. Pensaba para mí: «¿Cómo va a quererme teniéndolo a él?».

—Pero el corazón no atiende a razones. Quise odiarte, Sergio —lo miré fijamente, con seriedad—, aunque no pude conseguirlo.

Carraspeó disimulando y bebió un largo trago de cerveza.

—Ya sé que es muy pronto, pero estos últimos meses han sido un infierno. Sólo quiero pedirte que me dejes estar junto a ti el tiempo que necesites para recuperarte. Yo tampoco necesito más. Creo recordar que soy un buen compañero de piso.

—¿Diego te ha echado? —bromeé mientras valoraba su propuesta.

—No quiero venir un día a buscarte y ver que has vuelto a desaparecer. Eso me mataría.

Me atraganté y lo descubrí mirándome. Nunca creí que las miradas tuvieran el poder de acariciar, pero sus ojos fueron como una ligera pluma que me recorrió la piel.

—No lo haré, aunque tengo que irme dentro de unos días. Necesito alquilar un piso en Madrid, he encontrado trabajo en un instituto.

—Yo vivo en Madrid —musitó—. Cuando me divorcié me compré un dúplex en el centro.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que tengo un par de habitaciones libres.

Me quedé unos instantes meditándolo, viendo cómo él se ponía más nervioso por momentos.

—¿Y si te digo que prefiero quedarme en la que ya está ocupada? —sugerí ladeando la cabeza.

Resopló para tranquilizarse y se mesó el pelo, que cayó igual de desordenado que lo tenía antes. Levantó la vista y me miró con esa forma

mezcla de canalla y tierna que poseía.

—¿Es muy pronto para arrodillarme con un anillo en la mano? —preguntó finalmente.

—Qué manía tenéis todos con que me case... —repliqué.

—Lo siento, no quería...

—Pero verte arrodillado no tendría precio —murmuré frunciendo el ceño

—. Y, teniendo en cuenta el tamaño del anillo, puede que...

—Te estás riendo de mí, ¿verdad? —inquirió con un deje de frustración.

—Un poquito —afirmé sonriendo.

—¿Tendré que emborracharte y secuestrarte?

—Sólo tienes que mirarme así el resto de tu vida para que yo te prometa el resto de la mía.

—¿Sigues riéndote de mí?

—Ahora hablo completamente en serio.

—Bien —dijo levantándose para inclinarse sobre mí. Lo examiné con curiosidad—. Estoy mirándote, mírame tú a mí, Livia, y verás lo que todavía no has querido ver.

—Ya lo veo —musité.

—Y, como estoy seguro de que no me vas a dejar formalizar con papeles nuestro amor, deberé pasar a la acción.

—¿Qué te propones?

—Voy a besarte, Livia, porque, ¿sabes una cosa? La primera vez que te besé, temblabas tanto que nuestros dientes se rozaron un milímetro y fue jodidamente increíble. En ese momento abriste los ojos y tropezaste con los míos. Fue cuando comprendí que, si sentía eso mirándote y rozándote los dientes, no quería ni imaginar lo que sería tocar el resto de tu cuerpo, oír tu risa y ver esos hoyuelos que me volvían loco. Fue cuando me enamoré de ti, hasta el punto de perder mi propio corazón. Así que voy a besarte, ¿preparada, Livia?

—¿Tengo opción a réplica? —murmuré sintiendo cómo mi cuerpo

despertaba de un largo letargo y se cubría de una ligera pátina de sudor por su cercanía. Mi vientre se contrajo en un espasmo de excitación.

—Se acabó el turno de preguntas —finalizó.

Con ternura, posó los labios sobre los míos y el fuego ardió hasta consumirnos. Nuestros dientes chocaron de nuevo y abrí los ojos para mirar los suyos, en los que por fin encontré al hombre con el que deseaba pasar mi vida entera.

—¡Mami, mami! ¡Que se están besando! —exclamó una voz de niña aguda ocultando las risitas.

—¡Chist, callaos, que nos van a pillar! —replicó Violeta.

Sergio y yo cabeceamos y sonreímos.

—¿No decías que estaban en Noja? —le pregunté.

—Habrán vuelto para no perderse el espectáculo.

—Menuda noche nos van a dar ahora éstos con la reconciliación de las narices, no vamos a pegar ojo —protestó Rodolfo.

Reí con Sergio hasta que las risas se convirtieron en algo íntimo y único. Al fin me cogió en brazos para llevarme a la habitación.

—Te amo —le confíé.

—Yo no sólo te amo, Hoyuelos. Para mí eres el infinito más tú.

—¿Sabes que eso es una ilógica matemática?

—¿Quién está hablando de cálculos? Yo estoy hablando de amor. Y eso es lo que significa para mí —explicó dejándome sobre la cama.

—Se lo has robado a Harold Shelby, ¿verdad? —inquirí cuando se tendió sobre mí.

Se mostró un poco avergonzado y me miró poniendo tal gesto de desamparo que ansié acunarlo entre mis brazos. Lancé una carcajada y él enterró su nariz en mi cuello, retemblándose también. Lo sujeté del pelo, levantando su cabeza, hasta que estuvo a sólo unos centímetros de la mía. Rocé la punta de mi nariz con la suya y suspiré contra sus labios.

—Te prometo seguir riéndome siempre contigo —murmuré.

—Te prometo que siempre conseguiré arrancarte una sonrisa —rebatíó—. Durante toda mi vida, aunque únicamente me dedique a eso. No volverás a llorar si no es por felicidad.

—Yo nunca lloro.

—No, cariño, ya lo sé.

—Vale. ¿Y ahora me vas a besar otra vez, por favor?

—Voy a hacer algo mucho mejor.

—¿El qué?

—Amarte fuerte. Sin pausa, sin descanso y sin flaquear. Tan fuerte que nuestro amor nunca podrá escaparse por ningún resquicio. Porque, ¿sabes una cosa, Livia?

—¿Qué?

—Esto no es el epílogo. Esto es el prólogo de nuestra historia.

Capítulo 25

*We wrote the story, we turned the pages. You changed the end, like everybody said you would**

Surgió en una conversación que tuvimos durante una cena en el pub que regentaban Alasdair y Ewan en las Highlands. En el tiempo transcurrido desde que Sergio y yo habíamos empezado a reescribir nuestra historia, también nos habíamos aficionado a viajar a Escocia con regularidad. Allí encontramos otra especie de familia que nos acogió sin preguntas y con sincero cariño. El pub estaba cerrado y los seis, puesto que también estaban Marta y Alicia, nos relajábamos degustando uno de los mejores whiskys que había probado nunca.

—Si me dicen hace unos años que ibas a cambiar tu preciada Hendrick's por su rival, no me lo creo —comentó Marta.

—Exagerada. Tampoco los he cambiado, sólo los intercalo —respondí, consiguiendo las risas de un ambiente ya caldeado por el licor.

—¿Y bien? —exigió Alicia—. ¿Ya habéis fijado la fecha?

Todas las miradas se dirigieron a Ewan y a Marta, puesto que conmigo ya se habían rendido y las insinuaciones de un futuro enlace habían desaparecido, aunque Sergio, siempre persistente, aprovechaba cualquier oportunidad para dejarlo caer.

—Me gustaría que fuera en verano —contestó ella.

—Yo, cuanto antes —replicó Ewan sonriendo ampliamente.

—No te reconozco, primo —dijo Alasdair palmeándole la espalda con brío, lo que ocasionó nuevas risas.

—Estamos ya en primavera —señalé yo.

—Sería el verano que viene, y también me gustaría... —miró a su

prometido con exquisita y manipuladora ternura— que fuera en España.

—¿En Madrid? —inquirió él.

—No, en nuestro segundo hogar, en Suances.

—Por mí, sin problema —accedió Ewan.

Sonreí porque, al igual que nosotros viajábamos a Escocia con frecuencia, ellos también venían a vernos. De tal modo se enamoraron de mi rincón preferido del mundo, que hasta Ewan se había apuntado a clases de surf. Diego era su monitor y, la verdad, no se le daba nada mal.

—Si ya te dije yo cuando te conocí que tenías pinta de surfista —señaló Alicia como si pudiera leerme el pensamiento.

—¿Cuándo me dijiste eso? —preguntó él.

Alicia se atragantó con la bebida ante la mirada fiera de su marido y Sergio y yo contuvimos la risa a duras penas. Hacía tiempo que habíamos adivinado quién era la española por la que había perdido la cabeza Ewan sin darse cuenta de que Alasdair le había tomado la delantera.

—Lo pensaría, igual no lo expresé en voz alta —se defendió ella.

—Eso sería porque hablabas un inglés ininteligible —masculló Ewan.

—Ininteligible para ti, para mí no —apostilló Alasdair con una clara sonrisa de suficiencia.

—Perdón, ¿no hablábamos de una boda? —interrumpió Marta, sin sentirse ofendida y ya acostumbrada a los intercambios verbales de ambos primos.

—Cierto —corroboré yo—. ¿Te gustaría que fuera mirando restaurantes e iglesias?

—No quiero una boda convencional. ¿En la playa podría ser?

Intenté no mostrar mi desconcierto.

—Claro, hablaré con el ayuntamiento.

—Perfecto. Pues ya está en marcha. ¡Con lo que me gustan a mí las bodas!
—aplaudí Alicia.

—Ten cuidado, Alasdair, no vaya a ser que le dé por experimentar con una tercera —incidió Ewan, devolviéndole el golpe a su primo.

—¡Jesús! ¿Nunca podéis parar? —se quejó la aludida.

—¡No! —respondieron los dos al unísono, riéndose.

—Y retomando el tema de las bodas... —intervino Sergio imitando a Marta cuando las risas cesaron y mirándome con una ceja enarcada.

—¡No! —rebatí con ímpetu, causando nuevas risas.

Él se encogió de hombros y sus compañeros le llenaron de nuevo el vaso en señal de apoyo.

—Pero te quiero igual, que conste —añadí.

—De eso no tengo duda —replicó él guiñándome un ojo.

—Espera y lo comprobarás —dijo Alasdair mirándolo fijamente.

—¿Me he perdido algo? —inquirí.

—Es sólo un refrán escocés —aclaró él.

—Nunca lo había oído —murmuró Alicia.

—Porque apenas entiendes nuestro idioma —señaló Ewan.

Con nuevas risas y ganas renovadas por el espirituoso, aquella noche pusimos en marcha los planes de boda de Ewan y Marta.

Repasé la lista y taché con un boli lo que ya había hecho, después proferí un suspiro tratando de relajarme y me miré un instante al espejo, de frente, de lado. Acabé sonriendo. El vestido que Marta había elegido, con mi consentimiento, era perfecto. De gasa, color gris perla con tirantes anchos que acariciaban los hombros en pequeños picos irregulares; ajustado hasta la cintura, se volvía salvaje a partir de ella acabando en una falda abullonada gracias a los metros de tul, en la que destacaban las flores bordadas a mano en un tono más oscuro. Acababa de llegar de la peluquería y mi pelo, normalmente suelto, había sido recogido en un moño bajo con un pequeño prendedor de piedras negras con brillo nacarado, dejando unos mechones rizados enmarcándome el rostro. El maquillaje, lo suficientemente discreto pero resistente a las lágrimas. Insistí en que eso no era necesario, pero Marta

se mostró inflexible. Calzándome los *stiletos* plateados a juego con el pequeño *clutch*, cogí el teléfono y llamé a mi amiga.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté con una pequeña risita.

—¿Tú qué crees? —exclamó con un gemido posterior que convirtió mi risa en una carcajada.

—Eso te pasa por casarte.

—Muy graciosa. ¿Han llegado ya Sergio con tu madre y Paco?

—No, ahora pensaba llamarlos. ¿Me necesitas?

—Tengo aquí a Alicia, que está todavía más nerviosa que yo —masculló.

—Hola, Alicia. ¿Cómo está la novia? —inquirí saludándola a través del manos libres.

—Histérica —me confió con nuevas risas.

—¡Soy la novia, estoy en mi derecho! —se defendió Marta.

—Tranquila, cariño —le dije—. Todo va a salir estupendamente, recuerda que lo he preparado yo.

—¿Seguro? ¿Y si llueve? ¿Y si la marea se lleva la estructura?

—El día es perfecto, apenas hay viento y no va a llover, te lo aseguro. Además, será una ceremonia corta, después subiremos a celebrarlo al hotel.

—Mira, de eso sí tengo ganas —señaló, y tanto Alicia como yo nos echamos a reír de nuevo.

—¿Necesitáis algo? —pregunté de nuevo.

—Nada, tú encárgate de llegar antes que yo y sitúate al lado de Ewan.

—Caramba, me estoy empezando a poner nerviosa yo también. Nunca había sido madrina de nada.

—Lo harás estupendamente, Livia. Créeme, nunca olvidaremos este día —me prometió Marta.

—Y yo estaré vigilando para que no bebáis demasiado y así podáis recordarlo —apostilló Alicia en plan hermana mayor.

Colgué el teléfono todavía riéndome, para, de seguido, llamar a Sergio.

—¿Dónde estás? —pregunté preocupada, dirigiendo una mirada de refilón

al reloj.

—El avión de Madrid viene con retraso, no creo que podamos llegar a tiempo para el comienzo de la ceremonia.

—¿En serio? Vaya faena. ¿Y si le mando un mensaje a mi madre y le digo que cojan un taxi? Me sentiré muy sola si no estás.

—No puedo hacerles eso después del cariño que nos han mostrado estos dos años. ¿Y si intentas que te acerque a la playa otro de los invitados?

Pensé con rapidez, pero iba muy justa de tiempo.

—Marta ya está a punto de salir con Alicia y Alasdair, e Ewan seguro que ya está allí. El coche te lo has llevado tú al aeropuerto. Veré a ver si...

Me quedé callada al oír el sonido del timbre de la puerta del apartamento.

—¿Quién puede ser? Tienen que estar todos ya en la playa —mascullé para mí.

—Livia, creo que ya han aterrizado, tengo que dejarte, nos vemos lo antes posible. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —musité acercándome a la puerta.

—Y recuerda que te quiero.

—Yo más —contesté por inercia, colgando la llamada y abriendo.

Tuve que contenerme para no soltar una imprecación ante la imagen que tenía frente a mí. Ordenados de mayor a menor, como los niños de la familia Von Trapp de *Sonrisas y lágrimas* y vestidos por igual, estaban los hijos de Violeta y Rodolfo junto a sus padres.

—*Holy shit!* —murmuré sabiendo que no me iban a entender—. ¿Te has puesto mantilla, Violeta? —inquirí perpleja.

—Como en toda boda que se precie, ¿qué creías?

—Pichurri, vas a ser la más elegante —la alabó su marido dándole un pescozón en el trasero embutido en un traje de encaje color coral. Los niños, impasibles como si hubiesen recibido instrucción militar, nos observaban en silencio.

—Yo... ni siquiera sabía que estabais invitados —comenté.

—¿Cómo no vamos a estarlo? —exclamó Rodolfo.

—Tú calladito estás más guapo —le recordó Violeta, y se acercó a mí para examinarme con atención—. Bueno, no está mal, aunque yo lo habría adornado más.

—Sí, tres metros de cola y lunares, que ya nos conocemos.

—Venga, no te enfades, que encima vamos a llegar tarde.

—¿Tenéis sitio en el coche?

—Te dejamos incluso que vayas delante —dijo Violeta sonriendo, y yo entorné los ojos ante tanta amabilidad.

—Pues gracias, vámonos entonces.

Nos acomodamos en el amplio monovolumen que había adquirido Rodolfo al aumentar la familia y me puse el cinturón preguntándome por qué Marta habría invitado a mis inoportunos, metetes e intransigentes vecinos a su boda. ¿Por consideración hacia mí? Tampoco habían pasado tanto tiempo juntos, apenas una o dos cenas en la terraza. Decidí no perderme en más disquisiciones y centrarme en repasar mentalmente la ceremonia para que todo saliera perfecto.

De improviso, una gruesa nube cubrió el sol. Chasquéé la lengua con fastidio.

—¿Qué sucede? —inquirió Rodolfo.

—Le he dicho a Marta que estaba segura de que no llovería, pero... ya no estoy tan segura —murmuré.

—Si mira que te lo dije, que llevaras a las clarisas de Santillana una docena de huevos. ¿A que no lo hiciste? Menos mal que yo se los acerqué el domingo pasado, así tenían de margen toda la semana para incluirnos en sus rezos —me amonestó Violeta.

—Pues espero que hayan rezado con ganas... —musité iniciando mi propia plegaria mental para que el tiempo, por lo menos, nos diera tregua hasta finalizar la ceremonia.

Apenas aparcamos junto al faro, notamos la expectación en la acumulación

de gente que se asomaba al mirador y se aventuraba a bajar para estar más cerca de los novios. Desde lo alto no vi a Marta, con lo que me tranquilicé un poco, aunque volví a pedir en silencio que llegara cuanto antes, puesto que la única nube que oscurecía el cielo había decidido llamar a algunas amigas para que le hicieran compañía.

Inicié el descenso intentando no estropear el bajo de mi vestido y haciendo equilibrios con los tacones. Localicé a Diego, ya con la cámara en la mano, grabándolo todo, por lo que Sergio podría visionarlo más tarde. A medida que me acercaba a la arena, la emoción burbujeó en mi interior y no pude evitar una sonrisa de felicidad. Puede que no me gustase el matrimonio en sí, pero las bodas de los demás me encantaban. Al llegar al comienzo del corto pasillo compuesto por unos sencillos tablones de madera que enlazaban con un pequeño entarimado en el que nos situaríamos los novios y padrinos, me tropecé con los dos centinelas escoceses que me impedían la visión del frontal. Los invitados, apenas unas veinte personas, ya habían tomado asiento, y los niños de Violeta, bien aleccionados, formaban una fila armados con cestas adornadas por cintas de colores y repletas de pétalos de rosas rojas.

—Hola, Ewan, ¿cómo estás? ¿Nervioso? —le pregunté.

—En absoluto —contestó sonriendo.

—¿Vamos a nuestros puestos? —inquirí apreciando por primera vez el silencio y la seriedad con la que me observaba Alasdair.

—Cuando tú quieras —contestó Ewan brillándole los ojos.

Alasdair seguía sin moverse, hasta que, quizá incómodo por mi escrutinio, dio un paso a un lado y dejó ver que detrás de él se escondía mi padre. Abrí los ojos sorprendida por su atuendo y lo abracé.

—Papá, pareces el novio —dije alabándolo.

—Sin embargo, esta vez soy el padrino —replicó él.

En ese instante lo comprendí todo y, por inercia, di un paso atrás, chocando con un obstáculo. Me giré con rapidez, comprobando que era Lucas sujetando una tabla de surf que me impedía el paso con una grata sonrisa de satisfacción.

—¿Qué está pasando aquí? —esgrimí comenzando a inquietarme.

—Lo que estás pensando —corroboró Diego, que se había acercado sigilosamente para grabarnos—. Y no vas a poder escaparte, nos hemos asegurado de afianzar el perímetro, ¿verdad que sí, chicos?

Y todos los que yo creía simples espectadores enarbolaron en una perfecta sincronización sus tablas de surf alrededor del pequeño grupo sentado que lo observaba todo con atención, disimulando sonrisas y tosecillas indiscretas.

—¡No me lo puedo creer! —estallé completamente enfadada, volviéndome con brusquedad hacia el pasillo. Entorné los ojos, recogí de nuevo el vestido y, con decisión, me encaminé hacia la única persona responsable.

Parándome frente a Sergio, el cual lucía una hermosa sonrisa, quizá la más hermosa que le había visto nunca, lo encaré con los brazos en jarras.

—¡Y encima te has atrevido a presentarte con Eric en brazos! ¿Crees que él puede amedrentarme?

Nuestro hijo, al principio sorprendido por el tono de su madre, parpadeó y se removió molesto y, balbuciendo algo incomprensible, agitó brazos y piernas como si quisiera ponerse de pie en el aire para acudir a mi regazo.

—Si no puede él, yo no tengo nada que hacer —replicó Sergio sin perder los ánimos.

Se lo arrebaté y en un segundo lo tenía con la mejilla apoyada en mis hombros y rodeándome la cintura con sus gordezuelas piernas. Cerré los ojos y aspiré su olor, ya indispensable para continuar viviendo, y me balanceé para tranquilizarlo, aunque posiblemente intentaba tranquilizarme yo misma con ese acto.

—No tienes ningún derecho —murmuré a punto de echarme a llorar. Examiné a los invitados y reconocí a todos los presentes. Mi familia, mis amigos. Mi gente. Marta y Alicia estaban situadas en primera fila, con gesto tenso pero también esperanzador.

—Ésta me la pagarás —siseé a Marta—. ¿No se suponía que te casabas tú?

—Y me caso, Livia. Sólo que tres semanas después de que lo hagas tú, en

un castillo precioso en las Highlands, el mismo sitio en el que se casaron Alasdair y Alicia. Lo vas a adorar y sigo queriendo que seas la madrina.

Bufé con cinismo y Eric me puso una mano pegajosa en la mejilla como si comprendiera mi malestar y no conociera otra forma de mostrarme su apoyo. Mi madre, quizá temiendo que hiciera alguna tontería, de las tantas que me estaban cruzando la mente y que nunca confesaré, se levantó y corrió a coger a su nieto en brazos. Muy bien, ahora sí tenía las manos libres para atizar a Sergio por tal despropósito. No obstante, su gesto me desarmó, y sus siguientes palabras me derrotaron.

—Lo sé todo, Livia —aseguró.

—¿Qué... qué crees que sabes? —inquirí con voz trémula.

Se acercó a mí despacio y se inclinó sobre mi mejilla, apartándome un mechón rizado con ternura.

—«Y su amor terminó en el mismo instante en el que juraron frente a un centenar de invitados que se amarían para siempre» —susurró en mi oído.

Me estremecí y una lágrima se deslizó por mi rostro. Sentí su mano en mi cintura, sujetándome con firmeza, impidiéndome huir, obligándolo a escuchar el resto.

—Tuve que enlazar varias piezas para encajar el puzle de tu vida, Livia. No me lo pusiste nada fácil —me riñó con cariño—, pero al final lo conseguí. Sé que te es muy familiar la frase que te he dicho antes. Yo también lo he leído. Nunca has contado nada más que lo imprescindible de cómo te sentiste cuando tus padres iniciaron el camino de la destrucción de su matrimonio, aunque sí dijiste que tu padre te había presentado a Harold para que te ayudara. Pasaste de puntillas cuando yo te dije que creía que Harold había escrito con seudónimo como si ya no te importara, aunque sí que importaba. Quizá demasiado. Tu padre sabía que con tu forma de ser, inquisitiva y perfeccionista, una persona que no deja nada sin terminar, tenaz hasta el último aliento, acabarías encontrando aquel libro. Lo hiciste, ¿verdad?

Asentí sin fuerza, con un nudo en la garganta que me impedía vocalizar.

—Después me llamó la atención que cuando te pregunté por el título de tu propia novela, *Nocturnae*, me contestaras que la llamaste así porque en la noche es donde el miedo reside. Lo que no entiendo es por qué tu padre, sabiendo lo sensible y pasional que eres, consideraba que aquella novela de Harold, *Una infancia perdida*, podría ayudarte, cuando es el relato narrado por una niña del infierno que vivió en casa de sus padres hasta que éstos se divorciaron. Aquella niña se escondía por las noches para escribir en su diario, donde se inventó un universo paralelo, modificando la historia de sus padres desde una perspectiva imaginaria, narrándolo como si nada de lo que sucedía en la realidad estuviera ocurriendo. Recurrió a la felicidad que le habían robado para escribirla con sus propias palabras. Un diario que tituló *Nocturnae*.

Respiré en jadeos, apretando los puños, reprimiendo el dolor de aquellos años apiñados uno detrás de otro en mi memoria.

—La pieza clave estaba en el vídeo de tu cumpleaños que grabó Diego. En él todavía no sabías que tu vida estaba a punto de cambiar, ese mismo año, meses más tarde, por lo que ese pánico a unirse a otra persona, a Asier, no debería haberte afectado, sin embargo, ya vivías con miedo, aunque no se lo confesaste a nadie.

El silencio en la cala era espectral, ninguno de los invitados hizo movimiento alguno o emitió sonido por su boca. Sentados expectantes, contenían el aliento, sin saber muy bien qué iba a suceder una vez que Sergio terminara de hablar. Me estremecí y sentí el sinuoso pinchazo de un escalofrío escalando por mi espalda.

—¿Por qué este sitio, Sergio? —le pregunté reconociéndole que tenía razón en silencio—. Este lugar era suyo, era de Asier.

—Porque en este sitio comenzaste a vivir por segunda vez en tu vida. Fue donde estuviste a punto de morir y fue también donde iniciaste el camino para recuperarte a ti misma.

Elevé la vista a través de su hombro y vi un bañista que salía de forma

despreocupada del agua. Me fijé con atención en su forma de caminar, que me era dolorosamente familiar. Se apartó el pelo del rostro y sonrió con amplitud, los ojos oscuros brillándole en un rostro apuesto y moreno.

—Atrévete a ser feliz, Livia —dijo moviendo los labios, aunque no logré que su voz llegara a mí. Después inclinó la cabeza, me sonrió una sola vez más y se alejó para internarse de nuevo en el mar.

Tragué saliva y me aparté de Sergio, conmocionada y asustada. Él, preocupado, me sujetó por los brazos.

—Livia, mi amor —susurró.

Negué con la cabeza, todos los compartimentos de recuerdos que había estado custodiando en mi mente rompieron las puertas y sentí que me inundaban de imágenes, sonidos, olores. Tantos que creí que la cabeza me iba a estallar.

—Livia, no tengas miedo. Estoy aquí contigo y quiero estarlo siempre —aseguró Sergio.

—¿Por qué necesitas una afirmación de mí? Ya lo tienes todo.

—No, tengo sólo esa parte que proyectas al mundo, quiero también lo que escondes. Livia —pronunció cogiéndome las manos—, te amo con cada latido de mi corazón y nunca dejaré que nuestro amor envejezca o disminuya con el paso de los años. Te lo prometo.

El notario, que había permanecido en un respetuoso silencio, carraspeó.

—Debería leer unos artículos que...

—No se moleste, ambos nos los sabemos de memoria —replicó Sergio.

—Aun así, necesito oírlo de boca de la novia, por favor —insistió.

Tomé aire, miré al mar, que parecía jugar con los débiles rayos de sol que lograban filtrarse entre las nubes, y por fin sonreí. Sentía la presencia de Asier en cada punto al que dirigía mi vista, quizá protegiéndome, quizá animándome. Lo sentía tan cerca que creí que era algo real, algo que sólo yo podía ver. Asentí despacio, liberándome de la carga que me impedía alcanzar la felicidad completa.

—Sergio —murmuré con la voz ronca—, juro compartir durante el resto de mi vida tu promesa.

Sergio cerró los ojos como si se sintiera en paz y los abrió para dedicarme la mirada más repleta de amor que jamás había tenido la fortuna de contemplar. Inclínándose sobre mi rostro, posó los labios sobre los míos, besándome. En ese momento, gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre nosotros, provocando que los invitados se levantaran y corrieran hacia el camino que ascendía al aparcamiento, profiriendo pequeños chillidos e imprecaciones.

Nosotros, abrazados, seguimos besándonos.

Harold Shelby escribió una vez: «Hay palabras que caen como la lluvia, palabras que acarician o hieren, palabras que consuelan o castigan. El significado de la palabra se forma no sólo con las letras que la componen; es el cúmulo de ellas con el sonido de los labios que las pronuncian, la entonación que brota de las emociones y el grado de implicación sentimental. Pero las palabras de amor son diferentes. Son únicas. Son palabras que te abrigan cuando hace frío, que te acunan cuando sueñas, que te rodean y te abrazan, que te dan un futuro repleto de esperanza. Y todas las frases de amor escritas a lo largo de la historia van acompañadas de su propia melodía, una que sólo los amantes son capaces de oír».

Referencias a las canciones

I Knew You Were Trouble, Big Machine Label Group, LLC, interpretada por Taylor Swift.

Piano Man, Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Billy Joel.

Army of Two, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Olly Murs.

Bring Me to Live, Sony Music Entertainment Germany GmbH, interpretada por Evanescence.

Lo que no ves, Globomedia Música, interpretada por Pol 3.14.

When You Say Nothing at All, Polydor Ltd. (UK), interpretada por Ronan Keating.

A Thousand Years, WEA International Inc., interpretada por Christina Perri.

Summertime, Interscope Records, interpretada por New Kids On The Block.

Wide Awake, Capitol Records, LLC, interpretada por Katy Perry.

Hips Don't Lie, Sony Music Entertainment (Holland) B. V., interpretada por Shakira y Wyclef Jean.

Bitch, Capitol, interpretada por Meredith Brooks.

Breathe, WEA International Inc., interpretada por Faith Hill.

Do You Love Me, Entertain Me Europe Ltd., interpretada por The Contours.

To Be with You, Evolution Media Ltd., interpretada por Mr. Big.

When You're Gone, RCA Records, interpretada por Avril Lavigne.

Not Easy, KIDinaKORNER, interpretada por Alex Da Kid, X Ambassadors, Elle King y Wiz Khalifa.

It Must Have Been Love, Parlophone Music Sweden AB, a Warner Music Group Company, interpretada por Roxette.

A New Day Has Come, Sony Music Entertainment (Canadá) Inc., interpretada por Celine Dion.

Stand by You, Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por Rachel Platten.

Love the Way You Lie, Aftermath Records, interpretada por Eminem y Rihanna.

When You Say Nothing at All, Polydor Ltd., interpretada por Ronan Keating.

Let Her Go, Sony Music Entertainment, interpretada por Passenger.

Te tienes a ti, Be Eternal Music, interpretada por Rafa Espino.

It Will Rain, WEA International Inc., interpretada por Bruno Mars.

Sober, Arista Records, LLC, interpretada por P!nk.

Total Eclipse of the Heart, Cleopatra Records, interpretada por Bonnie Tyler.

Rehab, Universal Island Records Ltd., a Universal Music Company, interpretada por Amy Winehouse.

Hammer to Fall, Queen Productions Ltd. under exclusive license to Universal International Music BV, interpretada por Queen.

Highway to Hell, J. Albert & Son (Pty.) Ltd., interpretada por AC/DC.

Damn You, Polydor Ltd., interpretada por Lana del Rey.

Helium, Universal Studios and Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Sia.

The Sound of Silence, Crazy Warthog Media, interpretada por Simon & Garfunkel.

Another Love, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Tom Odell.

Marzo en febrero, Warner Music Spain, S. L., interpretada por Marlon y Ana Fernández.

Time Machine, Danvers High School A Cappella, interpretada por Ingrid Michaelson.

Nota de la autora

Cuando dije que había escrito una novela con una protagonista surfista recibí las mismas miradas de incredulidad que cuando anuncié, hace ya ocho novelas, que había escrito una de género romántico —mi carácter poco romántico y nada pasional en cuanto al deporte me precede—. Por lo tanto, y pese a haber contado con el asesoramiento profesional en ese deporte, asumo cualquier error cometido en su desarrollo. Algunos de ellos incluidos solamente para adecuarlos a la trama.

Habéis podido leer que la protagonista une todo con la música, ésta suena dependiendo de su estado de ánimo. El listado de canciones está recogido al final del libro y os animo a que las escuchéis para comprobar cómo se encontraba Livia en cada momento y capítulo. Fue la banda sonora con la que escribí su historia.

También asumo, si algún lector conoce bien Suances, los errores o imprecisiones en algunas descripciones. Lo hice con conocimiento de causa, para adecuarlos al desarrollo de la novela y para no descubrir el lugar donde empecé a escribirla, en una terraza con vistas a la playa de La Concha. Por supuesto, os invito a conocer ese rincón cántabro, por sus playas, su Historia, su gastronomía, su gente, su clima y el ambiente surfero.

Agradecimientos

Este libro está dedicado a mi padre, con el que bajé por primera vez a la playa de Los Locos, siendo todavía una niña. Gracias, papá, por hacerme amar el Norte y encontrar ese rincón al que me escapo cada vez que puedo.

A mi madre, pilar de mi vida, indispensable. A mis hijos, que nacieron con los hoyuelos que Livia posee haciendo que sus sonrisas sean como ese rayo de sol que atraviesa las nubes. Os quiero.

A mi madrina, por su constancia.

A vosotras tres y nuestro muro de las lamentaciones, por decirme que no necesitáis que conteste, pero que sepa que estáis ahí. Por esas llamadas de urgencia llenas de risas. Sois mujeres caféina, que ponéis las pilas. No cambiéis nunca.

A mi gente, esa que me rodea y me abraza cuando la vida te pone contra las cuerdas. Ya sabéis quiénes sois, compañeras de fatigas, amigas de toda la vida, amigas que os habéis convertido en imprescindibles.

A la familia Mazo por su cariño y apoyo. En especial a Miriam y su extraordinaria hija Alba.

A Ana Lara y las chicas de su club de lectura, que son maravillosas.

A Carmen y el club de lectura romántica de Valencia, que me proporcionó uno de los días más bonitos del año pasado.

También quisiera dedicar este libro a los sufridos opositores, aquellos que se dejan los ojos, el alma y la vida entre unos folios, que viven rodeados de fechas y límites. Muchos me habéis escrito para decirme que leer mis novelas os libera de estrés, yo feliz por contribuir a la causa.

A mi editora, Esther, por su paciencia y su confianza.

Y a vosotros, lectores, que, como dice Livia, sois los que hacéis grande un libro, nosotros, los escritores, únicamente nos limitamos a escribirlo. ¡Muchísimas gracias! Aquí estoy, al otro lado de la pantalla, por si queréis comentarme algo.

Biografía

Caroline March se define como «contadora de historias», ya que desde la primera vez que tuvo un libro entre las manos quiso poder llegar a saber expresar sus sentimientos con palabras. Las lectoras la ven como una «hacedora de sueños», algo que se ha visto reflejado en cada una de sus novelas.

La primera de ellas, *Búscame en tus sueños*, publicada en enero de 2014, fue la primera finalista, por fallo unánime del jurado, del premio Vergara-Rincón de la Novela Romántica, mientras que la segunda, *Mi alma gemela (Mo anam cara)*, ganó el Certamen Internacional HQÑ 2014. Desde entonces ha continuado publicando obras del género romántico.

En 2014, Caroline March ganó el premio Autora Revelación otorgado por la web Rincón de la Novela Romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/caroline.march.37?fref=ts>>

y <[@carolinemarch13](#)>.

Notas

* «Érase una vez, hace unos cuantos errores...»

* «Nada pueden hacer para detener este ejército de dos.»

* «¿Cómo puedes ver en mis ojos como si fueran puertas abiertas?»

* «Es sorprendente cómo puedes hablarle directamente a mi corazón, sin decir una palabra, puedes encender la oscuridad...»

* «El corazón late deprisa... Un paso más cerca...»

* «Pienso en ti en el verano.»

* «Estoy bien despierta y ahora está claro para mí.»

* «Soy una bruja, soy amante, soy una niña, soy una madre, soy pecadora, soy una santa...»

* «Soy el único que quiere estar contigo.»

* «Cuando te alejas, cuento los pasos que das.»

* «No es sencillo romper tu corazón.»

* «Acércame el calor de tu rostro y aleja la frialdad de nuestra relación.»

* «Donde estaba oscuro ahora hay luz.»

* «Muéstrame todas las cicatrices que escondes..., porque yo estaré contigo.»

* «Sólo te quedarás ahí y me verás arder.»

* «Es sorprendente cómo puedes hablarle directamente a mi corazón.»

* «Sólo odias el camino cuando añoras tu hogar.»

* «Si alguna vez me abandonas, nena, deja en mi puerta algo de morfina.»

* «El silencio me asusta porque grita la verdad.»

* «Cada cierto tiempo me siento un poco sola y tú nunca estás cerca.»

* «No voy a llorar hasta quedarme dormida como una tonta.»

* «Sácame de este infierno, tu amor me eleva como el helio.»

* «Hola, oscuridad, mi vieja amiga...»

* «Quiero llorar y quiero amar, pero todas mis lágrimas han desaparecido.»

* «Se acerca el invierno.» Juego de palabras de la autora que hace referencia al título del primer capítulo de la serie «Juego de tronos».

* «Quería conocerla. Estoy impresionado por su historia.»

* «Nosotros escribimos la historia, pasamos las páginas. Tú cambiaste el final, como todos dijeron que harías.»

Palabras que caen como la lluvia

Caroline March

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Shutterstock

© Caroline March, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20883-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

